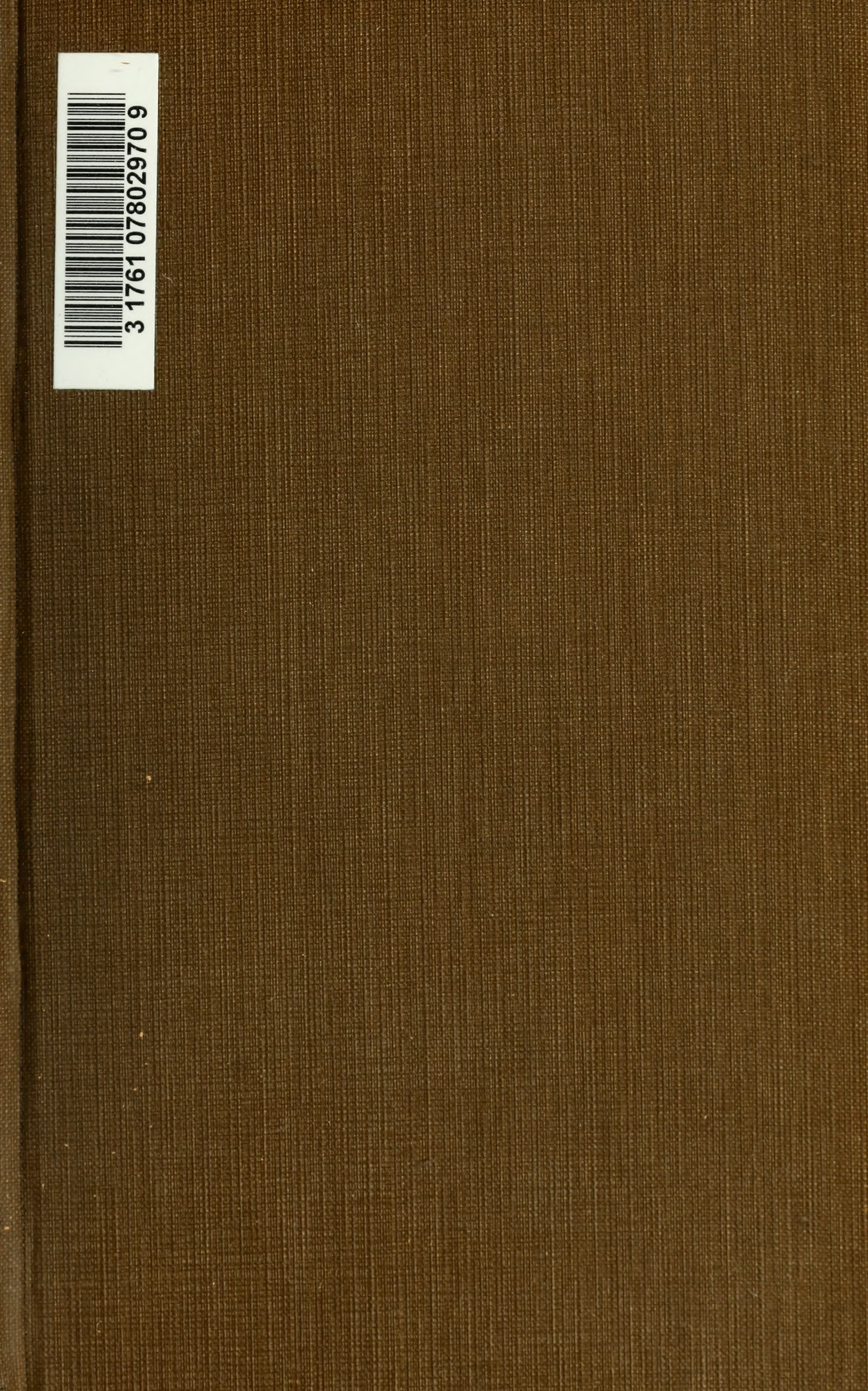

3 1761 07802970 9

OBRAS

VICTOR BALAGUER

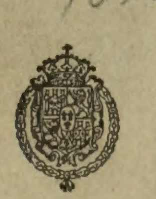
De las Academias Española y de la Historia

HISTORIAS
Y
LEYENDAS

TOMO XXXVII DE LA COLECCIÓN
Y *ÚNICO* DE ESTA OBRA

El producto íntegro de estas obras se destina al sostén, conservación y fomento de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, instituto fundado por el autor.

10 r



MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Calle de Miguel Servet, núm. 13.
1899

OBRAS

DE VÍCTOR BALAGUER

HISTORIAS Y LEYENDAS

TOMO XXXVII DE LA COLECCIÓN

Y *ÚNICO* DE ESTA OBRA

VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

HISTORIAS

Y

LEYENDAS

TOMO XXXVII DE LA COLECCIÓN

Y *ÚNICO* DE ESTA OBRA



MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS

Calle de Miguel Servet, núm. 13.

1899

ÍNDICE

Páginas.



EL CONDE DE REUS

EL CONDE DE REUS

I

No es una biografía lo que voy á escribir. Es una semblanza.

No, no es tampoco una semblanza. Es un recuerdo.

Se lo debo á la memoria de aquel caudillo ilustre y patricio insigne, que dió tantos días de gloria á la patria. Me lo debo á mí mismo.

Ya hoy, por fortuna, nos encontramos unidos en este sentimiento de amor á su memoria los que fuimos sus amigos constantes y los que fueron sus enemigos crueles.

Pocos quedamos ya de unos y de otros; pero los que han quedado, allá hemos ido juntos á visitar su tumba y juntos á saludar su estatua que en Reus le alzó su patria, con él más reconocida en muerte de lo que hubo de serle en vida.

¡La posteridad llegó! Ya para Juan Prim habló la historia, y hoy se rinde justicia al

hombre y se respeta el nombre que no siempre fueron de todos respetados.

Es que hoy Juan Prim pertenece á la patria y se le considera por todos como gloria nacional.

Allá, en tiempos, en 1860, hube de escribir unas notas biográficas de Prim, cuando volvía victorioso de la guerra de Africa, y Barcelona se engalanaba levantándole arcos de triunfo, y ardían en fiestas y regocijos sus Ramblas.

Terminaba aquellos apuntes con esta pregunta:

«Tal es Prim. ¿Qué reserva á ese hombre el porvenir?»

Ya hoy se ha visto, y sabemos lo que el porvenir le reservaba.

El triunfo, el martirio, la glorificación, la apoteosis.

Sólo diez años transcurrieron desde mi pregunta. Cuando había ya llegado, cuando estaba en la cumbre, miserables asesinos, amadrigados en la sombra y al revolver de una esquina, acabaron con el hombre á quien habían respetado las balas enemigas y en quien entonces más que nunca esperaba la patria española, cuyos destinos hubieran sido muy distintos, de seguro, á conservar la Providencia por algún tiempo más la vida de un caudillo que tenía condiciones extraordinarias y, en aquel momento precisamente, firmes y levan-

tados propósitos de regeneración y gloria para la patria. Porque es así. Y justamente para aclaración de este punto tomé la pluma.

Recordaré siempre, grabadas están en mi alma, las últimas palabras que le oí. Ya á ellas hice referencia en *Mis recuerdos de Italia*, al trasladar lo que llamo *Páginas de mi diario*. Cuento allí y comento el viaje de los que, en representación de las Cortes españolas, fuimos á Italia para ofrecer al señor duque de Aosta la corona de España.

A las diez de la noche del 24 de Noviembre de 1870 salimos de Madrid en dirección á Cartagena, donde nos esperaba la escuadra española del Mediterráneo, que debía conducirnos á Italia para dar cumplimiento á nuestra misión.

Era la nuestra una comisión numerosa, como correspondía á su importancia. Marchaba á su cabeza Ruiz Zorrilla, entonces presidente de las Cortes y monárquico ardiente; el duque de Tetuán, hoy ministro de Estado, de quien en aquel viaje fuí inseparable compañero; Romero Robledo, que hoy lo es de Gracia y Justicia, y el general Beránger, en aquella sazón, como hoy, ministro de Marina; Augusto Ulloa, Luis Albareda y Carlos Navarro Rodrigo, de quienes más tarde hube de ser compañero de Ministerio; mi colega de Academia Española Juan Valera; Pascual Madoz, el ve-

terano progresista, á quien Cataluña alzaba en palmas; el marqués de Sardoal, el de Torreorgaz, el de Valdeguerrero, el de Machicote, el conde de Encinas; Cipriano Montesino, hoy duque de la Victoria, y Félix García Gómez, que eran vicepresidentes de la Cámara; Gabriel Rodríguez, Llano y Persi, Gasset y Artime, el general Rosell, Sabino Herrero, Alcalá Zamora, Francisco Berrenechea, Palau de Mesa, y otros que no recuerdo en este instante, entre ellos el que luego fué conde de Ríus, mi paisano querido y mi tan llorado amigo...

Porque, ya de éstos, muchos se partieron para el viaje aquel del que no se vuelve: Madoz, á quien tuvimos la negra suerte de ver morir en Génova al regresar de nuestra expedición, Madoz, el amigo constante de los catalanes, con cuya memoria aun éstos no han cumplido como deben, y luego Ruiz Zorrilla, el conde de Encinas, Augusto Ulloa, el general Rosell, Sabino Herrero, Alcalá Zamora, Palau de Mesa, y tantos y tantos como se nos fueron, amigos nobles y generosos, con ancho corazón para toda empresa superior, de alma templada para todo sacrificio.

Rebosaba en gente la estación de Madrid al partir el tren. A más de los ministros, autoridades y todo el elemento oficial, allí estaban en compacta y patriótica multitud nuestros amigos de Madrid y muchos que vinieron de

provincias; allí las compañías de ejército y milicia para los honores de ordenanza; allí el pueblo en gran muchedumbre, y todo fué gala, fiesta y música, vivas atronadores, aplausos y expansiones de júbilo y entusiasmo. La revolución de Septiembre había triunfado con la proclamación de rey, y partíamos con el alma abierta á toda esperanza.

Antes de subir al tren y al coche que me fué destinado, en grata y afortunada compañía de Juan Valera, del marqués de Sardoal y de Gabriel Rodríguez, me acerqué al general Prim, sin embargo de haber ya conferenciado largamente con él aquellos días, para recoger sus últimas impresiones.

Bien lejos estaba yo de pensar que, en efecto, iban á ser las últimas y que le veía por vez postrera, cuando la fortuna le sonreía, cuando la patria toda le aclamaba, cuando todos confiaban en él, viéndole tan acertado en el Consejo, tan discreto en las Cortes, tan dueño de su voluntad, tan diestro y certero en el difícil arte de gobernar, tan alto y cabal en todo.

Prim y yo hablábamos siempre en catalán al encontrarnos á solas.

—Y bien, Don Juan...

En Cataluña nadie llamaba á Prim mi general, ni apenas se le citaba por su apellido. Todos decían Don Juan.

—Y bien, Don Juan—le dije en nuestro

idioma. — Nos vamos ya. ¿Cuál es la última?

— La última es — me contestó, y al contestarme sus ojos relampagueaban, — la última es que traigan ustedes al rey, y lo traigan pronto. Debe venir con ustedes. Zorrilla puede volverse con los de la Mesa; pero ha de permanecer una comisión al lado del duque de Aosta para acompañarle y apresurar su viaje. Usted debe ser uno de los que se queden. En cuanto él venga, se acabó toda esa chillería. Al que no grite viva el rey, *l' esbotzino* (es decir, le hago pedazos, le trucido). ¡Viva el rey! y... ¡viva el rey!

Y estas últimas palabras las dijo estrechándome fuertemente la mano, animado y con aquella entonación vigorosa que sólo acostumbraba en sus momentos más solemnes.

Subíme al tren. Ya nunca más debía ver al general.

Mucho pensé en aquellas sus últimas palabras. Mucho las medité, y mucho las he recordado en distintas ocasiones de mi vida. Eran una revelación de lo que iba á ocurrir á la llegada del rey, y eran una manifestación viva de lo que Prim pensaba y se proponía para acabar de una vez con el desconcierto que entonces reinaba.

Palabras fueron que no debían tardar en verse confirmadas. Una tarde, en el Parlamento, contestando Prim á una interpelación de

Bugallal, dijo que *el Gobierno saltaría por encima de la Constitución si la salud de la Patria lo exigía.*

¡Qué otros, qué otros hubieran sido los destinos de la revolución de Septiembre si Prim no hubiese muerto!

II

Ya en vida fué Prim un héroe legendario.

Y lo será, lo será mientras exista España.

Ya en vida, la musa popular cantó sus hazañas. Como ciertos héroes de la antigüedad, dió origen con sus hechos á romances populares en que ese gran poeta que vive ignorado entre el pueblo, canta las gestas del hombre que impresiona á la muchedumbre.

Su vida fué una tempestad, algo como un huracán, como un torbellino.

Fué almogavar y caudillo, soldado y general, embajador y proscrito, orador y diplomático, revolucionario y ministro, conspirador y hombre de Estado, aventurero temerario y político sagaz, el primero con sus alientos en la barricada, el primero con su espada en la batalla, el primero con su voto en los consejos.

El silbar de las balas y el bregar de los

combates eran su encanto. Iba á una batalla como se va á unas bodas y al peligro como se va á unas cañas.

Medió en todos los sucesos que se desarrollaron en su tiempo, y así fué soldado, capitán y coronel en la primera y más terrible de nuestras guerras civiles, brigadier y general en las luchas con los centralistas de Barcelona, gobernador en Puerto Rico, caudillo en Africa, plenipotenciario en Méjico, representante en Oriente, orador en los Parlamentos, abanderizador en el destierro, apóstol en la conspiración, victorioso en las contiendas, triunviro en el Capitolio, imperante en los consejos, glorificador en el apogeo, soberano sin trono, omnipotente en las alturas, mártir y víctima en el derrumbe funesto de su torturada vida.

En Africa peleó como un bravo, y en Méjico se retiró como un valiente; que más valor necesitó Prim para retroceder en Méjico, que alientos hubo de menester para avanzar en Castillejos.

No es, pues, de extrañar que, ante héroe de tan acumulados sucesos y ante existencia tan vibrante y de tan varios destinos, la figura de Prim se agigantase tomando toda suerte de fantásticas visualidades, y se contaran de él casos extraordinarios y cosas singulares, entre historias y leyendas, fábulas y veras, allá en las noches de invierno, cuando las familias se

reúnen junto al hogar, al amor de la lumbre, en el vivaque, en el cuarto de banderas, en la tienda de campaña, en las granjas y masías perdidas por el fondo de las montañas, á bordo de las naves que son el hogar del marino, en la choza de los labriegos, en la opulenta morada de los próceres..., en todas partes.

Decían unos que el general era invulnerable en las batallas porque llevaba un talismán, y que cuantas veces se olvidó de colgarlo á su cuello, otras tantas fué herido como en castigo de su descuido.

Decían otros — y esto se lo oí yo mismo á unas mujeres de Bourg-Madame, en cierta ocasión en que andábamos ocultos y á salto de mata por la frontera, — decían otros, repito, que Prim llevaba una espada maravillosa, templada durante una noche de luna en las aguas del estanque de Lanós por las mujeres *encantadas* que allí residen, según tradición de los Pirineos muy corriente en aquellas comarcas.

Algunos no se explicaban ni daban cuenta de cómo aquella mano del general, que parecía mano de dama por lo delgada y fina, propia sólo para calzar guante de salón, podía tener fuerza para derribar á un hombre de una cuchillada, según aconteció varias veces.

En la guerra de Africa, los soldados, al oír el clarín llamando á ataque, decían: « Ya tocan la polca del general Prim ».

Se contaba de él, y era verdad, que hallándose de capitán en el sitio de Solsona mandando fuerzas avanzadas, recibió un parte en el preciso momento de ir á sentarse á la mesa con sus camaradas. Le advertían que se preparase para el asalto. En el acto se acercó á la mesa, y cogiendo en sus manos la humeante cazuela, que arrebató al apetito vehemente de sus comensales, la estrelló contra unas piedras, diciendo: «Señores, hoy vamos á cenar dentro». Y así fué. Y á los pocos instantes Prim subía al asalto en atreviente acometida, apoderándose con arrojo temerario de una puerta de Solsona, por la que entraron las tropas liberales.

Otra vez, en Barcelona, en época en que más hervían las pasiones y más enconados estaban los ánimos contra Prim, éste apareció de repente en la ciudad. Al circular la noticia de su llegada, alborotóse el pueblo y ardió en iras, arrojándose la multitud á la Rambla en busca del general y á los gritos repetidos de *¡Muera Prim!* Se hallaba éste tranquilamente en una casa de la contigua calle del Conde del Asalto, rodeado de amigos que le instaban á que se ocultase y desapareciese; pero él, todo lo contrario, tomando en su mano un cimbreante junco para que le sirviera, no de bastón, sino de juguete, se salió á la calle y se fué á pasear solo por la Rambla. Al verle así,

en reposo y calma, sin alarde alguno ni jactancia, tranquilo y sosegado, como quien va de paseo ignorante de cuanto ocurre, se operó repentinamente una reacción. Cesaron los gritos, se apaciguaron los ánimos, se extinguió el incendio, y de furiente y tempestuosa, se trocó la muchedumbre en pacífica y asombrada, retirándose poco á poco y respetando al general en su paseo.

En la jornada de Castillejos, cuando iba á empuñar la bandera, en lo más crítico del combate, cuando las balas llovían á granel á su lado, atorbellinándole entre una tempestad de fuego y de plomo, cuando, jinete en su caballo, presentaba blanco seguro para el enemigo, los mismos soldados le instaban á retirarse por temor de que pudiese ser herido y perderse la batalla al caer el caudillo; pero Prim contestaba: «No, no hay cuidado. Todas las balas llevan sobre, y ninguna de ellas lo trae para mí».

También en Africa, víspera de una batalla, llegaban al campamento los voluntarios que á su costa enviaba Cataluña. Era entonces Prim general comandante del segundo cuerpo de ejército, y, encargado de recibir á los voluntarios, dirigióles en catalán una arenga que electrizó á cuantos la oyeron. O'Donnell, el general en jefe, advirtió que aquellos voluntarios parecían faltos de instrucción. «Mi gene-

ral — le contestó Prim, — mañana se instruirán en el combate.» Anochecía, y los oficiales catalanes se acercaron á Don Juan para decirle que no tenían tiendas donde dormir. «¿Tiendas? — dijo el general. — ¡Tiendas! Las tiendas están allí — añadió, señalando al campamento de los moros, — y hay que ir á recogerlas. Mañana, cuando las hayáis tomado, dormiréis en ellas.» Y así ocurrió al día siguiente, que fué el de la célebre batalla en que Prim penetró en el campamento enemigo, entrando á caballo por una tronera.

Y así, por el estilo, todo linaje de cosas. Y así, contando sucesos del general, refiriendo hechos de su vida, pasajes de su historia, revuelto todo á veces con fábulas y consejas, por lo dado que es el vulgo á lo desconocido y maravilloso, así es como llegó á convertírsele en un tipo ideal, gozando de una prerrogativa que pocos mortales alcanzaron y ninguno como él en este nuestro siglo tan positivista y práctico.

De este modo llegó Prim á ser héroe de leyenda en vida.

III

He dicho ¿no es verdad? que su vida fué una tempestad.

A la muerte de Fernando VII estalló la guerra civil. Dos grandes partidos se lanzaron al campo con las armas en la mano, liberales y absolutistas.

Juan Prim, que sólo contaba entonces diez y nueve años, sentó plaza como soldado distinguido en el batallón de cuerpos francos llamado de *Tiradores de Isabel II,* pasando á los dos meses á ocupar la de cadete como hijo de padres nobles.

Cadete, pues, en 1834, en 1836 era ya teniente, en 1837 capitán, en 1838 segundo comandante, en 1839 mayor de batallón y comandante primero, y en 1840, al terminar la guerra civil con la rendición de Berga, coronel. Apenas si tenía entonces veintiséis años; había tomado parte en treinta y cinco acciones de guerra, había recibido ocho heridas y estaba condecorado con la cruz de los valientes, la cruz de San Fernando.

En el torbellino de estos seis años de guerra realizó actos heroicos, hechos y arrojos de valor temerario. Vivos están aún, brotando

sangre, los anales de aquella guerra, las gestas de aquellas jornadas.

El pueblo de San Hilario le vió decidir una acción dudosa, al apoderarse de la bandera carlista en lucha cuerpo á cuerpo con el abanderado. El de Vilamajor, convertido en verdadera ciudadela, le vió penetrar en su recinto, al frente de su compañía, en medio de una granizada de balas, recorrer sus calles y apoderarse de la plaza. También en Taradell luchó brazo á brazo con un lancero carlista, al que dió muerte, llevándose por trofeo sus armas y su caballo. La plaza de Ager, con su fortificación imponente y con su fama de inexpugnable, erizada de trincheras y baluartes, vióle un día acercarse al frente de tres compañías, tomar á viva fuerza su principal reducto y dar el asalto á su brecha. Los ecos de la infortunada Ripoll, duramente cercada por el general conde de España, repiten todavía el nombre de Prim, que fué de los que acudieron á salvarla con la hueste libertadora, siendo aquélla una de sus más gloriosas jornadas.

Apenas si existe un sitio en Cataluña que no guarde memoria de sus hechos y de su nombre.

Hablan de él los campos de San Quirse, de Malafagall, de la Atmella, de Biosca, de Peracamps; viéronle subir á sus almenas los muros de Solsona; las riberas del Ter y del Llo-

bregat loan su nombre; los riscos de la Sagarra, las crestas de Montserrat, los valles del Montseny, las cumbres del Pirene, recuerdan sus hazañas.

¡Y así! Y con estos y otros actos ganó sus grados, sus empleos y sus cruces, siempre en el campo de batalla y á la vista de sus jefes los generales Valdés, barón de Meer y Van-Halen, que fatigaron á fuerza de encomios el papel de sus partes oficiales.

Después del torbellino de la guerra civil, vino el de la política. Afiliado Prim al partido progresista, que era el que más imperiosamente hablaba á los sentimientos del ciudadano y á los arrestos del soldado, fué á las Cortes como diputado de Reus, su villa natal.

Tomó parte muy activa y señalada en todos los grandes sucesos que vinieron entonces á conmover á España, especialmente en Cataluña, donde contaba con un núcleo de hombres valerosos y patriotas decididos, á él personalmente adictos, y que formaron la base del grupo político que tomó el nombre de *primista*.

Ya la historia refiere y ha juzgado aquellos sucesos, en cuya narración y comento no he de entrar aquí.

En lucha abierta también, hermanos contra hermanos, progresistas contra moderados, Prim ganó bravamente sus empleos de briga-

dier y general y su título de conde de Reus. Unas veces defendiendo á Reus, otras sitiando á Gerona y á Figueras; en las jornadas memorables y sangrientas de San Andrés y Mataró; en sus luchas con la Junta Central de Barcelona, cuya causa hubiera de seguro coronado la victoria si Prim, como era de esperar entonces, le hubiese prestado el apoyo de su brazo, el arranque de su valor y la popularidad de su nombre; en toda aquella terrible, cruel y sangrienta campaña, siempre se le vió enérgico, activo, valiente y bravo.

Los que en aquella ocasión, del lado de los centralistas, estábamos á su atisbo, nos veíamos precisados á admirarle y á maldecir de una suerte que tan poco generosa estuvo con nosotros al ponerle á él entre nuestros contrarios.

Pero por fin, ya más sosegados los tiempos y con sol de esperanza, llegamos á terrenos en que pudimos volvernos á encontrar como amigos y como hermanos.

El conde de Reus volvió á ser diputado en Cortes, donde se reveló como tribuno y orador; fué de capitán general á Puerto Rico, cuya isla le recuerda con amor y con orgullo; pasó más tarde con lucida comisión militar al teatro de la guerra de Oriente, donde tantos intereses se debatieron en aquella lucha internacional, y regresó á España tan pronto como

triunfó la revolución de 1854, iniciada en Vicálvaro por el general O'Donnell y asegurada por la aparición del duque de la Victoria en Zaragoza.

Sensación causó y celebridad tuvo el manifiesto que entonces dirigió al país el conde de Reus, haciendo precisa y categórica declaración de sus principios liberales, por lo cual Cataluña le eligió nuevamente por su diputado en las Cortes Constituyentes que fueron convocadas.

Durante aquel período fué nombrado teniente general y también capitán general de Granada, siendo en esta ocasión cuando pasó á París para efectuar su enlace con Doña Francisca Agüero, ilustre dama, heredera de gran fortuna, la que fué su amante esposa y su compañera inseparable.

Al caer la situación liberal, volviendo á subir Narváez al poder, Prim fué reelegido por Cataluña é hizo en aquellas Cortes gallarda campaña de oposición á los moderados.

Vino luego el triunfo del que se llamó partido de *Unión liberal;* O'Donnell fué llamado á regir los destinos de la nación, y el conde de Reus nombrado senador del reino.

Después, después... la guerra de Africa, aquella expedición gloriosa que despertó tantos entusiasmos, que unió tantas voluntades, que alcanzó tantos lauros.

En los campos de Africa, donde sirvió á las órdenes del general en jefe O'Donnell, primero como comandante de la división de reserva, y luego, al enfermar el general Zavala, como general comandante de la segunda división, fué donde Prim conquistó su título de marqués de los Castillejos con la grandeza de España, que le dió la Reina, y su otro título de *bravo entre los bravos,* que le dieron el ejército y el pueblo.

La campaña de Africa coronó su popularidad en España y fuera de ella. El conde de Reus dejó de ser en aquella ocasión el hombre de partido para el pueblo español, que le aclamó y exaltó como una gloria nacional.

La verdad es que Prim apareció en aquellas circunstancias y se ofreció á los ojos de todos circundado por una aureola espléndida de luz, como encarnación genuina del tipo español, con todas aquellas hidalgas bravuras y con todos aquellos romanticismos épicos que han hecho de España la nación por excelencia poética y caballeresca.

Pero todavía, todavía estaban para venir sucesos que habían de levantar á Prim y alzarle á más elevadas cumbres.

¿He de recordar lo de la campaña de Méjico?

Fué allí donde el conde de Reus asombró á España, á Francia (á Francia principalmen-

te), á Inglaterra, al mundo entero, con la virilidad y energía de su carácter, con el tacto y la política de su conducta, con el sereno valor que tuvo — y necesitaba tenerlo muy sereno — para recoger la tremenda responsabilidad de retirar las tropas españolas.

El conde de Reus había sido nombrado en 1861 ministro plenipotenciario de España en Méjico y general en jefe de la expedición española que allí fué en combinación con otras fuerzas que mandaron también Inglaterra y Francia.

Llegó Prim á Veracruz, tuvieron lugar las célebres conferencias de los representantes de las tres naciones, y se acordó, haciéndolo público, que la expedición *no iba encaminada á realizar ningún plan de conquista, ni á intervenir en la política ni en la administración de la República Mejicana.*

Pero no eran estas las miras ni las intenciones de Francia; es decir, de la que entonces era Francia de Napoleón III. En cuanto Prim advirtió que á lo que allí se iba era á cambiar la forma del país y á imponer un monarca extranjero, no quiso que el pabellón español fuera á cubrir mercancías de traición, siendo cómplice de fraudes, y ordenó la retirada de las tropas españolas, poniendo término á su misión. Como arrogantemente dijo más tarde al Senado, en un discurso que fué

célebre, España no podía consentir en aquello, porque *España tiene política propia y puede y debe ejercer actos de independencia, sin ser jamás instrumento de ninguna otra nación, por poderosa que sea.*

Nunca Napoleón III perdonó al conde de Reus. La verdad es que éste le había arrojado su guante.

Gran estruendo produjo en España y en el mundo todo el acto del general marqués de los Castillejos. No tardó el tiempo en venir á darle la razón, y se vió que, por su actitud, su prudencia y su valor, había evitado á España larga serie de conflictos y compromisos. También se retiró Inglaterra; Francia quedó en descubierto, y de ella fué la responsabilidad de la gran catástrofe que ocurrió bien pronto.

Desde aquel día, Prim se ganó la voluntad de las naciones, y á todas mereció el concepto de ser uno de los políticos más eminentes de Europa.

El héroe de leyenda se había convertido en hombre de Estado.

IV

No hay que decir cómo ni por qué volvió á entronizarse la reacción.

Cosa es bien sabida de todos... y de algunos bien deplorada.

El general conde de Reus estaba en la emigración. Echando el cuerpo avante, como solía, y con valor heroico, se pronunció poniéndose al frente de un movimiento militar, que fracasó por desgracia, y con las tropas pronunciadas hubo de refugiarse en Portugal, desde donde pasó más tarde á otros países extranjeros, en alguno de los cuales, lejos de hallar protección y apoyo, cosechó sólo persecuciones y tristezas. En Bélgica es donde pudo hallar más tarde tranquilidad y reposo, pero el reposo de Prim era el del romance *(Mi descanso son las armas...)*. Su cerebro en ebullición y su actividad pasmosa no le abandonaban un momento. Su idea fija era la de la libertad en España.

Los que hoy viven y pululan, moviéndose en todos los órdenes, más quizá que para proclamar ideales para satisfacer revoltosos apetitos y pasiones alborotadas, no saben ni figurarse pueden lo que era entonces el culto que en España se rendía á la libertad, y de qué

modo, con qué entusiasmo y cuánta fe, corriendo los mayores peligros y jugándose la cabeza, se trabajaba por la santa causa.

¡Ah! ¡La libertad! ¡La causa santa! Esto hace reír, ya lo sé, á la gente del día y á esa runfla de juventud flamenquista y churrullera que hoy nos invade. En aquel tiempo, el pronunciar sólo aquellas palabras, por las cuales tantos hombres fueron á las barricadas y tantos al patíbulo, hacía llorar..., y llorar lágrimas de sangre. Tiempo por tiempo, yo estoy por aquél todavía. Como cada uno tiene sus gustos, y de gustos no hay nada escrito, me va mejor aquel de los idealismos, donde al menos había corazón, que este de los modernismos, donde todo es faramalla y zurriburri.

Desde su ostracismo, Prim organizó movimientos y sublevaciones, de acuerdo con las juntas revolucionarias secretas que se establecieron en varios puntos. El centro de estas juntas radicaba naturalmente en Madrid, pero había otras que, de acuerdo con la central, contribuían poderosamente á los trabajos revolucionarios, y era entre ellas la más importante la de Barcelona, de que yo formaba parte como secretario, siendo por esta circunstancia uno de los que más íntimas y secretas relaciones sostuve con el general. Todo cuanto intentamos fracasó, y esto que más de una vez el general, arrostrando riesgos y compro-

metiendo su vida, aparecía secretamente en los puntos designados, para ponerse al frente del movimiento.

Sólo conseguimos por el pronto aumentar el número de emigrados y proscritos, quienes fueron arrojados al extranjero por el fracaso de la empresa, la tiranía de los gobernantes y las persecuciones implacables que contra ellos se llevaban á cabo.

Llegó un momento en que toda la España liberal se encontró proscrita, ó poco menos. Los jefes más eminentes del progresismo estaban emigrados ó fugitivos, los generales de la Unión Liberal desterrados, los hombres de acción ocultos trabajando en el secreto de las sombras y del misterio, la prensa muda, la tribuna silenciosa, la libertad amordazada.

También á mí me alcanzó la vez.

Se nos torció la empresa que proyectábamos en Barcelona con un regimiento que, en cierto día y á hora determinada, debía sublevarse en el cuartel del Buen Suceso al grito de libertad.

Muchas veces las esperanzas se malogran por adelantarse. El caso es que los que estábamos comprometidos tuvimos que salir escapados para la frontera, adonde pudimos llegar por milagro y no sin riesgo.

Triunfó por fin la revolución.

Cayó el Gobierno, y con él la dinastía, ó al

revés, para decirlo más propiamente; cayó la dinastía, y con ella el Gobierno.

La llegada de Prim á Barcelona fué un delirio; su entrada en Madrid, un arrebato.

Prim fué ministro de la Guerra del Gobierno provisional y presidente del Consejo de Ministros luego, cuando, reunidas las Constituyentes, elevaron éstas á regente del reino al duque de la Torre.

No es posible explicar lo que fué la vida del conde de Reus, y con la suya la de todos nosotros, durante aquel período constituyente, de fiebre política, de agitación, de lucha, de zozobra, de responsabilidades, de eventos y de catástrofes.

Era Prim la figura más descollante de la revolución. Fijábanse en él las miradas de todos. Era el punto de mira de Europa y del mundo. De él la gloria, pero sobre él la pesadumbre de los sucesos y la responsabilidad del porvenir.

¡Cómo se engañaron muchos creyéndole un ambicioso vulgar!

Y no sólo en España, en el extranjero. En Francia, en Italia, en Alemania, en todas partes, muchos pensaban que Prim jugaba con cartas dobles. Se creía que aspiraba personalmente al trono de España, y que las negociaciones, tan sigilosamente llevadas para encontrar un monarca, eran sólo un pretexto para

mejor encubrir sus deseos personales y mejor disfrazar su ambición.

Es verdad que algo había en la atmósfera. No faltó, de ello soy yo buen testigo, no faltó quien le propuso un día que se hiciera dictador para luego convertirse en César; pero recuerdo perfectamente las palabras airadas con que rechazó semejante propuesta.

Hubiera podido intentarlo, ya hoy puede decirse, y hubiera tenido á muchos á su lado; pero yo, que creía conocerle á fondo, dije siempre y sostuve que en su alma nobilísima y en su gran corazón no cabían pasiones bastardas.

Cuando los diputados constituyentes de su intimidad fuimos llamados por él un día y consultados confidencialmente, todos indicamos para el trono vacante la candidatura de Don Fernando de Portugal. Este era el candidato de Prim, y éste también el ideal de la revolución de Septiembre.

Don Fernando no fué rey de España porque no quiso.

Descontado Don Fernando, volvieron á comenzar las negociaciones, seguidas por el conde de Reus con gran empeño, y acabaron por fijarse en el duque de Aosta.

Precisamente en aquellos momentos España se erizaba y hervía en pasiones, en tumultos, en delirios, en clubs, en amenazas,

en gritos, en algaradas, en bullaje de gente por las asambleas, en perturbación de orden por campos y ciudades, en alteración de ánimos por todas partes. Más que nunca se agitaron entonces las segundas filas del partido republicano, movidas principalmente por aquel su famoso periódico titulado *El Combate*, que era su triste Evangelio.

Todos los hombres de orden, todos los espíritus serenos acudían á Prim, y á él iban los votos de todos. Pedíanle que pusiese término á aquel estado de verdadera anarquía, y le empujaban á la dictadura.

—No, y cien veces no—contestaba el general.—No es un dictador lo que hace falta, es un rey. Por el camino de la dictadura sólo se va á la tiranía; y yo, que me levanté contra la tiranía de arriba, soy más enemigo aún de la tiranía de abajo. Lo que debe hacerse es votar al rey y traerle. Cuando venga se acabará todo. Aquí no habrá más grito que el de ¡Viva el Rey! Ya haremos entrar en caja á todos esos insensatos que sueñan en planes liberticidas, confundiendo el progreso con el desorden y la libertad con la licencia. Esto le oí decir muchas y repetidas veces, como sentimiento profundo de su conciencia, y parecidas, más pronunciadas todavía, fueron las palabras ya referidas que me dirigió en la estación de Madrid al despedirme para Italia.

Allá fuimos; de allá trajimos al rey.

Cuando llegamos con éste, Prim ya no existía, víctima de asesinos ignorados y cobardes, que mataron en la sombra y huyeron con ella.

Y ya no digo más en estos apuntes. Verdad, sí, que algo más pudiera decir; pero supongo que se dirá con el tiempo.

También hay voces de ultratumba.

Lo que sostengo, para terminar estas líneas, es que Prim no pensó nunca en ser dictador ni César.

No debiera haber hombres necesarios..., ya lo sé; pero los hay. Los hacen las circunstancias.

Prim lo fué, lo era en aquellos instantes supremos para España.

¡Ah! Tan mal empleada está la muerte en aquel de quien todo lo espera un pueblo, como la vida en aquel de quien nadie espera nada.

Villanueva y Geltrú, Casa Santa Teresa, Enero de 1896.



SAN JUAN DE LA PEÑA

SU HISTORIA Y SUS TRADICIONES

SAN JUAN DE LA PEÑA

Su historia. — Sus tradiciones. — Sus leyendas.
Sus recuerdos. — Excursión al monasterio.

I

Entre los recuerdos que de mis excursiones por Aragón conservo, es, seguramente, el más permanente y vivo el de un viaje que hice al monasterio de San Juan de la Peña al promediar este siglo, allá entre los años de 1847 á 1850.

Me acompañaba en aquella excursión Gregorio Amado Larrosa, amigo querido, compañero de mi juventud, aragonés, hijo de Jaca, poeta excelente y excelente prosista, autor de varias obras literarias, entre ellas, si no recuerdo mal, un drama en verso titulado *Odio á muerte,* que se representó en Barcelona con gran éxito, y redactor que fué luego, con Mañé y Flaquer, del *Diario de Barcelona.* Murió Larrosa hace algunos años, y ya nadie se acuerda

de él, sin embargo de haber prestado eminentes servicios á las letras patrias.

Pláceme aprovechar esta ocasión para tributarle este recuerdo, que consagro á su buena y querida memoria con todos los cariños y todos los homenajes del alma.

Tenía yo idea de haber escrito algo relacionado con aquel viaje que hice con Larrosa desde Jaca á San Juan de la Peña, algo así como recuerdos, apuntes, impresiones ó memorándum, y, en efecto, hube de encontrarlo hace poco entre borradores y cuadernos de aquella época lejana, amontonados hoy en los archivos de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú.

Publico estas impresiones tales como fueron pensadas y escritas, que no quiero borrarles su color de época, en forma de leyenda romántica, con todos los sellos, arreos, menesteres y atributos de lugar y tiempo. Me limito sólo á corregir algún error de fondo y á enmendar descuidos de forma.

Acaso estas páginas parezcan fuera de uso; que no se escribía en aquellas épocas como ahora. Se dejaba entonces campear libre la fantasía, que hoy se reprime; se perseguían y se tenían ideales que hoy ni se persiguen ni se sienten, y se procuraba dar amenidad al escrito, lo cual hoy no se juzga muy necesario. Pudo estar equivocada, no digo que no, la

juventud de aquella época, pero también creo que puede estarlo la presente.

Y dicho sea esto con todos los respetos debidos, porque soy muy inglés, ó muy catalán de raza; que los catalanes antiguos tenían esta cualidad, generalmente atribuída hoy á los ingleses. Soy muy amante de mi fuero, pero muy respetuoso para el de los demás. Quiero ser respetado, y respeto.

Y ya, con haberme metido en tales trotes, á fuer de andorrero, me interesa decir algo que creo pertinente al ocuparme de tradiciones y recuerdos de San Juan de la Peña.

Traté un día de investigar, mejor dicho, de ahondar en los orígenes y verdad de la historia del reino de Aragón, que es magna historia.

Estudié, investigué con ardor, con entusiasmo, y sobre todo con fe, y adquirí — como hombre honrado lo digo — la convicción de que hay en los aparatos primiciales de aquellas historias algo que podrá ser y será leyenda de seguro, pero hay también en aquellas leyendas mucho, muchísimo, que es historia.

Se confunden y se compenetran la historia y la leyenda de tal modo, que es muy difícil, cuando no imposible, penetrar en el campo de áquélla sin cruzar por los terrenos de ésta.

Y porque tengo esta convicción, acerca de

la cual me extenderé con más espacio algún día, es también por lo que, al trasuntar hoy aquí mis apuntes de entonces, quiero dejarlos en toda su integridad, con todo su amor y todos sus colores, no sin antes aprovechar esta ocasión, que considero oportuna para decir algo tocante á lo que, según mi opinión, debe entenderse por leyenda.

Al decir de nuestra Real Academia Española, leyenda es «relación de sucesos que tienen más de tradicionales ó maravillosos que de históricos y verdaderos».

Así será, y así es, no lo dudo y lo respeto; pero debe consignarse, sin embargo, que la leyenda es siempre hija de una tradición, y parte ó dimana de un hecho, es decir, de un suceso que lo mismo se puede agrandar dándole proporciones, colores y luces, que reducir y empequeñecer con juicios y supuestos. Verdadero, pues, en parte ó en todo, el suceso existe, y, por lo mismo, la leyenda parte de un hecho que siempre tendrá algo de *símbolo*, es decir, de una cosa que por representación, figura ó semejanza, da á conocer ó nos explica otra.

En este sentido es como admito y acepto la leyenda en historia.

II

Caído el imperio godo á orillas del Guadalete, fueron los moros internándose y avanzando hasta apoderarse casi de todas las regiones españolas.

Como tantas otras plazas y ciudades, Cesaraugusta, la que más tarde debía ser nuestra insigne Zaragoza, hubo de caer en manos de los invasores.

Aquellos de sus hijos que pudieron escapar á la matanza y cuantos se negaron á someterse ó aceptar la ley del vencedor, fueron á buscar un asilo en los Pirineos. Allí se refugiaron, y allí, desparcidos por sus fragosidades y sus bosques, se procuraban un asilo en las cuevas de los montes ó se amparaban de miserables chozas junto á enriscadas peñas. Así vivían fugitivos y proscritos.

Llegó un día en que, agrupando sus familias y despertando su ánimo, decidieron reunirse en un sitio común y levantar un pueblo que servirles pudiera de hogar, asilo y fortaleza.

Escogido el sitio, ancianos, mancebos, mujeres y niños, congregaron todos sus esfuerzos, y en la explanada de un monte co-

menzaron á labrar una fortaleza, á que dieron el nombre de Pano, tomándolo del monte.

Ya estaba algo avanzada, próximas á terminar sus primeras torres, de pie algunos lienzos de muralla, ahondándose los fosos, cuando cierta tarde, al encontrarse dos gallardos mancebos, que iban y venían ocupados en sus faenas, díjole uno al otro:

—Félix, ¿viste á nuestro padre?

—No ha vuelto aún — contestó Félix. — ¿Por qué lo dices, Oto?

— Porque me inquieta su tardanza y quiero salir á su encuentro.

Diciendo esto, soltó el azadón que llevaba al hombro, ciñóse sobre la enmallada cota el cinturón de cuero de que pendía su *scrama,* puñal muy agudo de los godos, cubrió su frente con el morrión ó capacete, que había soltado á fin de estar más libre para el trabajo, y dispúsose á salir de la zanja.

—Espérame, Oto. Yo te acompaño — dijo Félix.

En aquel momento sonó una voz á oídos de los jóvenes. Era la de uno de sus compañeros, que trabajaba en lo alto de la zanja.

— ¡Ah! Ya está aquí el viejo de los cabellos blancos.

Ambos jóvenes se detuvieron. El anciano de los cabellos blancos era su padre, de aquel modo llamado por los proscritos cristianos

que se dedicaban á levantar la ciudad de Pano.

En efecto, un anciano de venerable figura se adelantaba lentamente, apoyado en su báculo y seguido de varios hombres, con quienes había salido por la mañana á cortar pinos y robles del vecino monte.

Acudieron solícitos sus dos hijos ofreciéndole sus brazos, que el anciano aceptó, sonriendo con gratitud, pero con tristeza.

— Padre — le dijo Oto mientras le acompañaba á un vasto cobertizo, cubierto por groseras telas colgadas de los árboles, que servía de refugio y casa á las mujeres, ancianos y niños, ínterin los hombres trabajaban en levantar la fortaleza. — Padre, tu rostro está más sombrío que de costumbre. ¡Estás triste, padre!

— ¡Triste! ¿Fáltame acaso motivo? Nos arrojaron de nuestra ciudad como á un tropel de siervos, y, para borrar todo recuerdo, hasta han cambiado su nombre llamándola Saracusta. Hijos míos, tiempos bien infelices hemos alcanzado. En era bien desgraciada vinimos. Esta misma Pano, que hoy levantamos en las entrañas del bosque, oculta entre las peñas y malezas como una guarida de lobos; esta Pano, nuestro último refugio, nuestra única esperanza, ¡quién sabe si existirá mañana! ¡quién sabe si esta misma noche caerá

sobre ella un torrente de moros, y cuando amanezca el sol habrá ya quedado solitario y olvidado el sitio en que unos pobres proscritos quisieron con loca temeridad elevar un alcázar!

El anciano, al decir esto, enjugó una lágrima y se volvió hacia Pano, que mostraba sus dos primeras torres bañadas por los postreros rayos de un sol purpúreo, que parecía enviarle en aquel beso de la tarde su triste despedida.

—¡Pano, Pano! — murmuraba el anciano. — ¿Estás quizá condenada á morir antes de nacer? Ese sol que tiñe de color de sangre tus nacientes torreones, ¿es acaso el último que te alumbra? ¿Será también tu suelo inhospitalario para los hijos de Cesaraugusta? Las torres que sus manos elevaron, ¿han de caer sobre sus cadáveres insepultos?... Pano, Pano, tu existencia está marcada por el dedo del Eterno. ¡Dios quiera que en lugar de refugio de fugitivos no seas asilo de muertos!

—¡No te decía yo, padre!—exclamó con voz melancólicamente dulce el joven Oto; — tus palabras brotan hoy tristes de tus labios. El dolor vive en tu alma.

—Dejadme sentar aquí, hijos míos — dijo el anciano señalando una piedra al pie de uno de los pinos que sostenían la tienda ; — desde aquí puedo ver entera á nuestra Pano, y quie-

ro contemplarla, quiero acariciarla con mi mirada, como la acaricia ahora el sol que parte.

El anciano se sentó en la piedra. Sus hijos permanecieron de pie á su lado. Hubo un largo rato de silencio. En el ínterin, el sol fué perezosamente recogiendo sus rayos, y el crepúsculo, con su incierta luz, derramó un tinte pálido sobre la naciente fortaleza, como si la envolviera con un sudario.

—Escucha, Oto — dijo de pronto el anciano con voz trémula; — escucha tú también, Félix. Acercaos á mí para que el rumor de mis palabras no llegue á más oídos que los vuestros.

Oto y Félix se arrodillaron cada uno al lado de su viejo padre, que puso sus manos sobre sus cabezas y las acercó á su pecho con un tierno abrazo.

— Oíd — les dijo en voz baja. — Esta tarde, al retirarnos del monte, terminada que fué nuestra tarea, y al cruzar por delante del pico del Mediodía, esa cumbre de los Pirineos que parece querer agujerear las nubes, un gemido lúgubre, un grito inexplicable de agonía sonó tristemente en mis oídos. Detuve mi paso y escuché. El grito se volvió á repetir, semejante al quejido que lanzaría una mujer llorosa, y en seguida sonó una especie de melodía fúnebre que se ha prolongado por largo espacio.

Oto se estremeció. El anciano, que sintió

aquel estremecimiento, adivinó sin duda el motivo que le causaba, porque se volvió hacia su hijo mayor y le dijo como si contestara á una pregunta que no se le había hecho, pero que había adivinado:

—Sí, Oto, sí, hijo mío, era la Maladeta, la peña en la cual suena prodigiosamente una lúgubre armonía cuando va á ocurrir alguna gran desgracia. Es una reunión de voces clamorosas, como el rumor que pudiera dejar oír á lo lejos todo un pueblo llorando. Mi corazón se ha entristecido; y cuando el prodigio cesó, volví á continuar mi camino con los ojos bañados en lágrimas. Un triste presentimiento me asaltó. Pero esto no era nada todavía...

Y aquí el anciano estrechó aún más á sus hijos contra su corazón y su voz tomó un tinte sombrío.

—Nada todavía. Juzgad de mi sorpresa cuando al doblar la senda vi la cumbre del Cúculo, cumbre fatal, coronada de nieblas más negras que la noche, enroscándose á su picacho como un turbante. Entonces ya no cabía duda. El prodigio era evidente, comprensible, claro, y mi corazón se rasgó de pena. Hé ahí por qué estoy triste, ¡hijos míos! Hé ahí por qué tiemblo por vosotros, por nosotros todos, por Pano. Vosotros lo sabéis; es tradición que jamás se ha desmentido. Cuando la Maladeta lanza su fúnebre

armonía y el Cúculo se corona de nieblas negras como la noche, una gran desgracia sucede en el monte ó en el valle.

Así dijo el anciano, y dejándose caer de hinojos entre Oto y Félix, añadió:

— De rodillas, hijos míos. Oremos, y ¡que el Señor nos halle prontos si acaso!...

Los tres balbucearon entonces una plegaria que debió de subir al cielo envuelta en las últimas luces del crepúsculo de la tarde.

Cuando se levantaron, ya las sombras inundaban el valle y Pano había desaparecido como tragada por las tinieblas.

— ¡Obscura es la noche! — dijo Félix ayudando á entrar á su padre en la tienda.

— Pero no tardará en asomar la luna — contestó el viejo.

Entraron en el vasto cobertizo, donde se habían ya recogido todos los futuros habitantes de Pano. Allí estaban, tendidos en el duro suelo, descansando la cabeza sobre el acerado morrión que les servía de almohada, todos aquellos hombres valerosos, sin más refugio ni asilo que la enriscada sierra y la soledad de los bosques. Las mujeres, abrazadas á sus hijos, que temblaban estremecidos por el cierzo frío de la noche, velaban el sueño de sus esposos, derramando en silencio amargas lágrimas, inspiradas por el recuerdo de la patria. Algunas hogueras colocadas de trecho en

trecho alumbraban con siniestros resplandores aquellos rostros macilentos, postrados por las angustias de la desesperación, del dolor y del hambre.

Era ya bien entrada la noche, cuando, como un pabellón izado repentinamente en el aire, asomó en el espacio la pálida luna.

El anciano de los cabellos blancos, que estaba tendido en el suelo, se incorporó y tocó con su báculo á Oto, que descansaba, pero sin dormir, á pocos pasos de distancia.

Éste se puso en pie y ofreció el brazo á su padre, que se levantó penosamente y salió de la tienda guiado por su hijo.

— Oto, hijo mío, extrañas ideas me asaltan, lúgubres presentimientos ruedan por mi mente prensándome el corazón.

El joven bajó la cabeza sin contestar.

— Oto, hijo mío, subamos á la torre. La luna te permitirá llevar tu mirada á lo más profundo del valle.

Oto, sin replicar una sola palabra, subió con su padre hasta la plataforma del torreón. Trepó el mancebo hasta alcanzar el parapeto, y desde allí tendió una mirada sobre el valle que se extendía á sus pies, y por el cual cruzaba, serpenteando como una cinta de plata, el río Aragón.

— ¿Qué es lo que ves, Oto? — gritó el anciano.

—Padre, veo un cuervo, negro como una maldición, batir sus alas sobre el pinar que está á espaldas de la tienda.

—Y ¿qué más ves, hijo mío?

—Aguardad; veo allá, en el fondo del valle, una línea blanca junto al río. Parece como que el río se hubiese dividido en dos brazos.

—Observa bien.

—Es extraño, padre. De en medio de esa línea blanca brotan chispas, como si la luna arrancara rayos de unas láminas de plata.

—Observa mejor.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Esa línea blanca es una hueste de moros!

—¡Misericordia de Dios!—gritó el anciano cayendo de rodillas.

—Sus blancos turbantes lucen á los rayos de la luna como el brazo de un río, y las chispas que brotan son las que despiden sus armas. ¡Dios mío, es un ejército numeroso! Va introduciéndose en la garganta de la sierra, como si tratara de encaminarse hacia aquí.

—Hacia aquí se encamina, hijo mío. El corazón me lo dice. ¡Baja!

Oto descendió de la almena. El anciano le recibió en sus brazos.

—Padre—dijo el arrojado mancebo,—voy á dar el grito de alarma. Si vienen á buscarnos hasta nuestro último refugio, el combate será sangriento; nos defenderemos como leones.

El anciano de los cabellos blancos puso una mano, trémula, sobre la cabeza del gallardo mancebo.

— Oto — le dijo, — el momento es solemne. Dentro de pocas horas ya no existiremos y nuestras almas habrán volado al seno del Dios de las misericordias, mientras que ni uno de nosotros quedará, tal vez, para derramar un puñado de tierra y una lágrima de dolor sobre nuestros cadáveres insepultos. Oto, hijo mío, tú eres valiente y joven, y acaso por milagro de Dios puedas salvarte. Si lo consigues, no olvides entonces mis últimos consejos. Desprecia el lujo y la afeminación que ha perdido á la corte de Rodrigo y que á todos nos envolvió en su pérdida. Arroja lejos de ti la copa de oro realzada con piedras en que bebían los cortesanos, y no perfumes ni acicales tu cabello ante la plancha de acero á que se asoman las mujeres; vive para Dios y para San Juan Bautista, nuestro particular abogado; y si algún día te sientes con fuerza en el corazón, con fuego en la sangre, con vida en el alma, abandona el hueco de la peña en que te hayas refugiado, y uno á uno habla á todos los hermanos que encuentres, uno á uno recógelos, uno á uno llévalos contigo, y morid entonces como hoy moriremos nosotros, peleando por la religión y la patria.

Dijo el anciano, y el joven Oto besó su

mano, regándola al propio tiempo con sus lágrimas.

— Da ahora el grito de alarma, hijo mío.

Toda aquella población, que dormía pacífica, despertó sobresaltada. Oto les enteró en breves palabras del accidente que ocurría. Un momento bastó para que se juntasen sus caudillos, poniéndose de acuerdo.

Las mujeres y ancianos quedaron como en depósito en el torreón de Pano, que era donde mejor podían abrigarse de las flechas de los moros, y los pocos hombres con quienes se podía contar fueron distribuídos por las murallas comenzadas y tras las almenas, que empezaban sólo á mostrar sus dientes.

Colocados ya todos en sus puestos, esperaron.

No fué por mucho tiempo.

Aparecieron de repente los moros, lanzando alaridos salvajes.

Lucharon los cristianos como buenos, pero como buenos sucumbieron.

En aquel último altar de la religión y la patria, en aquel postrer baluarte de los godos, cayeron una tras otra las víctimas, haciéndose matar al pie de la torre que guardaba á sus hijos y mujeres, tratando, ya que más no podían, de cerrar la puerta con sus cadáveres.

En lo más confuso de la pelea, el viejo de los cabellos blancos fué separado de sus hijos,

uno de los cuales había ya recibido una herida defendiéndole. El anciano hizo cuanto pudo: peleó mientras tuvo fuerzas, pero sucumbió.

Hubo un momento en que cesó la resistencia; desde entonces todo fué carnicería sólo. Algunos moros fueron recorriendo el campo de batalla para acabar con los heridos, mientras que otros, en el interior del torreón, pasaban á cuchillo á niños y á mujeres. Sólo les faltó á los moros beber sangre.

En seguida, para hacer riza en todo, para no dejar ni huella de los godos, estacadas, murallas, foso, almenas, torreones, todo fué derribado con los mismos instrumentos que habían servido para elevarlo.

Y así acabó, antes destruída que edificada, la nonata Pano.

El crepúsculo matutino asomaba perezoso cuando los moros se retiraron dejando montones de ruinas y de cadáveres.

Una hora hacía, poco más ó menos, que partido habían, cuando uno de los cuerpos tendido en el foso empezó á moverse y agitarse. El aire fresco y puro de la mañana había hallado un germen de vida en aquel hombre, reputado cadáver por los árabes. No tardó en incorporarse. Un alfanje sarraceno había hendido su morrión y abierto un surco sobre su frente. El golpe más bien que la herida le hiciera caer, y de lo alto de la muralla los ene-

migos le habían arrojado al foso, donde fué la brisa matutina á encontrarle vivo.

Era Oto.

Levantóse bamboleando y lleno de contusiones; miró á su alrededor y vió sólo cadáveres y ruinas.

Arrastróse por entre aquellas calles de muertos queridos, tropezando con los cuerpos y resbalando en la sangre. Iba buscando al anciano de los cabellos blancos, y fué para esto pasando revista á todos los cadáveres, uno á uno.

Hallóle por fin. Postróse ante él, y oró.

Terminada su plegaria, puso su diestra sobre el cuerpo y pareció prestar un juramento.

En seguida cargó el cadáver sobre sus hombros, dirigióse á la tienda, y en el sitio mismo donde la víspera estuvo sentado el anciano despidiéndose de Pano, fué donde abrió una huesa y le enterró.

Cumplido este penoso deber, fué en busca de su hermano Félix, á quien, con gran sorpresa y fortuna, halló con vida todavía.

Entonces vendó con precaución sus heridas, fué á buscar agua con su casco en un manantial no muy lejano, rocióle con ella el rostro, y lleno de alegría y júbilo vióle por fin abrir los ojos.

— ¡Félix, Félix! ¡Hermano mío!

— ¡Oto! — murmuró Félix.

—Tu hermano, sí, pero no Oto. He olvidado este nombre. Ya no me llamo Oto. Hice un voto, y desde hoy en adelante me llamaré *Voto*.

III

Un año había transcurrido.

Los dos hermanos labráronse una vivienda en el monte, en sitio apartado, y allí vivían tranquilos esperando á que luciera el sol de la libertad para su opresa patria.

Voto, para distraer su fiebre de actividad y de impaciencia, se entregaba á correrías por la montaña y endurecía su corazón con el ejercicio de la caza.

Cierto día...

Y aquí sí que entramos de lleno en el campo de la leyenda; pero ¡qué hermosa, qué peregrina y qué santa leyenda la que recurre al milagro y al prodigio para que así hubiese de ser maravilloso el descubrimiento de la cueva destinada á ser cuna de la nación aragonesa! ¡Una leyenda, un milagro, un santo! ¡Dios, la religión, la patria! Todo esto, y más, era conveniente para consagrar el sitio donde debía alzarse el templo de las glorias y libertades de Aragón.

Cierto día iba Voto en persecución de un

ciervo que, veloz como una saeta, atravesaba valles y montes. Siguióle Voto con trabajo por la fragosidad del terreno hasta llegar á una llanura, donde el mancebo pudo dar rienda y espuela á su corcel, que salió disparado tras del ciervo. Hallábase ya cerca de su presa é iba á lanzarle el venablo, cuando de pronto, y como por encanto, el ciervo desapareció, precipitándose en un abismo. Reparó Voto en ello, vió el peligro, quiso refrenar el caballo, pero ya no era tiempo.

La leyenda dice que entonces Voto, inspirado en su devoción á San Juan Bautista, se encomendó á su santo patrón, y en el acto el corcel quedó inmóvil en los aires, sobre el abismo, tranquilo y sosegado como en tierra firme.

Asombrado Voto ante el portento, hizo retroceder su caballo, echó pie á tierra, y, por secreto impulso, quiso registrar el precipicio, donde algo creyó que podía existir para ser causa de aquel prodigio.

Comenzó, pues, á descender unas veces, y otras á subir, por entre zarzas, árboles y matorrales, y así llegó hasta el umbral de una cueva, en la que penetró con religioso temor.

Hubo de aumentar su pasmo al encontrar en ella un tosco altar abierto en la peña, con una efigie de San Juan Bautista, á que daban luz los resplandores de una lámpara moribun-

da, y tendido en el duro suelo el cadáver de un venerable cenobita, respetado por las fieras, que iban á matar su sed en un arroyo que corría por aquel misterioso y retirado sitio.

La cabeza del eremita descansaba sobre una piedra triangular, en la que se veían escritas unas palabras latinas, según las cuales el muerto era Juan, del vecino pueblo de Atarés, primer ermitaño de aquel lugar, retirado del siglo por el amor de Dios.

Juan era quien había fabricado aquella iglesia en honra de San Juan Bautista, y pedía que se diera sepelio á sus restos en aquel mismo sitio, donde tanto había orado y pedido por la libertad y restauración de la patria esclava.

Postróse Voto ante la imagen del santo é hizo formal promesa de seguir la obra y la misión emprendidas por el difunto anacoreta, yendo luego en busca de su hermano para cumunicarle su propósito. Félix no quiso abandonar á Voto, comprometiéndose á realizar la misma penitencia, y entrambos partieron al sitio donde se abría la cueva, sepultaron al muerto anacoreta, colocando como lápida de su huesa la piedra epigráfica, y, vistiendo sayales de humildes eremitas, allí se quedaron á orar en pro de la patria, tan cruelmente flagelada por las huestes del falso Profeta.

Un año transcurrió, y luego otro, y otro, hasta quince.

Un día, al amanecer, los dos hermanos oyeron lamentos y gemidos cerca de su cueva. Inmediatamente se dirigieron al sitio de donde partían, que era de entre unas matas, y hallaron desangrándose á un mancebo de gentil continente. Había sido herido por los moros, que fueron persiguiéndole hasta perder sus huellas.

Transportaron ambos hermanos al malparado joven á la cueva, donde solícitos le cuidaron y atendieron.

Por él tuvieron noticia de que en las montañas de Asturias un varón ilustre, llamado Pelayo por los cristianos y Belaij por los árabes, había tremolado el pendón de la independencia y de la cruz, y al frente de un puñado de resueltos astures montañeses había caído sobre numerosa hueste de moros, derrotándola al pie de Covadonga. Esta victoria había dado gran fama á Pelayo, y los reconocidos astures le proclamaron su rey.

Voto sintió arder su sangre al relato de la hazaña de Pelayo y creyó llegado el instante de no aguardar más, decidiéndose á salir de su cueva para cumplir el juramento, prestado un día sobre el cadáver de su padre, de morir ó triunfar por la libertad de la patria.

—Oye — díjole una tarde al huésped, ya restablecido completamente de sus heridas, — ¿conoces tú el camino que guía á las guaridas

donde se han retirado los más nobles caballeros?

—Sí — le contestó el huésped.

—Pues entonces, mañana, al rayar el día, partiremos.

En efecto, al día siguiente, Voto, dejando encomendada la ermita á su hermano Félix, partía lleno de entusiasmo y esperanza, é iba, como más tarde debía hacerlo Pedro el ermitaño, á buscar uno á uno á los guerreros que, agrupados bajo el pendón de la cruz, dieron comienzo á esa raza de héroes que hubo de asombrar al mundo con sus empresas.

Esta fué la obra del obscuro ermitaño de la cueva de Pano.

Voto vió á todos los guerreros que habían sobrevivido, reanimó el ardor apagado de los unos, atizó el entusiasmo de los otros, alentó á los débiles, conquistó á los fuertes, y á todos dió igual cita para día determinado en su cueva, en la gruta habitada tantos años por el piadoso Juan de Atarés.

Todos prometieron asistir.

Concluída su peregrinación, reunidos ya los elementos que debían formar aquella santa cruzada, Voto se dejó caer de rodillas y, cruzadas las manos, de lo íntimo de su alma partió un cántico de gracias para el Señor.

IV

Llegados el día y la hora de la cita, trescientos fueron poco más ó menos los que se juntaron en la cueva de Pano, que desde aquel instante pasó á ser, como la de Covadonga, monumento de honor y gloria en los anales de España.

Sólo que la suerte no ha favorecido por igual á entrambas.

Mientras que la cueva de Covadonga, con justicia notoria, sigue realzada y protegida, la de Pano, con injusticia flagrante, se halla en abandono y ruina, por todos y de todos olvidada.

Iba diciendo que trescientos fueron, y más aún, los congregados en la cueva.

Algunas teas alumbraban la soterránea estancia, reflejando su luz misteriosa en aquellos rostros de perfiles severos y marcado carácter. Casi todos eran hombres jóvenes y robustos, vistiendo trajes formados de pieles los unos, y ostentando los otros la sencilla túnica goda ó la cota enmallada que había comenzado á figurar en el reinado del infeliz Rodrigo. Todos iban también armados: quién con la gruesa maza de hierro, que debía ser más tarde el arma característica de la caballería;

quién con la espada de dos cortes llamada *spathus;* aquel con la pica heredada de los romanos; este con el *scrama* de aguda punta, y la mayor parte con el arco y las flechas de puntas de acero ó de betún inflamado, mientras que algunos llevaban enroscada á su brazo la tradicional honda, aquella terrible y poderosa honda que á tan gran distancia llevaba la certera y mortífera piedra.

Mientras se iban reuniendo los citados, los dos eremitas, Voto y Félix, de rodillas ante el altar, elevaban al cielo sus plegarias.

Cuando creyó llegado el momento, levantóse Voto y dirigió la palabra á los que habían acudido á su llamamiento.

Les participó el objeto para que fueron llamados, les habló de Dios, de la religión, de la patria opresa y esclava, y les dijo cómo era ya llegada la hora de su redención y libertad.

Y así, en aquella cueva del milagro patrióticamente hadada por la leyenda, en el silencio de la noche y del desamparo, envuelto en el misterio de las sombras y aguzado por el dolor de la patria, de pie sobre las gradas de aquel altar labrado en las entrañas del monte, inspirado como antigua pitonisa desde su trípode, pisando la sepultura del eremita santo á quien las fieras respetaran, influyendo en los unos con el ejemplo del milagro y la maravillosidad de la leyenda, excitando á los

otros con el encargo y misión que Dios les confiaba, moviendo á todos con el lastimoso cuadro de los duelos y desolación de la patria, así fué como encontró Voto palabras de fuego con que transmitir á los demás el que ardía en su alma.

Las palabras de Voto despertaron el sentimiento y produjeron explosiones de entusiasmo en aquellos corazones, que parecían muertos, indiferentes, duros y fríos para todo espíritu patrio. Así brota el fuego del pedernal cuando éste se siente herido.

—¡Un caudillo que nos conduzca al combate, y todos le seguiremos!—gritó una voz, y todos en seguida con ella.

—¡Elegid vosotros mismos el caudillo, y en el acto le rendiremos obediencia y homenaje! —dijo Voto.

Entonces fué cuando se fijaron las miradas de todos, como movidas por secreto impulso, en un varón de arrogante presencia que, apoyado en su formidable espada, permanecía junto á Voto. Era Garci Ximénez, señor de Amezcua y Abarzuza, según antiguas crónicas.

—¡Que sea nuestro rey y nuestro caudillo Garci Ximénez!—gritaron varios á un tiempo.

Y todos asintieron con verdadero frenesí de entusiasmo.

— Sea, en efecto — dijo entonces Voto adelantándose, — sea Garci Ximénez nuestro rey, cabeza y caudillo de la empresa; pero que él y cuantos le sucedan no olviden jamás que, como monarcas, han de estar sujetos á las leyes, para cumplirlas y para hacerlas cumplir.

Y pronunciadas estas palabras, antes de proceder á la elección, se asentaron en aquella cueva, perdida en el fondo de los montes, las leyes fundamentales de la monarquía, conocidas con el nombre de fuero de Sobrarbe, códigos admirables destinados á ser, como fueron, ejemplo y modelo para futuras edades.

Voto empuñó una espada, y poniendo su punta sobre el altar, exclamó solemnemente, dirigiéndose á Garci Ximénez:

— Todos los trescientos caballeros aquí presentes os rendirán obediencia como súbditos, Garci Ximénez; y pues que de libre consentimiento os eligen rey y os ceden el dominio de los países que conquistar pudiereis, debéis jurar, ante todo, que *mantendréis sus derechos y libertades; que las tierras que se ganen las partiréis entre los ricoshomes, infanzones y caballeros; que ni vos ni los vuestros sucesores tendréis corte, juzgaréis ni haréis guerra á otro príncipe sin acuerdo de doce de los más ancianos ó sabios de la tierra, quedando en libertad de elegir otro rey, cristiano ó pagano, si vos, Garci Ximénez, faltáis á alguno de los pactos hechos.*

— ¡Lo juro! —dijo Garci Ximénez poniendo su mano sobre el altar.

— Entonces — dijo Voto, — entonces, Garci Ximénez, *cada uno de nos, que somos tanto como vos, y juntos más que vos, os hacemos rey, con tal que hagáis observar bien las leyes, y si non, non.*

Estas fueron las palabras sacramentales.

Pudieron aquellas palabras pronunciarse allí, en el acto de alzar por rey á Garci Ximénez, según opinión de unos, ó más tarde, cuando fué proclamado y jurado Íñigo Arista, en opinión de otros; pero esto es cuestión de poca monta.

Podrán también aquellas palabras no ser exactas de toda exactitud en su letra y forma, como asientan unos pocos apelando á distingos y sofismas; pero ¿en su espíritu? ¿en su fondo? ¿en lo más esencial de su forma?... ¡Ah! Esto no admite duda de ninguna clase. Ahí están, para demostrarlo, por un lado, la historia toda de Aragón, de sus leyes y sus reyes, y, por otro, el texto del *privilegio de la Unión,* firmado por Alfonso III, llamado *el Liberal* ó *el Franco.*

Pronunciadas, pues, aquellas palabras sacramentales por el eremita Voto, adelantóse éste y ciñó la frente del nuevo rey con un tosco yelmo, que hizo veces de corona, puso en sus manos una lanza que era el cetro para regir á aquel pueblo belicoso, y alzado fué por

tres veces sobre un pavés el nuevo monarca, según usanza goda, al grito, también tres veces repetido, de *¡Viva el Rey Garci Ximénez!*

Tal fué el origen de las libertades aragonesas consignadas en los célebres privilegios de la Unión.

Varios escritores refieren — y entre ellos el monje Gauberto, el cual no vacila en atribuirlo á santa inspiración de los ermitaños Voto y Félix, — que el mismo día y en la misma cueva fué creada, como garantía de libertad, la singular institución del *Justicia Mayor,* poder intermedio entre el monarca y los súbditos, guardador de las leyes, columna de hierro en que se estrellaban los caprichos del soberano, y rey del rey, porque era el arca de la ley.

Entonces fué cuando comenzó esa venerada serie de sacerdotes de las leyes, superiores en cierto modo á los monarcas mismos, y que debía terminar cuando la cabeza sangrienta de Juan de Lanuza, el último Justicia, rodó por las gradas del cadalso mandado elevar por Felipe II.

Entonces fué cuando empezó esa otra no menos venerada serie de reyes, héroes y campeones de Aragón, dignos y justicieros monarcas, señores de hombres libres, pues que, según expresión del monje Gauberto Fabricio, era cada aragonés un rey y su soberano un rey de reyes é imagen de Dios, cuya princi-

pal grandeza es mandar libremente á los que crió libres.

Terminada la ceremonia, Garci Ximénez cayó de rodillas, y con él todos sus nuevos súbditos alzaron sus preces al cielo. Sonreía el alba, cuando el rey ungido aquella noche, ansioso de merecer este título, se lanzó fuera de la cueva dando el grito de *¡Dios y libertad!*

Todos le siguieron blandiendo sus armas.

El cielo fué propicio á sus deseos.

Ainsa fué la primera ciudad en caer. Garci Ximénez y los suyos arrojaron de ella á los sarracenos, después de sangrienta lucha, en que los cristianos pendones llevaron la primera y señalada victoria.

El ilustre campeón quiso solemnizar esta hazaña con la gratitud, y, al efecto, mandó restaurar la ermita de los hermanos Voto y Félix; y recordando que en aquella cueva había estado su trono, quiso también que en ella estuviera su tumba, señalándola para su morada y sepulcro.

Garci Ximénez continuó sus victorias ensanchando los límites de sus estados, hasta llegar un día en que se vió cercado de tal multitud de moros, que se creyó irremisiblemente perdido. En tal apuro, levantó García los ojos al cielo demandándole socorro, y vió, sobre una encina, una cruz roja. Semejante prodigio (dicen las leyendas ó dicen las historias, se-

gún el gusto ó el estudio) fué la señal de la victoria que alcanzó en aquel momento, y, para perpetuar el hecho, puso la cruz en su pavés y dió á su reino el nombre de *Sobrarbe,* derivado de *sobre arbe* ó *sobre el árbol.*

Zurita dice que no se llamó Sobrarbe aquel país por lo de *la cruz sobre el árbol,* sino por estar *sobre la sierra de Arbe.*

Ínterin sucedíanse los hechos de armas que con caracteres indelebles habían de marcar en el libro de la eternidad el nombre del primer monarca de aquellos países, los dos buenos ermitaños Voto y Félix bajaban al sepulcro, siendo sepultados por los fieles en la primitiva capilla al lado de San Juan de Atarés, y afirman las cristianas leyendas que una luz milagrosa señaló el lugar donde yacían.

Dos hombres no menos piadosos, Benedicto y Marcelo, fueron á ocupar el lugar que dejó vacante la muerte de Voto y Félix y á constituirse en imitadores de los dos hermanos, al propio tiempo que se hacían guardas de su sepulcro venerado.

De todos puntos empezaron entonces á partir caravanas de romeros y peregrinos, que iban piadosamente á visitar las tumbas de Voto y Félix, los dos hermanos que tuvieron para aquel pueblo naciente el triple carácter de guerreros, sacerdotes y legisladores.

Así es como dió principio la fama y el es-

plendor que en tiempos posteriores debía envolver á San Juan de la Peña, cuna de las inmortales libertades de Aragón.

V

Terminado ya el capítulo de historias, tradiciones y leyendas, vamos á la excursión y viaje que hice un día á San Juan de la Peña, y que hoy escribo, después de tantos años, con los apuntes y recuerdos que de aquella época me quedan.

Nos levantamos con el alba. Salimos de Jaca, la Ghakat árabe, la ciudad de los célebres fueros y de los hazañosos fastos, por la puerta que comunica á la ciudadela edificada en tiempos de Felipe II, y ya el sol doraba con sus rayos vírgenes el ancho valle regado por el jaranero Aragón, cuando pasamos por delante de una ermita ruinosa.

—La ermita de la Virgen de la Victoria— me dijo Larrosa, mi compañero de excursión, viendo que fijaba en ella mis ojos.

—Estoy en un país maravilloso—le contesté.—No hay edificio que no tenga su historia, peña que no recuerde una tradición, sitio que no haya dado origen á una crónica. Esta ermita debe, pues, de tener su leyenda.

Y la tenía, en efecto.

La ciudad de Jaca fué libertada de los moros por el conde Don Aznar, uno de los primeros varones de la reconquista de Aragón. Quisieron los moros recobrarla, y cuatro de sus reyes ó caudillos unieron sus fuerzas al objeto. Los campeones de Jaca, sobrados de valor, aunque en número escasos, salieron al encuentro de las poderosas huestes del Profeta, trabándose terrible y desigual pelea á orillas del río que debía dar nombre al reino.

Eran los enemigos en número extraordinario y no podían con él los cristianos, aun cuando fueran éstos aquellos aragoneses que, al ser invadido el país por las huestes agarenas, se habían refugiado en las enriscadas cumbres del Pirineo, acostumbrados á luchar con las tempestades y ventisqueros, atletas robustos y bravos, que vestían el hierro como leve seda y empuñaban aquellas poderosas mazas, con las cuales, dice el P. Abarca, magullaban una cabeza con cada golpe.

Pero aun siendo así, con toda su fe y toda su bravura, los aragoneses iban cediendo al número. El conde Aznar vió perdida la batalla, y perdida con ella la ciudad de Jaca, donde sólo habían quedado mujeres y niños.

Unicamente podía salvarles un milagro..., y el milagro se realizó.

En lo más rudo del conflicto y del combate, cuando menos podía esperarse, cuando la

victoria sonreía á los agarenos, huestes enteras de éstos se entregaron de repente á la fuga, como poseídas de insólito sobresalto, abandonando, presas de terror, *el campo de las tiendas,* que así se llama todavía el sitio donde se dió la batalla.

Era que los moros habían visto descender de un cerro vecino, á manera de hueste ó escuadrón fantástico, una gran muchedumbre, agitándose, moviéndose, gritando, enarbolando al aire brazos con armas y banderas. El sol reflejaba sobre el traje blanco de aquella taifa de aparecidos, que los moros tomaron por una legión sobrenatural caída del cielo, ó por un refuerzo que enviaba el rey de las vecinas Galias.

Apoderóse de ellos el terror y diéronse á precipitada fuga, cediendo el campo á los cristianos, que hubieron de hacer en ellos gran matanza, persiguiéndolos hasta orillas del Aragón, donde á centenares se ahogaron los fugitivos.

El conde Don Aznar quedó dueño del campo de batalla ; total fué la victoria, y las cabezas de los cuatro reyes moros fueron llevadas en triunfo á la vencedora Jaca.

Lo que había ocurrido era lo siguiente:

Al partir de la ciudad los guerreros todos que la presidiaban, dejando á Jaca en poder tan sólo de las mujeres, decidieron éstas co-

rrer la suerte de sus esposos y de sus padres, y en vez de quedarse inermes tras de unas murallas que tampoco podían defender, convinieron en ir al campo para vencer ó morir en compañía de los suyos. Ellas, con sus corpiños blancos, en los que reflejaba el sol como si fueran bruñidas armaduras, con los brazos al aire blandiendo picas y banderas, fueron el escuadrón fantástico que los moros vieron descender de lo alto de un cerro, causándoles el terror que los llevó á la fuga y dió la victoria á sus contrarios. En conmemoración de esta famosa jornada, todos los años, en el primer viernes del mes de Mayo, las autoridades de Jaca, seguidas de numeroso pueblo y llevando trofeos que de aquella lejana batalla todavía se conservan, salen en procesión hasta la ermita, edificada sobre la cumbre en donde vieron aparecer los infieles el escuadrón de mujeres. Larrosa me contó que en tiempos no muy remotos, todavía por él alcanzados siendo niño, se celebraba un vistoso simulacro de la jornada.

Entretenidos con el comento de la leyenda fuimos siguiendo nuestro camino, dejando atrás la ermita de la Victoria y *el campo de las tiendas*.

Nos hallamos bien pronto junto al río Aragón.

Es delicioso camino el que de Jaca con-

duce al monasterio de San Juan de la Peña.

A cada paso atraían nuestra atención y solicitaban nuestros entusiasmos lo grato de un risueño valle, lo salvaje de un obscuro monte, el horizonte que se extendía á la vista en soberbio panorama, la torre morisca que, cual la que allí llaman *La Torraza,* asomaba sobre un cerro y elevaba su frente destrozada y cubierta de musgo entre dispersos restos de muralla.

Llegamos así hasta la falda de los montes que rodean, como centinelas de honor, el de San Juan de la Peña, que alza orgulloso su sombría cima del Cúculo. La tortuosa senda que seguíamos aparecía orillada, como por una franja de plata, por un arroyo de murmurantes ondas, que se introduce en la angostura formada por dos enriscados montes vestidos de copudas encinas.

Bien pronto vimos aparecer en el fondo, como cuadro en miniatura, dibujado sobre el vasto lienzo de un paisaje, el pueblo de Atarés, tan famoso en los primeros tiempos de la historia aragonesa, patria y cuna del venerable eremita de la cueva de Pano, transformada luego en suntuoso monasterio y alcázar de glorias aragonesas.

Allí, tendidas sobre un cerro, aparecían las ruinas del célebre castillo que erigió el conde Don Galindo. Todavía se alza, ó se alzaba en-

tonces, cuando la vi, la gigantesca torre solitaria, con sus dos ventanas gemelas de arco semicircular y sus recuerdos de más de diez siglos.

Vestía el sol con manto espléndido de luz las peñas de las montañas, donde blanqueaba la nieve que eternamente cubre sus cimas, cuando llegamos á la última falda del monte sobre el cual eleva su fábrica el monasterio.

En una sombría quiebra, al Mediodía del monte, se divisa el pueblo de Santa Cruz, con su campanario antiguo, mientras que, por encima de una bóveda de corpulentos y agrupados nogales, vimos destacarse, sobre el caprichoso fondo de las peñas, las rojizas ruinas de un monasterio bizantino.

¡Siempre ruinas!

¿Dónde fuí yo, durante mi fatigada vida y en tantas excursiones como hice por España, dónde fuí que no encontrase ruinas?

Nos apartamos de nuestro camino, para ir á visitar lo que quedaba del monasterio de *Santa Cruz de la Serós.* Lo que quedaba entonces. Quizá ahora no quede ya nada.

Se dice que este monasterio lo fundaron, á fines del siglo X, los reyes Don Sancho García y su esposa Doña Urraca Fernández, y ocuparon sus celdas sorores ó hermanas benedictinas.

A poco de fundado el monasterio, fué á

morar en él una de las hijas de Ramiro I, que allí se consagró á Dios en la flor de su edad, no tardando en ir á reunirse con ella sus otras dos hermanas, Sancha y Teresa, viuda la primera del conde de Tolosa y la segunda del de Provenza, que allí fueron á pasar las soledades de su viudez. Muchas reinas y muchas esposas de ricoshomes siguieron luego su ejemplo. Era un claustro aquel de soberanas y de princesas.

Tomó el monasterio el nombre de Santa Cruz de la Serós, por corrupción del nombre latino de *Sorores*, y fué abandonado, á mediados del siglo XVI, por las monjas, que se trasladaron á Jaca, dejando al tiempo que acabara con aquella mansión bizantina de majestuoso aspecto, que por cinco siglos les sirvió de morada.

Algo, bastante todavía, quedaba cuando la visitamos Larrosa y yo en el verano de 1848 ó 1849, si no me es infiel la memoria. Quedaba por lo menos el esqueleto, vestido con un manto bordado de joyas arquitectónicas. El convento había ya desaparecido y la iglesia tenía hundida la parte inferior; lo que del templo existía era espacioso, y demostraba grandeza. Airosas columnas de elegantes capiteles se alzaban hasta la destrozada cornisa; rasgadas ventanas de arco apuntado adornaban los muros laterales; aun permanecían en pie

puertas marcadas con el lábaro imperial de Constantino y su excelso monograma; aun, á través de las crecidas hierbas, convertidas en verdaderos matorrales, aparecían las losas de los sepulcros, y todavía se alzaba, soberbia, la cuadrada torre, de remate octógono, coronada por la cruz de hierro.

Al tornar á emprender nuestro camino, de regreso de nuestra visita á Santa Cruz, tomamos una escabrosa cuesta, terminada por enormes peñas, donde la senda en espiral se oculta en un peñascoso torrente, inaccesible á primera vista, pero en el que pronto se encuentra el paso, abierto por la mano del hombre. Durante hora y media no hicimos más que costear hondos barrancos, en los que vive el eco solitario y por los cuales se oye sonar, con siniestro ruido, la piedra que desgajan los pies del caminante. A cada revuelta de la senda veíamos abrirse simas más profundas, y nos encontrábamos suspendidos sobre abismos sin fondo, que causaban vértigo.

Llegados á la cumbre, nos sentamos un momento, no tanto para descansar de la fatiga cuanto para pasear nuestra mirada por hermosa perspectiva, cerrada al Norte por una cordillera de cerros cubiertos de eterna nieve, vírgenes de humana planta, y ceñida su frente con vaporosa neblina, á través de la cual, como á través de un velo, veíamos extenderse,

sin mancha, el azulado horizonte del país de Carlomagno.

Allí se erguían en toda su imponente majestad los Pirineos; allí estaba la Maladeta de la fúnebre melodía; allí las Tres Hermanas con sus picos gemelos; allí el pico del Mediodía, de portentosa elevación, y allí, por fin, la cumbre piramidal de Collarada, que parece arrastrar en pos de sí otras cien cumbres, las cuales se van perdiendo en el horizonte hacia la batalladora Navarra.

Reposados un tanto, seguimos nuestra marcha, penetrando en el espeso bosque de pinos que corona, como un penacho, la cúspide del monte, y poco tardamos ya en llegar al edificio moderno del monasterio. Pocos recuerdos guarda para el historiador y el artista.

Huyendo los monjes de los incendios que afligían frecuentemente al monasterio antiguo, situado debajo de la peña, edificaron el nuevo, comenzado á últimos del siglo XVII y terminado á comienzos del XVIII. Fué preciso para ello abrir sitio en el corazón de la selva, exactamente como hicieron en otro tiempo los malaventurados fundadores de Pano.

El exterior del edificio no deja de tener aspecto grave y romántico; pero lo pierde del todo cuando tropiezan los ojos con su moderna fábrica de ladrillo, cercada por una muralla de poca altura.

Barroca portada conduce á la iglesia, que es grandiosa. Vimos un espacioso claustro; verdaderas habitaciones, que no celdas, con cocina y huerto, para cada monje; palacio para el abad, casas para médico y cirujano, criados, dependientes, ganaderos, etc.

Las tropas de Napoleón, al mando de Suchet, incendiaron el edificio á comienzos de este siglo; y aunque luego se renovó en gran parte, no tardó en volver la ruina después de la expulsión de los monjes.

Poco nos detuvimos. Nuestro interés estaba más lejos.

Cruzamos la meseta y ladeamos un barranco que nos separaba de la cumbre del Cúculo, llegando, por fin, al objeto principal de nuestro viaje.

Allí está la gran cueva, allí la gigantesca peña, y allí, en el hueco, el monasterio antiguo, *á manera de perla en su concha que al cabo de siglos ha descubierto alguna excavación,* según frase de Quadrado.

El espectáculo es imponente. Más que imponente, maravilloso.

El alma se inclina y se postra.

Y es que allí todo parece reunirse y amontonarse para más impresión y asombro del que llega: la religión con todas sus grandezas, la poesía con todos sus encantos, la historia con todas sus resonancias, la leyenda con to-

dos sus misterios, la tradición con todos sus recuerdos, la virtud con todos sus amores, la naturaleza con todas sus maravillas, el arte con todos sus portentos, la patria con todas sus glorias y Dios con todas sus excelsitudes y todas sus majestades.

Es efecto extraordinario el de aquel monasterio sepultado en el hueco de la cueva y debajo de la peña, que aun se alza gran trecho sobre el edificio, endoselándolo con una bóveda gigantesca y dejando libre espacio á la luz, á la concavidad y al aire.

Porque es así. Con ser el edificio altísimo, queda todavía un hueco de bastante elevación desde los tejados hasta la peña, por donde entra la luz al interior del monasterio.

Este es el edificio que se levantó en el sitio mismo donde estuvo la ermita que fué de Juan de Atarés y de Voto; es el templo que se alzó en el lugar donde sonó el primer grito de libertad y de reconquista para la patria; es el que fué panteón de monarcas aragoneses hasta que la dinastía de los Berenguer de Barcelona tuvo las suntuosidades de Poblet.

Garci Ximénez, el que allí fué alzado rey sobre el pavés, comenzó la obra de la iglesia que hubo de suceder á la pobre ermita de Juan de Atarés y de Voto, los dos primeros anacoretas de aquellas soledades y los dos primeros heraldos de la patria, que por ello

merecieron ser elevados á la santidad y venerados por el pueblo en los altares.

Los reyes que siguieron á Garci Ximénez continuaron la empresa del fundador, y fueron adjudicando al santuario gran parte de sus conquistas, ennobleciéndolo con mercedes y privilegios.

En la primera época residía allí el único obispo que tenía Aragón, asistido sólo por varios eremitas; pero cuando Don Sancho Garcés, el quinto rey de Sobrarbe, ensanchó el santuario con nueva y mayor edificación, puso en él monjes de San Benito, bajo la dirección del abad Transírico.

Al morir este monarca, seiscientos hombres condujeron su cadáver á San Juan de la Peña, terminaron sus obras comenzadas, y trasladaron á nuevas sepulturas los restos de los reyes, de los magnates y de los santos.

Ya, desde entonces, casi todos los monarcas de Sobrarbe y de Aragón contrajeron la costumbre de retirarse á San Juan de la Peña, siempre que la guerra les concedía algún reposo, y allí pasaban largas temporadas, lo propio que muchos caballeros y ricoshomes, quienes tenían á vanagloria titularse *caballeros* y *hombres de San Juan,* y que, ligados á los monjes por ciertos vínculos y votos de fraternidad, dejaban su herencia al monasterio, caso de morir sin sucesión, y se presentaban á so-

licitar la bendición del abad antes de partir para el combate.

Así fué aumentando y engrandeciéndose San Juan de la Peña, hasta extender su jurisdicción sobre infinidad de monasterios y muchísimas iglesias seculares, á más de poseer pingües rentas.

En su recinto se celebraron tres concilios; uno de ellos, aquel que en tiempo del Papa Adriano I acabó la reforma del clero y adoptó el breviario romano, cuya reforma se propagó luego á toda España. Su abad no reconocía otro superior que el Papa, tenía voto en los concilios y ocupaba lugar preeminente en las Cortes de Aragón. De sus celdas salieron santos, prelados y escritores famosos, Pedro Marsilio y Juan Briz Martínez entre éstos, San Gutisindo y San Íñigo entre los primeros.

Desde la época de Don Pedro I, el debelador de Huesca, que fué quien asistió á la consagración de la iglesia por él terminada, el templo fué varias veces renovado, sufriendo no pocas modificaciones. Es espacioso y consta de una sola nave, que desde su mitad hasta el testero tiene por bóveda la peña en toda su desnudez y rudeza. Debajo de esta iglesia hay otra subterránea, dividida en dos naves y enlosada con sepulturas de abades.

En la iglesia principal, una puerta del lado del Evangelio abre paso á la que fué en

tiempos vasta sacristía, y hoy es suntuoso panteón de principes y de reyes, necrópolis augusta, mandada labrar á todo gusto y magnificencia por el rey Carlos III, uno de los que mejor y más buen nombre dejó en nuestras Españas.

En el lienzo de la pared que hay en el fondo vi ancha lápida que abraza todas las sepulturas, y escritos en ella, en letras de cobre dorado, los nombres de los reyes, reinas, príncipes, infantes, que allí yacen. En frente aparecen cuatro grandes medallones representando la batalla de Ainsa, donde vió Garci Ximénez la cruz sobre el árbol; otras dos batallas de Íñigo Arista y Sancho Ramírez, y el cuarto medallón con un monarca en el acto de prestar juramento á los fueros y libertades del reino. A la derecha de la puerta campea el busto de Carlos III, y á entrambos lados las inscripciones recordatorias de la época moderna en que fué erigido este nuevo panteón, admirable, es verdad, por su riqueza y por su fausto, sus mármoles y sus jaspes, sus oros y sus bronces, pero que acaso hubiera parecido mejor á tener carácter más acomodado á la antigüedad del edificio y á la condición y naturaleza de aquellos recuerdos y de aquellas soledades.

Los reyes que allí descansan son:

Garci Ximénez, el primer rey de Sobrarbe,

el elegido y proclamado allí, en aquella misma cueva, el conquistador de Ainsa; *García Íñiguez I,* que se supone haber sido el que tomó á Pamplona; *Fortún* ó *Fortuño Garcés I,* el vencedor de Abderramán; *Sancho Garcés I,* el de Roncesvalles, el que murió en la jornada contra Muza; *García Íñiguez II,* el de corto reinado y el que murió, junto con su esposa Urraca, en una celada que los moros le tendieron; *Garci Ximénez II,* de que hablan poco las crónicas; *Sancho Garcés II,* que dió origen á fábulas y leyendas; *García Sánchez I; Sancho Garcés,* á quien sus gentes dieron apodo de *Abarca,* gran soldado, gran capitán y gran monarca; *García Sánchez II,* apellidado *el Tembloso,* pero que no lo era ciertamente para Almanzor, á quien derrotó en Osma; otro *García Sánchez,* hermano del anterior; *Ramiro Sánchez I,* á quien llaman las crónicas *el Belicoso* y *el Cristianísimo; Sancho Ramírez, el del Castellar,* monarca emprendedor y valeroso, fundador de Monte Aragón, y *Pedro I,* el conquistador de Huesca, el de la batalla de Alcoraz, donde cuentan las leyendas que apareció San Jorge con su escudo, su cruz roja y su caballo blanco.

Junto á estos monarcas yacen sus esposas y sus hijos, y también Aznar, el conde de Aragón, conquistador de Jaca, y otros condes con él, y otros magnates de estirpe regia.

Pero no es solamente en este panteón don-

de hay sepulturas. San Juan de la Peña las tiene en todas partes; que es San Juan de la Peña una gran necrópolis.

Por todos lados sepulcros: á derecha é izquierda del atrio, en la iglesia superior, en la subterránea, dentro de ella, fuera de ella, en el claustro (que es por cierto bellísimo, de color y carácter, con el peñasco por dosel), en las capillas de San Voto y San Victoriano, en las galerías, en los muros, en el pavimento, en los arcos, en tierra y hasta en el aire; que si es San Juan de la Peña panteón de reyes y magnates, también lo es de peregrinas glorias y de altísimos recuerdos.

Hasta hay tumbas cuyos epitafios se desautorizaron y cuyos restos se han contravenido, como ocurrió cuando San Juan de la Peña y San Pedro de Cardeña se disputaron el honor de poseer los restos de Doña Jimena, la esposa del Cid Campeador. Empeñáronse agrias y ruidosas polémicas, y por una y otra parte se defendió bizarramente la autenticidad, con gran copia y derroche de argumentación y discurso, de textos, documentos, ingenio y autoridades, en papel, en pergamino, en folio mayor y menor, en prosa, en verso, y... en latín.

Pero, dejando á un lado estas minucias y pequeñeces, la verdad es que en esto de poseer los restos de Doña Jimena, la razón y la

justicia me parecen inclinarse á San Pedro de Cardeña.

Cuando Larrosa y yo, hace ya medio siglo, estuvimos en San Juan de la Peña, vimos muy abandonado aquel monumento. Cuidaba entonces de él un antiguo monje, que vivía en el monasterio nuevo á modo de eremita en un desierto palacio, y tenía la guarda y las llaves de todo. Después..., después ya no sé lo que ha sucedido, ni saberlo quiero.

Aquello está en gran olvido y abandono por parte de los Gobiernos, de las Cortes, de las Academias, de las autoridades, de los de arriba y de los de abajo.

Allí no hay más que ruina, desolación, tristezas y desastres.

Y en verdad, en verdad, que no merecía esto San Juan de la Peña, que por su glorioso pasado reclama el respeto, la atención y la solicitud de todos.

Aquellas paredes guardan santos recuerdos de historia patria; aquel recinto custodia cenizas y restos de varones ilustres á quienes no importaron sus democráticos apellidos de Jiménez, de García, de Sánchez, de Íñiguez, de Garcés y de Ramírez, para llegar á reyes y soberanos de un gran reino; de hombres del pueblo, que se llamaban sencillamente Juan, Voto, Félix, Íñigo, Benito y Marcelo, y que fueron legisladores y representantes de la pa-

tria; de obscuros y desconocidos individuos que alcanzaron con sus esfuerzos y servicios la púrpura de prelados ó la dignidad de santos, como San Íñigo, San Voto, San Félix, San Juan de Atarés; de virtuosos abades que con su autoridad y su voto pesaron en las Cortes y en los Concilios; de laboriosos y excelentes escritores que, como Pedro Marsilio y Juan Briz Martínez, dejaron libros y crónicas donde hay que ir á buscar enseñamientos y recordanzas; de humildes sacerdotes que, al propio tiempo que de su religión, lo fueron de la ciencia y del país, aportando su piedra al gran monumento de patrias enseñanzas y de patrias libertades, y prestando servicios, no por más ignorados menos agradecidos; de caudillos, héroes y primates, que por mar y por tierra, en Oriente, en Occidente, en Castilla, en Aragón, en Cataluña, en Navarra, en Italia, en Constantinopla, en Jerusalén, en Africa, fueron apóstoles de gloria y heraldos de victoria, cuya lista de féretros comienza con Entenza y Moncada, y sigue con los Cornel, y los Tizón, y los Maza, y los Sesa, y los Alagón, y los Urrea, y los Caxal, y los Luna, para terminar con Aranda, el que fué ministro con Carlos III, varón integérrimo, espíritu independiente y aragonés de pura raza, que sin duda ninguna fué quien de seguro inspiró al monarca, gloria legítima de los Borbones

en España, la idea de restaurar el gran monumento de Pano, propugnáculo venerando, donde asientan los orígenes, las glorias, las excelencias, las libertades, los recuerdos y las santidades de la gran nación aragonesa.

Sí, por esto, y por mucho más, San Juan de la Peña merece cariño, consideración y tributo.

Sí, por esto y por mucho más; que San Juan de la Peña es monumento de honor y pirámide de gloria.

Y si no hay respeto, recuerdo y amor para las cenizas de nuestros héroes, para los restos de nuestros antepasados, para la memoria de nuestros primates, para la cuna de nuestras libertades, para el alcázar de nuestras excelsitudes, para los monumentos de nuestra patria, entonces, ¿para qué, para qué, y para quién, quedan ya respeto, amor y recuerdo en este nuestro triste país de ruinas y de sepulcros?

Abril de 1896.



APÉNDICE

AL ESTUDIO

ESCRITO PARA RECUERDO DE SAN JUAN DE LA PEÑA

Escritas las anteriores páginas, y también impresas en parte, hijas de los recuerdos que conservaba de mi excursión á San Juan de la Peña en mis tiempos juveniles, supe que habían ido recientemente á visitar aquellas soledades de Pano algunos ilustres aragoneses con intentos ó proyecto de próxima restauración.

Dime á averiguar lo que podía haber de cierto en tan halagadora noticia y puse á generosa contribución los buenos oficios y diligente amistad del eximio publicista aragonés Don Faustino Sancho y Gil, mi compañero en Cortes. No tardó en enterarme por una carta que escribió el ilustre arquitecto Don Ricardo Magdalena, persona peritísima, de saber probado y autoridad reconocida, y por unos sabrosos artículos que publicó en un periódico de Zaragoza el docto presidente de la Real Academia de San Luis, general señor Don Mario de la Sala, hombre de profundos conocimientos y erudición vastísima, muy práctico sobre todo en cosas é historias de Aragón, á que con amor y estudio se ha dedicado.

De estos artículos me ocuparé más detenidamente.

Algo hay, en efecto, de los intentos y proyectos á que me referí.

La idea de la restauración de San Juan de la Peña está en la atmósfera, pero no veo que haya tomado cuerpo todavía.

Débese principalmente la iniciativa, según parece, al señor obispo de Jaca Don J. López de Mendoza, prelado dignísimo, en quien es notorio el amor á las artes, á las letras y á la patria, virtud de almas nobles. Su generosa intervención ha movido al Gobierno, que, por de pronto, envió al Sr. Magdalena á enterarse del estado actual de aquel monumento. La iniciativa y el empuje están dados.

Dios y la patria se lo paguen al insigne prelado. Pero falta que la cosa se realice, y ya esto no parece tan fácil.

Las noticias que he recibido por las personas que recientemente visitaron aquellos sitios, no son en verdad muy satisfactorias y corresponden á los temores de ruina que yo tenía y que dejo entrever en mi anterior estudio.

El monasterio moderno ya no está como lo vi cuando mi excursión. Se halla en gran parte destruído, conservándose solamente la iglesia y algo de su construcción izquierda, aunque con las cubiertas en malísimo estado. Acabará por ser pronto una ruina.

El monasterio bajo, el antiguo, el que se halla al amparo de la peña, en su hueco, parece hallarse en mejores condiciones, aun cuando necesita seria y pronta restauración, principalmente por hallarse calcinada la piedra á consecuencia, sin duda, de los varios incendios que hubo de sufrir el edificio.

Tiene este monasterio seis departamentos de mérito artístico é histórico: el claustro, que conserva la parte del antiguo que remonta al siglo XI; el *panteón*

de nobles, donde están los próceres; el panteón regio, que es el departamento quizá mejor conservado; la iglesia superior, que se mantiene en buen estado; la inferior, en la que comienza á notarse sospechosas filtraciones producidas por manantiales de la peña, y un sencillo salón subterráneo.

Existió también una torre adosada á la peña, de que sólo se conserva una parte.

Los artículos publicados por el muy inteligente director de la Academia de Nobles Artes de San Luis, señor Don Mario de la Sala, son dignos de la experta pluma de este autor y merecerían reunirse en libro aparte. Lo requieren su calidad y su importancia.

Lo describe todo perfectamente; se fija con especialidad en el panteón regio; discurre con erudición sobre las inscripciones de los sepulcros, y con atinado criterio sobre si en realidad existen allí los restos de Doña Jimena, esposa del Cid; se detiene cuidadosamente en los veintidós capiteles que del siglo XI existen, cuya descripción iconográfica por nadie había sido antes publicada; la iglesia alta y la baja merecen por su parte una visita muy detenida y observaciones muy pertinentes; juzga con crítica, razona con sentimiento artístico, escribe con claridad, comenta con prudencia y observa con atención suma. Será un libro precioso, si lo publica, y merecerá plácemes.

En uno de sus capítulos se queja amargamente del abandono en que yace aquel venerado monumento, y coincide en ideas con algunas de las que dejo emitidas en las anteriores páginas al deplorar la falta de una iniciativa fecunda que lleve á cabo, en las soledades de Pano, algo parecido á lo que los astures están haciendo con Covadonga.

Sí, tiene razón el Sr. Sala. Merezcan los sepulcros de Garci Ximénez y de Sancho Ramírez los mismos

justos respetos que los de Pelayo y de Alfonso el Católico, y acudiendo á los Monarcas, al Parlamento, al Gobierno, á los prelados, á los poderosos, á las Diputaciones, á los Municipios, á la prensa, al clérigo y al seglar, á los ciudadanos todos, al pequeño y al elevado, provóquese una suscripción nacional con que restaurar la Covadonga del Pano, la casa *pairal,* el casal histórico, la gran morada solariega de las glorias y de las virtudes de Aragón.



LA CASA DEL CORDÓN

LA CASA DEL CORDÓN

SUMARIO

El palacio de los Condestables de Castilla. — Divisa de esta casa. — Un verso italiano de origen español. — La familia de los Velasco. — La capilla del Condestable en la catedral de Burgos. — Historia de la casa llamada *del Cordón.* — Su descripción. — Palabras de Doña Mencía, esposa del Condestable. — La primera duquesa de Frías. — *La muchacha de media noche.* — Amores de Don Fernando *el Católico* con una dama de Tárrega. — La duquesa de Frías, protectora de Cristóbal Colón. — Sus reuniones literarias en la casa del Cordón. — Su intimidad con su hermana la reina Doña Juana *la Loca.* — La casa del Cordón morada de reyes. — Los Reyes Católicos reciben en ella á Cristóbal Colón, á la vuelta de su segundo viaje. — Honores que se tributan al almirante. — Jaime Ferrer el de Blanes. — Sus recuerdos en Burgos. — Su amistad con Cristóbal Colón. — Fué traductor del Dante. — Incorporación del reino de Navarra á la Corona de Castilla por Fernando *el Católico,* acto que se efectuó en la casa del Cordón. — Muerte de Felipe *el Hermoso* en este palacio. — Conducción de su cadáver á Granada. — Recuerdos que de Carlos V se conservan en esta casa. — Quiénes fueron los otros monarcas que en ella se aposentaron. — Abandono y ruina de este palacio. — Reflexiones acerca del olvido en que se deja á los grandes monumentos históricos que recuerdan sucesos de gloria para la patria.

Yo no sé, ni averiguar me importa en este momento, á qué poeta italiano pertenece un verso que se halla en boca de muchos, que todos han oído, que se repite con frecuencia en

libros, periódicos y discursos, hasta en conversaciones familiares, y que dice así:

Un bel morir tutta la vita onora.

Lo que sé, y lo que me importa decir, es que este mismo verso, visiblemente anterior al que tanto suena, con idénticas palabras y, naturalmente, con la misma idea, lo tenemos en castellano, y en el perfecto castellano de nuestros tiempos literarios. Se encuentra grabado como mote en el blasón de una antiquísima casa española, y esculpido como timbre en la fachada del palacio que los Condestables de Castilla levantaron en Burgos, á últimos del siglo XV, diciendo de esta manera:

Un bel morir toda la vida honra.

Y no extrañe á nadie el *bel,* que es fácil tomar de primera intención por vocablo italiano. No, ciertamente. Es voz castellana pura, española mejor dicho. Hoy no está en uso, y nuestro léxico la da por *anticuada;* pero usáronla como corriente y vulgar los prosistas del siglo XV (dígalo si no el historiador Hernando del Pulgar), repitiéronla nuestros vates del siglo de Oro, y Baralt, en su *Diccionario de Galicismos,* se lamenta de que nuestros modernos poetas no vuelvan á ponerla en vigor, en ley y en uso.

Aquellos que, embelesados por la eufonía

del verso y la belleza del concepto, ó movidos por alardes de erudición, repiten á cada paso *un bel morir tutta la vita onora,* olvidaron de seguro la procedencia de esta bellísima frase y de esta sublime idea que yo restauro, apresurándome á reivindicarla para nuestra tierra española en honor y prez de la familia castellana de los Velasco, que así y de esta manera la usó en la edad media, aun cuando en tiempos posteriores se quiso modernizar, desnaturalizándola, para decir: *un buen morir dura toda la vida.*

¡Qué hermosa casa la que tiene este mote en su fachada, y que es en Burgos conocida vulgarmente con el nombre de *Casa del Cordón* por lo que se dirá luego! ¡Qué hermosa casa, qué de nobles recuerdos en ella, y qué triste suerte la suya en este nuestro siglo, al verse indignamente maltrecha, ajada en sus glorias, percudida en sus muros, descompuesta en su fama y arrojada un día desde lo alto de sus grandezas al mercado público, para cimbel ó premio de inhonesta venta!

La noble familia de Velasco, que alzó esta mansión para su palacio de Condestables de Castilla, y también para alcázar de sus reyes, á quienes dió en ella opulenta hospitalidad, era casa de ilustre abolengo, una de las más poderosas y prepotentes de la vieja Castilla, la que mayores rentas disfrutaba y más vasa-

llos tenía, al decir de las crónicas del tiempo.

Burgos conservará, mientras exista, perenne recuerdo de esa familia de próceres que allí levantó su palacio y su tumba; su palacio en esa *Casa del Cordón*, para recuerdo de la cual escribo estas líneas; su tumba en la catedral y en la *Capilla del Condestable*, que es un portento de suntuosidad y una maravilla de arte. Y portento es preciso que sea y maravilla para alcanzar á serlo dentro de aquella catedral tan grandiosa y superba, donde los ojos se deleitan, y la fantasía se pierde, y el corazón se levanta, y el espíritu se eleva, y el alma reza.

Hay que verla esa capilla del Condestable, hay que verla para estimarla en lo que vale. Leí de ella importantes descripciones debidas á escritores y artistas de alto vuelo. Todas, siendo muy notables, hubieron de parecerme pálidas cuando vi la capilla con todos los prodigios de su esplendor y todos los centelleos de su magnificencia.

Allí el arte domina en toda su gloria, y en toda su inspiración el artista. Hay tal aglomeración de joyas, tal abundancia de exornos, tanto derroche de fantasía, que el ánimo queda suspenso ante aquel fausto unido á tanto gusto, ante aquella grandiosidad unida á tanto arte, y también, aunque parezca extraño, ante tanta multiplicidad y complicación unidas á tanta sencillez y sobriedad tanta.

Allí está todo: cresterías caladas, arcos apuntados, doseletes filigranados, haces de columnas aristadas, pilares atrevidos, estatuas yacentes, escudos con pajes y con heraldos por tenantes, reyes de armas con dalmáticas empuñando el estandarte de los fundadores, ángeles que levantan la cruz potenzada, matronas que presentan el sol flameante con el monograma de Jesús, vírgenes con sus ojos fijos en el cielo, santos leyendo en el libro de sus meditaciones ó abrazados al instrumento de su martirio, cabezas de querubines, legiones de arcángeles, guirnaldas de flores, grifos, gerifaltes y leones, arabescos y emblemas, cascos, cimeras, armas, frutos y follaje, todo en confusión sin confundirse, unido lo sagrado á lo profano, la realidad al ideal, lo cristiano á lo árabe, y todo con un conjunto de armonía inexplicable y con un sello característico y singular, especie de intuición ó de revelación del arte que asomaba ya entonces, y aparecía, próximo á imponerse, con el nombre de *estilo plateresco.*

Todo lograban reproducirlo en piedra aquellos artistas admirables, acertando á darle toda clase de forma. Y no sólo sabían trabajarla en corte, en labra, en relieve y en talla, sino que la abrían y perforaban, la rendían, plegaban ó alcachofaban, según era su voluntad y según mejor les convenía, como si fuese

en sus manos materia dúctil ó masa de blanda condición para ser acomodada á todo.

Por esto, al penetrar en aquella catedral maravillosa y en aquella *Capilla del Condestable,* al encontrarse frente á tanto derroche, tanta prodigalidad y tanta opulencia de inspiración y de arte, el ánimo se turba y la mente se arrebata. Todo aquello que se ve es piedra, todo aquello es bronce, es hierro, alabastro ó mármol, y, sin embargo, todos aquellos objetos y figuras tienen vida; los ropajes de aquellas imágenes tienen pliegues; los almohadones en que descansan sus cabezas ó apoyan sus rodillas son de terciopelo y seda; las ropas que visten están bordadas; el bronce es oro, el hierro taracea, el mármol encaje, el alabastro blonda; las flores tienen perfume, los frutos color, ondulación las guirnaldas, los leones fiereza, los pajes gallardía, los heraldos soberbia, los ángeles se disponen á emprender su vuelo, los santos viven en éxtasis, las estatuas yacentes duermen, y las orantes oran.

Pero no es, no, de la capilla de lo que hoy me propongo hablar, sino de la casa. Dejemos el panteón y hablemos del palacio, que hay de él mucho que contar, ya que esta casa, si debía ser sagrada por su antigüedad, por su arquitectura, por su grandiosidad de estilo ojival y por sus bellezas de forma, no debería serlo menos ciertamente por sus grandes recuerdos.

Hay que ver esta casa, no como está ahora y se presenta al viajero profanada y deslucida, sino como estaba á últimos del siglo XV, que es cuando se terminó, y como puede verse en un dibujo perteneciente al 1654, del que podemos gozar, por fortuna, gracias al digno escritor burgalés Sr. Cantón Salazar, que lo reprodujo en su monografía.

Mandáronla edificar, según consta en la leyenda de la fachada, Don Pedro Fernández de Velasco y Doña Mencía Mendoza de la Vega, su mujer, hija que fué de aquel varón insigne, tan versado en letras como en armas, caudillo esforzado y poeta ilustre, á quien la historia llama marqués de Santillana, y cuyo nombre, en los momentos en que estas líneas se escriben, acaba de grabar la Real Academia Española en mármoles y en oro, rodeado de palmas y lauros.

Labróse esta casa, que tiene tanto de alcázar como de palacio, bajo la dirección del maestro arquitecto, mudéjar alarife, Mohamat de Segovia, y trabajaron en ella los mismos que con Juan de Colonia habían creado los portentos de la *Cartuja de Miraflores* y de la *Capilla del Condestable.*

Presidió á sus obras la esposa del Condestable, Doña Mencía, que fué también la que estuvo al cuidado de la capilla y de otra morada que fué quinta, parque y hacienda, lla-

mada *Casa de la Vega*, en el Gamonal, la cual, según dicen, era una suntuosidad como casa de recreo y de campo. Las tres obras se edificaron casi á un tiempo mismo, mientras que el Condestable estaba ausente siguiendo á los Reyes Católicos en aquellas sus homéricas jornadas de las guerras de Granada. Todo lo dirigió, ordenó y dispuso aquella dama, y es tradición de Burgos que cuando el Condestable regresó de sus campañas, su mujer le dijo, al salir á su encuentro:

— «Ya tienes palacio en que morar, quinta en que cazar y capilla en que te enterrar.»

Es la *Casa del Cordón* un edificio de vastas proporciones, que ocupa todo el frente de la *Plaza de la Libertad,* antiguamente llamada de la *Comparanda* ó *Comparada*. Alzase con singular gallardía, compuesta de planta baja y un solo piso sobre ella, y aparece flanqueada ó defendida por dos características torres cuadradas, y en ellas, artísticamente colocados en su corte, dos escudos timbrados de colosales yelmos, y cimados, el uno, que está á la derecha y es de la casa Velasco, por un león, y por un hipogrifo el de los Mendoza de la Vega, que está á la izquierda.

Una hermosa crestería florenzada discurre de torre á torre, erizándose por todo lo largo de la cornisa. Interpoladas con las agujas y demás exornos góticos, hay las aspas de

San Andrés y la estatua de este santo apóstol, como en recuerdo de haber sido un Velasco quien tomó la ciudad de Baeza el día de San Andrés. Las torres, en su piso superior, tienen ventanas gemelas, y ostenta su crestería heráldicos leones interpolados con las agujas. Preciosas gárgolas, deformadas ya algunas, ayudan á la belleza del edificio, al cual comunican carácter y majestad los colosales lienzos de piedra, que más semejan de muro que de casa, y que en su época primitiva aparecían con hermosos ventanales góticos, convertidos hoy, por imperdonable pecado de profanación, en ridículos balcones y mezquinos miradores.

Sobre la puerta de entrada, que no está en el centro, sino algo arrimada á un ángulo, como para dar más significación y singularidad al edificio, aparece en lo alto el blasón real, cuartelado de castillos y leones. Más abajo se ven, uno junto á otro, los escudos de las casas de Velasco y de Mendoza, el primero con la leyenda ó mote de que se habla al comienzo de este artículo, levantándose por entre los dos el sol flameante y radiante, con el monograma de Jesús, y apareciendo cobijados sol y escudo por un nudoso cordón de proporciones extraordinarias, que se extiende en línea horizontal, para cruzarse luego en ángulo y caer pendiente á los extremos de la portada.

Este colosal cordón, que debe sin duda de recordar el respeto prestado en aquella época á la Orden religiosa fundada por el apóstol de la XIII centuria, San Francisco de Asís, y la veneración que le tributaba la familia de Velasco, es lo que dió á esta morada el nombre de *Casa del Cordón.* Y no es por cierto de extrañar que este nombre le adjudicara el vulgo, pues es lo que más domina y sobresale en la fachada, dando al edificio un aspecto especial y característico que á ningún otro se parece. Ya fuese por disposición del fundador, ya por capricho del arquitecto, ó bien por alguna causa desconocida no llegada hasta nosotros, lo cierto es que la singularidad del cordón imprime sello y comunica color y carácter á esta morada.

La puerta principal tiene dos hojas, guarnecidas de pesado herraje, y el dintel aparece como soportado por dos lebreles, signo de fidelidad, que se apoyan en las jambas de los ángulos. Apenas se entra en el anchuroso vestíbulo, la vista se fija en una segunda y graciosa puerta de gusto delicado, la cual da acceso á un bellísimo patio de dobles y sobrepuestas galerías con airosos arcos, labrados antepechos y peregrinos entablamentos, á más de una bordada y primorosa cornisa, con heráldicos blasones que se destacan sobre cada pretil de intercolumnio, exornado todo con aque-

llos elementos decorativos que con tan acertado gusto sabía combinar y agrupar el estilo ojival en sus postrimerías.

Pero ya no hay que pasar de este patio, ya no hay que penetrar en el interior del edificio, entregado hoy al brazo militar y convertido en habitaciones y oficinas de la capitanía general. Algo queda todavía de antiguos esplendores, algún resto de artesonado, alguna huella y ciertos detalles que revelan la suntuosidad del que fué palacio de primados y alcázar de reyes; pero allí entró ya la mano sacrílega del reformador inculto, y así como en el muro exterior los vulgares balcones sucedieron á las elegantes fenestras del siglo XV, así en el interior se deformó todo, y nada queda apenas de aquellas esplendorosas estancias donde se congregaron un día tantos soberanos y príncipes, donde tan ilustres huéspedes fueron aposentados, donde se replegaron tantas grandezas de la tierra, donde Fernando *el Católico* y el César Carlos V recibían en corte, y donde una egregia dama catalana, dueña y señora un día de aquel palacio, recibía también en corte literaria á los poetas, á los eruditos y á los sabios que acudían á rendir homenaje á la que era vivacísimo y peregrino ingenio, así en las letras latinas como en las ciencias morales, y tan hábil y discreta poetisa como perfecta y elocuente oradora.

Porque la *Casa del Cordón* tiene noble historia de memorables recuerdos.

Yo he de evocarlos, que para ello tomé esta vez la pluma con objeto de escribir estas pocas páginas, y así lo haré; pero antes es preciso que cumpla con el deber de prestar homenaje y tributo á la memoria de aquella ilustre dama, primera duquesa de Frías, de quien nadie habla, á quien nadie conoce, á quien no menciona ninguna crónica de Burgos, que haya llegado al menos á mi noticia y á mis manos, y que, sin embargo, llenó un día los ámbitos de la ilustre ciudad, cabeza de Castilla, con la resonancia de su nombre, la opulencia de sus méritos y la esplendidez de su fausto.

Fué su madre una dama catalana que vivía en un pueblo inmediato á Lérida, y de la que, por su gallardía y belleza, se prendó Don Fernando, siendo príncipe de Aragón y mozo, cuando andaba por aquellas tierras al mando de las huestes levantadas por su padre Don Juan II para oponer á las legiones catalanas que combatían valerosamente contra el rey en favor de las patrias libertades.

Es todo un drama el de esos amores de Don Fernando con la hermosa doncella de Tárrega, á quien, según tradición, llamaban en el país la muchacha de media noche *(la minyona de mitja nit),* porque ésta era la hora de

sus citas con el príncipe, y ésta también la hora en que un día se fugó con él para acompañarle vestida de escudero, á guisa de varona, en sus arriesgadas aventuras militares y en sus empresas de guerra contra el legendario conde de Pallars, que mandaba las huestes catalanas. Es todo un drama, repito, un drama de altos vuelos y anchos horizontes el de esos amores del príncipe aragonés con la muchacha de media noche, drama que acaso escriba en su día algún poeta del porvenir, cuando tornen, que sí tornarán, los buenos tiempos de la literatura, y cuando se vayan, que sí se irán, esas taifas de impresionistas y delincuecentistas que encuentran humanos todos los desvaríos que presenta en escena el pudridero del teatro libre, y que turban todas las conciencias con sus raptos ibsenistas y sus neuróticos éxtasis maeterlinckeros ó maeterlinckistas.

Fruto fué de estos amores y de esta aventurera dama la hermosa doncella catalana que, hija natural de Fernando *el Católico,* llegó á enlazar con Don Bernardino Fernández de Velasco, conde de Haro, primer duque de Frías y Condestable de Castilla, y que, al entrar á ser la dueña de esta *Casa del Cordón* y de aquella otra de la Vega, dos residencias regias como mejores no las tuvieron jamás los reyes de Castilla, allí llevó con ella todos los

amores, gentilezas, entusiasmos y virtudes de los antiguos trovadores lemosines, cuya ciencia le enseñó su amante madre allá en sus soledades de Tárrega y Cervera, educando así su corazón y adiestrando su inteligencia para todo lo bueno, todo lo noble, todo lo bello y todo lo santo.

No; las historias no hablan de ella, ni de ella tampoco las crónicas literarias. Su nombre, sólo de paso se menciona en alguna disquisicion curiosa ó en algún escolio de erudito, como el libro del Rdo. Padre Don Pedro Fernández de Villegas, que le dedicó su *Traducción del Dante de la lengua toscana en verso castellano,* impresa en Burgos el año 1515. Acaso haya algunas noticias, que debiera haberlas, en los archivos de la casa de Frías, que es casa ilustre; algo encontré yo de ella, y algo más pienso hallar, si Dios me da salud y vida, ya muy difícil á mis años, en archivos públicos y particulares de la ciudad de Burgos.

Por notas que ya tengo, por algo que llegó á mis manos, y por intuiciones que nunca me engañaron, presiento que en esa dama insigne y poco conocida se hallará una admiradora entusiasta de Cristóbal Colón, el gran revelador, y protectora de sus hijos, así como también una amiga y discípula de Jaime Ferrer de Blanes ó el Blandense, lapidario de Burgos, cosmógrafo insigne, viajero arriscado y tam-

bién comentador y traductor del *Dante*. Pero esto vendrá á su tiempo, si no me falta, y en otro trabajo.

Lo que sí puedo asegurar en éste, y paréceme que he de ser el primero en decirlo, es que Doña Juana de Aragón, duquesa de Frías, fué protectora de poetas, de sabios, de filósofos y artistas, y con ellos departía y debatía sobre puntos de ciencias y de letras, en corte literaria y en certámenes y asambleas que se celebraban en su *Casa del Cordón*, á usanza de las que tuvo en Nápoles su tío el monarca aragonés Don Alfonso V *el Sabio* y *el Magnánimo*.

Fué ella la amiga tierna y compañera inseparable de su hermana la infeliz reina Doña Juana llamada *la Loca*, y ella quien levantó y sostuvo el ánimo de ésta en sus desventuras conyugales por los duelos y devaneos y extravíos á que tan inclinado se mostraba el rey su esposo; ella la que un día se vió arrojada de su propia casa, en un rapto de ira, por Felipe *el Hermoso*, sin atender éste que ella era la dueña y él su huésped, sólo porque le echó en cara sus amores con indignas cortesanas y su conducta con la reina su mujer.

Ella la que voló á los brazos de Doña Juana para darle ánimo y consuelo el día que ocurrió en la *Casa del Cordón* la gran catástrofe de la muerte de Felipe; ella la que no se apartó

jamás de su hermana, la reina, en las soledades y tristezas de la casa de la Vega; ella, por fin, la que fué acompañándola en aquella romántica expedición nocturna, con el cadáver de Felipe, de que nos hablan las historias, y que Pradilla ha popularizado, inmortalizándose, con su famoso cuadro de *Doña Juana la Loca,* que se halla en el Museo.

Y dejando ya este punto por ahora, volvamos á la *Casa del Cordón,* de la que el lector puede ver que no hube de apartarme mucho, lo suficiente tan sólo para no caer en pecado de poco galán y descortés con la dueña ilustre de esta casa, en la que tan despachadamente me introduje con mis lectores para registrar y escudriñarlo todo.

Hablemos algo de los monarcas que se aposentaron en esta morada, pues que ello nos facilitará ocasión para recordar ciertos sucesos de nuestra historia que merecen citación especial y forman época, algunos de los cuales aparecen confusos y poco luminosos por olvido ó descuido de quienes tuvieron á su cargo el relatarlos.

Desde que se fundó la *Casa del Cordón,* los Reyes de Castilla abandonaron su antigua residencia del castillo de Burgos, aceptando la hospitalidad con que en ella les brindaron sus fundadores los condes de Haro y prosiguieron después ofreciéndoles sus legítimos here-

deros los duques de Frías. Llegó á ser, no ya costumbre, sino tradición, en los monarcas castellanos la de aposentarse en esta histórica casa siempre que iban á Burgos. Y esto hicieron todos, excepción hecha de Felipe II el Tétrico, quien, una vez que hubo de pasar por Burgos, yendo, según creo, á celebrar Cortes á Tarazona, no se alojó, como era costumbre regia, en esta casa y palacios del Condestable, sino en el monasterio de San Agustín, como lugar para él más santo y más acomodado á sus ascéticas costumbres y prácticas religiosas.

Hecha esta excepción, los demás monarcas castellanos residieron siempre en la casa de que estamos hablando, aceptando el hospedaje de los Condestables. Allí estuvieron y se aposentaron, en primer lugar, los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, durante cuyo reinado se edificó este palacio, en su honor erigido; y allí recibieron embajadas solemnes, y en ella celebraron los desposorios de su hijo el príncipe Don Juan con la princesa Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano I.

De esta época de los Reyes Católicos conserva la *Casa del Cordón* memorias que no pueden ni deben olvidarse. No hablemos ya de los desposorios mencionados del príncipe Don Juan, en quien se fundaban entonces tantas y tan grandes esperanzas, que no debían tardar en verse malogradas por su prematura muerte;

ocasionando ésta la pérdida de la descendencia varonil en el trono y siendo causa de que se mudaran los destinos de España, que otros hubieran sido sin duda. No hablemos tampoco de las embajadas del Papa, del rey de Francia, del rey moro de Tremecen y de otras que allí recibieron con solemne pompa los monarcas á quien deparó Dios la suerte de ser los primeros en titularse reyes de España. Hablemos sólo de dos grandiosos recuerdos que harán para siempre imperecedera y gloriosa la memoria de este palacio.

Sea el primero, como de más universal resonancia, el que se refiere al gran nauta que nos abrió las puertas de un nuevo mundo.

Al regresar Cristóbal Colón de su segundo viaje á las tierras que por él nos fueron reveladas, se hallaban los Reyes en Burgos, y allí fué á encontrarlos, como á la vuelta de su primer viaje había ido á encontrarlos á Barcelona, donde entonces estaban, teniendo esto de común, entre otras muchas cosas que les son comunes, las dos ciudades que fueron cabeza de Castilla y cabeza de Cataluña: el haber sido las dos que recibieron á Colón triunfante, viéndole honrado por el pueblo y por los Reyes, lo cual ya no había de suceder al regreso de sus últimos viajes, que del uno llegó con los grillos en los pies y del otro con los grillos en el alma.

Dicen las crónicas burgalesas, más explícitas en esto de lo que las catalanas fueron, que el almirante fué recibido por los Reyes en la *Casa del Cordón*, adonde llegó acompañado por entusiasta multitud y por ella aclamado. El estrépito de los vítores y aplausos le precedió en el salón donde le esperaban los Reyes, ante quienes apareció rodeado de indios y con abundantes muestras de maravillosos objetos y portentos que se crían en aquel suelo encantador, virgen entonces todavía, y donde hoy el hombre siembra simientes de odio, de egoísmo, de corrupción, de ingratitud y de envidia, mientras que la tierra y el sol, generadora aquélla de la vida y éste de la luz, convierten en amor, en riqueza, en abundancia y gloria lo que el hombre le da en crímenes y malezas.

Las flores, los frutos, las plantas, los pájaros y las joyas fueron repartidos entre las damas y magnates de la corte; el oro fué destinado por la Reina Doña Isabel, como para rendir á Dios las primicias del mundo hasta entonces desconocido, á dorar el altar mayor de aquella perla ojival que se llama la Cartuja de Miraflores y que á la sazón estaban labrando Diego de la Cruz y Gil de Síloe, y el almirante fué colmado de honores y agasajos, renovándole sus cargos y oficios y dándole nuevas y mayores pruebas de estimación y afecto.

Residía entonces en Burgos, donde era querido de todos y respetado, un catalán á cuya memoria son debidos todos los respetos. Era Jaime Ferrer, á quien llaman unos el Blandense por ser natural de Blanes, y otros el lapidario de Burgos por ser muy perito en estas artes. Era excelente cosmógrafo, muy hábil en astronomía, navegó durante muchos años por los mares de Levante, fué muy favorecido de Alfonso V de Aragón, el conquistador de Nápoles y *el Sabio;* ocupó algún tiempo la plaza de joyelero de los Reyes Católicos, y hubo de dar lecciones de astronomía á Doña Juana de Aragón, hija natural de Don Fernando, la que fué luego condestablesa de Castilla, condesa de Haro y duquesa de Frías. Dicen los cronistas burgaleses que era comerciante-joyero, con tienda abierta en la ciudad, á la cual se ignora cómo fué á parar, y añaden que era libre pensador en toda la acepción de la palabra, habiendo con él contraído estrechas y muy íntimas amistades Cristóbal Colón á su llegada á Burgos.

Cristóbal Colón y Jaime Ferrer debieron de conocerse ya en tiempos anteriores, y no hubo de ser en Burgos donde comenzaron sus relaciones, como se dice. Hay noticia de una carta que Ferrer escribió al almirante desde Burgos, en 5 de Agosto de 1495, y un año antes, por consiguiente, de que Colón

llegara á la capital de Castilla, en cuya carta le felicitaba por sus viajes y descubrimientos. Jaime Ferrer fué enviado á buscar por el cardenal Don Pedro González de Mendoza, cuando llegó el almirante á Barcelona en 1493, de vuelta de su primer viaje, y en la capital de Cataluña debieron de verse y entenderse aquellos dos varones ilustres, siendo ya sabido y demostrado que fué el Blandense lapidario de Burgos quien facilitó á los Reyes Católicos un *Mapamundi* pintado, que luego apareció en el inventario de papeles de Doña Isabel la Católica, según Clemencín, y también quien dió por escrito y de palabra su parecer acerca del concierto convenido por los Reyes de España y el de Portugal sobre división del Océano.

Según parece, y consta en las memorias de la *Casa del Cordón,* el almirante y Jaime Ferrer tuvieron varias conferencias en Burgos con los monarcas, y ante éstos informaron y debatieron con entera libertad acerca de los viajes y propósitos del primero, apareciendo siempre el Blandense como partidario decidido de Cristóbal Colón, de quien era admirador y entusiasta. No parece sino que la Providencia reunió en Burgos y en aquella casa á estos dos hombres, nacidos para comprenderse y estimarse.

Y por cierto que sería empresa pertinente

y de honra para algún disquisidor curioso la de averiguar el grado de relaciones y de intereses morales que pudo existir entre Cristóbal Colón y Jaime Ferrer, y lo sería también la de inquirir cómo y por qué fué á parar á la ciudad cabeza de Castilla, tan apartada de sus viajes y estudios, aquel hombre sencillo y nada palatino, que era, no obstante, el amigo de monarcas tan poderosos como Alfonso V de Aragón y su hijo bastardo el rey de Chipre y su sobrino *Fernando el Católico;* que era tan gran cosmógrafo y tan arriscado marino y viajante; que era consultado por los Reyes Católicos para sus tratados y concierto con el monarca portugués; que poseía la amistad y confianza de varones tan insignes como el almirante Cristóbal Colón y el gran cardenal de España Pedro González de Mendoza, y que, sin embargo, se limitaba á tener una modesta tienda de comerciante joyero en Burgos, donde ocupaba sus ocios en comentar y traducir al catalán la obra famosa de quien él llama en la portada el Divino Dante. *(Sentencias católicas del divi poeta Dant compiladas per lo prudentissim Mossen Jacme Ferrer, de Blanes.* Obra póstuma, publicada por diligencia de los parientes de Ferrer el año 1545 en Barcelona, en la imprenta de Carlos Amorós, provenzal, y dedicada á la condesa de Palamós.)

Y vamos ahora, terminado el episodio rela-

tivo al gran almirante de las Indias, al otro recuerdo de que se hizo mención, y que bastaría por sí solo á hacer para siempre imperecedera y sagrada la memoria de esta *Casa del Cordón.* Refiérome al acto de la incorporación definitiva del reino de Navarra á la corona de Castilla, con la cual se completó, después de tantos siglos, la unidad nacional, de la que ya sólo permanece apartado el reino de Portugal, á quien ya llegará su turno, Dios mediante y andando el tiempo.

El 11 del mes de Junio de 1515, estando reunidos en una sala baja de la *Casa del Cordón* los presidentes, procuradores y representantes de las Cortes convocadas en Burgos, con muchos magnates, prelados, caballeros y nobles, Don Fernando *el Católico,* que era á la sazón regente gobernador de estos reinos de Castilla y León, declaró que para después de sus días quedaba el reino de Navarra incorporado á la corona real, y, por consecuencia, bajo el dominio de su hija la reina Doña Juana, y después del príncipe Don Carlos.

Levantaron acta los escribanos y secretarios de las Cortes, Bartolomé Ruiz de Castañeda, Pedro de Quintana, Pedro de Cuazola y Luis Delgadillo, y una copia autorizada de este documento se conserva en el archivo de Burgos.

Referido queda asimismo cómo en este pa-

lacio murió Felipe *el Hermoso,* el joven y apuesto príncipe de Austria esposo de Doña Juana, y de quien ésta se hallaba tan perdidamente enamorada, que con su muerte llegó á trastornarse, perturbándose su razón, ya por otra parte lesionada con los duelos y angustias que le procuraba aquel su amado Felipe, de condición fácil, muy inclinado á devaneos y deportes fuera de casa, y muy contrario de su suegro el rey Don Fernando, que, junto con el cardenal Jiménez de Cisneros y otros prudentes varones, veía con dolor cómo aquel mancebo temerario, rodeado de extranjeros á sueldo y de cortesanos aduladores, llevaba por torcidas sendas los negocios del reino.

En la *Casa del Cordón* hay memoria de que, por orden de la reina, se expuso el cadáver en una gran sala y en suntuoso lecho.

Para conservar incorrupto su cuerpo, Doña Juana lo mandó embalsamar al uso de Flandes, extrayéndole las entrañas, que, guardadas en un jarrón de plata cubierto con un velo blanco, se llevaron á la Cartuja de Miraflores, donde recibieron enterramiento á poca distancia del altar mayor, del lado del Evangelio. Vistieron luego el cadáver con rico traje de brocado forrado en armiños, calzáronle lujosos borceguíes y zapatos á la flamenca, ciñeron su cabeza con una gorra en que brillaba un rico joyel, pusiéronle en el pecho una cruz de piedras

preciosas, y así quedó expuesto dicho cadáver, bajo guardia de reyes de armas con sus cotas y mazas y el estoque real. Después de esto fué conducido con solemne aparato, rodeado de numerosa guardia armada, según expreso mandato de la reina, á la Cartuja de Miraflores, y allí en su sacristía quedó en depósito, dentro de una caja de metal mirrado cubierta con ricas telas de brocado pardo, hasta que Doña Juana dispuso llevárselo fuera de Burgos con el gran aparato de aquella insólita procesión fúnebre, compuesta de la reina y sus damas, los obispos de Jaén, Mondoñedo y Málaga, el marqués de Villena, el Condestable de Castilla, eclesiásticos, nobles, caballeros y guardia de jinetes y de infantes, haciendo las jornadas de noche, con hachas encendidas y en lo más riguroso del invierno, todo lo cual veían pasar los pueblos asombrados, como si fuera concertada hueste y misteriosa cabalgata de duendes y fantasmas.

Pero lo más curioso del caso, y lo que la historia se calla, es que aquel suceso, que pareció tener algo de éxtasis y delirio por parte de Doña Juana, tuvo, más que de éxtasis y delirio, mucho de premeditación y de rapto. Parece que la reina quiso asegurar el cadáver de su marido, arrebatándolo á la codicia de una dama principal en la corte, enamorada locamente, como la misma Doña Juana, de

aquel príncipe tan voltario en costumbres como afortunado en amores, la cual había jurado apoderarse del cadáver, ansiosa de poseer en muerte al que poseyera en vida. Pero ya que en vida no pudo hurtar á aquella dama el amor y posesión de su esposo, hurtóselos Doña Juana en muerte, y á esto dicen memorias de aquel tiempo que se debió la fuga de la reina con el ataúd, la numerosa guardia armada de que ordenó rodearle y la romancesca procesión é insólita pompa del acompañamiento.

Nada de esto dice la historia, repito. Y es que la historia se calla á veces muy buenas cosas, y no siempre todo lo que dice es cierto, sucediendo en ocasiones que por no querer dar realce y valor á determinados sucesos, hijos de causas naturales, se atribuye á móviles superiores y á grandezas de alma, cuando no á intuiciones maravillosas, lo que en su origen pudo ser producido por algo insignificante tal vez y menguado, aunque perfectamente natural y propio dentro de la condición humana.

Señaladas memorias guarda también la casa que estamos historiando del César Carlos I de España y V de Alemania. Dos veces estuvo en ella.

Fué la primera, acompañado de su esposa la emperatriz Isabel, por los años de 1527, cuan-

do todo le sonreía, cuando el porvenir se le presentaba coloreado de oro y púrpura, cuando su ánimo se disponía y levantaba á grandes empresas y todo lo creía fácil, pareciéndole tener domada la fortuna y sujeto el mundo. Fué la segunda en 1555, el año funesto de los tres cincos, cuando ya todo se le aparecía de color negro, cuando las desilusiones y las inquietudes laceraban y mordían su alma, cuando ya el mundo todo se le venía encima.

Acababa Carlos V de abdicar la corona en favor de su hijo Felipe II, y llegó á Burgos solo, enfermo, caviloso, retraído, fustigado en su cuerpo y en su espíritu, encerrándose en el palacio del Cordón, testigo un día de sus glorias y grandezas, y teatro entonces de sus soledades y duelos, dispuesto á retirarse del mundo y de sus pompas y á refugiarse en el monasterio de Fres del Val, que fué el primer lugar escogido para su retiro, aun cuando luego mudó de propósito, recogiéndose en el de Yuste, donde acabó en paz y sosiego aquella tumultuaria vida, que tanto hubo de mover y desasosegar al mundo.

Allí, en esta morada palatina, estuvieron también y se aposentaron otros príncipes y monarcas: en 1526, Francisco I el de Francia, el prisionero de Pavía, cuando, firmado el convenio de Madrid, regresaba libre á sus estados; en 1570, la princesa Doña Ana de Aus-

tria, que venía á España para casar con Felipe II, siendo recibida en Burgos con caudaloso estruendo de fiestas, danzas, luminarias, mascaradas y espectáculos; en 1615, Felipe III, que fué acompañando á su hija, llamada también Ana, para celebrar en Burgos sus bodas con el rey de Francia; en 1660, Felipe IV, que fué con igual propósito de acompañar á su hija María Teresa para casarla también con otro rey de Francia, Luis XIV; Carlos II, en 1673, el último y menguado monarca de aquella dinastía austriaca, y, por fin, en 1701, Felipe V, el primero de nuestros Borbones, que venía á sentarse en el trono de España, llegando con él el anuncio de aquella terrible y desastrosa guerra llamada de Sucesión, crónica de tristes recuerdos.

Todos estos monarcas, lo propio que muchas reinas, princesas é infantas, de quienes llega á perderse la cuenta, fueron sucesivamente hospedándose en esta *Casa del Cordón*, donde con todo lujo, esplendidez y prodigalidad eran recibidos y alojados por los Condestables de Castilla, quienes, al sucederse y recoger por derecho de legitimidad y de herencia los estados de la casa de Frías, y con ellos el título y oficio de Condestable de Castilla, parecían heredar también el cargo de hidalgos aposentadores de los monarcas españoles, los cuales siempre, á su paso por Burgos, fijaban

su morada en la *Casa del Cordón*, siendo festejados y hospedados á luz de toda esplendidez y todo gasto, como nunca quizá lo fueron en sus propios palacios.

Y ya con esto queda referido algo de lo que decir me proponía acerca de la *Casa del Cordón*, que tuve afortunada ocasión de visitar y conocer en una de mis excursiones por Castilla. No dije todo lo que pensaba, porque el trabajo resulta largo, como fruto de *ociosidad laboriosa*, que así llama al arte de escribir un personaje de Goethe. Ya diré algún día en otro estudio, si éste no parece mal, lo que me queda en el magín tocante á cosas que me contaron relacionadas con esa casa histórica, que también tiene su leyenda. Pero quede esto para otra vegada, si hay de ello ocasión, que por ésta aquí termino, recomendando á mis bondadosos lectores que visiten, antes que desaparezcan, esa mansión de tantos recuerdos, y otras, y otras, que no los tienen menores, y que esparcidas están por ciudades, por villas y comarcas.

Nuestras regiones españolas se ven pobladas de palacios, de edificios, de monumentos, de castillos, más ó menos conservados, que por ser obras de arte unos, y tradición otros y recuerdo de sucesos históricos, hablan á la imaginación y al alma, y enseñan muchas cosas que no se aprenden en los libros. De ellos,

unos están en ruina por falta de reparo; otros, abandonados por crimen de absenteísmo, que es hoy lo que acaba con la vida de los pueblos, y todos ó casi todos en punible olvido, porque nuestra sociedad aristocrática, en vez de ir á veranear por tierras españolas, donde hay recuerdos que confortan el espíritu, levantan el alma y enseñan lo pasado, se marcha al extranjero á recorrer comarcas que encuentra deleitables y á visitar monumentos que juzga maravillosos, sin advertir que también tenemos en España regiones encantadoras y también monumentos que asombran por los esplendores del arte, por la grandeza de la tradición y por las glorias del recuerdo.

Es de esperar, y así sea, que esas asociaciones de excursionistas, creadas hoy tan á buena hora y con fines tan patrióticos, contribuyan á remediar y extirpar esa peste de absenteísmo que invade malaventuradamente nuestros pueblos y regiones.

Y volviendo ahora á lo que antes indicaba, la verdad es que, bien considerado todo, esos grandiosos monumentos que tanta savia tienen de gloria y guardan tan estimables recuerdos históricos, más que á sus dueños, pertenecen á España, y es crimen de lesa majestad de patria dejarles perecer, arruinar y perderse.

La patria debiera encargarse de ellos cuan-

do sus dueños los abandonan ó entregan á malos usos y miserable venta; pero también entonces fuera necesario que hubiese Gobiernos algo más celosos y previsores. Cierto que algunos de estos monumentos fueron ya declarados nacionales; pero no parece sino que, más que para mantenerlos, se hizo para blasmarlos y zaherirlos, ya que por malaventura nuestra, y por falta de un ministerio de Artes y de Instrucción pública, cosa que tienen todas las naciones cultas, y aun alguna que no lo es, sucede que lo mismo es darles sello de monumento nacional que expedirles el del olvido, confiándose su custodia á un pobre guarda, más ó menos celoso, quien, por falta de recursos, que muchas veces no tiene ni para el propio sustento, deja que se conserven por sí solos, sin cuidar de su reparo, hasta terminar en santa paz y gracia de Dios por derrumbarse y hundirse, cumplida su misión sobre la tierra.

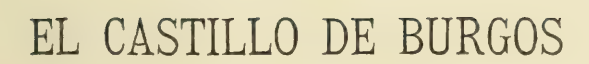
No creo pecar de indiscreto ni de exagerado tampoco si me atrevo á decir que los monumentos son declarados nacionales únicamente para que tengan el consuelo y la gloria de concluír más pronto su vida en brazos del Gobierno, á no ser que se le ocurra á éste llamar á los frailes, y devolvérselos con objeto de que guarden, conserven y reparen aquellos de que con tanto estrépito los echamos, y

adonde ahora los restituímos, por no haberlos sabido nosotros guardar, ni conservar, ni reparar.

Porque me parece, supongo, que ya no debe quedar duda á nadie: desgraciadamente, los monumentos se van..... y los frailes vuelven.

7 de Enero de 1894.





EL CASTILLO DE BURGOS

EL CASTILLO DE BURGOS

SUMARIO

Su antigüedad. — La tierra de los castillos. — El castillo de las Flores. — El castillo de la Blanca. — El conde Porcelos. — Fernán González. — Fernando I. — Fiestas en el castillo en honor de la hija del rey moro de Toledo. — Fiestas por las bodas de Alfonso VII con Berenguela de Barcelona. — Restauración del castillo por Alfonso VIII. — Cortes convocadas por la reina regente Doña Berenguela. — Fernando III. — El castillo en tiempo de Alfonso *el Sabio.* — Personajes que se hospedan en él. — Los trovadores. — El trovador Bonifacio Calvo. — Sancho *el Bravo* y Doña María de Molina. — Minoría de Alfonso XI. — Pedro *el Cruel.* — Recuerdos de este monarca. — Su muerte en Montiel. — Don Enrique *el Dadivoso.* — Su estancia en el castillo. — Juan I. — El castillo en tiempo de Juan II. — Alvaro de Luna. — El castillo en la época de Enrique IV. — El duque de Arévalo. — Alzamiento de los nobles contra Enrique IV. — El castillo proclama á Doña Juana *la Beltraneja.* — La ciudad de Burgos proclama á los Reyes Católicos. — Fernando *el Católico* pone sitio al castillo. — El duque de Villahermosa. — Combates y asalto del castillo. — Isabel *la Católica.* — Guerra de sucesión. — Sigue el cerco del castillo. — El alcalde de Burgos Alfonso Díaz de Cuevas. — Isabel *la Católica* se apodera del castillo. — Triunfo de los Reyes Católicos.

I

Famoso fué y célebre el castillo de Burgos entre los que más lo fueron. Aparece siempre con gloria en todas nuestras grandes épocas, y Castilla comienza con él su historia.

Tuvo importancia verdadera en todos tiempos, y la tuvo excepcional en el de los Reyes Católicos, quienes en la terrible guerra de sucesión que hubieron de sostener para afirmar su trono, sólo al ser dueños de este alcázar pudieron considerarse reyes de Castilla.

Los árabes, que llamaban á este país la *tierra de los castillos,* por los muchos, y muy grandiosos y fuertes, que en ella se alzaban, decían que el de Burgos descollaba entre todos como descuella la flor entre las hojas. A esta frase se debió tal vez el que fuese apellidado *castillo de las Flores* en sus primitivos tiempos, según cuenta la tradición, aun cuando no tardó en perder este nombre para tomar el de *castillo de la Blanca,* por ser el de una iglesia levantada casi á sus mismas puertas, á corta distancia de él, en una loma del monte que como de avanzada le servía. Este templo de Santa María la Blanca, según luego se dirá, fué teatro de sangrientas escenas y de empeñada lucha en época de los Reyes Católicos.

Eduardo de Oliver Copóns, que es el cronista de este castillo, y que, con la publicación de su interesante monografía, ha prestado especial servicio á las ciencias históricas, se remonta al siglo noveno para buscar el origen de su fundación, y la encuentra en 884, en tiempos del llamado conde Porcelos, nom-

bre de batalla ó apodo que tomó, ó aceptó, aquel campeón aguerrido de quien van llenas las crónicas en los comienzos de Castilla. Y así fué. Diego Rodríguez, apellidado el conde Porcelos, que figura como el segundo en la genealogía de los condes de Castilla, hubo de ser el fundador.

Baluarte este castillo y alcázar de la independencia castellana, fué escuela de bravos capitanes, y también paladión y amparo de la ciudad que á sus pies yacía, ó que de él formaba parte, pues tengo para mí que, en aquellos antiguos tiempos, ciudad y castillo no eran más que un solo cuerpo, viviendo al amparo de una muralla común que los circuía y abrazaba.

Dióse en este alcázar el primer grito de independencia, cuando Castilla se declaró soberana é independiente de los reyes de León, hábil y bizarramente gobernada por quien fué uno de sus más renombrados condes, Fernán González, que comparte con el Cid las glorias legendarias. Desde entonces, seguramente, conserva Burgos el mote de *Caput Castellæ* que se lee en su escudo, como su otro mote de *Camera regia* debe de provenir de haber elegido este alcázar los Reyes de Castilla por mansión señorial y centro de sus guerreantes empresas.

Ricos son sus anales en sucesos, en historias, en tradiciones y leyendas.

Resistió varias veces el empuje de las huestes agarenas, y una de sus páginas de mayor gloria es la heroica defensa con que rechazó un terrible asalto de los moros andaluces en una de sus correrías por Castilla.

Fué esto precisamente en tiempos de Fernando I. Uno ó dos años antes, poco más ó menos, el de 1050, así como entonces en voces de guerra y en gritos de venganza y de exterminio, ardieron los salones del castillo en luminarias y en músicas y fiestas. Fernando I recibía en ellos á una joven y bellísima princesa mora, hija de Almedón, rey de Toledo.

Había éste pedido treguas al rey de Castilla en la lucha que sostenían, y, al mismo tiempo, guiaje y salvoconducto para que su hija Kassilda, enferma de grave dolencia, pudiese trasladarse á los dominios castellanos, donde esperaba recobrar la salud con el beneficio de ciertas aguas maravillosas que existían en Briviesca.

Apresuróse Fernando de Castilla á contestar al rey moro, accediendo á sus demandas. Estipulóse la tregua, trocáronse en cañas las lanzas, y la hermosa princesa mora fué recibida en Burgos con toda cortesía y hospedada en su castillo con todo esplendor y fausto. Fernando I se convirtió en galán caballero para con la princesa toledana, y durante los días que ésta permaneció en el castillo de Burgos,

de paso para Briviesca, fué hidalgamente obsequiada con músicas y danzas, justas y torneos, luminarias y fiestas.

Era esta princesa mora aquella que más tarde, abandonando su religión para hacerse cristiana, se distinguió por sus virtudes y prácticas religiosas, siendo hoy la Santa Casilda venerada en nuestros altares.

En 1128 hubo fiestas también en el castillo por los desposorios de Alfonso VII con Berenguela, hija del conde de Barcelona, comenzando los Reyes con este motivo á establecer su corte en este alcázar, que, de entonces más, á cada momento, aparece en la historia de Castilla, sombrío á veces y misterioso por ser teatro de crímenes ignorados ó de suplicios de dudosa justicia; esplendoroso otras, y atrayente, por serlo de recepciones y saraos, de juras y torneos en regias festividades; temeroso y ensoberbecido algunas, cuando en él se encerraban los monarcas para desde allí, al amparo de sus sayones y sus muros, fulminar los rayos de sus iras; encendido y amenazador no pocas, siempre que era cebo de pasiones ó codicia de tumultuantes magnates, durante las revueltas bandosidades en que hubo de arder Castilla tantas veces.

Lo hizo un día restaurar y embellecer el valeroso Alfonso VIII. Cuando hubo reparado sus muros, percudidos y maltrechos por pasa-

das luchas, y fortalecido y ensanchado sus robustas torres; cuando tuvo exornados sus salones con oros y con mármoles, con pórfidos y jaspes, con suntuosos muebles taraceados y ricos artesones de cedro y de alerce; cuando ya, finalmente, hubo allí reunido las obras más primorosas de los mejores artífices cristianos y mudéjares, se lo dió entonces por arras, en sus desposorios, y por mansión y nido de amores, á su bella esposa Leonor de Inglaterra, la misma que años más tarde, y en aquellos mismos salones por el amor embellecidos, arrastraba luengas ropas de luto y fallecía de duelo y de pesadumbre á los veinte días de muerto el rey su esposo.

En este castillo fué donde, el año 1215, convocaba Cortes Doña Berenguela, regente del reino durante la menor edad de Enrique I, princesa augusta que, por su varonil entereza, aseguró el trono de su sobrino, minado en sus cimientos por las revueltas que provocaba con sus destemples la abanderizadora familia de los Lara.

En él tuvo luego por largos años su casa y corte aquel otro soberano llamado Fernando III, sucesor de su primo Enrique, hijo de Berenguela y nieto de una condesa de Barcelona, quien, como hijo de madre tan varonil y entera, supo ilustrar el trono con altas virtudes, consiguiendo que sus rebeldes magna-

tes, por él domados, le acataran como su señor; que sus pueblos, por él tan atendidos, lo proclamasen su padre; que los moros, por él subyugados, le llamaran el invencible, y que luego la Iglesia lo encumbrase á sus altares apellidándole *el Santo,* mientras la historia abría sus páginas para alzarle á las cimas de la inmortalidad y de la gloria.

Vino después á ser huésped y dueño de este alcázar Alfonso X, *el de las Cantigas,* el que las crónicas lemosinas llaman *el Trovador* y nosotros *el Sabio.* Durante su reinado, el castillo de Burgos ofrece ancho campo á la disquisición de las crónicas, de las leyendas y de la historia. Mansión fué de fiestas y de esplendores, centro de animación y de vida, y hogar también de conspiraciones, de intrigas y de crímenes.

Por sus galerías discurrieron en tropel los trovadores proscriptos y fugitivos de Provenza, que á divertir venían con sus cantos y sus trovas la corte de Alfonso *el Sabio,* pagando así la generosa hospitalidad que les ofrecía el monarca castellano. Y por cierto que no hay temeridad en pensar que alguno de aquellos sus huéspedes pudiera ayudarle en sus *loores* y *cantigas,* como es razón creer que su paso por este país hubo de dejar huella y memoria en el habla y en la poesía castellanas, por ellos enriquecidas con muchas primorosas voces, que

lograron introducir en el lenguaje, y en él permanecen, según puede comprobar quien dedicarse quiera con algún cuidado á lexicológicos estudios y á investigaciones folklóricas.

En sus regias cámaras tuvieron estanza y hospedaje príncipes y soberanos, damas ilustres por su alcurnia, embajadores y magnates, personajes extranjeros, célebres en la historia de sus tiempos. Unas veces el que allí se aposentaba era el príncipe Eduardo de Inglaterra, que venía en representación de su país para asistir á unas bodas reales, y otras era un simple poeta, trovador errante, Guillermo de Montagnagout, que llegaba como mensajero del conde de Tolosa, y que antes de abandonar el alcázar de Burgos, cumplida su misión cerca de Don Alfonso, le decía á éste en una endereza de sus trovas lemosinas: «Dios honre y galardone al monarca castellano que mejora la prez, que es joven en edad y viejo en juicio, y que siente más placer en conceder mercedes que en recibirlas».

Allí se hospedó, un día, Marta, la emperatriz de Constantinopla, que acudió á reclamar el apoyo del rey *Sabio*, y allí, también, en su opulento tinelo, fueron festejados los embajadores franceses cuando llegaron para concertar las bodas de la princesa hija del rey de Francia con el príncipe castellano hijo de Don Alfonso. Y por cierto que, al celebrarse los

desposorios en el año siguiente, el de 1269, el alcázar burgalés se vistió de gala, desplegando todos los aparatos de su lujo y de su fausto, no sólo para obsequio de los jóvenes príncipes, á quienes unía el santo nudo del matrimonio, si que para honrar á los ilustres y egregios personajes que vinieron con este motivo á ser huéspedes del castillo. Las crónicas nos dicen que allí se vieron entonces reunidos, efectivamente, con muchos ricoshomes y caballeros del reino de Castilla y de León, y con muchos condes y duques y magnates de Francia, el sultán ó rey moro de Granada; los infantes de Castilla; el marqués de Monferrat, que tenía corte de amor y de trovadores en su tierra, casado con una hija de Don Alfonso; el príncipe de Inglaterra; el gran monarca aragonés, que con su nombre llenaba la tierra toda entonces conocida, Don Jaime I *el Conquistador,* padre de Doña Violante, reina de Castilla, y su hijo el primogénito y heredero de la corona de Aragón, aquel Don Pedro á quien, más tarde, vengador de Provenza y de sus trovadores, la historia debía llamar *el Grande* y la leyenda *el Épico,* por sus hechos y por su jornada famosa de los Pirineos.

Testigo fué asimismo este alcázar de las suntuosas bodas que enlazaron á dos infantes, hijos del rey, con dos damas de la casa de Lara, familia poderosa de Castilla, que era tan

fuerte y más que la de los mismos monarcas, y tan alterosa y soberbia, que parecía tener un pie en la primera grada del trono para asegurarlo ó derribarlo, según mejor pluguiera á su ambición ó á sus intereses.

Refieren también las historias que en un torreón de este castillo vivió por espacio de muchos años el trovador provenzal Bonifacio Calvo, amigo, favorito y consejero de Don Alfonso, el mismo Bonifacio Calvo de quien se cuenta que tuvo amores con una princesa castellana, á la cual ensalza en sus trovas, diciendo que «si Dios quisiera escoger dama en este mundo, sólo á ella elegiría». Y recordarse debe también que si durante aquel reinado hubo en los salones del alcázar estruendos de gala y de fiesta, y en sus cámaras recepciones de príncipes y de reyes, y si sus puertas se abrieron á todas las aristocracias de la tierra, y si desde lo alto de la torre del trovador se fulminaron aquellos atrevidos serventesios con que Bonifacio llamaba á Don Alfonso al imperio, á la lucha y á la guerra, también, en el fondo de sus negros subterráneos, las bóvedas se estremecían con los lamentos del infortunado infante Don Fadrique, que allí moría bárbaramente degollado por órdenes de su propio hermano el rey Don Alfonso, que pudiera ser llamado por esta causa el vengativo, si por tantas otras *el Sabio*.

El castillo guarda recuerdos de Sancho *el Bravo*, y los guarda también de su mujer Doña María de Molina, una de las glorias más puras y legítimas de esta tierra castellana, dama ilustre, heroína de un drama célebre del marqués de Molins, la cual con inquebrantable fortaleza salvó la cuna de su hijo Fernando IV.

En aquellas épocas de turbulencia y de bandosidades para Castilla, el alcázar de Burgos, estando el rey ausente, se alzó con Don Diego López de Haro, señor de Campos, que pretendía ocupar su tenencia; y aun cuando aquella vez se dominó el conflicto, más tarde volvió á presentarse en la minoridad de Alfonso XI. Posesionado del castillo Don Juan llamado *el Tuerto*, quiso imponerse á los burgaleses, que lealmente se habían declarado por el joven Don Alfonso; pero la ciudad se levantó en armas contra la fortaleza. Fué cercado el castillo y combatido, y su guarnición hubo de acabar por rendirse, no ciertamente por el combate, aunque sí por el hambre. En brazos de sus leales ciudadanos de Burgos entró el joven Alfonso XI á ocupar el hogar de sus mayores, y fué entonces cuando las crónicas hablan de vistosos torneos celebrados al pie de sus muros, torneos en que tomó parte el mismo monarca, consiguiendo fama de buen justador y de campeón intrépido.

Tristes y sombrías memorias conserva del

sucesor de Alfonso XI, de aquel Don Pedro I tan popular en las historias y leyendas castellanas, y que en nuestra época ha contribuído á popularizar mucho más todavía el ínclito poeta Zorrilla con su obra dramática *El Zapatero y el Rey*. Unos le han llamado *el Cruel* y otros *el Justiciero;* pero aun los que con más empeño intentaron hacer prevalecer este nombre, no pueden menos de confesar que hasta sus más reconocidos actos de justicia tenían todas las apariencias de actos de crueldad.

El castillo de Burgos guarda de él dos sangrientos recuerdos.

Un día apareció colgado de sus muros, á la vista de todos, un ataúd en que se encerraron atropelladamente los restos mutilados del que fué Adelantado mayor de Castilla, Garcilaso de la Vega. El rey Don Pedro, hallándose en Burgos, donde se le obsequiaba, ordenó matar al Adelantado *sin forma de juicio,* según dice la crónica. Sucumbió Garcilaso en la misma cámara del rey bajo los golpes de maza que le dieron Juan Fernández Chamorro y el ballestero Juan Ruiz de Osia, y en seguida mandó el rey arrojar el cadáver á los toros que en su obsequio se corrían en la plaza, asomándose Don Pedro al balcón para ver cómo jugaban las reses con aquellos sangrientos despojos. Guardados en seguida en un ataúd, fué éste colgado del muro del castillo que mi-

raba hacia la plaza *Comparada,* para que todo el mundo supiese, entendiese y pudiese recordar las justicias del rey.

Más terrible fué aún, si cabe, lo que hizo otro día el cruel monarca. Ocurrió el suceso en 1355, según los anales del castillo.

Llegaba el rey de visitar varias poblaciones y comarcas de sus reinos. Durante su excursión había ordenado decapitar á varios nobles y señores, con más ó menos justicia, y todas las cabezas de los ajusticiados mandó llevarlas al castillo de Burgos, donde residía, y adornó con ellas una estancia que ya, de entonces más, tomó el nombre de *Sala de las Cabezas.* Entre éstas se hallaban las de Don Lope Sánchez de Bendaña, comendador mayor de Castilla, Don Gonzalo Meléndez, Pero Cabrera de Córdoba, Alfonso Jofre Tenorio, y otros no menos ilustres.

Sabido es cómo murió Don Pedro. Fué en Montiel, á manos de Don Enrique *el Bastardo,* apellidado por la historia *el Dadivoso* ó *el de las Mercedes,* y también, con más razón, *el Fratricida.*

Durante la recia contienda que hubo entre ambos hermanos, y que fué una de las más crueles guerras civiles de Castilla, Don Enrique, á quien visiblemente favorecía la ciudad de Burgos, donde tenía muy decididos partidarios, llegó á apoderarse del castillo y tam-

bién del tesoro que en él guardaba Don Pedro. Ocurrió esto en 1366. Apoyaban á Don Enrique, Beltrán Du Guesclin, el tan renombrado caballero francés, y sus *compañías blancas,* mientras que, á su vez, Don Pedro era apoyado por el hijo de Eduardo III de Inglaterra, Ricardo de Gales, llamado el *Príncipe negro,* que vino con gran fuerza de gente en auxilio del monarca castellano.

Derrotado Don Enrique en la batalla de Nájera (1367), las puertas del castillo de Burgos se abrieron nuevamente á Don Pedro, quien penetró en el castillo ejerciendo sangrientas venganzas, y aposentándose en él con su aliado el *Príncipe negro.*

No tardó Don Enrique en reponerse de su derrota. Contando con la ciudad de Burgos, que, en efecto, le franqueó sus puertas, cayó sobre el castillo que Don Pedro había dejado, con fuerte guarnición, encomendado al rey de Nápoles y al alcaide Alonso Ferrández. Ya entonces se decía, y era proverbio entre el vulgo, que sólo era rey de Castilla quien fuese dueño del alcázar. Por esto Don Enrique, desplegando sus banderas, agrupando á cuantos nobles seguían su causa, reuniendo todas sus fuerzas *enriqueñas,* puso cerco al castillo, decidido á tomarlo á toda costa. La lucha fué porfiada y sangrienta. El cronista Pedro de Ayala en su historia de Enrique *el de las Mercedes,*

y Oliver Copóns en la suya del castillo, dicen que en dos sucesivos asaltos los cercados rechazaron y destruyeron á los sitiadores con sus *granadas* y *piedras*, sus *truenos* y *saetas*, y que entonces Don Enrique acudió al recurso de *las minas* y las *cavas*, poniendo en tanto aprieto la plaza, que Alfonso Ferrández hubo al fin de entregarla, entregando también al rey de Nápoles.

Ya entonces el alcázar quedó, para siempre más, en poder de Don Enrique, que se coronó rey de Castilla en el monasterio de las Huelgas. Pero no por esto cesó la lucha entre los dos hermanos. Siguió todavía más viva y más encarnizada que nunca, aun cuando fué ya de corta duración.

Don Pedro acabó en Montiel, según más arriba se dijo, y con él su dinastía. Murió á manos de Don Enrique, que subió al trono, manchado con la sangre de su hermano. Nuestro gran poeta nacional José Zorrilla popularizó esta escena en su segunda parte de *El Zapatero y el Rey*.

Don Enrique ocupó el trono, ya sin rival, y el castillo de Burgos fué su estancia. En él tuvieron lugar ceremonias y fiestas, y en su capilla, años más tarde, celebró el rey fratricida con ruidosa pompa las bodas de su hijo el infante Don Alfonso con Doña Isabel de Portugal, y las de su hija bastarda Doña Jua-

na con un hijo del marqués de Villena. Era esta Doña Juana fruto de romancescos amores del rey con una hermosa doncella del Barrio de la Vega, á quien llamaba el vulgo *la reina sin corona,* y acerca de la cual existe una poética leyenda.

El sucesor de Don Enrique fué Don Juan I, su hijo, que con su esposa Doña Leonor se aposentó en el castillo de Burgos, tomándole como centro y corte, siguiendo luego los agitadísimos y turbulentos reinados de Enrique III, Juan II y Enrique IV, cuyos monarcas parecieron destinados á no tener un momento de paz y de reposo durante su vida, mezclados constantemente en intrigas y en miserias, en luchas y combates, juguete unas veces de ambiciosos validos, víctima otras de arrebatadas pasiones, y siempre condenados á dejar huellas de sangre y sementera de catástrofes á sus pueblos, como si la dinastía encumbrada al trono por Don Enrique llevase consigo la mancha de Caín y la eterna maldición del fratricidio.

Siguieron estos monarcas habitando principalmente el castillo de Burgos, aun cuando ya en época de los últimos comenzó á imponerse la predilección por Valladolid y por Segovia.

Los anales del alcázar burgalés cuentan que en él ocurrió la escena, histórica ó novelesca, de Enrique III, cuando, harto ya de ver

que sus nobles vivían en la opulencia mientras él tenía que empeñar su gabán para procurarse el sustento, invitóles á una fiesta en el castillo, donde, en lugar de la mesa dispuesta para el banquete, encontraron el tajo y la cuchilla del verdugo, de que sólo pudieron librarse mediante la devolución de sus despojos y rapiñas.

Testigos los salones de este alcázar del gran poder y privanza de Don Alvaro de Luna, en época de Juan II, lo fueron también de su desgracia y su derrumbe. Fué en Burgos donde quedó preso, por orden del rey, aquel omnipotente valido que, trasladado más tarde á Valladolid, acabó desastradamente su vida en el cadalso, no obstante ser, según dice su cronista, «el hombre más excelso que vieron los siglos y el mejor caballero que en todas las Españas ovo».

Los mayores y más crueles enemigos que tuvo Don Alvaro, fueron los nobles acaudillados por Don Pedro de Estúñiga y Leiva, casa y familia poderosas entonces entre las que más lo fueron. Este Don Pedro de Zúñiga ó de Estúñiga, como más comúnmente se le llama en las crónicas de Castilla, era hijo del favorito de Enrique III, de quien heredó la alcaidía del castillo de Burgos, y el justiciazgo mayor de Castilla, que le otorgó el rey Don Enrique. Era señor de vastos estados, de Béjar, de Cu-

riel, de Frías y otros muchos, y fué conde de Ledesma, de Trujillo, luego de Plasencia, y más tarde su heredero fué duque de este mismo título y también de Arévalo, según se verá en el curso de esta narración.

Influído Juan II por esta poderosísima casa de Estúñiga, que servía entonces los intereses y los odios de la reina Doña Isabel, terció en una miserable intriga cortesana, y partió de Valladolid para Burgos llevándose consigo á Don Alvaro, cuya pérdida estaba de antemano decretada, habiéndose decidido acabar con él en Burgos, donde el rey podía contar con las fuerzas del castillo, que estaban á devoción de Don Íñigo de Estúñiga, teniente á la sazón del alcázar en nombre de su hermano Don Pedro, conde de Plasencia.

Y así fué como llevaron á Don Alvaro al degolladero. Preso en Burgos, ya no salió del poder de sus enemigos los Estúñiga, á quienes cupo la triste misión de llevarlo custodiado á Valladolid para ver allí rodar su cabeza por las tablas del patíbulo, á los cuatro días de su llegada, el 2 de Junio de 1453. Sólo un año le sobrevivió el rey Don Juan, de quien se dice que murió presa de remordimientos, hondamente obsesionado por el recuerdo y hasta por la visión de aquella ensangrentada cabeza de su privado, expuesta de su orden en ignominiosa é infame picota.

Tal es, contada muy en resumen, y al volar de la pluma, la historia del castillo de Burgos, desde su fundación hasta la época de los Reyes Católicos. Se escribió teniendo á la vista las crónicas de Castilla y la monografía ya otras veces citada del capitán Don Eduardo de Oliver Copóns, que es trabajo de estudio detenido y con gran conciencia realizado.

Importa ahora contar con todo detenimiento posible, en atención al objeto que el autor se propone, lo que ocurrió con esta fortaleza en tiempo de los Reyes Catolicos, y ya para esto hay que acudir á otras fuentes, principalmente á la de Hernando del Pulgar y á la del aragonés Zurita, gran historiador de la Corona de Aragón, en cuya fe y veracidad puede fiarse plenamente, pues pocos autores llevaron la pluma con tan imparcial criterio, con espíritu tan levantado y con tanto amor á la verdad y á la justicia.

Pero antes de penetrar en la parte de historia que enlaza con la de los Reyes Catolicos, referirse debe la que tomó este castillo en los sucesos ocurridos durante el reinado de Enrique IV; y esto es lo que el lector podrá ver al comienzo del capítulo que sigue.

II

El castillo de Burgos fué en el reinado de Enrique IV, que sucedió á su padre Juan II, foco de conspiración y centro de rebeldía. Pudo entonces verse, y mejor se vió aún más tarde, cuando los Reyes Católicos, el error en que cayeron los monarcas desprendiéndose de la tenencia de este fuerte para cederla á súbditos poderosos, capaces de faltarles algún día.

Ya en tiempos de Juan II ocurrió un hecho que demostró toda la gravedad del yerro.

La tenencia de la fortaleza de Burgos fué otorgada por el rey Enrique III á su favorito Don Diego López de Zúñiga, Estúñiga ó Stúñiga, que de estas distintas maneras se escribe el nombre por los historiadores, aun cuando parece que la propiedad está en el de Estúñiga por ser éste el del pueblo ó villa de donde tomaron su apellido. Heredó á Don Diego en sus estados y títulos, y también en la tenencia del alcázar y en el justiciazgo mayor de Castilla, su hijo Don Pedro de Estúñiga y Leiva, que fué conde de Ledesma y de Plasencia, y sucedió á éste, heredándole en todos sus inmensos bienes y poderosos empleos, Don Alvaro de Estúñiga, que fué duque de Arévalo.

Durante el reinado de Juan II tuvo la te-

nencia y fué alcaide del castillo el Don Pedro de Estúñiga ya citado, que era señor del Curiel, de Frías, de Estúñiga y Burguillos, conde de Ledesma y de Plasencia. Era la casa de Estúñiga enemiga declarada del privado del rey, Don Alvaro de Luna, y éste, que contaba entonces con el decidido favor del monarca, resistió todos los empujes de aquella familia poderosísima y de los demás nobles con ella coligados. Sólo pudieron vencer los Estúñiga el día que consiguieron apoderarse de la voluntad del rey; fué entonces cuando Don Alvaro subió al cadalso.

Al principio Don Alvaro estaba en toda la plenitud de su favor, y nada podían contra él los de Estúñiga, que se aliaron con el que fué después Juan II de Aragón, padre de Fernando *el Católico;* con los hermanos y deudos de éste, los infantes de Aragón, aquellos que, más que por sus hechos, pasaron á la posteridad por las coplas de Jorge Manrique; con el almirante de Castilla Don Fadrique Enríquez; con el Adelantado Don Pedro Manrique, y con otros muchos, formando una liga que tenía su principal centro de conspiración en Burgos por estar posesionados los Estúñiga del castillo, en el cual tenían entonces de alcaide al capitán Pedro de Barahona, que les era muy adicto.

Hubo un momento en que Don Juan II,

entregado por completo á su valido, decidió pasar en persona á Burgos, foco de la sedición, y allí fué desde Valladolid, presentándose ante las puertas del castillo, que encontró cerradas para él. Ordenó que se le abriesen; pero el centinela, sin hacer caso de que era el mismo rey quien daba la orden, se limitó á pasar al alcaide aviso de lo que ocurría. Apareció Pedro de Barahona en lo alto del adarve de la puerta, y preguntó si era efectivamente el rey quien allí estaba. Contestóle Don Juan II mandando que se le abriesen luego las puertas, porque quería entrar en su castillo y aposentarse en él. En lugar de obedecer, contestó el alcaide diciendo que no estaba acomodado el hospedaje para su alteza, y que en otra posada podría estar mejor y de manera más conveniente á su rango; insistió el rey de nuevo, y entonces el alcaide manifestó rotundamente que sin orden expresa del conde de Plasencia, su señor, que estaba á la sazón en Curiel, no podía dar entrada al monarca. Después de mucho parlamentar y de muchas porfías y amenazas por parte del rey, detenido largo tiempo á la puerta como si fuera un obscuro advenedizo, acabó por ceder el alcaide, aunque no sin viva protesta.

Más graves aún y de más transcendentales consecuencias fueron los sucesos ocurridos en el castillo durante el reinado de Enrique IV.

La actitud de provocación y rebeldía que tomó entonces la fortaleza de Burgos, ya no debía abandonarla sino con su vencimiento en tiempo de los Reyes Católicos. Por espacio de quince años, poco más ó menos, se mantuvo rebelde el castillo.

En él se juntaron, corriendo el año de 1464, los nobles que, acaudillados por el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo y el duque de Arévalo Don Alvaro de Estúñiga, levantaron pendones contra Enrique IV. De allí brotó aquella poderosa liga que en tantos apuros y descréditos hubo de poner á Enrique *el Impotente*. Aquellos nobles ambiciosos y turbulentos, de quienes era muy principal cabeza Don Alvaro de Estúñiga, duque de Arévalo, que tenía el castillo de Burgos y era Justicia mayor del reino, así apoyaban á Don Enrique como le combatían, según lo juzgaban más conveniente á sus menguados intereses de ambición ó de codicia. Unas veces eran partidarios de Don Enrique, y reconocían como heredera del trono á su hija Doña Juana; otras proclamaban rey al hermano del monarca Don Alfonso y deshonraban á Doña Juana aplicándole el infamante renombre de *la Beltraneja*, que le conservó la historia; y así juraban luego por heredera del reino á la princesa Doña Isabel, como se desjuraban más tarde á la muerte de Enrique IV,

para de nuevo admitir á Doña Juana, á quien proclamaban reina de Castilla, casándola con el rey de Portugal, y abandonando á Doña Isabel, enlazada ya entonces con Don Fernando.

Centro fué de todas estas intrigas y foco de perenne conjura el castillo de Burgos, presidiado con fuerzas del duque de Arévalo, el cual nombró por alcaide á su hijo Juan de Estúñiga. Sabido es lo que ocurrió en aquella memorable guerra de sucesión, que ensangrentó los campos de Castilla al comenzar el reinado de Don Fernando y Doña Isabel. El rey de Portugal vino á Castilla, llamado por el marqués de Villena, el duque de Arévalo, el arzobispo de Toledo, el obispo de Burgos y otros muchos nobles y prelados. Tan pronto como llegó tuvo lugar la ceremonia de su casamiento con su sobrina la princesa Doña Juana, y, proclamándose Reyes de Castilla, comenzó la guerra contra Doña Isabel y Don Fernando.

Mientras acaecían en distintas partes del reino los sucesos que descritos quedan en la historia de los Reyes Católicos, el castillo de Burgos alzó pendones por Doña Juana y por Don Alfonso como reyes de Castilla, y la ciudad, aunque fué por breve tiempo, siguió el ejemplo de su alcázar. Juan de Estúñiga, alcaide de la fortaleza á nombre de su padre el duque de Arévalo, teniendo por capitanes á

Íñigo López de Mendoza y á Pedro de Cartagena, se hizo fuerte en el castillo y en la vecina iglesia de Santa María *la Blanca*, apoyado por Don Luis de Acuña, obispo de Burgos, que hubo de retirarse al castillo de Rabé cuando la ciudad en masa, sublevándose contra la tiranía del obispo y de los Estúñiga, se levantó en favor de Doña Isabel de Castilla y de su esposo Don Fernando de Aragón. Gran valor el de aquellos patriotas ciudadanos, pues que se exponían, como así fué, á las iras de sus dos fortalezas vecinas, el alcázar y el castillo de Rabé.

Al ver Don Juan de Estúñiga que la ciudad se apartaba de su bandera negándose á reconocer por rey al de Portugal, comenzó á hostilizarla, apremiándola y haciéndole cruda guerra, lo cual, por su parte, hacía también el obispo desde el fuerte de Rabé. En apurado trance se vieron los de la ciudad, que apenas tenían gente para resistir y ningún capitán de nombradía á su cabeza. Hubieron de soportar los daños que con los trabucos les causaban desde el castillo, y sufrieron la quema y despojo de trescientas casas que constituían una calle principal, llamada de las Armas, inmediata á la fortaleza.

En esta situación, decidieron enviar embajada á los reyes Don Fernando y Doña Isabel, que se hallaban en Valladolid. Llegaron los

mensajeros ante aquellos monarcas, y al ofrecerles la ciudad de Burgos, por ellos declarada, pidieron favor para mantener en su obediencia la que era cabeza de Castilla y cámara de reyes, librándola de los rebatos á que, constantemente, de día y de noche, estaban sujetos por la vecindad y enojos de Juan de Estúñiga y del obispo Luis de Acuña, que era un prelado fiero y batallador, como todos acostumbraban á serlo entonces. Comprendieron los Reyes toda la importancia del caso y lo transcendente que podía ser para su causa el asegurar la ciudad de Burgos, que era como tener en su mano la llave de Castilla.

Don Fernando decidió pasar inmediatamente á dar favor á los de Burgos con su presencia, así como los del castillo decían que el rey de Portugal iba por su persona en su socorro; y entretanto que se aderezaba la gente de armas que había de ir con él, envió con fuerzas á Don Alonso de Arellano, conde de Aguilar, á Don Pedro Manrique y á Don Sancho Rojas, señor de Cavia, haciendo partir después á Esteban de Villacreces con ciento y cincuenta de á caballo.

Fueron estos caballeros á Burgos y pusieron sus estanzas, por la parte de la ciudad, contra el castillo y contra la iglesia Santa María *la Blanca*, que estaba muy fortificada. Contuvieron con esto el arrojo de los del castillo,

impidiendo sus salidas y rebatos á la ciudad; pero poco daño les hacían, ya que por la puerta llamada de la *coracha* ó *coraxa* entraban los socorros y pertrechos enviados por el obispo Acuña, y salían á diversas expediciones, sin obstáculos, las fuerzas que destacaba Don Juan de Estúñiga.

En esto, hacía muy grande instancia el duque de Arévalo para que el rey de Portugal fuese á socorrer el castillo, afirmando que en la posesión de aquel alcázar consistía la victoria de su empresa; pero como ya entonces andaba el portugués más recatado y sospechoso, viendo cuán vanas salían las promesas en lo de la gente que se le había ofrecido y las facilidades que se le habían dado, decidió dejar para más tarde el socorro de Burgos, y creyó que era mejor por el pronto apoderarse de la ciudad de Toro, que por traición de Juan de Ulloa se le ofrecía.

Salió bien en su empresa de Toro el rey de Portugal. No así Don Fernando, el de Castilla, que acudió para arrebatar su presa al portugués y hubo de retirarse; pero decidió buscar mejor fortuna acometiendo la empresa del castillo de Burgos, que creyó más decisiva, porque aquella fuerza, siendo tan principal y en aquella ciudad cabeza de Castilla, daba grande autoridad á su enemigo, y sólo podía considerarse señor del reino quien la tuviera.

Partió Don Fernando para Burgos, acompañado de su hermano bastardo Don Alfonso, duque de Villahermosa, que le prestó señalados servicios en aquella guerra, como gran capitán que era, siendo este Don Alfonso el que introdujo en Castilla las máquinas de guerra llamadas ribadoquines, antes desconocidas. Acompañáronle también otros caballeros, y entre ellos, como muy principal, el condestable de Castilla, de quien se murmuraba que pretendía la tenencia de aquel castillo en competencia con el conde de Treviño, su personal enemigo, que la quería para sí. Sucedía con estas competencias, ambiciones y rivalidades, que los del castillo tenían también amigos en la corte, y á veces hasta fueron secretamente favorecidos.

Llegado Don Fernando á Burgos, á mediados de Junio de 1475, fué muy bien recibido por el pueblo, y también por el clero, que se apresuró á rendirle homenaje como en protesta de la conducta que seguía su prelado el obispo Acuña. Inmediatamente dió el Rey vigoroso impulso á las operaciones, que quiso llevar con toda actividad, pues de una parte temía que viniese el portugués á socorrer á los sitiados, y de otra recelaba que pudiera acudir Luis de Francia por Fuenterrabía á dar favor al rey de Portugal.

Por orden de Don Fernando, y dirigiendo

él en persona los trabajos, se pusieron estanzas por dentro de la ciudad y por fuera contra el castillo y contra la iglesia de Santa María *la Blanca,* que era como una segunda fortaleza. Abriéronse en seguida grandes cavas en circuito de todo el castillo, de manera que ninguno pudiese entrar ni salir. También las estanzas que estaban por fuera de la ciudad quedaron fortificadas de cavas y baluartes, y colocáronse baterías de ataque con ingenios, lombardas, pedreros y otros tiros de pólvora, con los cuales se combatía reciamente.

Ordenadas así las cosas, creyó el Rey que debía atacarse lo primero de todo la iglesia de Santa María la Blanca, convertida por los rebeldes en una verdadera fortaleza, con presidio de 400 hombres de armas, al mando de un valeroso capitán, que se llamaba Juan Sarmiento y era hermano ó deudo del obispo de Burgos. Tomado este fuerte, parecía ya más fácil la batería y combate del castillo.

Señalóse día para el asalto, y, llegados los pertrechos, comenzó bravamente la lucha por seis partes á un tiempo. La empresa fué ruda. Duró la pelea todo el día, y aun cuando los sitiados recibieron gran daño, siendo excesivo el número de sus muertos y heridos, mayor hubieron de recibirle los asaltantes, entre quienes fué extraordinario el desastre por te-

ner la gente más expuesta á los tiros de la artillería. Al ver tan brava defensa por parte de los cercados y tanta mortandad entre los suyos, Don Fernando mandó cesar el combate, retirándose á su campo, triste y afligido por su poca fortuna, y más aún por la muerte de dos caballeros muy valientes, y de él muy favorecidos, Galcerán de Santa Pau y Pedro Boil, de linaje catalán, que en aquella jornada murieron noble y honradamente.

Cuenta Hernando del Pulgar que al día siguiente, al ver lo muy enflaquecida que hubo de quedar su gente de armas por el poco fruto que de su trabajo se había conseguido, reunióla el Rey y trató de esforzarla con estas palabras:

—«No penséis, caballeros, que habéis hecho poca fazaña en el combate que ayer fecisteis, aunque no ovimos fruto de nuestro trabajo. Porque como quiera que aquellos mis rebeldes no fueron tomados, pero muchos dellos son feridos, é los que quedan sanos están ya tan cansados de vuestras manos, que no esperarán segundo combate. Ni menos se crea que vuestra flaqueza é su valentía los ha defendido; mas defendiólos la disposición del lugar é su desesperación, que los face pensar ser muertos la hora que fueren tomados. Por ende, si á ellos conviene ser constantes en su trabajo por escapar, á nosotros es necesario

perseverar en nuestro esfuerzo por vencer; é no perdamos la voluntad que teníamos al tiempo que fecimos el primer combate; é con los pertrechos más y mejores que he mandado traer, tornemos á la facienda, é yo espero en Dios que los habremos á las manos.»

Y así fué, efectivamente. Las esperanzas del Rey no tardaron en cumplirse. Sus nobles palabras y su caballeresca actitud levantaron el ánimo de los suyos, preparándole á nuevo combate y á mayor y más segura empresa; pero no fué necesario. Los que estaban en la iglesia quedaron maltrechos por el rigor de la jornada, y muchos muertos y heridos. Y como se convencieron de que el Rey se disponía para tornar al asalto, y no tenían gente sana para resistirlo, como tampoco lo necesario para los heridos, que eran muchos y de los principales, decidiéronse á demandar pleitesía al Rey, ofreciéndose á entregarle el fuerte de la iglesia, si les aseguraba las vidas. Accedió á ello Don Fernando; pues aun cuando había ya mandado aparejar todas las cosas necesarias para el segundo combate, creyó, como prudente capitán, que conseguiría mayor victoria alcanzándola sin dar causa á más muertes y desastres.

Así fué como quedó en poder del Rey la iglesia de Santa María la Blanca, donde se apresuró á poner numerosa fuerza y por capi-

tán mayor de ella á Don Juan de Gamboa, comenzando entonces á verse más apretados y más reciamente combatidos los del castillo, cuyos alientos principiaron á menguar en tanto cuanto iban recreciendo los de la gente de Don Fernando, alborozada ya con el triunfo de Santa María la Blanca.

Cada día era, en efecto, más premiosa la situación para los defensores de la plaza. Habida la iglesia, é informado el Rey de que podía por minas tomar el agua del pozo del castillo, mandó luego minar por seis partes. Al sentir las minas los de dentro, hicieron en el acto sus contraminas con cuantos aparejos pudieron, para no recibir daño de ellas; pero viéndose muy trabajados, así de los reparos que hacían para las minas como de los tiros de los ingenios, que no cesaban de día ni de noche, y de las lombardas que maltrataban sus muros, acordaron enviar mensajeros al duque de Arévalo á requerirle que les socorriese, porque cada día se veían más apretados y con mayores necesidades de auxilio.

Recibido el mensaje por el duque de Arévalo, que tenía gran naturaleza en aquella ciudad, por haber poseído su padre y su abuelo la tenencia de aquel castillo, se apresuró, á su vez, á despachar un mensajero al rey de Portugal, que estaba en Toro. Fué el enviado, según parece, aquel mismo caballero Juan

Sarmiento á cuyo cargo estuviera la defensa de Santa María la Blanca, que se había visto forzado á rendir, entregándola al rey Don Fernando.

En este mensaje, dirigido al monarca portugués, decía el duque de Arévalo: «Que su casa era una de las mayores de Castilla, y que la mejor cosa de toda ella era la tenencia del castillo de Burgos, la cual habían tenido su padre y abuelo, y con ella fueron siempre honrados, y sostuvieron, y él sostenía, el estado y patrimonio que sus padres y abuelos le dejaron: Que le hacía saber que los Reyes de Castilla, teniendo aquella fortaleza, tenían título al reino, y se podían con buena confianza llamar reyes de él, por ser cabeza de Castilla: Que había cuatro meses que el rey Don Fernando de Sicilia la tenía cercada y la combatía continuamente de noche y de día con ingenios y lombardas, y con minas debajo de tierra, en los cuales combates eran muertos y de cada día morían muchos de sus criados y parientes, y los que quedaban, con suprema angustia llamaban á grandes voces desde el muro á Don Alfonso, rey de Castilla y de Portugal, que les socorriese en el aprieto y peligro en que estaban: Que, dado que tuviesen mantenimientos en abundancia, no podrían sufrir muchos días la pesadumbre que les fatigaba, peleando de día para defenderse, y de

noche trabajando para reparar lo que destruían los ingenios y lombardas: Que un gran lienzo del muro estaba para caer en el suelo, y que si aquél caía, juntamente con él caería todo el estado del duque, y aun el suyo recibiría grave mengua, y le quedaría muy poca parte en Castilla, porque los ojos de todos no miraban otro fin en aquella demanda sino el fin que tuviese el cerco puesto sobre el castillo de Burgos.»

El mensaje del duque de Arévalo terminaba suplicando al rey de Portugal: «Que socorriese á los que estaban en el castillo porque no pereciesen, y ayudase al duque porque no lo perdiese, y proveyese á él mismo que proseguía esta demanda, porque no recibiese el daño que habría, si el castillo viniese á manos del rey su adversario.»

Recibido este mensaje, decidió el rey de Portugal partir en socorro del castillo de Burgos, comprendiendo de cuánta importancia y transcendencia era la empresa para su causa. No pudo hacerlo, sin embargo, con toda la diligencia y todas las fuerzas que el caso demandaba. Con gran trabajo reunió 3.000 infantes y 1.500 caballos, que le procuraron principalmente el mismo duque de Arévalo, el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena, y emprendió la marcha hacia Arévalo y Peñafiel, donde se detuvo más tiempo del que era con-

veniente, pues andaba muy recatado y sospechoso de todos, y con recelos y faltas que cada día le recrecían.

Cuando se supo que el monarca portugués pasaba á socorrer el castillo de Burgos, la reina Doña Isabel, que estaba muy al cuidado de las cosas de aquella guerra, mandó apercibir cuanta gente pudo de la comarca de Valladolid, y, poniéndose varonilmente á su cabeza, fué á situarse en Palencia. El punto era estratégico y muy oportunamente escogido, porque desde allí tenía muy segura la entrada para juntarse con el Rey su marido por Torquemada, Palenzuela y Pampliega, y por la fortaleza de Cavia, que estaba debajo de Muñón, sin recibir daño de los enemigos.

Don Juan de Silva, conde de Cifuentes, á quien la reina de Castilla había puesto en Olmedo, por capitán, contra la gente del rey de Portugal, que estaba en Arévalo, tuvo un encuentro, del que no salió bien parado, por desgracia. Peor infortunio le cupo en suerte á Don Rodrigo Pimentel, conde de Benavente. Mayor fué y más terrible el trance en que se halló éste.

Por ser caballero en quien la reina Doña Isabel depositaba gran confianza, diósele el mando de la vanguardia, y, ganoso de corresponder con superior aliento y ánimo esforzado, olvidando que muchas veces daña la con-

fianza, mientras que el temor provee, fué á situarse en el pueblo de Batanas, muy cerca de Peñafiel, donde había puesto su real el monarca portugués. En vano fué decirle que no era pueblo aquel ni punto para sostenerse en caso de ser atacado, pues Batanas era un lugar llano y abierto, de flaca cerca, en muchas partes aportillada y sin aderezo alguno de defensa.

Vanamente se le advirtió que en las empresas de guerra el capitán debía someter las cosas á la razón más que á la fortuna, y antes que del valor ampararse de la prudencia. El conde de Benavente desdeñaba aquellos consejos por parecerle hijos de flaqueza y desánimo, y no sólo se obstinó en mantenerse allí, con más confianza en su gran aliento que en la poca defensa del lugar, sino que caía en continuos rebatos sobre los de Peñafiel, á quienes parecía retar para que saliesen al campo.

Ocurrió lo que no podía menos de suceder y lo que el de Benavente parecía solicitar con empeño. Una mañana, al rayar el alba, el alarma de los centinelas advirtió al conde que estaba cercado el lugar de Batanas. Favorecidos por las sombras de la noche, acudieron á rodear el pueblo con numerosas fuerzas el rey de Portugal en persona, el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena, y el combate co-

menzó por ocho partes donde estaba más flaca la cerca. Púsose el conde de Benavente en defensa con toda su gente, que era brava ya que poca; y por dos veces, con heroico esfuerzo, rechazó á los portugueses y castellanos unidos que asaltaron el lugar. Duró el combate desde el alba hasta la hora de vísperas, y por fin los enemigos se hicieron dueños de Batanas, matando á mucha gente del conde, hiriendo á éste y llevándosele preso con todos los caballeros de su casa que con él estaban y todos los despojos y hacienda que en el lugar hallaron.

Mucho pesó de este lance á la Reina de Castilla, así porque su gente se disminuía, como también por el afecto que profesaba al conde, y por creer que el rey de Portugal tomaría mayor orgullo para ir á socorrer el castillo de Burgos; y así mandó que toda la gente que estaba puesta en guarniciones alrededor de Peñafiel, se recogiese y fuera para Palencia, donde ella estaba, con objeto de ir tras del rey de Portugal y á sus espaldas, si movía para Burgos.

No hubo necesidad de esto. Ocurrió lo que menos podía esperarse. Ya fuera que el monarca portugués se diese por satisfecho con esta jornada, de que hubo gran contentamiento; ya por tener noticia de que la Reina quería ir con todas sus fuerzas en su seguimiento,

encerrando á la hueste portuguesa entre las gentes de Don Fernando, que se disponían á recibirlo, y las de Doña Isabel, que se preparaban á combatirlo por retaguardia; ya fuese, por fin, como dice algún cronista, que el portugués tuviera noticia secreta de que la ciudad de Zamora ardía en deseos de reconocer á los Reyes de Castilla, y quisiera él impedirlo, prefiriendo al socorro de Burgos la guarda de Zamora, por creer esta ciudad el mejor fundamento que tenía para su demanda, como plaza fuerte y populosa y cercana á su reino de Portugal; lo cierto es que, de repente, conseguida la victoria de Batanas, en vez de avanzar para Burgos, que era su objetivo, retrocedió para Arévalo y Toro, donde acordó tener su campo durante aquel invierno, á la vista de Zamora, y en previsión de lo que en ella pudiera ocurrir, como ocurrió efectivamente.

De esta retirada, cuando ya estaba en camino para socorrer el castillo de Burgos, hubo gran enojo la casa de Estúñiga. Jamás perdonó el duque de Arévalo al rey de Portugal, y de esto vino que la familia de Estúñiga, resentida al ver la pérdida del alcázar de Burgos, se apartase de la causa que con tanto empeño había hasta entonces defendido y reconociese á Don Fernando y á Doña Isabel como monarcas de Castilla.

Don Fernando, al tener noticia de la retira-

da de su adversario, á quien se disponía á recibir con todas las más fuerzas acumuladas y los mayores preparativos hechos, volvió todos sus esfuerzos contra el castillo, y mientras, la reina Doña Isabel se partió otra vez para Valladolid, desde Palencia, con el Cardenal de España y los demás caballeros y gente que con ella salieron para oponerse al intento del monarca portugués.

El cerco de la fortaleza de Burgos prosiguió entonces con mayor empeño que nunca. Cuentan las crónicas que el Rey mandó poner gran diligencia en las minas que iban por debajo de tierra ahondando para llegar al pozo del castillo, pues pensaba que éste sería tomado en cuanto se quitase el agua. Los trabucos y las lombardas gruesas no cesaban de disparar contra el fuerte, de noche y de día. Algunas veces salían los sitiados á pelear con los sitiadores, cayendo sobre su campo, y otras veces, á un mismo tiempo, iban los de dentro por debajo de tierra, valiéndose de sus contraminas, en acometida contra los que minaban; de manera que muchos días acaeció pelear, á la vez, por debajo de tierra por dos sitios, y encima de tierra por tres ó cuatro. Seguíase de estos combates mucho daño por una y otra parte; pero no menguaba el valor ni en unos ni en otros, alentados bizarramente aquéllos por su alcaide y capitán el de Estúñiga, y los si-

tiadores por el rey Don Fernando, el duque de Villahermosa su hermano bastardo, el almirante y el condestable, que trabajaban con empeño, *veces peleando por sus personas, veces proveyendo ó favoreciendo de gentes do era necesario.*

Según deducirse parece de lo que cuenta Zurita, el conde de Benavente, caído prisionedo en Batanas, poco tardó en recobrar la libertad por empeño de la duquesa de Arévalo, que era prima suya y estaba entonces en la corte del rey de Portugal. Debió, sin embargo, su libertad, muy principalmente, al compromiso que hubo de contraer para procurar con el rey de Castilla que se dejase de combatir el castillo de Burgos. Negóse resueltamente á ello Don Fernando. Entendía éste que todo el buen suceso de la guerra estaba en cobrar aquella fortaleza, porque su adversario con ninguna cosa se autorizaba tanto como en tener de su mano el castillo de Burgos por ser cabeza de Castilla. Jamás quiso que le hablaran de abandonar el sitio; y cuando á la postre hubo de partir de Burgos, llamado secretamente para acudir á Zamora, donde sólo se esperaba su presencia para proclamarle, dejó órdenes terminantes á su hermano el bastardo de Aragón y al condestable Don Pedro Fernández de Velasco para que el castillo fuese combatido sin tregua y á todo trance.

Ausente el Rey, siguió la empresa con igual empeño, hasta llegar el instante en que los sitiados, por haber ya recibido mucho daño y viendo cómo la gente se les disminuía, recreciendo en número sus muertos y heridos, acordaron guardar la fortaleza y no salir á más escaramuzas, según antes solían. Fueron entonces los sitiadores avanzando sus estanzas contra la fortaleza, hasta ponerlas tan cerca de las torres, que era fácil alcanzarse de una y otra parte con piedras tiradas á mano, y aconteció que muchas veces llegaron á hablarse unos y otros amonestándose y reprendiéndose mutuamente. Los cercados decían á los de las estanzas que confiaban en que el rey de Portugal iría á socorrerles, porque así se lo enviaba á decir, como tenían también esperanza de ver llegar al rey de Francia con gran poder de gente, por todo lo cual estaban cada vez más rebeldes y no querían aceptar parlamento ni partido alguno, llamando desde el muro á grandes voces: *¡Alfonso, Alfonso, Portugal, Portugal!*, á lo que contestaban los otros apellidando: *¡Castilla, Isabel y Fernando!* También ocurrió alguna vez que los de dentro enseñaban á los de fuera pan, perdices, naranjas y otras cosas para demostrarles que tenían abundancia de todo y no estaban en trance de rendirse por falta de víveres.

Un alcalde de Burgos, que se llamaba Al-

fonso Díaz de Cuevas, y que con gente de la ciudad guardaba una estanza de las más cercanas al muro, tuvo un día ocasión de hablar con algunos de los que eran principales entre la gente del castillo, amigos suyos, y trató de persuadirles para que abandonasen su resistencia y empeño.

«En vano desde las almenas de Burgos, cabeza de Castilla, les dijo, llamáis á Portugal para que os socorra. Muy engañados vivís, y mal pensamiento es el vuestro si esperáis socorro de aquellos á quienes vuestros padres y abuelos tuvieron por enemigos. Gemir debieran esas almenas, gemir debieran los vecinos de este lugar, y aun toda la lealtad castellana, ya que jamás pudieron pensar las gentes, ni creer los hijos de Burgos, que aquellos encargados de guardar su castillo llamasen á los portugueses por ayudadores. Mientras que los de Zamora, cercanos á Portugal, guardan su lealtad como buenos castellanos echando de su ciudad al portugués, los del castillo de Burgos le llaman por su rey y por él perecen y se sacrifican, como si de su ley fuera y de su sangre. Vivís miserablemente engañados. Aquel á quien invocáis por rey os abandona y olvida, pues estando aquí tan cerca, torció su camino y se retiró, temeroso de ser vencido en la batalla á que le brindaban nuestros legítimos reyes de Castilla, Don Fernando y Doña

Isabel. Estos son los monarcas á quienes debierais acatar, y á quienes obligados estáis por ley ineludible de honor, de fidelidad y de deber. Reconoced vuestro yerro, y no ensangrentéis por más tiempo la tierra patria fomentando intrigas y discordias. Fomentar la discordia en tierras de que todos somos hijos, es una maldad; proclamar al extranjero en lucha con el rey legítimo, es un crimen, y crimen es también batiros contra vuestros hermanos. No derraméis tan míseramente vuestra sangre por aquellos que os son ingratos. Guardad vuestro valor y vuestro ánimo, con vuestra sangre y vida, para servicio de vuestro Rey y Reina, como sois á ello obligados, que los Reyes de Castilla, bondadosos y nobles, os admitirán como hijos y, perdonando vuestros yerros, os harán reparo en vida y en personas. Habed ya, por Dios, compasión de vuestra naturaleza y de vuestras moradas que veis arder, y tened piedad de vosotros mismos y de vuestra fama, ó siquiera de vuestras mujeres é hijos, que, viviendo vosotros, andan como viudas ó huérfanos, arrastrando dolorosa vida sin esperanza y sin consuelo.»

Con estos y otros razonamientos trataba el buen alcalde de quebrantar el ánimo de los sitiados, y no le fué difícil conseguirlo, ó, por lo menos, los puso en gran confusión y lucha,

alzándose entre ellos dos partidos poderosos, unos clamando por ceder y por resistir los otros. Vino en esto á decidir la contienda, terminando así los debates, una profunda brecha abierta por las lombardas en el muro, que hubo de derrumbarse en gran parte, introduciendo en la fortaleza el terror y el desánimo.

Consideróse llegado el momento de capitular, perdida ya toda esperanza en el rey de Portugal y en el de Francia, pues ninguno de los dos acudía al socorro y al reparo del castillo. Pidió el alcaide parlamento al duque de Villahermosa, y entendióse con él y con el condestable, ofreciendo entregar la plaza, si antes, en el término de sesenta días, no fuese socorrida, mientras se asegurase á todos la vida, se les perdonase y se les restituyeran sus bienes y haciendas.

El duque de Villahermosa, tal vez por no considerarse con facultades bastantes, envió mensaje de lo que ocurría á la reina Doña Isabel, que se hallaba en Valladolid, y en seguida acudió ésta á Burgos, celebrando varias conferencias con el alcaide del castillo y conviniendo en concederle cuanto pedía para él y para los suyos, aunque con la expresa condición de que ellos *habían de hacer seguro de estar siempre al servicio del Rey é de la Reina*. De esta cláusula no hablan Hernando del Pulgar ni Zurita al dar cuenta de la rendición del casti-

llo, pero se encuentra consignada en el auto de capitulación que se conserva en el municipio de Burgos.

Así terminó aquel porfiado sitio, y así entraron á ser dueños del alcázar los Reyes Católicos, quienes, ya desde aquel instante, vieron abierta ante sus pasos la senda del triunfo y de la gloria.



EL CUENTO DEL CID

(TRADICIÓN DE FRES DEL VAL)

EL CUENTO DEL CID

A seis kilómetros de Burgos próximamente, pasado el pueblo de Villatoro, y á la derecha de la carretera, se ve asomar por entre un grupo de chopos lombardos, álamos, olmos y nogales, lo que existe en pie del que fué un día famoso monasterio de Fres del Val: su triste, viuda y solitaria espadaña, los robustos muros de la que fué su grandiosa iglesia y las viejas paredes que resguardan su claustro gótico-florido, resto admirable de su antigua majestad.

Se levanta el monasterio en la falda de un monte que se parte en dos, como para darle abrigo y grato asiento. Parece abrirse en dos brazos, que extiende por uno y otro lado cual si quisiera protegerlo y estrecharlo en ellos, ó mejor, como si los abriera prolongándolos á uno y otro lado por el valle, para que desde las ventanas del edificio se pueda gozar del soberbio panorama que ante él se despliega.

Fres del Val es hoy una verdadera ruina que, por fortuna, parece haber encontrado quien se ocupe en ella para restaurarla.

Muy cerca de Fres del Val está el Vivar del Cid, que recuerda las mocedades de aquel héroe legendario; y á muy cortas distancias tiene también otros sitios de honradas y memorables tradiciones en los anales de la vieja Castilla.

Junto á la puerta de la que fué iglesia, á la derecha, hay el monte, al que se sube por una cuesta que se llama *de la Reina,* y acerca del cual existe una dramática leyenda que contaré otro día.

A su izquierda se halla el otro monte, á cuya cima conduce otra cuesta, que se llama *de los Grillos.* La meseta de este monte tiene una vasta extensión, llana, fácil, cómoda, especie de paseo enyerbado que se prolonga tres ó cuatro kilómetros al menos, sin que el menor accidente ni la menor ondulación del terreno pueda interrumpir ni alterar el paso tranquilo del caminante ó el soberbio galope del caballo.

Por un lado extiende este monte su llanada hasta llegar á un cabezo, desde donde se puede ver, en lo hondo, como á los pies, todo el territorio que rodea á Burgos: el cerrete en cuya cima se alza la Cartuja con sus líneas de ataúd y los pináculos en forma de fúnebres blandones que la rodean; las Huelgas famosas

y tan renombradas, cuyas monjas eran damas palatinas y sus abadesas reinas soberanas; las ruinas del castillo burgalés, que tan ruda resistencia opuso á los Reyes Católicos, y los grandes paseos de sombrosos árboles, que hoy ciñen con rico cinturón de follaje á la ciudad que fué sede de primates, cámara de reyes y cabeza de Castilla.

Por el otro lado es por donde la meseta se extiende y prolonga, siempre sembrada de menuda y olorosa hierba que es alfombra tendida á los pies del caminante, el cual puede deleitar su vista con la de peregrinos paisajes, viendo tenderse en el fondo del valle, y entre florestas, los pueblos de Quintanilla, Vivar del Cid, Soto Palacios, Cercedilla, Villaverde y otros muchos.

Esta es la meseta de la leyenda, la del cuento del Cid.

Y esta leyenda hela aquí, desnuda, sencilla, escueta, con toda su nebulosidad, todo su misterio y todo su romanticismo; hela aquí, tal como hube yo de recogerla de labios de un octogenario, que fué en sus buenos tiempos mozo de espuela al servicio y mandato de los monjes de Fres del Val.

Todos los años, el día de Difuntos, que es, según parece, aquel en que se da huelga á los muertos, promediada ya la noche, un caballero, vistiendo mallas, ciñendo yelmo y embra-

zando escudo, jinete en su caballo encubertado, va subiendo lentamente, solapado por las sombras, la cuesta que conduce á la meseta. Una vez en ella, el misterioso jinete se dirige al cabezo y, á guisa de atalayador vigía, pasea su vista por las cercanías de Burgos, abrazando y acariciando con su mirada toda la vasta extensión de dormida tierra que se distingue desde el cabezo, como si pretendiera desvelarla con el rayo de sus ojos. En seguida, virando su caballo y aplicándole la espuela, se lanza á una carrera desesperada todo lo largo de la meseta, que recorre unas veces al trote y otras á escape, como si fuese aquel sitio arena de palenque dispuesto para militares ejercicios de torneo, hasta llegar el momento en que, fatigados ya cabalgante y cabalgadura, se asoma de nuevo al cabezo, se detiene unos instantes, arroja su postrer mirada, que encamina á Burgos, y pausadamente, indolente ó tardo, deshace su camino, baja la cuesta, y en uno de sus recodos desaparecen de repente corcel y caballero, como tragados por la tierra.

Esto sucede todos los años en la noche de Difuntos. Siempre el mismo paladín con su mismo caballo, el mismo paseo, la misma detención ante Burgos, que asoma á lo lejos, la misma desenfrenada carrera por el enyerbado llano de la cumbre, y el mismo repentino desaparecimiento.

— Pero esto, ¿quién lo ha visto? — pregunté al cuentista que candorosamente me relataba el suceso.

— Yo, — me contestó como la cosa más natural del mundo.

Le miré con asombro. Hubo de advertirlo en el acto, y, como si quisiera darme la clave del misterio por medio de una razón concluyente y de un argumento sin réplica, se apresuró á añadir:

— Este caballero es el Cid. Cada año, al llegar la noche de Difuntos, sale de su sepulcro, monta en su caballo y sube á esta cumbre para ver su Vivar, su Burgos, sus tierras de Castilla, y cuando lo ha visto, cuando está ya seguro de que su Castilla vive y se conserva, se vuelve tranquilamente á su fosa.

El buen hombre hubo de notar en mí señales de incredulidad, y, antes de que yo pudiese tomar la palabra, prosiguió diciendo:

— Yo le vi. ¡Cuando digo que yo le vi con estos ojos que se ha de comer la tierra!... Hace muchos años, antes del 35, estando aún los monjes en su claustra, siendo yo muy joven, contáronme el suceso. Al llegar el primer día de Difuntos, por la noche, que era por cierto muy negra y tempestuosa, salí para verlo, me agazapé bajo una mata, cerca de la cuesta de los Grillos, y entre una y dos de la madrugada, poco más ó menos, vi pasar á lo

lejos, como una sombra, el caballero y el caballo subiendo la cuesta. Llevaba él una lanza en la mano. Yo lo vi. Apoderóse un temblor de todo mi cuerpo, mis dientes daban unos con otros como castañuelas de gitana, y me fuí todo lo más de prisa que pude, andando á gatas, y por lo hondo, sin ni siquiera volver la cabeza.

—Pero se le ocurriría volver al año siguiente, ¿verdad?—le dije.

—No, jamás. Dios me libre. Me confesé con el P. Cristóbal, que era un santo varón, y me dijo que, pues Dios me había concedido verlo una vez, no me ocurriera en jamás intentar verlo por segunda, pues podría cegar de repente. Y no volví.

—Pero, hombre de Dios,—le dije,—¿quién le asegura que aquella sombra que vió en medio de su terror, aquel jinete con lanza, no fuese un viajante, madrugador ó retardado, que iba su camino, ó tal vez un colono que con su aguijada en ristre se dirigía á su boyera? No crea usted en brujas. No crea usted esto.

—Es que *quiero creerlo*,—me contestó irguiéndose como si fuese héroe de tragedia.—Yo creo firmemente, ¡así Dios me salve!, que es el Cid, que viene todos los años á ver su Castilla; así como creo que si ésta se perdiese un día, el Cid volvería para libertarla.

Parecióme inhumano contradecir al buen viejo, y bajé la cabeza en señal afirmativa, cual si me arrepintiera de haber tenido un momento de duda.

Hay que admirar el patriotismo donde quiera que brote y en la forma que se presente.

Y nada más.

Este es el cuento. ¡Ah! Si no fuese español, si fuese del Norte, en una palabra, si fuese de Ibsen, ¡qué de lecciones de patriotismo, qué de maravillosas cosas y qué de aturdidores simbolismos se encontrarían en él!

Fres del Val, Septiembre de 1894.



LA CUESTA DE LA REINA

(RECUERDOS DE FRES DEL VAL)

LA CUESTA DE LA REINA

Era un día de Septiembre, nebuloso y triste, aquel en que llegamos á Fres del Val con objeto de visitar sus ruinas.

Ofrecióse á nuestra vista, lo primero de todo, la que fué entrada de la iglesia. Sobre la puerta, en primer término, la Virgen de Fres del Val con el niño Jesús en brazos; á la derecha, un San Miguel, y á la izquierda, un San Roque, con todas las apariencias de sentirse mohinos en sus hornacinas. A los pies de cada uno de ellos, una cabeza de león, que sostiene con los dientes un lazo del que cuelga el escudo de los Rojas, conocido por sus estrellas, sus calderos y su banda. En lo más alto de la fachada, coronándola como remate, dos estatuas, la de un santo, de quien desapareció la cabeza, y otra que figura ser la de la Virgen.

Contigua á la fachada, y á su izquierda, se yergue la solitaria espadaña, huérfana de

campanas, con sólo una esquila colgada en su pequeño hueco del centro. En lo alto de la espadaña aparece una veleta pintada con nuestros colores nacionales.

Airosamente, en pie sobre esta veleta, vimos posada, como en espera, una paloma blanca, que tendió sus alas al llegar nuestra comitiva, y, alzando el vuelo hacia allá donde deben de vivir las almas, se lanzó al encuentro de una numerosa bandada de palomas que revoloteaban por allí cerca, como mensajera anunciadora del arribo de huéspedes extraños.

El monasterio extiende por la izquierda, hacia el Este, su ancho y robusto muro, hendido por ventanas que fueron de sus celdas, y ribeteado por una airosa línea de caprichosas gárgolas, que se arrojan al espacio.

La iglesia, es decir, la que fué iglesia, está llena de escombros, sin bóveda, sin techumbre, con sus altos muros que se levantan escuetos y tristes, apareciendo por su desnudez más altos. Quedan aún los trazos de las capillas antiguas y allá, por los aires, solitarios y desnudos, dos arcos que resisten valientes, dibujándose en elegante curva y amenazando desplomarse sobre el atrevido que osa interrumpir los silencios de aquella majestad caída.

A la derecha del presbiterio hay una capilla, que comenzó á restaurar el artista Jover

en el corto período de tiempo que poseyó aquel edificio; á la izquierda, el sitio donde estuvo la sacristía, y junto á ésta, la que fué sala capitular, en una de cuyas paredes se ve una airosa ojiva y en la otra un bellísimo rosetón que debió de ser rosetón de gloria en sus buenos tiempos, con sus calados, sus florones, sus luces y sus vidrios de colores.

Por encima del altísimo muro en que se apoyaba el altar mayor, asoman hoy su ondeante cabellera dos gigantes álamos del vecino prado, que sin duda se empinaron á tal altura sólo con objeto de inclinarse para ver y curiosear el recinto contiguo.

En el muro de la derecha se ve todavía la traza del sitio que ocupó, bajo su arco de primorosa crestería, el opulento panteón de Juan de Padilla, con su estatua orante, obra magna de Gil de Síloe, que está hoy en el Museo de Burgos.

Asimismo, á uno y otro lado del presbiterio, se abren los huecos donde estuvieron los sepulcros de los fundadores del convento, Don Gómez Manrique y Doña Sancha de Rojas, con sus estatuas yacentes, que también se hallan hoy depositadas en el Museo de Burgos.

Al principio, estos sepulcros de los fundadores formaban un solo lecho mortuorio, delante del altar mayor, en el centro de la iglesia, á usanza del que ostenta la Cartuja de Miraflo-

res, donde descansan los padres de Isabel la Católica; pero más adelante debió de parecerles á los monjes de Fres del Val que aquel espléndido túmulo turbaba el paso, y partieron en dos el monumento, divorciando en muerte al matrimonio tan unido durante su vida, y colocaron el sepulcro del varón, Don Gómez Manrique, en la cavidad que abrieron á la derecha, del lado del Evangelio, y el de la dama, en el hueco de la izquierda. Fué profanación artística, sin hablar de otra más alta.

Una hermosa puerta, que tiene cierto carácter bizantino, abre paso al claustro procesional del siglo XV.

Yo no he de olvidar nunca, así viviera mil años, la impresión que me produjo este claustro cuando lo vi por vez primera, ni tampoco la sorpresa que hubo de causarme aquel día, al bajar las gradas que á él conducen, una argentina y fresca voz de mujer, que, interrumpiendo el silencio de las soledades y despertando los dormidos ecos de la claustra, según decían en lo antiguo, cantaba la siguiente estrofa:

—¿Hay quien nos escucha?—No.
—¿Quieres que te diga?—Di.
—¿Tienes un amante?—No.
—¿Quieres que lo sea?—Sí.

Yo no recuerdo dónde he oído ó leído estos versos, que no me fueron ciertamente descono-

cidos, ni qué ocasión de mi vida podían traerme á la memoria; pero me place consignar la turbación que en mí despertaron, sobre todo cuando hube visto á la cantora, que era una muchacha alta, esbelta, delgada, con esa belleza singular y petulante que no sé quién ha llamado la belleza del diablo, y con ese vistoso arreo de ampulosas faldas amarillas franjeadas de encarnado, que así es como la campesina burgalesa lleva en su traje los colores de nuestra España.

Pero dejando este episodio, que realmente no viene á cuento ni había para qué referir, vamos á la joya artística que afortunadamente permanece en pie y da carácter y color á las vastas ruinas y á los montones de escombros que rodean el claustro, salvado milagrosamente de aquel general desastre.

Comenzó su restauración, según cuento y explico en otro punto, el artista Jover, arrebatándolo victoriosamente á la destructora mano del tiempo y del abandono, y quiso completarla, por lo cual merece plácemes, la noble dama que es hoy su propietaria. Se han limpiado las paredes, torpemente encaladas; desapareció el color rojo con que los frailes en su último tiempo de mal gusto embadurnaron las columnas; los medallones que adornan las paredes han perdido, gracias á la restauradora mano, la chillona capa de azul con que los cu-

brieron; las pilastras, las ojivas, las vírgenes vuelven á ser de piedra como antes eran; los arcos ostentan sus robustos nervios, y las ménsulas, por fin, aparecen límpidas y gallardas en su blanca piedra de Ontoria y con sus adornos y caprichos en que se ven hojas, flores, ratones, ciervos, conejos, leones, perros, grifos, animales fabulosos, dulces caras de vírgenes, rostros ceñudos de frailes.

Nada más hermoso que este claustro, cuyo centro se ha convertido en cultivado jardín donde abundan la rosa, el clavel y el pensamiento, las tres flores clásicas que son embeleso de los ojos, como el dátil, la miel y la leche lo son del apetito; hermoso jardín, en efecto, con sus emparradoras malvas reales y trasminantes hiedras que escalan el muro y se enroscan por las ojivas, con sus encumbradas gárgolas de vestiglos y frailes, de bufones y endriagos, de damas y demonios, caprichos raros del artista, abriendo desmesuradamente la boca, quizá más que para despedir el agua pluvial, para demostrar su asombro al verse abandonadas en aquellas tristes soledades.

En un ángulo del claustro, el más bello por cierto, allí, en el fondo y en lo más fuliginoso, recogida en la sombra bajo un arco calado, aparece el ara donde se celebraba el sacrificio de la misa sobre el enterramiento de Doña Isabel Pacheco de Padilla, la hija de

aquel turbulento magnate que tanta guerra dió en la primera época de los Reyes Católicos, abanderizador caudillo para quien no existían vallas que pusieran obstáculo á sus apetitos ni apetitos que tuvieran por valla ningún respeto.

En el arco calado del ara se ve un bajo relieve representando el descendimiento de la Cruz. Allí aparecen entre peñas, en una de las cuales se ve grabada una calavera, las tres Marías, al pie del leño, con el santo cuerpo de Cristo tendido sobre la falda de la Virgen.

El que fué sepulcro de Doña Isabel se halla hoy abierto. Estaba cerrado un día con el escudo de los Padilla y los Manrique, cuyos pedazos se han podido recoger y figuran entre las piedras labradas que forman colección y se extienden hoy por todo lo largo de las galerías.

Porque, en efecto, la actual propietaria ha tenido el buen acierto de convertir aquel recinto en un museo, mandando recoger y ordenar cuantas piedras y restos se encontraron abandonados: trozos de piedra esculpida, fragmentos de mármol tallado, claves que pertenecieron á las bóvedas del templo, blasones y escudos de familias principales, estatuas mutiladas, gárgolas, capiteles, ménsulas, columnas, lápidas sepulcrales, es decir, una verdadera necrópolis de objetos artísticos.

Hay que ver este claustro en pleno día,

cuando el sol dibuja sus ojivas sobre las anchas losas del pavimento, cuando todo se inunda en luz, y brilla en color, y estalla en armonías, y arde en vida, y aparece con todos sus encantos y bellezas.

Hay que verlo, también, á la luz de la luna, en esas noches melancólicas en que el aire trae perfumes y aromas, en que oleadas de tenue luz ruedan por el espacio y en que la luna, amante y ensoñorada, penetra por las ojivas y va á iluminar, en el fondo de los arcos, las efigies de las vírgenes que asoman á través del follaje sobre ménsulas labradas y que parecen destacar de entre nimbos dorados sus rostros dulces y blancos como la leche.

Pero hay que verlo, hay que verlo, sobre todo, en una noche negra y misteriosa, cuando las nubes se atumultúan en el cielo, cuando se oye mugir el viento que fustiga ruidosamente las copas de los árboles vecinos, cuando el cielo se ilumina de pronto con los resplandores del zigzagueante relámpago lejano, cuando las aves noctívagas bajan su vuelo y circulan atolondradas huyendo de la tempestad que se aproxima. Entonces es cuando hay que verlo, entonces cuando hay que cruzar por él con el auxilio del alumbrante farol que guía los inciertos pasos, y acercarse al triste calavernario de Doña Isabel Pacheco, allí donde están los huesos de aquella dama revueltos

con otros que las turbas sacaron de las vecinas y profanadas tumbas después de aventar las cenizas de los muertos; allí donde se perciben ruidos extraños y misteriosos; allí donde suenan vagos rumores, y se amontonan las sombras, y parecen oírse lamentos, voces y sollozos; allí, finalmente, donde todo miedo tiene su alarma y toda inquietud su asiento.

Allí, y en una de estas borrascosas noches, predispuesto el ánimo á lo maravilloso y sombrío, es donde oí contar la leyenda, ó, por mejor decir, la tradición histórica que dió su nombre á *la Cuesta de la Reina,* camino que existe todavía y que, arrancando de la misma puerta de Fres del Val, conduce á lo alto del monte que se eleva á la derecha del monasterio.

Lo que en aquella noche me contaron ocurrió á comienzos del siglo XV, cuando se acababa de fundar el convento y todavía no estaba terminada la obra del claustro, en la que trabajaban artistas de distintos países, y entre ellos algunos moros esclavos ó conversos.

El fundador de Fres del Val era Don Gómez Manrique, hijo bastardo del adelantado mayor de Castilla Don Pedro Manrique, llamado *el Viejo.* Murió éste sin dejar hijos y sí sólo un bastardo, que había sido entregado en rehenes, siendo niño, á los moros de Granada, educado en dicha ciudad y convertido á la religión musulmana.

A la muerte de su padre, el mozo vino á Castilla, se hizo rebautizar abjurando el islamismo y, tomando el nombre de Don Gómez Manrique, entró en posesión de las haciendas y señoríos de su padre, y contrajo matrimonio con Doña Sancha Rojas, descendiente de una de las familias más poderosas del reino.

Don Gómez *el Rebautizado,* como le llamaban, tuvo vida aborrascada y aventurera y, siguiendo á los Reyes de Castilla, riñó batallas con los infieles, olvidado de que con ellos había vivido y profesado su religión. Su guerra á los moros no le impedía, sin embargo, hacer el amor á las moras, pues se contaba de él que, recristianado ya, esposo de Doña Sancha y caudillo famoso entre los castellanos, más de una vez le sucedió volver á pisar las calles de Granada, ceñido el turbante y rebozado en el alquicel morisco, para tener amores con una princesa mora, dando con estas aventuras mucho que decir y murmurar al vulgo.

Tal fué el Don Gómez que en los últimos años de su vida, junto con su esposa Doña Sancha, fundó el monasterio de Fres del Val y puso en él monjes jerónimos, dotándoles con pingües rentas.

Comenzaba ya á tener celebridad y fama el monasterio, y estaba terminándose la obra de su magnífico claustro, cuando falleció Don Gómez.

Había por aquella época un castillejo, hoy ya desaparecido, en la cumbre del monte que se alza á la derecha del convento. Consistía este castillejo en sola una torre, circundada de robusto muro, especie de atalaya ó vigía. Era propiedad de la casa Manrique, y como raras veces acontecía que allí se aposentasen hombres de armas, sólo lo habitaba un esclavo moro, á quien se confió su conservación y vigilancia. Comenzó un día á circular por el país la noticia de que en aquella torre se albergaba una mujer, la cual andaba retraída y oculta, sin apartarse jamás del fortificado recinto. Y de que era así no cabía duda, pues que á veces, por la noche, se oía una voz femenil que entonaba en lengua desconocida cantares en su ritmo y estructura parecidos á los que muchas veces oían á moros cautivos.

Más adelante se dijo también que en ciertas y alternas noches, siempre á hora muy avanzada, se veía pasar á una mujer á caballo, envuelta en una capa blanca, por el camino que del castillejo conducía á Fres del Val, y que al llegar cerca del monasterio, desaparecían repentinamente mujer y caballo, como desvanecidos en el aire. Sólo sucedía esto en noches obscuras; jamás en noches de luna.

Nada tan fácil de exaltar como la imaginación del vulgo, ni nadie tan propenso á creer en lo sobrenatural y extraordinario, sobre

todo habiendo fundamento para ello. Y que lo había, era cierto. Al comprobarse que en la torre moraba una mujer, la cual sólo salía de ella á caballo en noches sombrías, recatada y misteriosamente, la imaginación popular, dada siempre á lo maravilloso en todos tiempos y edades, tuvo sobrados motivos para lanzarse desalada por los espacios.

Bien pronto se extendió la voz por la comarca, y por reticencias, suposiciones ó conceptos indiscretamente recogidos de los moros que trabajaban en las obras del monasterio, comenzó á decirse, afirmándose ya entonces en ello la opinión, que la mujer del castillejo y de las noches sin luna era una reina mora que aprovechaba las sombras nocturnas para ir al convento é introducirse en él.

La nueva de lo que ocurría acabó por llegar á oídos del P. Prior, y no fué poca, ciertamente, la zozobra que hubo de llevar á su ánimo. Apresuróse el Padre á tomar precauciones y medidas para averiguar la certitud del hecho. No tardó en adquirirla. Sus recaderos y sus escuchas diéronle la seguridad de que, en efecto, el castillejo era habitado por una mujer árabe que nunca de día abandonaba el recinto, donde era á menudo visitada por uno de los esclavos que trabajaban en las obras del claustro y que parecía ser portador de secretos mensajes. Por lo regular, el día en que re-

cibía el mensaje era aquel en que salía de la torre muy adelantada la noche, no regresando hasta el romper del alba.

Y aun más. Como la misteriosa dama fué espiada en sus excursiones nocturnas por orden del Prior, pudo adquirir éste la certeza de que al llegar la amazona al monasterio, se detenía junto á una puertecita provisionalmente abierta para facilitar los trabajos de albañilería que se estaban ejecutando. A una seña particular, ya sin duda convenida, la puerta se abría, descabalgaba la dama, dejando su caballo al amparo de un vecino zarzo, y penetraba en el claustro.

Grandemente hubieron de alarmar al padre Prior todas estas nuevas; pero como era hombre de mundo, muy superior á las preocupaciones vulgares, creyó comprender en seguida que de lo que se trataba era de citas sacrílegas de aquella mujer con alguien de los que allí vivían en clausura. No sospechó ciertamente de los monjes, que eran todos de edad provecta y todos de condiciones que no se avenían con aventuras amorosas, aunque sí de los novicios, entre los cuales no faltaba alguno en cuyo corazón ardían tal vez, más que los misticismos del monje, los arrestos del caudillo.

El P. Prior conocía sin duda los secretos del corazón humano, y sabía, seguramente,

que muchas veces le sucede al hombre buscar el silencio, el retiro, la soledad, y encontrarse con el deseo que le devora, con la duda que nace y con las pasiones que hierven en tumulto, es decir, con la insurrección y la rebeldía del alma.

El resultado de sus pesquisas y averiguaciones no se hizo esperar. Poco tardó en saber que el héroe de las citas nocturnas era en efecto un novicio cuya conducta irregular atraía la duda y despertaba el recelo. Era este novicio precisamente el mismo en quien desde el principio recayeron las sospechas del Prior; joven impetuoso y gallardo, que no se conformaba con la vida del claustro, y á quien el padre Superior, por haberle sido muy secretamente recomendado, atendía con singular cariño, cerrando los ojos á todas sus faltas, inclinado siempre á perdonar sus travesuras.

Pero ya esta vez la cosa ni merecía perdón ni tenía disculpa.

¡Convertir el terreno sagrado del convento en teatro de citas escandalosas y romper la clausura para que entrara á profanarla una mujer, y una mujer de la raza de infieles!

Jamás se había visto ni pensado caso igual, y el Prior, olvidando aquella vez los consejos de la prudencia, nunca quizá como en este lance tan necesaria, decidió que el castigo

fuese público y tan inexorable como merecía el escándalo. Tendió, pues, sus redes, y todo salió según sus deseos. Recibió cierta noche el aviso de que la mujer árabe había penetrado en el convento, y en el acto mandó llamar á varios padres, habituales consejeros suyos, arrebatándoles á las delicias del sueño, enteróles rápidamente del asunto y se dispuso á sorprender con ellos á los culpables.

Ínterin se fraguaba esta tormenta, la amante pareja, sumergida entre las sombras de la noche y las del claustro, se entregaba sin duda á íntima y sabrosa conversación, cuando, de improviso y como por arte mágica, abrióse ante ellos la puerta de la iglesia, que apareció profusamente iluminada, y, en medio de la luz esplendorosa del templo, se adelantó el padre Prior rodeado de sus monjes y escoltado por numerosos servidores que llevaban antorchas encendidas.

Los culpables no tuvieron tiempo de huír, ni acertaron tampoco: tan rápido fué para ellos é imprevisto aquel verdadero cambio de escena.

Dieron las luces vida á lo que las sombras recataban. Sentada en un poyo del intercolumnio, con la cabeza apoyada en la gótica pilastra, apareció una mujer de arrogante figura, con todo el esplendor de su belleza real-

zada por el lujoso traje árabe que vestía, y reclinado á sus pies, con las manos cruzadas sobre su falda, el joven novicio mismo en quien recayeran las sospechas del Padre.

El crimen, el sacrilegio, el escándalo eran patentes.

La mujer no se movió. Guardaba su misma actitud, rodeando con su brazo la columna y descansando en ella la cabeza, serena, impasible, sin la menor alarma, sin el más leve movimiento, como una estatua del claustro. Sólo sus ojos, chispeantes, fijándose en los recién llegados, revelaban que en aquel cuerpo había vida. El mancebo, por el contrario, se levantó como movido por un resorte, irguióse cuan alto era, y se colocó delante de la mujer, en ademán de protegerla.

El padre Prior avanzó entonces, amenazador y severo, dispuesto á lanzar el anatema y el rayo de la Iglesia sobre los sacrílegos violadores de la clausura y del santuario, al mismo tiempo que avanzaban también los servidores para apoderarse de aquéllos.

Pero antes de que el airado monje pudiera realizar su propósito, el mancebo, que comprendió lo que pasaba en el ánimo del Prior y se hizo cargo de sus sospechas, detuvo el anatema pronto á brotar de sus labios, adelantándose resueltamente y diciéndole:

—¡Es mi madre!

Y así era, en efecto, y todo quedó entonces explicado.

Era aquella mujer la dama árabe con la cual tuviera amores el fundador Don Gómez Manrique, y en ella el hijo bastardo, que hizo entrar en el noviciado y destinaba para fraile.

A la muerte de Don Gómez, vínose la princesa secretamente á Castilla, y entendióse con el esclavo moro que era guarda del castillejo, para hospedarse en éste y desde allí entrar en comunicación con el mancebo, á quien su padre, poco antes de morir, había puesto de novicio en el convento.

Las entrevistas del hijo y la madre se celebraban siempre de noche, bajo el misterio de las sombras y en el claustro.

Arrepentido el padre Prior del aparato de publicidad que había querido dar al acto de sorpresa de los que creía sacrílegos amantes, trató entonces de que la cosa no alcanzara proporciones ni anduviera en lenguas, y procuró ocultarla relegándola á los secretos del monasterio.

La princesa mora desapareció; el joven novicio, bastardo de Don Gómez, salió del convento para ir á buscar en otras esferas ocupación más adecuada á sus inclinaciones y empujes, y desde entonces aquella cuesta que conducía al castillejo, tantas veces cruzada de

noche á caballo por la dama árabe, recibió del vulgo el nombre de *Cuesta de la Reina*, que conserva todavía.

Es el único recuerdo vivo que de la escena de aquella noche nos queda.

Fres del Val, Septiembre de 1894.



CADA REY SU LEY

CADA REY SU LEY

I

La primera de las tres anécdotas que voy á contar, remonta á tiempos anteriores á nuestra célebre Revolución de Septiembre, tiempos que son verdaderamente prehistóricos para la gente que hoy vive, calza y viste.

Pocos vamos quedando ya de aquel tiempo, y casi todos vivimos á media correspondencia con los que hoy, sin peligro alguno, se mueven y agitan en el revuelto bullaje de la política. No hubieron de pasar éstos por los amargos trances que nosotros; que el llamarse entonces liberal y progresista equivalía á ponerse una coroza para fijar el ojo de la policía del general Narváez, que lo abría por cierto algo más que la actual, expuestos todos á cada instante, por la menor sospecha, á ser presos y expatriados, y por cualquier acto, como ahora se dice, á ser sencillamente fusilados; que en aquellos tiempos la justicia no

se andaba por las ramas, ni se paraba tampoco en chiquitas, ya fuesen bellas ó feas.

Aun cuando hoy ande yo algo retraído, no sé si voluntario ó apartado, y aun cuando vea que con iguales desánimos andan los amigos que de entonces quedan, sujetos todos á desengaños de la suerte, agravios de la vejez y tiranías de la ingratitud, no por ello me siento desmayado ni mucho menos arrepentido. Ayudé entonces, dentro de mi modesta esfera, á traer las gallinas, y todavía, viejo y todo, ayudaría á volverlas á traer, si necesario fuera, que no lo es, á lo cual quizá no se arriscarían todos los que con tan gárrula parlería y con tanto desenfado hablan hoy de libertades y de derechos, como si de ellas y de ellos no disfrutaran por entero, y algo más.

Es que aquellos tiempos no eran como éstos. La prensa, hoy tan libre y entonces tan sujeta, las lenguas, hoy tan sueltas y entonces tan mudas, buen cuidado ponían en guardar compostura, y no andaban como ahora ciertas gentes traveseando por asambleas y concursos, deleitándose en provocar manifestaciones peligrosas y alardes foragidos.

Éramos muchos entonces los que vivíamos en la emigración aguardando con la fiebre de la impaciencia el venturoso instante de volver á nuestras casas y á la patria, nunca tan amada como cuando se vive lejos y proscripto de

ella. Un día se nos comunicó secretamente la noticia de estar próxima la ocasión tan anhelada. Se habían entablado inteligencias con los patriotas de la frontera catalana, y todo estaba dispuesto para un movimiento en Puigcerdá, capital de nuestra Cerdaña, movimiento al que debía responder la inmortal Gerona levantándose en vilo, con su guarnición y pueblo, al entonces mágico grito de *¡Libertad y Cortes constituyentes!*

El general Prim, que se hallaba en Bruselas, desapareció de pronto, acudiendo el primero, como cabeza del movimiento, á la cabeza del peligro, que así era aquel caudillo ilustre y aquel amigo inolvidable: pagaba con su cuerpo y predicaba con su ejemplo. Yo no le vi retroceder jamás; sólo una vez en Méjico; pero en aquella ocasión más valor que para avanzar se necesitaba para retirarse, y entonces Prim, como en todas las ocasiones de su vida, al lado del valor se puso y del peligro.

Desapareció Prim de Bruselas, donde estaba muy vigilado, acudiendo al mismo ardid á que acudiera un día Fernando de Aragón, *el Católico,* cuando, en ocasión de hallarse sitiando el castillo de Burgos, tuvo aviso de que la ciudad de Zamora estaba dispuesta á levantar pendones por Doña Isabel y Don Fernando, si éste acudía á ponerse al frente del movimiento.

Como no le era fácil al monarca ausentarse sin descubrir su intento y sin turbar las operaciones de aquel cerco, que mucho le importaba para sus planes futuros, fingióse enfermo, y por espacio de algunos días se vió entrar al médico en su tienda á horas determinadas, circulándose como boletín entre su hueste las noticias con los síntomas y progresos de la enfermedad. Y mientras tanto, Don Fernando atravesaba los llanos de Castilla y aparecía en Zamora. Lo mismo hizo el general Prim. Enfermo en Bruselas, casi moribundo, al decir de las noticias oficiales que se comunicaban al Gobierno español, apareció de repente vivo y sano á las puertas de Puigcerdá, después de haber cruzado los reinos de Bélgica y Francia con sólo la ayuda de un amigo y el amparo de un disfraz, sin que lo advirtiese nadie de tantos como advertirlo debían, ni nadie de cuantos mantenía el Gobierno en determinados lugares para estar á su atisbo.

Todos habíamos acudido también al puesto que á cada uno nos fué designado. Yo me trasladé desde Aviñón, en donde vivía con el gran poeta de Provenza Federico Mistral, á la pequeña aldea francesa de Bourg-Madame, que, según es sabido, está lindando con Puigcerdá, mientras que el actual Presidente del Consejo de Ministros, Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, aparecía en Perpiñán, que era su

puesto de honor, donde, si mal no recuerdo, fué descubierto por la policía francesa, que le obligó á internarse.

No es ocasión de decir cómo y por qué fracasó aquel movimiento tan diestra y patrióticamente preparado. Se malogró, como otros: el de Valencia, por ejemplo, adonde también Prim llegó una vez y entró, exponiendo su cabeza, como la expuso en Puigcerdá y como la arriesgó en tantos otros sitios en medio de una granizada de balas, de las que maldito el caso que hacía, pues acostumbraba decir, y yo se lo oí muchas veces, que las balas eran como las cartas echadas al correo, que todas llevaban sóbre y ninguna lo llevaba para él.

Sólo en Madrid, y en la calle del Turco, las balas iban con sóbre, y todas, malaventuradamente para nuestra patria, todas lo llevaban para él.

Malogrado el movimiento de Puigcerdá, el general repasó la frontera, y fuése, no ya para Bruselas, donde no tenía libertad de acción y estaba sujeto á gran vigilancia, sino á Ginebra.

Allí fuí yo también á parar luego, escapando como pude á la caza que por toda la frontera comenzó contra los emigrados la policía de Napoleón III, tan cruel entonces, sin duda por aquello del *Væ victis*, como lena se había mostrado antes, tal vez por aquello otro de *¡quién sabe!*

Digo, pues, que fuí á Ginebra en pos del general, y ocurrióme allí el suceso que voy á referir, y que, por lo sencillo y breve, no requería tanto aparato de preámbulo, si no fuera porque ello entra á veces en mi manera de ser y decir, cuando me conviene consignar ó deslizar algo que juzgo pertinente, siquier no parezca acomodado á las circunstancias del caso. Ya sé yo que las plumas, hoy sobre todo, gozan de tanta libertad, que suelen volar muchas veces por donde se les antoja, en vez de seguir por donde se las guía; pero no sucede así á la que yo gobierno, la cual, acostumbrada á obedecer, hija es de mi voluntad, que no de su independencia.

Llegué á Ginebra, como iba diciendo, y tomé una habitación interior en el quinto ó sexto piso de la fonda misma á que había ido á hospedarse el general. Era mi aposento modestísimo, como de emigrado pobre, y sólo recibía luz y aire por una reducida ventana abierta sobre un patio del hotel, especie de maloliente y pestífero corral contiguo á la caballeriza, en el que los mozos de cuadra lavaban, ó mejor dicho, lavoteaban coches y cabalgaduras.

A poco de mi llegada vino á ofrecerme sus servicios, que me eran muy necesarios, el barbero y peluquero de la fonda; y como viera yo que éste, después de haberle confiado

mis barbas y cabeza, buscaba sitio adonde arrojar el agua enjabonada que tenía en su yelmo de Mambrino, díjele con todo desparpajo y como la cosa más sencilla y natural del mundo:

—Échela por la ventana.

—¡Oh! No puede ser—me replicó.—Está prohibido por ordenanza municipal.

—La ventana no da á la calle,—contesté insistiendo y como para sincerarme.—Da á un corral. Nadie lo verá.

—Pero lo vería yo,—replicó el barbero;—y al salir de aquí tendría que ir á denunciarme para pagar la multa.

Al oír á aquel hombre, tan perfectamente conocedor de sus deberes, estuve tentado á levantarme, á saludarle con respeto y á decirle:

—Siéntese para que le afeite, que aquí el barbero soy yo.

No se lo dije, pero sí para mis adentros.

Conté luego al general la hermosa lección que me diera aquel ciudadano suizo. Feliz país éste, le decía, en que el hombre, poseedor de sus derechos, conoce y cumple así sus deberes. Éste es un país.

II

Y vamos ya, sin más preámbulos ni circunloquios, á las otras dos anécdotas que enlazo con la ya referida por lo que verá el lector, aun cuando no se lo advierta.

Mi segunda anécdota es esta:

La revolución del 68 había ya triunfado.

Se había convocado á Cortes constituyentes, y era yo diputado y director general de Estadística cuando ocurrió la convocatoria de un Congreso Internacional de Estadística en la ciudad de La Haya, al que me cupo en suerte concurrir como representante de España.

Acompañóme en aquel viaje, y también en aquella misión, un amigo muy querido, antiguo redactor de *La Iberia* en los grandes tiempos de Calvo Asensio y de Sagasta, Don Feliciano Herreros de Tejada, entonces secretario del general Prim y creo que de la Presidencia del Consejo de Ministros, y hoy consejero de Estado.

Al llegar á La Haya, hicimos lo que todo viajero que llega por vez primera á un lugar: salimos á correr calles, á curiosear, andando al acaso y á la ventura, que es como á mí me gusta visitar un país desconocido, solo y sin *cicerone*.

Ibamos naturalmente por las aceras, tomando siempre la de la derecha, según sabia y acertada costumbre de Madrid; y recuerdo que más de una vez, incitado por la atracción de lo desconocido, hube de pararme ante los espejos ladrones, que excitaban profundamente mi curiosidad, y ante los inmensos cristales que cierran los cuartos bajos de las casas, penetrando indiscretamente en su interior con mi inquisidora mirada. No tardé mucho en notar que la gente que transitaba por la vía, al tropezar con nosotros, viraba en el acto la cabeza para mirarnos con cierta extrañeza y curiosidad.

Mientras duró nuestro paseo, por todas cuantas calles recorrimos sucedió lo propio.

Salimos á nuevo paseo por la tarde, y vuelta la gente á mirarnos, cual si en nosotros, por figura, traje ó ademán, hubiese algo de inconveniente y de insólito que mereciese fijar la atención pública.

Ya tanta porfía en el mirar hubo de inquietarme un poco, despertando en mí el escozor del desasosiego, y así se lo dije á mi compañero, que había observado lo mismo; pero mucho más hube de sorprenderme aún cuando hizo la casualidad que cruzáramos el saludo con cierto caballero francés, á quien había yo tenido de compañero, á mi lado, en el almuerzo de la mesa redonda. Al saludarnos

este señor, observé que también, como todos los demás, volvía la cabeza á mirarnos, y parecióme ver en él el mismo ademán de extrañeza que notaba en todos. Hubo de recrecer esto mi desasosiego, y faltóme tiempo por la noche, al volvernos á encontrar sentados á la mesa de la fonda, para comunicarle mi observación.

—Sí—me dijo;—fijéme en ustedes, porque comprendí que, como forasteros, desconocen las leyes del país, no siendo extraño, por lo mismo, que falten á ellas.

—¡Cómo!—exclamé.—¿Faltamos nosotros en algo á las leyes del país?

— Ya lo creo, como que van ustedes por la acera, lo cual está aquí prohibido; que es la acera propiedad del dueño del edificio, y no del Municipio ni del público. Cada propietario—prosiguió diciéndome—paga su acera, ciñéndose á la línea que el Municipio le fija; pero dentro de sus límites, según puede usted observar, cada uno construye conforme su gusto, su capricho ó su caudal, en mármol, en mosaico, en piedra ó en asfalto, seguro de que su propiedad ha de ser respetada. A más, la acera es aquí una defensa, especie de valla que nadie se atreve á salvar; porque si el público la invadiera, podría, á través de los grandes cristales de los cuartos bajos, descubrir el interior de las casas, que es el sagrado de la familia, y lo

que no está prohibido á las miradas, debe serlo á la discreción y á la cortesía.

Así me habló mi compañero de mesa, dándome también una lección sin saberlo, como me la diera un día el barbero de Ginebra, pudiendo luego convencerme de que las cosas eran tales como él decía.

La gente transitaba siempre por el arroyo, respetando la acera como terreno sagrado, y solamente el transeunte subía á ella cuando se veía obligado á salvarse del atropello de un coche, apresurándose á descender pasado el peligro.

—¡Éste es un país!—decía yo luego á mi camarada de viaje.

III

Por lo que toca á la tercera anécdota, es aún más breve y más sencilla.

Ocurrió siendo yo ministro de Ultramar, en 1887, cuando andaba preparando aquella Exposición general de Filipinas, con tan caudaloso aplauso recibida, la cual, no sólo fué una verdadera revelación, sino que engendró el Museo-Biblioteca de Ultramar, el primero y único Instituto de esta clase en España, que ha venido á cubrir una necesidad y á llenar

un vacío, siendo tan favorecido del pueblo como poco del Gobierno.

Por cierto que de aquella Exposición filipina, y pláceme consignarlo para agradecerlo, *El Globo* publicó una serie de interesantes artículos, que se imprimieron luego en un volumen, con prólogo del ilustre Castelar, constituyendo un libro muy notable, digno de mención especial por lo que de enseñanza tiene y de consulta.

Corrían los últimos días del mes de Junio. S. M. la Reina Regente se había dignado fijar el 30 de dicho mes para inauguración y apertura del concurso filipino. Las obras de arreglo y decoración estaban algo atrasadas, no obstante comunicarles gran actividad la respetable Junta nombrada y el digno arquitecto señor Don Ricardo Velázquez, que me ayudaron con celo exquisito. Se había cometido el error de facilitar permisos de entrada á muchos que los solicitaron deseando gozar las primicias de aquella Exposición; y como estos permisos, según siempre sucede, hubieron de prodigarse y multiplicarse por compromisos ineludibles, resultó que la gente, invadiendo el local y atumultuándose en él, robaba á los obreros la libertad del trabajo y al tiempo el que se requería para tenerlo dispuesto todo y corriente el día señalado. Hubo, pues, necesidad de publicar una disposición cancelando los permisos

otorgados y prohibiendo la entrada por el momento.

Al día siguiente de publicada esta orden, y en ocasión de hallarme yo en el Palacio de Cristal, activando personalmente los preparativos, apareció un desconocido que se entraba por los salones muy campante y despachado. Salióle al encuentro el portero para atajarle el paso.

—Tengo permiso—dijo el invasor.

—Todos los permisos han caducado—contestó el portero.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer. Publicóse la orden ayer en la *Gaceta,* y está prohibida la entrada.

—¡Ayer se publicó la orden, y todavía dura! ¿Por quién me toma usted á mí? ¿Me cree tonto? ¿Me caí yo, por ventura, de un nido, para ignorar que orden dada hoy no se cumple ya mañana? Vaya usted muy enhoramala á contarle esto á algún imbécil. Aquí no cuela.

Y desprendiéndose del portero, se introdujo de rondón y con desenfado en el local.

Acudió el portero á decirme lo que ocurría, y refirióme el caso.

—Si al señor le parece—me dijo al terminar,—voy á llamar á los agentes de orden público, que están á la puerta, para que lo echen á la calle.

—No haga tal cosa—me apresuré á decirle

templando su celo. — Déjele usted. Ese señor se metió aquí por derecho propio. Conoce el país.

Y éstas son las tres anécdotas que, acudiendo al libro de mis recuerdos, me permito ofrecer hoy á mis lectores.

Posible es que su relato no sea de utilidad ni de enseñanza alguna; pero si acertara á serlo, diérame por muy contento y venturoso, pues es conveniente que cada uno escriba lo que ha visto, cuente lo que le haya ocurrido y diga lo que sabe, si en puridad de conciencia cree que el hacerlo puede ser beneficioso para las historias de su país ó para la marcha de los progresos humanos.



LA LEYENDA DEL CONDE ARNALDO

(LA CACERÍA NOCTURNA)

NOTA PRELIMINAR

Para mejor inteligencia de esta leyenda, conviene decir antes algunas palabras.

Así se verá dónde y cómo tuvo su origen.

Existe en los montes de Cataluña el histórico, y hasta casi pudiera decirse prehistórico, monasterio llamado *San Juan de las Abadesas.*

Lo fundó, según parece, el primer conde soberano de Barcelona, Vifredo *el Velloso,* y llamóse de las Abadesas, no porque en él fuesen superioras todas las religiosas, sino por ser todas nobles, de alto rango y de ilustre familia.

Su primera abadesa fué una hija del fundador, apellidada Emmon ó Emma, que murió por los años de 944; sucedieron á ésta otras superioras cuyo nombre se ignora, y entró luego á regir la casa una dama, que las crónicas llaman Adalaiza, mujer de singular hermosura y de libres costumbres, que no hubieron de mejorar, por cierto, el hábito que vistió y la santa regla de la casa que eligió falsamente para penitencia.

Adalaiza, la abadesa, con su triste ejemplo, introdujo la disipación y el escándalo entre las vírgenes del Señor, que veían á su superiora recibir cada día

más enamorada al conde Arnaldo, arrogante caballero y audaz galanteador, el cual se introducía nocturnamente en el monasterio por una cueva ó camino subterráneo, cuya entrada existía en un camino que iba de Puigcerdá á Rivas.

La escandalosa disipación de aquellas religiosas duró hasta el año 1017, época en que, á instancias de Bernardo Tallaferro, conde de Besalú, expidió Benedicto VIII la bula de extinción ó reforma del monasterio, llamando á Roma á la abadesa Adalaiza, que no compareció, siendo condenada en rebeldía.

Estas son las noticias que, como históricas, consignan muchos cronistas, aun cuando no falta quien las niega y rebate.

Por lo que toca al conde Arnaldo, amante de la abadesa Adalaiza, hay gran recuerdo y tradición en Cataluña, y ha dado origen á una fantástica y bellísima canción popular *(La cançó del compte l'Arnau)*, que es un verdadero poema, tan original y notable por su letra como por su tonada. Es una maravilla de poesía y música.

El conde Arnaldo debió de ser una especie de Don Juan de aquellos tiempos.

Pocas tradiciones se conservan en Cataluña tan vivas y localizadas como la suya, singularmente la de sus amores con Adalaiza.

Entre Ripoll y Candevano se enseña todavía una casa, llamada hoy del Parnal, ó de Parnau, que se supone era la mansión del conde Arnaldo, y muy cerca de ella se veía hace pocos años una capilla levantada en expiación de sus culpas. En el altar ostentaba esta capilla un gran lienzo, donde se veía retratado al conde en medio de las llamas del infierno.

No sé si aun existe esta capilla. Milá y Fontanals habla de ella como existente aún, con el cuadro cita-

do, en su *Romancerillo catalán*, al insertar la rara y fantástica canción citada más arriba.

Se sube, ó se subía á la capilla por unas gradas, cada una de las cuales costó á la familia del conde una medida de trigo.

Hay memoria de que en el corral del monasterio de Ripoll se daba una limosna, instituída por la familia del conde Arnaldo, limosna que los pobres recibían sin poder contestar el acostumbrado *Dios se lo pague*.

En los montes vecinos á la casa es donde el vulgo dice que, en ciertas y determinadas noches, celebra sus cacerías el conde Arnaldo, cacerías fantásticas, á guisa del *Feroz cazador*, en compañía de la monja Adalaiza y con gran séquito de perros, que acaban por devorar á los cazadores.



LA LEYENDA DEL CONDE ARNALDO

(LA CACERÍA NOCTURNA)

A media noche, cuando brilla la luna, el buen conde Arnaldo se levanta de su tumba y aplica á sus labios el cuerno de caza, que cuelga del cordón cruzado en bandolera sobre su pecho.

En el acto, como salidos del fondo de la tierra, aparecen y se agrupan junto á él los escuderos, monteros y sirvientes. Estos últimos llevan en traílla á toda una jauría de perros.

El conde Arnaldo monta á caballo. Los cazadores se precipitan como un huracán. Los campos, los bosques, las aldeas, los montes, ven pasar con asombro á todos aquellos hombres en desatada carrera.

—¡Sus! ¡Sus! ¡Hala! ¡Hala! ¡Halalí! ¡La caza va á ser buena!

***

Es una carrera loca, insensata, vertiginosa, infernal. No corren, vuelan; no parecen hombres, sino demonios. Cruzan como el rayo y

lo atropellan todo. Así baja del monte el torrente desbordado.

Encuentran á su paso un anciano peregrino que va en romería á la Virgen del Montserrat. Cazadores, perros y caballos se le arrojan encima, dejándole cadáver en el camino.

La comitiva prosigue su infernal carrera. Una pobre muchacha que atraviesa la senda, huye desolada ante aquel torbellino que se acerca, y corre á refugiarse al pie de una cruz de piedra que se alza á un lado. Los caballos de los cazadores se encabritan furiosos al pasar por delante de la cruz; el desorden se introduce en las filas; los cascos del negro corcel del conde hieren en la frente á la muchacha, que rueda á los pies de los caballos.

La comitiva pasa por encima de su cuerpo, como pasó por sobre el del anciano que iba en romería al santuario de Montserrat. Y el conde grita:

— ¡Sus! ¡Sus! ¡Hala! ¡Hala! ¡Halalí! ¡La caza va á ser buena!



En el camino encuentran un castillo. Es el del conde Arnaldo, que se detiene, y todos con él.

— Aguardadme un instante. Quiero visitar á mi viuda, á quien no vi hace un año.

Y Arnaldo penetra en el castillo.

—¿Qué hacéis aquí tan triste y sola, esposa mía?

—No estoy sola, conde Arnaldo, que Dios y la Virgen me acompañan.

—¿Queréis dejarme ver á mis hijas para darles un beso?

—No, que con vuestro beso las quemaríais, conde Arnaldo. Brotan llamas de vuestros ojos y de vuestros labios. Bien se conoce que habitáis en los infiernos.

—Esposa, despertad á vuestros criados para que den de comer á mi caballo.

—Vuestro caballo sólo come almas condenadas, conde Arnaldo.

—Pues entonces, para despedida, dadme las manos.

—No, qué bien que me las quemaríais, conde Arnaldo. Salid pronto de aquí, antes que os hallen á faltar los demonios y vengan á buscaros.

Sale de su castillo el conde; monta de nuevo á caballo; vuelve á comenzar la comitiva su desatada carrera. Aúllan los perros, suenan las bocinas, gritan los monteros:

—¡Sus! ¡Sus! ¡Hala! ¡Hala! ¡Halalí! ¡La caza va á ser buena!

*
* *

Pasan por junto á la boca de una cueva. El conde Arnaldo se detiene, y todos con él.

—Aguardad aquí un momento. Voy en busca de mi Adalaiza, á quien no he visto hace un año.

Y el conde Arnaldo penetra en el camino subterráneo que conduce al claustro. No tarda en salir, y con él Adalaiza, que monta en un caballo negro, para ella dispuesto, y cabalga junto al conde. Se precipitan furiosos, á la cabeza de los suyos. La luna brilla y alumbra la fantástica carrera.

Un ciervo cruza, saltando arroyos y barrancos. Va tan ligero, que se diría que tiene alas. El conde Arnaldo blande su cuchillo de monte y acerca el cuerno á sus labios, llenando el aire con roncos sones.

Precipítanse los perros, y tras de ellos el conde, y tras del conde Adalaiza. Arnaldo azuza á sus perros con la voz, con el cuerno y con el látigo.

Y grita:

—¡Sus! ¡Sus! ¡Hala! ¡Hala! ¡Halalí! ¡La caza va á ser buena!

***

El ciervo desaparece de pronto, como tragado por la tierra.

La jauría, furiosa al ver que se escapa su presa, se revuelve y se arroja sobre la de Arnaldo y Adalaiza. Huyen ambos á todo escape

de sus caballos, y tras éstos se lanzan los perros como lobos hambrientos.

Es una carrera desenfrenada. Los perros rabiosos van ganando el terreno que pierden los caballos. Ya llegan junto á éstos y les muerden en las piernas. Los caballos caen precipitando á sus jinetes.

Al ver segura su presa, la jauría arroja un aullido salvaje, como el grito triunfante de todos los demonios del infierno. El conde Arnaldo y Adalaiza luchan en vano contra los perros.

Ruedan éstos sus ojos encendidos y abren su boca ensangrentada. Dando feroces aullidos, se tiran á ellos como fieras, y comienzan á destrozarlos. Su festín es sangriento.

Los arrastran vivos aún por el bosque, que siembran de miembros palpitantes, y no sueltan su presa hasta destrozarla del todo, confundiendo y esparciendo sus despojos.

La sangre mezclada de las dos víctimas forma una balsa, y en ella se detienen á beber los perros.

¡Sus! ¡Sus! ¡Hala! ¡Hala! ¡Halalí! ¡La caza ha sido buena!

*
* *

Esta es la cacería nocturna del conde Arnaldo, cacería que se renueva todos los años, en la noche de difuntos, á la luz de la luna.



LA MISA DEL DIABLO

LA MISA DEL DIABLO

I

El Cinca es un río verdaderamente aragonés en cauce y aguas, que es como si dijéramos en cuerpo y alma. No recorre un palmo de tierra que no sea de Aragón; no recibe el tributo de ningún río ni arroyo que aragonés no sea; no pasa por junto á ningún pueblo ni monumento que no pertenezca á este reino. Es un río baturro.

Tiene su origen en el límite mismo de los valles de Bielza; brota al pie de la ermita consagrada á Nuestra Señora de la Pineta, la Pilarica de aquellos valles peregrinos; lo alimentan las neveras y los heleros de las Tres Sorores; ve transcurrir sus mocedades deslizándose retozón y barullero por entre las colladas y cantaleras de los Pirineos; penetra en los profundos lachares y estrechos de la sierra; cruza los campos de honor que fueron

cuna y aurora de la dinastía aragonesa, venturosos campos de la gloria y la leyenda, cuando San Jorge se presentaba en las batallas y cuando sobre la centenaria encina aparecía la cruz de Sobrarbe entre nimbos de luz y tornasoles de oro y grana; gira en torno de la peña en que se eleva la arcaica Ainsa, la villa quizá de más puros y genuinos recuerdos en tierra aragonesa; se adelanta, ya poderoso, para ofrecer sus homenajes á la histórica Monzón, y, después de visitar junto á Fraga las llanadas en que sucumbió el batallador Alfonso, vuela á echarse en brazos del catalán Segre, que penetra en Aragón para recibirle, y fusionando sus aguas ambos ríos, el aragonés y el catalán, como un día fusionaron su historia Aragón y Cataluña, se dirigen juntos á reconocer la superioridad y grandeza del ibérico Ebro, rindiéndole, á la vista de Mequinenza, el tributo y vasallaje de sus caudales.

Costeando el Cinca, siempre río arriba, se llega á Ainsa, que se alza sobre erguido collado, á cuyos pies viene el Ara á confundirse con el Cinca para darle más abundantes aguas y mayores vuelos. Los dos ríos, al abrazarse al pie de la colina en que Ainsa asienta, circuyen á manera de foso el collado, como para resguardar á la villa histórica, baluarte sagrado de la independencia aragonesa y primera capital que tuvo el reino, que allí aparece, in-

alardeada y venerable, con sus restos de muralla y las ruinas de su célebre castillo.

Visité por vez primera la villa de Ainsa en mis años juveniles, cuando iba acompañando á quien no debía tardar mucho en ser gloria de Aragón y de la patria española, mi amigo del alma Jerónimo Borao.

Estudiantes en huelga y excursionistas en tuna, dedicábamos nuestras vacaciones á recorrer antiguas comarcas aragonesas, entonces que no existían carreteras, ni puentes sobre ríos, ni en el monte más que mazorrales descaminos y trochas abruptas; llevando nuestra comida en las alforjas, y en el bolsillo la yesca, eslabón y pedernal para encender aquel amazacotado tabaco negro que á la sazón se vendía y sabía á gloria; provistos de la indispensable linterna con que alumbrar nuestros pasos por el campo y también por las calles siempre á obscuras de los villorrios, cuando á ellos llegábamos de noche, en busca de la mezquina posada que sólo podía ofrecernos el regalo de yacijas miserables en sucias y empanadas alcobas.

¡Oh! ¡El excursionismo de entonces!... ¡Cuán distinto, cuánto, del excursionismo de ahora!

En esta época de vías férreas, de gas, de fósforo, de electricidad, de carreteras y de hoteles y fondas á cada paso, no se sabe lo que

era viajar por sierras y por llanos, así como los que tanto alardean hoy de libertad, no saben ni saber pueden lo que se sufrió para alcanzar esas libertades, que hoy parecen servir sólo para que se nos insulte y flagele con ellas. Es fácil su disfrute á quienes nada cuestan. Por esto, los que mejor las gozan, son los que nada hicieron para conquistarlas.

¡Cómo me acuerdo yo de aquellos viajes y cómo me acuerdo de Ainsa!

No sé, en verdad, después de tantos años, lo que esta villa significa hoy y lo que vale y representa; pero me acuerdo perfectamente de aquella Ainsa de mi juventud, con su color y su carácter, con todo su arcaísmo y toda su estética, según hoy diríamos, con sus calles pendientes para cuyo empedrado se echaba mano de guijarros de la montaña y cantos rodados del río, y con la casa aquella vetusta y grandiosa, de puerta de arco apuntado y góticos ventanales, de labrada reja saliente, con arreos de monumento y trazas de palacio, donde me contaron la peregrina leyenda de la misa del diablo, que hasta hoy no me encontré en talle de referir, después de tantos años y tantas pesadumbres como por mí pasaron.

Yo no sé, digo, lo que es la Ainsa de hoy, pero sé lo que era la Ainsa de entonces. La veo aún aparecer ante mis ojos, viva, soberbia y grandiosa en mis recuerdos.

En sus calles, casas de piedra de un solo piso y de carácter severo, algunas con balcones de labrado herraje, las más con ventanas góticas ó árabes, gráciles ajimeces y puertas de doble arco, como una que me enseñaron, sencilla, modesta y seria, diciéndome haber sido áulica morada de los primeros reyes de Aragón.

En sus plazas, anchos soportales con arcos de piedra tostada y roída por el tiempo, y en la Mayor, grandes y espaciosos subterráneos de piedra de sillería, datando de la época de la Reconquista.

En su iglesia, el elevadísimo y dominador campanario, que fué atalaya con los reconquistadores; el templo bizantino, que fué centro de asamblea y alcázar de oración para los repobladores de la tierra; la pila bautismal, de extraordinaria magnitud y de una sola pieza, en que se administraba el bautismo de inmersión; la puerta exterior, con el lábaro de Constantino, y los claustros cerrados, misteriosos, sombríos, imponentes, que á ningunos se parecen y que son pasmo de arqueólogos y de artistas.

En su castillo enrunado, robustos paredones, trozos de murallas megalíticas, andenes y viaductos sobre forzudos arcos, torreones cuadrados que en escalada arrebataron á los árabes las huestes de Garci Ximénez; y más allá de la fortaleza, la vasta llanura tendida al

pie de la villa, donde aun el azadón y el arado descubren saetas y venablos, recuerdo de aquella fiera batalla ganada por los varones de San Juan de la Peña y de la cueva de Pano, batalla en que apareció la cruz sobre la encina, que fué el emblema con el cual se acuñaron las primeras monedas de la Reconquista y á cuya memoria alzó la ciudad sagrado monumento.

Estuve en Ainsa al terminar la primera guerra civil carlista, hallándome en los albores de mis primeras mocedades. Aun entonces Ainsa no había sido profanada por el siglo. Nadie había revocado sus fachadas, ni destocado sus torres, ni rectificado sus calles, ni escombrado sus ruinas, ni blanqueado los muros de sus casas.

Era una ciudad que surgía repentinamente de entre las profundidades de una edad lejana, con sus calles tortuosas y pinas, sus arcadas y porches que sólo tenían eco para algún paso solitario, sus muros y piedras ciclópeas que habían resistido á tantos embates y á tantos furores. Era una Ainsa de museo, una villa que aparecía de súbito en la sobrehaz de la tierra, como la ex sepulta Pompeya.

¡Pobre Ainsa, la que después de haber sido primera vino á ser última! ¡Pobre Ainsa, tan olvidada por la gloria después de haber hecho tanto por ella!

Y así como me acuerdo de Ainsa, ¡cómo, cómo me acuerdo de Aragón, el Aragón aquel de mis primeras campañas políticas y literarias, al que van unidos, con mis arrebatos y bullajes de mozo, los grandes y más puros recuerdos de mi agitada vida! ¡Aquellos lazos de amistad y de cariño con varones ilustres que ya fueron: Jerónimo Borao, el literato eximio y el legislador integérrimo; Bruil, el ministro; Gallifa, el magistrado; Foz, historiador preclaro; Lassala, el comentarista de los Fueros aragoneses; Gil y Alcaide, el patricio entusiasta; Huici, el dulce poeta; el barón de Mora, maestro en cosas de Aragón, que han dejado nombre eterno en sus anales! ¡Aquellas tormentas literarias en los centros, tertulias y teatros de Zaragoza, cuando entre la crudeza de la lucha intentábamos la restauración literaria y pedíamos la libertad de la prensa y del pensamiento para todos los que con tan gárrulo desate han abusado de ella! ¡Aquellos banquetes, y asambleas, y ágapes progresistas, en que tanto trabajamos en favor de la libertad con peligro y riesgo de la nuestra!

¡Bendita tierra esta de Aragón, de historia tan excelsa y tan suma, donde toda grandeza de alma tuvo siempre su estado y siempre todo honor su monumento!

Sí, bendita tierra esta, donde viven y se

enlazan recuerdos tantos y donde las artes, las letras, la gloria, la virtud, el honor, el patriotismo, los sentimientos todos del alma y de la vida abandonan su nombre genérico é individual para tomarlo personal y característico.

Por esto en Aragón la reconquista se llama Garci Ximénez; la gloria, Jaime el Conquistador; la monarquía, Pedro el Grande; la justicia, Cerdán; la historia, Zurita; la crónica, Blancas; el derecho, Vidal de Cañellas; la literatura, Argensola; la libertad, Lanuza; la poesía, Marcial; la pintura, Goya; el valor, Roger de Lauria; la caridad, condesa de Bureta; el heroísmo, Agustina la aragonesa.

Por esto la religión se llama Virgen del Pilar, luz de todo consuelo, amor de todos los amores, paño de toda lágrima, antorcha de toda fe.

Por esto también la música se llama la Jota, es decir, el himno nacional que se impone y avasalla y que, lo mismo en tierras españolas que en comarcas extranjeras, levanta todas las almas y provoca todos los entusiasmos.

Y por esto, en fin, el patriotismo tiene un nombre querido y popular en España, grandioso y respetado en el extranjero; por esto el patriotismo... se llama Zaragoza.

Y vamos ya á la leyenda de *La Misa del dia-*

blo, que oí un día contar en Ainsa, al amor cariñoso de la lumbre, en cierta casa del pueblo, sombría, triste, misteriosa, negra, que olía á fantasmas, duendes y aparecidos, á quienes á cada paso temía ver asomar por aquellas desnudas galerías, y los cuales seguramente moraban en las tenebrosas profundidades de sus soterráneas cavas.

II

El barón Artal de Mur y de Puymorca, que se había levantado aquella mañana crecido de enojo y arrugado el ceño, andaba inquieto y desplaciente, paseando su desasosiego por las salas y galerías de su casa de Ainsa.

Era á comienzos del siglo XIII y reinaba profunda agitación en el país. Susurrábase que el rey Don Pedro I, llamado más tarde *el Católico*, debiendo ser apellidado con más propiedad *el de Muret*, había tenido un fracaso en los campos de Provenza, adonde había pasado con gran copia de caballería para prestar ayuda al conde de Tolosa, su deudo, en la lucha que sostenía con los cruzados de Simón de Montfort.

El primogénito del barón Artal de Mur, heredero de su nombre y de su casa, había

partido con la hueste del monarca, y andaba el barón muy desazonado por carecer de nuevas de su hijo, cuando tan malas las tenía de la empresa.

No pudiendo, pues, con su inquietud y su impaciencia, que iban á cada instante acrecentándose, llamó á su escudero y se hizo vestir para la caza, deseoso de hallar en este ejercicio y en el campo diversión para sus preocupaciones y pesares. Vestido ya, rechazó las ofertas de su halconero; y prescindiendo de toda servidumbre y acompañamiento, prendió á su cinto el cuchillo de monte, empuñó su diestra un venablo ó, con más propiedad, una azcona arrojadiza de hierro acicalado, arma favorita de los almogavares, y partió solo, seguido por dos ó tres de sus perros, los más avezados á caza de montería.

Llegó hasta la vecina sierra y se internó en la selva. La fortuna se mostró avara con él y por demás ingrata. Ni rastro de ciervo ni de jabalí por ningún lado. El barón y sus perros se fatigaron en vano.

Era á mediados de Octubre. El día, magnífico; el sol, espléndido; el aire, cariñoso; el calor, como en un día de verano.

Sedientos y abrasados por los rayos de aquel sol impropio de la estación, Artal y sus perros llegaron al pie de una fuente que brindaba al reposo, y allí se detuvo el cazador

buscando alivio á su cansancio y aburrimiento. Era ya mucho más de mediodía. El caballero sacó de su morral algunas provisiones que á prevención llevaba, partiólas con sus fieles acompañantes, y luego, abrumado por el calor, vencido, más que por la fatiga, por el fracaso y decepción de su jornada, se recostó bajo un árbol, entregándose á perezoso descanso, y así hubo de permanecer hasta que el sol, bajando á su ocaso, le trajo, con la pérdida de su jornada, el castigo de su indolencia.

Resignóse á dar el día por huero, y, como estaba distante de Ainsa y de su casa, emprendió la caminata de regreso con la prisa del enojo y la ira del despecho.

Sin embargo, la suerte, que tan contraria se le había presentado, ofrecióle de repente sus favores cuando menos lo esperaba.

Al desembocar con su pequeña jauría en un claro del bosque, vió salir una jabalina de un espeso matorral que asomaba al otro lado de impetuoso torrente, engrosado por las nieves de las Tres Sorores. Cazador y perros se dispusieron á emprender la persecución, á pesar de que la jabalina, al advertir el peligro, se internó en la maleza, desapareciendo tan de improviso como aparecido había.

Mientras que los perros pasaban el torrente á nado, y no en verdad sin peligro, Artal de Mur, armado con su azcona, fué á buscar

un puente de troncos de árboles que existía más arriba, y cruzó el torrente, que brillaba como si fuera de luz. La fiera, favorecida por un avance considerable, se había perdido de vista al penetrar en la fragosidad del bosque.

Descorazonado el barón, apartado de sus perros y perdida la huella, tomó la orilla izquierda del torrente para encaminarse á su casa, mustio y desabrido, cuando, al cruzar por un camino fondo, cubierto de maleza y espesura, vió de pronto á muy corta distancia la jabalina, que allí había ido á refugiarse creyéndose, sin duda, al abrigo de toda sorpresa. Al rumor de los pasos, la jabalina viró bruscamente y avanzó hacia el barón, como en ademán de hacerle cara ó echársele encima.

Habían ya sobrevenido las primeras negruras de la noche.

En el instante en que Artal de Mur, silbando á los perros, que andaban rezagados, se disponía á lanzar el arma arrojadiza para echar mano luego á su cuchillo de caza y sostener un combate cuerpo á cuerpo con la fiera, oyó claramente una voz humana que le decía:

—No me mates, y tendrás recompensa.

Ante aquella voz clamorosa, quedóse el barón atónito y sobrecogido. No era supersticioso, por cierto, ni nada tenía de cobarde, avezado como estaba á batallas y peligros; pero ante el prodigio de oír hablar á una jabalina,

pues de ella partiera la voz, hubo de quedarse por unos momentos petrificado y mudo.

Cuando tornó en su acuerdo después de aquel pasajero paroxismo, la jabalina había desaparecido.

Ya entonces comenzaba á ser de noche. Las atezadas sombras iban invadiéndolo todo. El barón, hondamente impresionado, sólo cuidó de partir cuanto antes. Silbó á sus perros y se encaminó á su morada, donde se le esperaba con impaciencia, y no sin inquietud, por su tardanza.

Dispuesta encontró en el estrado la mesa para la cena. Sentáronse á ella Artal, su mujer la baronesa, el capellán de la casa, el primer escudero y los pajes de honor. Al pie del estrado, y en más pequeña y humilde tabla, se colocaron los servidores, pues en aquella época señores y criados comían al mismo tiempo, aunque en mesa distinta. El capellán dió la bendición como de costumbre.

Terminó la cena sin que el barón probara apenas bocado; sólo cruzó algunas palabras indiferentes con su esposa, y no bebió más que la sola copa de vino que era de rigor á la salud de los presentes. Recitó el capellán las gracias y todos se retiraron respetando el silencio, la preocupación y el agrio malestar del dueño.

Éste se quedó solo en la vasta sala, donde,

por estar la noche algo fresca, ardían gruesos troncos en la escultural chimenea, que era entonces el mejor adorno de los salones. La llama se elevaba majestuosa, con colores y proporciones de incendio á veces, iluminando la estancia y dejando menguada y raquítica la luz de una gran lámpara de aceite que colgaba del techo.

Cada vez que llegaba de caza, el barón tenía por costumbre sentarse junto al hogar terminada la cena, y, al amor de la lumbre, entregado á sus meditaciones, pasaba horas enteras en compañía de un jarro lleno de vino cocido, por él mismo elaborado con especias de Oriente, que resultaba ser algo semejante á los vinos compuestos y perfumados de los romanos.

Artal andaba ya cerca de los sesenta años, pero fuerte y robusto como tronco de roble. Era de buena madera, de nérvea fibra, cumplidor severo de sus deberes, amante de su familia y resuelto y decidido siempre que se trataba de montar á caballo en servicio del rey y de la patria.

Después de beber algunas copas de vino perfumado, Artal se adormeció en un sillón, quedando sumido en ese sopor de duermevela, tan grato cuando á gozarle llega quien se siente embargado por hondas inquietudes.

Alzó de repente su voz la campana de la

vecina iglesia para dar la convenida señal de media noche, y en aquel mismo instante estalló de golpe, con insólito chasquido, el grueso tronco de encina que ardía en el hogar. Despertó sobresaltado el durmiente.

La lámpara se había apagado; pero Artal vió al resplandor del fuego cómo brotaba de éste una aparición extraña que, tomando las formas de una persona real y efectiva, abandonaba el hueco de la chimenea, irguiéndose ante él. El recién llegado, después de haber salido muy tranquilamente de entre las llamas del hogar como de su propia casa, se sentó en el sillón de la baronesa, frontero al del barón, y clavó en éste sus ojos, que relampagueaban como si trajeran fuego.

En el acto conoció Artal quién era el visitante que así se le entraba en su casa de rondón y por tan extraño camino.

Era, en efecto, Satanás, el mismísimo y auténtico Satanás, sólo que el señor y monarca de los infiernos se presentaba bajo un aspecto algo distinto de como lo pintaba en sus sermones el capellán de la casa, varón muy sabido y muy dado á pláticas terroríficas. Tenía toda la apariencia de un hombre de buen ver hecho y derecho, cortado como los demás, hasta de rostro bonachón, con la sola diferencia que su cara, manos y brazos eran enteramente velludos, destacándose de sus ojos un

leve reguero de fuego, y de las extremidades ó puntas de sus dedos algo lumínico entre azulado y rojizo, á manera de pequeñuela llama flotante, que despedía pronunciado olor de azufre. No tenía cuernos, ni cola, ni patas de macho cabrío, y... vestía de moro.

Para los aragoneses de aquel tiempo, el diablo debía ser forzosamente moro.

—¡Buenas noches!—dijo, al sentarse, el recién llegado, que aquel día hablaba el aragonés puro.

El barón, según la frase de costumbre, que se le vino á los labios, iba á contestar *¡Buenas y santas nos la dé Dios!*; pero se detuvo á tiempo, por fortuna, comprendiendo que podía herir la susceptibilidad del huésped que se le había entrado... por la chimenea.

No contestó, pues, al saludo; pero repuesto ya de la impresión causada en el primer momento, comenzó á examinar á su huésped con serenidad y sangre fría, y al verle tan modoso, tan pacífico, tan tranquilo y con tales aires de bondad, dióse á pensar que el recién llegado podía ser un buen diablo.

Adivinó éste sus reflexiones, y le dijo con voz plácida, que tenía algo de femenil:

— Ya me habrás conocido, supongo.

— Así creo — contestó tímidamente el barón.

— Vine para darte gracias y cumplirte lo

ofrecido — dijo Satanás arrellanándose en su asiento y cruzándose desenfadadamente de piernas.

— ¿A darme gracias? — balbuceó el barón. — ¿A cumplir lo ofrecido? ¿Qué significa esto?

— Que ¿qué significa esto? — replicó Satanás. — ¿Tan pronto olvidaste nuestro encuentro de esta tarde?

— ¡Cómo! ¿La jabalina del bosque...?

— Era yo. Me salvaste la vida, y gracias á ti y á tu hidalguía pude cumplir mi misión.

— ¿Qué misión? — preguntó Artal cada vez más aturdido.

— Este no es negocio tuyo, y no hay que meter la hoz en mies ajena. Vine para darte las gracias y la recompensa que te ofrecí. Yo cumplo mi palabra como el mejor caballero que haya en el mundo. En primer lugar — prosiguió diciendo el diablo, — puedo darte la grata nueva de que tu hijo está bueno y sano. Salió en bien de la batalla y hará su camino. Yo me encargo de protegerle.

A pesar de lo extraordinario de la situación y del suceso, el rostro de Artal no pudo menos de reflejar lo agradable que le era aquella noticia.

Satanás, que por lo visto llegaba decidor y parlero aquella noche, como en talle de estar hablando un mes arreo, prosiguió:

— Sí, tu hijo salió en bien de ésta, y saldrá de otras, gracias á mí; pero no ha sucedido lo mismo con tu rey.

— ¡Mi rey! — murmuró Artal.

— Tu rey. Don Pedro.

— ¡Don Pedro! ¿Qué...?

— Que ha muerto en la batalla.

— ¡Jesús! — exclamó el barón sin poderse contener y palideciendo.

Al diablo no le hizo ningún efecto aquella invocación de Jesús lanzada tan á quema ropa. Era realmente un buen diablo. Se sonrió sólo con cierto desdén, mirando al barón como con lástima, y siguió diciendo:

— Sí, sí, tu rey ha muerto en el campo de Muret, batiéndose como un león, esto sí. Ya hubiera yo querido hacer algo por él, pero no pude. ¿Quién santos le mandó meterse donde no hacía maldita la falta?...

— No entiendo... — replicó Artal, á quien comenzaba á interesar la conversación.

— Quiero decir que por qué tomó partido contra Simón de Montfort, que es de los míos.

— ¡Tuyo! Pues ¿no es Simón de Montfort adalid del Papa?

— ¿Y qué? En esta ocasión, yo y el Papa estamos de perfecto acuerdo. Defendemos la misma causa porque nuestros intereses son los mismos.

— ¿Qué estás diciendo?

— Lo que oyes. A la Iglesia le dió esta vez por proteger á los bandidos, y como yo estoy con éstos, naturalmente, de aquí que... Pero no es cosa de pasar la noche charlando. Vamos á nuestro asunto.

Satanás se incorporó en su asiento, y abalanzándose hacia el hogar, cogió con dos dedos de su diestra, á manera de tenazas, un tronco ardiendo y lo depositó sobre la mesa que Artal tenía á su alcance.

— Hé aquí — le dijo — lo que levantará tu casa y la encumbrará hasta lo infinito. Con esto tendrás favor, riquezas y honores. Y como hay faena por delante y nada más tengo que decirte, buenas noches.

Y Satanás, volviéndose de espaldas al barón, se entró en la chimenea.

Las llamas del hogar aumentaron extraordinariamente en aquel momento, echándose fuera y avanzando como para recibir en sus amorosos brazos al rey de los infiernos; le envolvieron entre sus alas, y con él desaparecieron, dejando el salón sumergido en la más profunda obscuridad.

Artal de Mur, sobrecogido con lo que le acababa de ocurrir, aturdido, creyéndose víctima de una fascinación ó de un maleficio, se quedó como paralizado y mudo, hundido y recluso en su gran sillón señorial, sobre cuyo ancho respaldar se alzaba el escudo y blasón

de su casa, sin fuerzas ni aliento para llamar, y hasta sin deseos de ver aparecer á ninguno de los suyos.

La noche, por otra parte, había avanzado, y en toda la casa reinaba un silencio sepulcral. La baronesa, el capellán y los servidores altos y bajos se vieron sobrecogidos y salteados por un sueño profundo, según tuvieron ocasión de notar y recordar al levantarse. Pareció como que una ingerencia misteriosa hubiese influído aquella noche de repente para que todos los moradores de la casa quedaran sumergidos en un letargo semejante al sueño de la muerte. El mismo escudero mayor, que subía por una escalera de servicio poco antes de media noche, apareció por la mañana dormido en uno de los peldaños, sin recordar otra cosa sino la de haber sufrido una especie de soponcio que le asaltó de improviso.

Algo semejante ocurrió al barón al desaparecer el diablo y extinguirse el fuego. Sólo despertó cuando la campana del vecino templo saludaba con toques de gloria la aparición del alba; pero tardó en recobrarse y en dar elasticidad á sus dormidos miembros, y más todavía á su dormido pensamiento. Los primeros rayos del sol iluminaban ya la cámara, acomodada para tinelo en aquel vasto palacio, cuando el barón, con esfuerzo supremo, logró ponerse de pie y recordar el sueño de aquella noche.

Lo primero de todo paseó sus ojos por la estancia. El hogar de la chimenea aparecía vacío. Ni siquiera un puñado de ceniza en él, como si nunca hubiese habido fuego. El sillón de la baronesa, donde se había sentado Satanás, intacto. La mesa que en el estrado había servido para la cena, tal como quedó al desvestirla los servidores; todos los muebles en su lugar; el ambiente del salón, sano y puro, sin el más leve olor á azufre.

Sólo en la mesa un leño, una barra..., no, un tronco de oro, un tronco de encina convertido en oro, en oro de buena ley: la fortuna de una familia y de una raza.

Contemplando estaba Artal aquel verdadero tesoro, cuando, abriéndose la puerta del salón, apareció la baronesa.

Llegaba sobreexcitada y nerviosa á consecuencia del sueño que tuvo aquella noche.

Habíasele aparecido la Santa Virgen, encargándole levantar una capilla, no lejos de Ainsa, en cierta colina que designó, y á la cual, en los días consagrados á su festividad, acudirían en peregrinación los pueblos de la comarca.

A su vez el barón le mostró el tronco de oro, contándole los sucesos de la tarde anterior y de la noche, desde el encuentro con la jabalina en el bosque hasta la aparición de Satanás en la estancia.

Llamaron después al capellán, quien oyó

con fruición y éxtasis el sueño de la baronesa, santiguándose á cada momento y murmurando exorcismos y conjuros entre dientes, mientras duró el relato de Artal.

Terminada la narración, fuése el capellán en busca del hisopo y del agua bendita, con la cual bañó, mejor que roció, el trozo de encina convertido en oro, sin que éste sufriera alteración alguna ni se convirtiese en carbón, como sospechaba el *Páter*.

Cumplió después con todos los exorcismos del ritual, rociando con agua bendita la chimenea, la estancia, los muebles, sobre todo el sillón de la baronesa ocupado por el diablo, y después de la bendición y de las preces, seguro de haber ahuyentado á los espíritus malignos, dió por concluído el acto y por bueno el oro que lucía sobre la mesa.

Ya entonces no se pensó más que en edificar la capilla, conforme al sueño de la baronesa.

Y dijo el barón:

— La primera suma de este oro se destinará para la capilla de la Santa Virgen, y rentas para su culto; pero como no es bien nacido quien no es agradecido, quiero que cada año se celebre en esta capilla una misa solemne en acción de gracias al diablo...

— ¡Señor barón! — gritó con voz de escándalo el capellán.

— Lo dicho. O no hay capilla, ó hay misa para el diablo.

Y en seguida, como para calmar los escrúpulos del asustado capellán y adobarlo todo, apresuróse á añadir con apicarada solapa:

— Pero, hombre de Dios, ¿qué mal puede haber, ni qué pecado se comete con decir una misa para impetrar que Satanás abandone su camino de perdición, poniéndose bien con Dios y volviendo al seno de la Iglesia?

— ¡Ah! — exclamó el capellán, como viendo las cosas de otra manera y dándose á partido.

Y todo quedó dicho. Así se convino y se hizo.

La capilla, que ya no existe como no sea en ruinas, se levantó en la meseta de un collado cercano al pueblo de Ainsa, siendo muy concurrida y venerada por las gentes del país.

No tardó en averiguarse su origen y su historia, y el pueblo comenzó á llamarla *Capilla del diablo,* como dió el nombre de *Misa del diablo* á la que todos los años, en día señalado, se celebraba para conversión de Satanás, según expreso mandato del agradecido barón Artal de Mur y de Puymorca.

Casa Santa Teresa, en Villanueva y Geltrú,
25 Enero de 1896.



MEDINA LA DEL CAMPO

MEDINA LA DEL CAMPO

I

Ni al rey oficio, ni al papa beneficio. Tal es el soberbio lema que ostenta Medina del Campo en su escudo. Este lema y trece roeles de plata en campo azul, constituyen sus armas.

De mote extraño lo calificó Quadrado en su viaje de excursión por Valladolid, Palencia y Zamora, creyendo que se adoptó en memoria de la singular exención que Medina gozaba de toda provisión real y pontificia respecto á sus cargos civiles y sus prebendas eclesiásticas. De extraño también, siguiendo indudablemente á Quadrado, lo calificaron otros escritores.

Pudo ser así, no digo lo contrario, y así será realmente; pero paréceme que hay algún error en la transcripción del lema, según Quadrado lo inserta. *Ni el papa beneficio, ni el rey oficio,* dice Quadrado, y dicen otros con él, guiados á error sin duda por el autor de la *Población de España,* que así lo puso.

El mote ó divisa no es éste, según pude averiguar y según está en una preciosa manta que adquirí para depositar en la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú. *Ni al rey oficio, ni al papa beneficio,* así es como yo lo encuentro. El lema adoptado por Quadrado, y que ya hubo de parecerle extraño, varía esencialmente en su forma y substancia, en su sentido, y también en su alcance.

Ni en él hay lógica, ni en él historia, ni en él claridad. No se explica ni se comprende. Todo lo contrario sucede con el que yo creo verdadero lema, y que responde á lo que fué siempre y siempre significó Medina, una de las villas de más espíritu democrático que cuenta nuestra España, villa monárquica y católica por convicción y por ley, obediente y correcta, pero ni cortesana con el rey, ni pródiga con el papa. Así al menos me parece á mí que puede entenderse su divisa.

Medina, la del Campo, la de la leyenda aquella de *Ciudad por ciudad, Lisboa en Portugal, y tanto por tanto, Medina del Campo,* fué centro y corazón de la vieja Castilla. Y sigue siendo lo primero, ya que no lo segundo.

De su seno arrancan cinco vías férreas.

Es una, la que conduce á Valladolid y á Burgos; Valladolid, la que *Villa por villa, es Valladolid en Castilla;* la Valladolid á la que tantos títulos de honor y tantos primores de

grandeza hacen digna de las más altas consideraciones y tributos de la patria, y Burgos la murada, la aureolada con nimbos de luz, con celistias de gloria y con paramentos de arte.

Es otra, la línea que conduce á Toro y á Zamora, las dos hermanas, asentadas entrambas sobre el Duero, entrambas ceñidas por idénticos torreones y muros y viviendo entrambas en la región y bajo el cielo de sus mismos recuerdos y sus mismos amores.

La tercera es la que va á Salamanca, la Atenas española, ciudad gloriosa, coronada por las memorias de sus aulas y los portentos de sus artes.

La cuarta es la que lleva á Segovia la sin par, y la quinta, finalmente, la que enlaza con Arévalo la turbulenta y con Avila la de las murallas monumentales, gloria y luz de nuestra taumaturga Santa Teresa.

Aparecióme por primera vez Medina, en un día de sol implacable, con su cielo despejado y puro y con sus campos secos y polvorosos, como si así quisiera presentárseme para desmentir aquellas palabras que el obispo Guevara, poco amigo de esta ciudad, hubo de estampar en una de sus célebres epístolas, diciendo: «Mi parecer es que Medina no tiene cielo ni suelo, porque el cielo está siempre cubierto de nubes y el suelo lleno de lodos ; por manera que si los vecinos la llaman Medina

del Campo, los cortesanos la llamaremos la Medina del lodo. »

Y con decir que llegué el 4 de Septiembre, dicho está que llegué al terminar sus célebres ferias, las cuales, aunque decadentes hoy y sin sombra de lo que fueron, todavía conservan reminiscente memoria de su pasado, cuando en ella se celebraban cuatro veces al año y era Medina el gran emporio del comercio y el opulento mercado al que afluían traficantes y manufacturas de todas partes, por estar situada entre los centros industriales y agrícolas de Palencia, Avila, Segovia, Valladolid, Toro, Zamora y Salamanca.

Todavía, cuando llegué, flotaba el pendón morado del Municipio sobre la casa de Ayuntamiento, que se presenta gloriosa y flanqueada de torreones; todavía estaban las calles atajadas, y su amplia plaza Mayor, que acababa de oficiar de coso, con los andamios, empalizadas y burladeros que sirvieron para la tradicional corrida de novillos. Aun estaba la ciudad de fiesta, las casas de gala, las mujeres endomingadas. El famoso reloj de su iglesia colegiata de San Antolín, con los dos paletos que descargan sus mazas en el bronce y sus dos carneros que topan al dar las horas, acababa de sonar el toque de queda con que se anuncia al vecindario que terminó la fiesta y que los toros y novillos regresan al campo,

aviso para que vecinos y forasteros se retiren á sus barreras ó se refugien en los soportales mientras pasa la torada.

Pocas poblaciones me causaron la impresión que Medina, á quien bien puede decirse que realzan, y mejor aún, que recaman los vestigios de sus perdidas opulencias y los trazos de sus añoradas grandezas.

Tiene carácter y revela tradición é historia su grandiosa plaza, circuída por casas de arcaicos porches, que tienen verdadero carácter castellano y color de época, como tantas se ven recorriendo los pueblos de la vieja Castilla. Son casas singulares, de cuerpo superior adelantado y salidizo, mientras que la parte inferior está formada por el soportal con recios pilares de madera, que parecen colocados allí solamente para sostener en vilo las casas.

En el fondo se levanta la Colegiata, con fachada moderna de ladrillo, torre cuadrada sobre pórtico octógono y gran nave interior, guardadora de dos estandartes de los Reyes Católicos. A un lado está la Casa consistorial, que, según rezan las lápidas de su frontispicio, sustituyó á otra devorada con todo su archivo por un terrible incendio que destruyó la mitad de Medina.

En un ángulo aparece la casa llamada *de la Reina*, míseramente convertida hoy en cárcel pública.

Tiene esta casa, que fué, según parece, de Isabel *la Católica*, pero más principalmente aún de Juana *la Loca*, un sello especial y característico. Llama en el acto la atención, y con su severa y singular fachada, que aparenta grandiosidad, atrae y fija las miradas del que penetra por vez primera en la plaza. Así me sucedió á mí, al menos.

¡Triste destino el de esta morada real, como lo fué el de la misma Reina Católica en sus últimos años, reina infeliz, condenada á no tener sucesión varonil por muerte de su primogénito y de su nieto, y obligada á legar su trono, el trono de dos mundos, á su pobre hija Juana, á quien enfermaba el amor y enloquecían los celos! Convertida se ve hoy en cárcel su casa, de la que está borrado su nombre y foragida su memoria, y, como luego diré, vuelto se halla su alcázar en hospedería de pordioseros y en lar de gitanos vagabundos y mujeres zahorinas.

Medina, en tiempos de su pujanza, hubo de ser villa grandiosa y vasta. Hay quien supone que llegaba hasta el vecino pueblo de Pozaldez, donde tenía sus arrabales y suburbios.

Paseando hoy por sus alrededores, á cada instante se tropieza con restos de palacios, conventos ó edificios grandiosos. Barriadas enteras desaparecieron como en general devastación. A cada paso y á largas distancias del cen-

tro se encuentran arcos, torres, muros de palacios y hasta capillas que un día estuvieron dentro de su recinto. Fué víctima de espantables incendios en la época misma de su grandecía, en 1479, en 1491 y en 1492, como si ineludible fatalidad se empeñara en acabarla cuanto más se encumbraba, y, aunque con pertinaz porfía luchó contra su suerte aquel pueblo de mercaderes, volviendo siempre á levantar lo caído y ofreciendo á mal tiempo buena cara, terminó por ceder á su adverso sino.

Duró su poderío hasta muy avanzado el siglo XVI. La guerra de las Comunidades sembró Medina de ruinas, convirtiéndola en nueva Pompeya, y acabaron con ella los cambios y trastornos consiguientes al descubrimiento del Nuevo Mundo, cuando la vida de la nación huyó del centro á las extremidades, dejando poco menos que yerto el corazón de Castilla.

Pudiera decirse que al morir Isabel *la Católica,* Medina se fué con ella.

Tuvo Medina palacios soberbios y moradas suntuosas, de que se conservan restos, aquellos viejos caserones castellanos de estancias grandiosas y solemnes, de altos y despejados salones, de techos artesonados y blasonantes, de recios muros ornados de lienzos y tapices, con toda clase de corredores, galerías, mirandas, escaleras secretas y pasadizos ocultos, lleno todo de aire, de espacio y también de

sombras traslucientes en los rincones y en los recuadros, sombras que participan de algo de celistia, y que allí viven y se mantienen perennes, resistiéndose á los grandes chorros y estrépitos de luz que entran por los anchurosos balcones.

Podían nuestros antepasados no ser artistas; pero tenían tales nociones de suntuosidad, tal sentimiento de grandeza y tales instintos de elegancia y gusto, que la elección no es ciertamente dudosa entre los restos de aquellos edificios, aun en su mismo actual estado de perdición y miseria, y estas casas nuevecitas y flamantes de hoy día, en que todo es tabique y cascajo, escasez y ruindad, piedra artificial ó cartón-piedra.

Entre sus palacios fué famoso el del regidor Dueñas, que llegó hasta principios de este nuestro siglo. En él se hospedaron á veces los reyes, y se sabe que fué de toda condición y regalo. Era una mansión regia, frente á la iglesia de San Facundo. Su portal y ventanas platerescas ostentaban hermosa decoración de pilastras y de frontones triangulares; su patio aparecía circuido por doble galería de orden corintio con bustos y estatuas, y su escalera recordaba la belleza y magnificencia de la de los Expósitos de Toledo.

Fernando VII, al regresar de su cautiverio, hubo de alojarse en este palacio del regidor

Dueñas, y el *Deseado* tuvo allí hospitalidad tan espléndida como mejor no pudo recibirla en parte alguna. Para detalle demostrativo de la ostentación y regalo con que se le trató, bastará decir que, en las habitaciones del rey, las chimeneas se encendían con churlos de canela en lugar de astillas y con vales reales en vez de virutas.

Pero ¡qué mucho! En plena decadencia estaba ya Medina en el siglo XVII, y, sin embargo, el cambista Simón Ruiz, con prodigalidad de que hay raros ejemplos, levantó el magnífico hospital llamado de la Concepción, fábrica asombrosa de 300 pies de longitud en su fachada, con 72 arcos en las galerías alta y baja de su espacioso claustro, y con toda grandeza de salas, cuadras y departamentos, monumental palacio alzado por la riqueza y la caridad á la dolencia y á la miseria.

También un día el marqués de la Ensenada (cuando en su ruidoso derrumbe del poder hubo de retirarse proscripto á Medina para llorar tristezas é ingratitudes y recordar en sus soledades la justedad del célebre dístico del poeta latino), también intentó levantar la ciudad, como él caída, empleando en beneficio del lugar de su destierro las energías de su alma noble y los derroches de su actividad febril. En vano fué. Sus beneficios no pudieron dar vida á la ciudad muerta, y ahí que-

dan, en un rincón de ella, los despiezados restos de la vastísima fábrica que no correspondió con sus éxitos á los grandes alientos y á las soñadoras esperanzas que la levantaron.

II

Por junto á Medina corre el Zapardiel, río que tampoco pudo librarse de una zarpada que al paso, y con su garra de águila, hubo de darle aquel mismo prelado Guevara que, por lo visto, le guardaba encono á la pobre Medina, demostrándolo cuantas veces tuvo ocasión para ello.

«Medina tiene un río, dice en una de sus gallardas epístolas, que se llama Zapardiel, el cual es tan hondo y peligroso, que los ánsares hacen pie en el verano: como es río estrecho y cenagoso, provéenos de muchas anguilas, y aun cúbrenos de muchas nieblas.»

Estrecho es, efectivamente, el río, y paréceme menguado. Algo tiene en su apariencia de humilde y de modesto, deslizándose pausadamente, sin ruido, por entre campos de trigo; pero ahí están sus crónicas para decirnos que alguna vez hubo de ocurrírsele tener fieros y bravezas. En tiempo del rey Don Juan II, precisamente cuando este monarca se dispo-

nía á ensancharlo, favoreciéndolo con nuevos caudales, despertó un día el Zapardiel con tales iras, que hizo estragos en la ciudad y en el campo, viniendo á demostrar con su furiosa avenida que, tan pequeño como era y tan débil como aparecía, podía convertirse en azote de la villa, por lo cual desistió el monarca de su proyecto, mandando suspender las obras y la zanja que estaba ya abierta para enriquecerlo con más abundantes aguas.

Por lo demás, sucedióme á mí todo lo contrario que al ilustre Guevara. Medina me fué agradable y simpática por su historia y por sus recuerdos, por sus grandezas y sus infortunios, y grato y atrayente me fué desde el primer momento su Zapardiel por el embeleso que me produjo aquel río vivo deslizándose melancólicamente junto á una ciudad muerta, como para llorar en silencio sus desdichas, y algo también, quizá mucho, ¿á qué ocultarlo?, por la tradición que acerca de él me contaron.

Porque el Zapardiel tiene su leyenda.

Se dice que allá, en tiempos muy antiguos, en los tiempos de la leyenda, el Zapardiel pasaba muy lejos de la villa, á gran distancia. Medina vivía sin agua, sedienta y abrasada en medio de aquellas vastas y soleadas llanuras de Castilla.

Por aquel tiempo un galán caballero obsequiaba á una dama principal que no corres-

pondía á sus finezas, mostrándose indiferente y hasta desdeñosa á sus homenajes y rendimientos. Porfiaba el galán; pero la dama dió en ser para él tanto más zahareña y dura cuanto él más enamorado y rendido, y ni se daba á partido, ni siquiera por cortesía aceptaba sus presentes y regalos.

Todo cuanto él intentaba para complacerla se convertía en su propio daño. No lograba vencer su condición rebelde. Tratar de impresionarla, de conmoverla, era como escribir en el agua.

Fatigada ya por fin la dama de tanto homenaje, aunque no de tanta porfía el galán, llamó un día á éste para desengañarle resueltamente, y buscando frases con que persuadirle de lo imposible que era alcanzar su propósito, acabó por decirle:

— Sólo seré vuestra el día que el Zapardiel pase por Medina.

Que era como decirle: el día que el cielo se junte con la tierra.

Retiróse en silencio el maltrecho galán, corrido y atribulado; pero no bien se alejó de su dama, al verse abandonado en su soledad sin amores, que es la más tenebrosa de las soledades, hubo de comprender que era inútil su vida si de ésta se apartaba quien lo era de su alma. Concibió entonces la idea de realizar lo que su dama pretendía haciendo posible lo

imposible, y ocurriósele que bastaba cambiar el cauce del río para que éste cruzara por Medina.

Titánica era en realidad la empresa; pero por aventurada que fuera, ¿cuándo dejó de arrostrarla un corazón enamorado? Invirtió en ella muchos caudales, empleó tiempo y trabajo, y, por fin, á fuerza de empobrecer su hacienda y fatigar la tierra, el bondadoso Zapardiel aceptó el nuevo camino que le abría aquel pobre loco de amores, y apareció de pronto bañando los muros de la casa solariega en que moraba la que, sin saberlo ni soñarlo, había obrado aquel milagro.

Al asomarse un día la dama al mirador de su galería, vió saltar y precipitarse por un altozano una gran vena de agua, que llegaba ruidosa, barullera, alocada, en desobstruente acometida, como si empujada viniera ó perseguida.

Era el Zapardiel, que venía á bañar los muros de Medina.

Aun cuando la tradición no lo dice, es de creer que el galán debió de alcanzar el lucro de su empresa y el fruto de su empeño.

Pero hay en Medina otra leyenda más bella por lo original y más sentida por lo fantástica.

Se refiere á Don Alonso, caballero de Olmedo, de quien ha quedado grata memoria en fábulas y romances, y á quien el gran Lope de

Vega escogió para héroe de una de sus obras dramáticas, la titulada *El caballero de Olmedo.*

De Olmedo era, en efecto, Don Alonso; allí gozaba de casa y hacienda, y allí, como en Medina, donde se le veía con frecuencia y á todas horas, era tenido por uno de los mejores caballeros de Castilla, celebrado por sus prendas, aclamado por su bizarría, rico por su hacienda, pero más aún por su ingenio, y tan valeroso en justas y en combates como galán y cortesano en fiestas y en zambras. Nadie le igualaba en lo ardidoso, que allá iban aparejados en él sus alientos de galanteador y sus arrestos de caudillo.

Alanceador intrépido, nadie osaba competir con él cuando aparecía en el coso, ni nadie le alcanzaba en quebrar rejones y en humillar toros. No parecía sino que para él guardaban la fortuna sus favores, las damas sus cariños y el pueblo sus vítores.

Enamoraba y servía á una señora de Medina, á quien llamaban las gentes la *dama del alba,* porque al verla pensaban que amanecía; tan gentil era y tanta luz y esplendor despedían sus hechizos.

Si prendado de ella el galán, más aún de él la dama. Vivía ésta esclava de su amor. Las celosias de su mirador estaban que ardían de tanto abrir calle á sus quemantes ojos para ver al rondador galán, ojos que de éste eran

ya, y no de ella, á fuerza de verse en él clavados. También las doncellas andaban ya fatigadas de tanto como tenían que tocarla y enrizarla para recibir á su amante, ante quien se presentaba siempre hermosa y galana como una maya.

En la miel estaban de sus amores cuando llegó la Cruz de Mayo, y con ella el día de celebrarse gran fiesta de toros en Medina. Acudió Don Alonso, el caballero de Olmedo, que gustaba de servir á su dama, y al aparecer en el coso, ya sólo fueron para él las palmas y los lauros. Suya fué la jornada. Sus rivales quedaron humillados, engrandecida sobre todas su dama, que fué reina de la fiesta, y coronados galán y dama por los aplausos y entusiasmos del pueblo.

Al caer de la tarde, cuando ya la sombra negral comenzaba á invadirlo todo, despedido de su dama, que aquella tarde, herida por vagos presentimientos, no acertaba á separarse de sus brazos, salió de Medina el caballero de Olmedo caminando la vía de su casa, donde con impaciencia le esperaban sus amantes padres, ansiosos de saber lo que en la fiesta de toros podía haberle ocurrido.

Solo iba el caballero, sin temores ni recelos, que no viven en buena sangre. Pensando iba en sus amores, no en los odios ni en las envidias y celos que su triunfo había desperta-

do aquella tarde. Solo iba, y acababa de abandonar las últimas casas del pueblo, cuando vió venir un caballero, en todo á él tan parecido, que hubiera jurado ser él mismo: su mismo caballo, su mismo traje, su presencia misma y su mismo rostro. Era él quien á él iba.

Atónito el caballero y turbado, dirigióse al forastero que pausado y silencioso se acercaba, y preguntóle:

—¿Quién sois vos?

Y entonces su otro él, su misma sombra, apretando el corcel, que salió disparado, le dijo con voz obscura:

— Soy un muerto que fué en vida Don Alonso el caballero de Olmedo.

Confuso Don Alonso y sin acertar á comprender lo que le pasaba, revolvió el caballo y comenzó á dar voces al otro Don Alonso, que partió á todo escape acuchillando los vientos y desapareciendo como un rayo.

No volvía Don Alonso de su espanto, cuando, para que fuera mayor todavía, oyó una voz que parecía salir de detrás de un vecino grupo de mirabeles, y así cantaba:

De noche le mataron
al caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.

Acercóse en seguida al sitio de donde partiera la voz; pero ni volvió á oirla, ni vió á na-

die. La voz se había dejado oír, como se había dejado ver el caballero: solo un momento, para desaparecer en el acto.

Permaneció unos instantes dudoso, pareciéndole que bien pudiera ser aquel cantar un aviso y aquel aparecido una advertencia, y hubo de vacilar entre volverse á Medina, en donde tan afligida se quedó su amada, ó seguir á Olmedo, en donde ansiosos por su suerte le esperaban sus ancianos padres.

Decidióse por fin á seguir adelante, sosegado el ánimo, que no bastaban á vencer presentimientos, aparecidos ni sombras, y siendo negra noche ya, cada vez más obscura, emprendió al trote su camino para Olmedo. Así llegó á una cuesta muy agria, á entrambos lados de la cual se extendía en negra selva un abundoso pinar, sombrío, silencioso, infinito.

Penetró en la selva el caballero, dispuesto á cruzarla; pero ya no salió de ella el triste.

Al amanecer le encontraron unos pastores al pie de un grupo de pindonceles, exangüe y moribundo.

Sólo tuvo alientos para contar lo que le había ocurrido y cómo había topado con unos caballeros que le esperaban al paso, ocultos en el bosque, para asesinarle.

Dícese que antes de morir nombró á sus asesinos, que eran gente principal, y se cuenta que el monarca Don Juan II, á la sazón rei-

nante, mandó después ajusticiar á dos de ellos en la misma plaza de Medina, allí donde estaba el coso en que triunfó el caballero de Olmedo y en el que sus rivales desairados se concertaron la tarde de la fiesta y juraron su muerte.

La cuesta entre Olmedo y Medina, donde ocurrió tan lastimosa tragedia, lleva todavía el nombre de *la cuesta del Caballero.*

III

Interesantes y bellas son estas tradiciones, como bellas son también, y más por lo gloriosas, las gestas de los héroes y ciudadanos de Medina.

Ellos fueron, ciudadanos y mercaderes, los que alcanzaron de Alfonso *el Sabio* que completara su primitivo fuero con importantes decretos sobre el nombramiento y número de alcaldes, sesiones del Concejo y enjuiciamiento y penas contra riñas y homicidios; ellos, los que, en virtud de antiguos fueros y preeminencias, tenían facultad de nombrar directamente tanto los cargos del orden civil cuanto los del eclesiástico, sin que, por consiguiente, tuvieran participación ninguna ni el rey ni el papa, lo cual justifica el lema de su escudo

en la forma anteriormente expresada; ellos, los que se apresuraron á reconocer y proclamar á Isabel y á Fernando, apenas coronados en Segovia, poniendo en sus manos, con los tesoros y alhajas de sus templos y sus casas, la población más opulenta de Castilla y la más importante entonces para las necesidades de la guerra que comenzaba; ellos, los que hicieron de la villa un centro de contratación y mercado, como mejor no existía, punto de reunión y cita de los comerciantes más acaudalados de España, Portugal, Francia y países más lejanos todavía, y extendieron por el mundo la fama de sus resonantes ferias, en que se cambiaban y circulaban millones de maravedises, ferias que asombraron al mismo obispo Guevara, quien, no obstante su malevolencia por Medina, dice de ellas que «vió tantas cosas ricas y apacibles, que en mirarlas tomaba gozo y de no poderlas comprar tomaba pena»; ellos, finalmente, los que cada vez que Medina era víctima de un incendio ó de un estrago, lo cual por malaventura acaeció con frecuencia, se apresuraban á remediar el daño, restaurando y reedificando con más suntuosidad lo perdido, á fuerza de caudales.

Ellos fueron, héroes y soldados, los que facilitaron huestes á los reyes para sus guerras con moros y con portugueses; ellos, los que llevaron su pendón á los campos de Granada,

conquistando, en el asalto de Ronda y en el combate de La Higuera, aquellas aldabas y cadenas que cuelgan todavía en su iglesia principal y los trece roeles plateados en campo azul que blasonan su escudo; ellos, los que en la guerra de las Comunidades se apresuraron á levantar el estandarte comunero, y con heroísmo clásicamente numantino fueron muro infrangible para el caudillo realista Antonio de Fonseca, que venía en demanda de la artillería custodiada en La Mota, y hubo de retirarse vencido, no sin antes entregar la villa al robo, al saqueo y al fuego, con lo cual sucedió que aquel hidalgo pueblo de héroes, en los días de sangre y de exterminio que duró el incendio, permaneció recogido en su castro, rodeado de un mar de llamas, sin abandonar un punto la artillería ni distraerse de su custodia para acudir al remedio de su daño, viendo impasible y sereno cómo ardían sus moradas, y con ellas sus mercancías y tesoros, sin ceder, sin claudicar un solo instante, más atentos á la salud de su honra por esforzados, que á la salvación de su hacienda por codiciosos, y satisfechos con sólo que permaneciera entero al menos el honor, y victorioso, y vivo, flotando sobre los escombros de Medina, el pendón morado de las comunidades castellanas.

Y ella fué, Medina, como si la Providencia

la hubiese destinado á ser escudo de reyes y amparo de reinas, la que ayudó á Doña María de Molina en su campaña contra Portugal, hasta conseguir el triunfo; la que amparó en sus cuitas y en sus derechos á Doña Blanca de Borbón contra las iras de su esposo, ciertamente más cruel que justiciero; la que dió hospitalidad, en sus tristezas de viuda, á Doña Leonor Urraca, la *rica hembra* de Castilla, que fué reina de Aragón y madre de dos reyes y dos reinas; la que atendió y acudió en sus desconsuelos y congojas á la infeliz Doña Juana, á quien pudiera llamarse *la Triste* mejor que *la Loca,* con lo cual se enmendarían injurias á la verdad y errores de la historia; la que fué siempre fiel y constante en su amor á Isabel de Castilla, la madre de Doña Juana, dándole auxilio en sus comienzos, aliento en sus jornadas, apoyo en sus contrariedades; la que le vió otorgar su testamento, la que recogió su último suspiro, y, por consiguiente, la que bien puede decirse que fué cuna y tumba de aquella mujer extraordinaria, llamada por excelsitud *la Católica,* digna de eterna loa para España, inmortal por sus empresas, regeneradora por sus actos, superior por sus cualidades, santa por sus virtudes y mártir por los infortunios de sus últimos días, como si fuese ley que los grandes bienes hubiesen de ir siempre aparejados á grandes males.

Ésta fué, dicho en breve razonamiento, ésta fué Medina, y éstos sus caballeros y ciudadanos, sus mercaderes y sus héroes.

IV

Y dada ya idea de lo que es y de lo que fué Medina, voy á tratar de su castillo de La Mota, que adrede dejé para lo último.

El castillo de La Mota, que ha sido ciudadela y baluarte de Medina, fué opulenta morada de monarcas castellanos y alcázar y palacio de los Reyes Católicos. No puede darse origen más alto ni más glorioso en lo pasado; pero no puede haber tristeza mayor que la suya, ni mayor miseria, ni más gran vergüenza en lo presente.

Todavía, por lo que toca á su exterior, se alza orgulloso disimulando su desastre. Todavía sus torreones y muros, con su gallarda torre del homenaje, proyectan sobre el campo la misma grandiosa sombra que en él vienen dibujando desde hace siglos.

El camino que va al cementerio de la ciudad es el que hoy conduce á la mansión que fué de nuestros reyes. Ninguno, en verdad, más propio para ir á tanto estrago y á desventura tanta.

Es una ruina imponente, como tantas tiene nuestra España, que es también á su vez una ruina. Pero, así y todo, ninguna de esas grandes naciones modernas en medio de sus magnificencias inspira tanto respeto, tanto temor y tanto asombro como esta nuestra amantísima España cuando, ceñida con la diadema de sus Césares y rebozada en el manto de sus excelsitudes, se levanta serena por entre sus montones de ruinas, cada una de las cuales constituiría una gloria para un reino.

Sí, es verdad, ya lo sé, en ruina lo tenemos todo: los alcázares majestuosos de nuestros reyes, los palacios artísticos de nuestros municipios, las moradas suntuosas de nuestros próceres, las fábricas grandiosas de nuestros templos, las obras monumentales de nuestras artes. Todo cae, todo se derrumba, todo se hunde; pero hay aquí algo que no se hundirá nunca, el país, es decir, la patria española, que siempre surge viva y cada vez más formidable de entre sus dolores y sus infortunios.

Lo que es España, esto es la torre del homenaje de La Mota irguiéndose soberana sobre tanto estrago, airosa y esbelta, remontándose al cielo, indiferente á las injurias de los tiempos, brava ante la cólera de los huracanes, imponiéndose á las maldades de los hombres.

Allí está como memoria de los que fueron y remordimiento para los que viven.

Y á estas reflexiones me iba yo entregando mientras me acercaba al castillo de La Mota, al caer de la tarde, á tiempo que venían por los aires los rugientes clamores de la multitud apiñada en la vecina Plaza de Toros.

Se conserva lo que fué verdaderamente alcázar en el centro de los cuatro recintos del castillo, que debió de ser formidable.

Hoy todo está abandonado, en el más lastimoso estado de miseria, en el más infame y criminal olvido, infame por lo ingrato y criminal por lo injusto. Las aves de presa entran allí y anidan por derecho propio, las zarzas con sus púas ganchosas defienden aquel recinto, los arcos se agrietan, las almenas caen, las bóvedas se quiebran, las escaleras se derrumban, los perros salvajes y los animales inmundos vienen á hozar aquella tierra sagrada.

Con verdadero recogimiento y con emoción profunda vi aparecer el desmantelado castillo de La Mota, solitario y triste, sombra ya tan sólo de su pasado, resto imponente de edades que fueron, modelo acabado y primoroso de la arquitectura y arte militar del siglo XV, palacio-alcázar de monarcas castellanos, pero principalmente de los Reyes Católicos, y hoy mísero y desvalido montón de escombros, á muy corta distancia de Medina, sobre un recuesto que domina la población y el llano.

Fué una de las más célebres fortalezas de

Castilla durante la Edad Media, y competía con los alcázares más famosos, á la par del que más, por lo menos, y dominando á los otros.

Cuatro grandes recintos formaban su conjunto, y ocupaba vasta extensión de terreno, teniendo adelantada una muralla, de la cual, á través de los vecinos campos, se ven asomar aún los poderosos restos.

Sobre su planta cuadrada, que se hunde muchos metros en ancho foso, se eleva un fortísimo muro, de gran altura, cerrado en sus ángulos por redondos cubos ó torreones, y teniendo repartidos por el parapeto otros cubos más pequeños, almenados, con esas elegantes saeteras que ofrecen la forma de un globo, es decir, de un mundo coronado por una cruz, que tan frecuentes son, y características, en las fortalezas medioevales de Castilla.

Emplazado con el adarve de este cuerpo, pero cerrado por una muy ancha calle que á manera de paseo circunda el castillo, se levanta otro formidable muro guarnecido de grandes torres cuadradas defendidas por aspilleras en forma de cruz, arrancándose otras nuevas torrecillas á considerable altura.

Sobre todo este grupo de construcciones se levanta, lanzándose al espacio con desenfado y encumbrándose altanera, como en demanda del cielo, la torre del homenaje, que es

una torre albarrana, orlada toda de modillones, flanqueada por ocho torrecillas, que fueron garitas, dos en cada una de sus cuatro esquinas, las cuales le dan monumental aspecto y gran entonación artística. Tienen estas torrecillas aquella forma especial, sólo á ellas peculiar, que se les daba en la Edad Media, bautizadas con el poético nombre de *nidos de golondrina.*

Existió sin duda en esta torre otro tercer cuerpo, hoy totalmente destruído. Sus restos se mantienen en pie por milagro de equilibrio y amenazan derrumbarse llevándose tras ellos las airosas torrecillas.

Se penetraba en el castillo por entre dos esbeltas torres. A una elevación de cuatro metros al menos sobre el foso, se hallaba el puente levadizo que, apoyándose en otro cuerpo aislado intermedio, se unía á la contraescarpa, salvando los doce metros de anchura que parece tener el foso. Como hoy no existen ya ni restos del puente levadizo, el ingreso es imposible, á no ser por escalada. Hoy se entra por un agujero abierto al pie de uno de los cubos de la muralla, y se penetra con no poca dificultad, siendo preciso encorvarse y avanzar poco menos que á rastras, como si dispuesto estuviera por los hados que deban humillarse cuantos penetrar intenten en la que fué mansión de Fernando de Aragón y de Isa-

bel de Castilla, aquel Fernando á quien el gran Lope de Vega llamó *el mejor mozo de España* en su comedia de este título, y aquella Isabel de quien el mismo y en la misma comedia dijo que no se debía pronunciar su nombre sin descubrirse y *sin hacelle reverencia.*

Sobre el arco del puente levadizo aparecen los blasones de los Reyes Católicos y su divisa del nudo gordiano y las flechas. Bajo este haz de flechas, esculpido en piedra, se descubrió há pocos años la cifra en números romanos MCCCCLXXXII, que puede ser la de la última restauración de la fortaleza. Allí están también las armas de Castilla y de León, de Aragón y de Sicilia, la empresa *Tanto monta,* y debajo de ellas, en una cartela, los nombres *Elisabeth-Fernand.*

Otro arco altísimo y muy elegante que asoma tras del de entrada, cerrándose con doble rastrillo, daba ingreso á los aposentos y habitaciones que, según mis cuentas, si no mienten los vestigios, debían de estar alrededor del gran patio de armas.

Desde este patio, convertido hoy en montón de escombros, se alcanza á ver el interior de una habitación abovedada de la torre del homenaje, á la cual ya no se puede subir por haberse derrumbado la escalera que á ella conducía.

También se divisan en una alta galería del

lado de Oriente las aristas que se cruzan en la bóveda, unidas por claves historiadas, de una habitación que guarda todas las trazas de haber sido un mirador, y que se supone fué *el peinador de la Reina,* como así es llamada. Allí contiguo estaba, según noticias, el gabinete en el cual dictó Isabel *la Católica* su admirable testamento el 12 de Octubre de 1504, falleciendo allí mismo á fines del siguiente Noviembre.

Queda todavía en el castillo el anchuroso paseo que daba vuelta entre los dos recintos, y quedan las sorprendentes galerías y subterráneos que constituyen en el interior un inacabable laberinto de pasadizos, corredores y estancias, con mucha complicación de escaleras y gran arte militar para la defensa, á más de largas y espaciosas minas que, taladrando el monte, abrían ignoradas sendas por túneles subterráneos, á fin de establecer comunicación fácil con Medina y con puntos lejanos. Todo para ponerse á cubierto de cualquier sorpresa ó rebato.

V

Ya comprenderá el lector que los muros y el castillo de La Mota conservarán recuerdos de sumo interés para la crónica y para la historia, para la leyenda y para el drama.

Uno de los que más honda impresión causan, por las especiales circunstancias del caso, es el que se refiere á la infanta Doña Juana. Fué el suceso en Noviembre de 1503, y es notable por ser aquel en que se revelaron los primeros síntomas de la honda preocupación ó dolencia mental que más tarde debía dar á la triste Doña Juana el calificativo de *la loca*, aplicado tal vez con alguna ligereza por los historiadores de su época.

La infanta Doña Juana, hija segunda de los Reyes Católicos, estaba casada con el archiduque Felipe, hijo del emperador Maximiliano. Fruto fué de esta unión el que más tarde debía asombrar al mundo y dejar luminoso rastro en la historia con el nombre de Carlos el Emperador, I en España y V en Alemania. Por las desgracias que en su familia tuvieron los Reyes Católicos, por la muerte de su primogénito el príncipe Don Juan, y luego la de su primera hija la princesa Isabel y del hijo que ésta tuvo en su enlace con el rey de Portugal, la sucesión á la corona de España fué á recaer en Doña Juana, la esposa del archiduque Felipe.

Vivían los dos en Flandes, donde es fama que Felipe dejaba en triste apartamiento á su esposa, la madre de su hija, para entregarse á frívolos placeres con sus favoritos y concubinas, cuando llamados fueron por los Reyes Católicos, que les apremiaban para venir á Es-

paña á ser reconocidos por sucesores y á recibir el acostumbrado juramento de fidelidad.

Vinïeron, al cabo, por Enero de 1502, y fueron reconocidos, Doña Juana como futura reina propietaria, y Don Felipe como marido suyo, por las Cortes de Castilla primero y después por las de Aragón.

Pero Don Felipe, que andaba mal avenido con el recato y seriedad de las costumbres españolas, amigo de placeres fáciles y continuamente instado por sus favoritos para apresurar su regreso á Flandes, decidió marcharse tan pronto como acabó la ceremonia y jura en Zaragoza. Y así lo efectuó, dejando en España á su esposa Doña Juana, que le vió partir con profunda pena por estar de él perdidamente enamorada, y causando disgusto sumo á los monarcas españoles, dolorosamente impresionados al considerar la poca ventura que esperaba á su hija en su matrimonio con aquel príncipe, tan menguado para intereses del reino y goces de familia, como alentoso para furtivos descarríos y amores inhonestos.

Es indudable que Don Felipe ansiaba hallar cualquier pretexto para alejarse de su esposa, la cual, por desdicha, sobre no poseer atractivos personales que le cautivaran, se enajenaba cada vez más su afecto á fuerza de fatigarle con su cariño premioso y erizado de celos, no ciertamente infundados.

Cuentan que desde la partida de su esposo, cayó Doña Juana en la mayor tristeza, apoderándose de ella profundo abatimiento. Según dicen los escritores sus contemporáneos — y muy especialmente Mártir, que entonces se hallaba en la corte y cuyas cartas son interesantes anales de aquel tiempo, — la princesa pasaba los días y las noches con la mirada fija en tierra, en continuado silencio, que sólo interrumpía algunas veces con expresiones de irritación y dolor, rehusando todo consuelo, pensando únicamente en su ausente esposo y tan olvidada de sí misma como de sus futuros súbditos y desconsolados padres.

Así era como vivía la triste Doña Juana en La Mota de Medina, retraída de todo, avivándose con la soledad su pasión de ánimo y su idea fija, cada vez más locamente enamorada de su esposo, para quien guardaba todos sus amores y todas sus voluntades, desasosegada con su ausencia, molesta por su abandono y mortificada por los celos al pensar que en Flandes triunfaban sus rivales gozando favores sólo á ella debidos.

En tal estado, un día anunció á su madre, la Reina, que tenía determinado marcharse á Flandes para reunirse con su esposo; pero á ello se opuso terminantemente Doña Isabel. El proyecto no podía ser más desatentado: no había manera de hacer el viaje por tierra,

pues se tenía que atravesar Francia, á la sazón muy revuelta y agitada; no podía efectuarse por mar, ante el peligro que ofrecía la estación inclemente y tempestuosa en que se hallaban, y, sobre todo, la princesa no debía en aquellos momentos abandonar la tierra española, cuando, por un lado, acababa de ser jurada heredera del Trono, y, por otro, no se lo permitía el estado de su propia salud, ni el de su madre, herida ya por aquella enfermedad de corazón que no debía tardar en llevarla al sepulcro.

Todo fué en vano. Al caer de una fría tarde de Noviembre, aprovechando la ausencia de la Reina Católica, que se hallaba en Segovia, Doña Juana salió de sus habitaciones en traje de casa, sola, sin consultar á nadie, y se dirigió á la puerta del castillo, decidida á emprender su viaje. Por fortuna estaba en vela su servidumbre, á quien la reina Doña Isabel había dejado oportunas instrucciones.

Avisado á tiempo, acudió el obispo de Burgos, que era, como se diría ahora, el jefe del cuarto de Su Alteza. La encontró ya junto á la puerta, en el instante en que iba á cruzar el puente levadizo. Detenida por el prelado, imposibilitada de llevar á cabo su proyecto, la princesa se negó á volver á sus aposentos, empeñada en partir y diciendo que no abandonaría aquel sitio hasta conseguirlo.

Viéndola firme en su resolución el obispo, rebelde á sus ruegos y á los de los magnates y servidumbre, que allí acudieron todos, alarmados por el suceso, mandó subir el puente y cerrar las puertas exteriores de los recintos; pero la princesa insistió en no moverse de aquel sitio, sin que en ella labraran ni reflexiones de ninguna clase, ni la crudeza y la inclemencia del día.

No hubo manera de hacerla apartar de allí. Poseída de la más viva indignación al ver que sus órdenes no eran obedecidas, apeló á las amenazas, conminó á los de su servicio con vengarse haciéndoles pagar cara su desobediencia, y allí se quedó negándose á todo, consiguiéndose sólo de ella, después de mucha porfía y fatiga, que se recogiese en el recinto abovedado que servía de cuerpo de guardia. Allí permaneció dos días y dos noches la infeliz princesa, en aquel desnudo y desmantelado albergue, pegada á la muralla, sin abrigo, esperando que se bajara el puente, resistiéndose á comer y rechazando con airado tono las atenciones y comodidades que le ofrecía el obispo Fonseca para hacer más llevadera su situación en tan miserable vivienda.

Así la encontró la reina Doña Isabel, á quien se había despachado un expreso á Segovia con toda urgencia, y que abandonó en el acto los negocios de Estado para acudir á su

hija. Con dificultad pudo conseguir que ésta se calmara y volviera á sus habitaciones. Lo alcanzó sólo después de ofrecerle que daría las órdenes oportunas para preparar el viaje, á fin de que pudiera reunirse con su Felipe el anhelado, aquel á quien España vió pasar más tarde poco menos que furtivamente por su trono, dejando por único recuerdo el de sus galanteos y por único renombre el de Felipe *el Hermoso.*

VI

Otro suceso, de que merece hablarse, recuerda también el castillo de La Mota.

Prisionero se hallaba en él, y en su torre del homenaje, aquel famoso César Borgia, duque de Valentinois, hijo del papa Alejandro VI, que tanto ruido metió en el mundo y tanto dió que hablar con sus hechos de armas, sus aventuras novelescas y sus fechorías. Permanecía preso en el castillo de Medina por orden de los monarcas españoles, obedeciendo á deseos é instrucciones del papa Julio II, enemigo declarado del que fué hijo de Alejandro VI. Su prisión era muy dura por consiguiente, y estaban tomadas todas las medidas y precauciones para guardar al encarcelado.

Pero César Borgia tenía amigos resueltos á

todo, siendo él, por su parte, hombre que, á gran acometividad y arrojo, unía elevadas condiciones de astuto, tenaz y mañoso. Halló, pues, manera de entenderse y comunicar con sus amigos, de acuerdo con quienes concertó su evasión.

Cierta noche del 1506, después de dos años de cautiverio, todo estaba preparado al efecto. César Borgia, asomado á la altísima ventana de la torre del homenaje, esperaba ansioso la señal convenida.

Era la noche callada, imponente el silencio y la obscuridad completa, cuando la clamoreante voz de una campana, la de la iglesia de San Salvador, que entonces estaba emplazada junto al primer recinto exterior de La Mota, comenzó á dar la hora de media noche.

Era la señal.

César Borgia, desde su encumbrada ventana, deslizó un cordón de seda al que prendieron una escala de cuerda tres ballesteros que estaban en el adarve, junto con el centinela del torreón vecino, que entraba en el complot.

Dueño ya César Borgia de su escala de cuerda, la sujetó y comenzó á bajar por ella, emprendiendo así su terrible y peligroso descenso, que era atrevidísima empresa en aquella negra y tempestuosa noche, sobre aquel abismo insondable y con aquella escala lar-

guísima que el viento revolvía y empujaba de un lado á otro.

De repente, y cuando en lo más crítico de su descenso estaba el prisionero, sonó la voz de alarma. Habíase advertido su fuga. Gabriel Tapia, el alcaide de la fortaleza, que tenía órdenes muy rigurosas, corrió apresuradamente á la celda del preso, vió la ventana abierta, la escala pendiente, y, comprendiendo por la tensión de ésta que aun estaba colgado de ella el fugitivo, tiró de su daga y cortó las cuerdas.

Abrazado á su escala, César Borgia rodó al abismo.

Afortunadamente para él, escapó de aquel percance sólo con algunas contusiones, y, ayudado por el centinela del torreón y por los ballesteros, pasó el foso con el agua al pecho y pudo ganar el último recinto, donde le esperaba con los caballos la escolta de sus amigos. Inmediatamente tomaron el camino de Navarra, burlando la persecución, y se pusieron en salvo.

Poco tiempo después, aquel hombre de hierro, que de tan peligrosos trances pudo escapar durante su vida, no siendo ciertamente el menor ni el menos terrible el de su fuga de La Mota, moría miserablemente en el pueblo de Mendavia, de donde le llevaron á Viana para darle sepultura en aquella iglesia.

No hace aún cuatro años que, hallándome yo en Logroño, hice un viaje expresamente á la vecina ciudad de Viana para recoger noticias acerca del enterramiento de César Borgia, ó, mejor dicho, Borja, como allí con más propiedad le apellidan.

Todo cuanto pude averiguar, en compañía del alcalde de Logroño, Sr. Rodríguez Paterna, y del de Viana, Sr. D. Víctor Cereceda, á quienes debí particulares atenciones, fué muy poco.

No hay, en efecto, ninguna duda de haber muerto César Borgia en una reyerta y choque de armas que tuvo en Mendavia; su cuerpo fué llevado á Viana y enterrado en su iglesia mayor, al lado derecho del presbiterio, bajo un arco.

Vino luego un prelado, y, fundándose en que César Borgia había muerto excomulgado, hizo romper la lápida de su tumba y trasladar sus restos al patio, campo ó terrero que hay delante de la iglesia. Allí fueron sepultados, orilla de la puerta principal, para que pudieran pisotearlos cuantos entraran, y hasta me dijeron que más tarde aun volvieron aquellos restos á sufrir una nueva traslación, siendo llevados á la calle y al arroyo de ésta, donde se les dió muy somera sepultura.

Dijéronme también que en su lápida de la

primera tumba, mandada romper por el obispo, se leía este epitafio, que ignoro si fué copiado y transcrito con toda fidelidad:

Aquí yace en poca tierra
el que toda la tenía,
el que la paz y la guerra
en su mano la tenía.
Oh tú que vas á buscar
dinas cosas que loar
de tus loas lo más dino,
aquí pára tu camino,
no cures de más andar.

No fué César Borgia el único prisionero de Estado que tuvo el castillo de La Mota. Allí estuvieron presos también, entre otros personajes ilustres, Don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo; Hernando de Pizarro; Don Enrique de Toledo, marqués de Coria, por burlador de damas, y el famoso valido Don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias.

Cada uno de estos presos tiene su leyenda, como cada torre su conseja; que no hay preso sin historia ni torreón sin duende.

Sí; castillo es el de la Mota que tiene maravillantes recuerdos; pero todos se desvanecen ante el de Isabel *la Católica,* que allí murió y allí vive todavía, y ante el de Fernando, el de la jornada de Toro y el de las campañas de Granada, que allí está aún de cuerpo entero: Isabel y Fernando, venturoso matrimo-

nio que tomó por empresa, con el *Tanto monta,* la flecha y el nudo, y unión más venturosa todavía, pues que realizó la de Aragón y Castilla, como hubiera realizado la de Portugal y España si la muerte traicionera no le hubiese arrebatado su nieto cuando estaba en la infancia.

¡Qué infausta y miserable suerte la de este castillo, que es padrón de excelsitud como lo fueron otros de poquedad é infamia! ¡Y qué tristeza la de los humanos destinos!

Fué esta morada en sus grandes tiempos alcázar augusto, cámara regia, sede soberana, aula de gloria.

Alcanzó esta mansión la época aquella en que el día no tuvo noche para la bandera española. Todavía el sol con sus últimos rayos de cada tarde hería la bandera bicolor arbolada en la torre albarrana de La Mota, cuando ya con sus primeras luces matutinas doraba la que allá, al otro lado de los mares y en un nuevo mundo, habían izado nuestros arriscados y emprendedores nautas.

Fué entonces el alcázar de La Mota teatro de fiestas y coso de gallardías. Guardando siempre como recuerdo sacro la cámara mortuoria donde Isabel de Castilla devolvió al Todopoderoso la flor de su alma, tuvo saraos y luminarias para celebrar los triunfos de España en ambos hemisferios, y fueron sus estan-

cias torneo de damas y galanes, y fueron sus patios de armas palenque de justas y cañas, y fueron sus recintos concurso de caballeros, asamblea de magnates y seminario de resonantes empresas.

Esto fué entonces.

Lo que ha sido después... ¡Ah! Lo que ha sido después, ayer, hoy, en estos nuestros días, no debiera quizá decirlo, ni mentarlo siquiera. Pero ¿cómo, cómo y para qué callarlo, cuando todo el mundo lo sabe, cuando anda en lenguas más aún por tierras extranjeras que por tierras españolas? ¿Cómo no decirlo cuando arde aún en mis mejillas el rubor con que hubieron de encenderse al presenciar el suceso ocurrido al pie de sus muros?

A mi salida del castillo la tarde que fuí á visitarlo, hube de cruzarme con una, al parecer, por su fino porte, muy distinguida familia inglesa, compuesta de tres damas y un caballero anciano. Andaban como desatentados, buscando en vano la manera de penetrar en aquel recinto, al que sólo da entrada el arisco y desplaciente agujero de que antes hice mención. Pasé de largo, devuelto el natural saludo de cortesía, y había ya emprendido á campo travieso el camino del pueblo, cuando hasta mí llegó un agudo grito de las damas inglesas, que venían desaladas como huyendo de

un peligro. Era que acababan de ver salir, casi arrastrándose, por aquel agujero troglodítico, especie de boca de caverna, á un fornido gañán que se adelantaba hacia el grupo forastero para servirle de guía, precisamente como había hecho pocos momentos antes conmigo. Con su calañés puntiagudo, por debajo del cual caían lacias y desmazaladas guedejas, y con su gran faja roja, por entre cuyos bordes asomaban los ojos de formidable tijera, más que trazas de guía ó *cicerone,* las tenía de hombre de pelo en pecho y guadijeño en mano.

Porque es así, porque éste fué, un gitano, el guía que tuve, muy complaciente y muy cortés por cierto, para acompañarme á visitar aquellas ruinas que encontramos hechas un aduar de gitanos, el día que á ellas llegué en grata compañía de mi amigo querido D. Lorenzo Merino, valisoletano ilustre.

Olvidadas de sus antiguos esplendores, aquellas ruinas han sido en nuestros días todo lo que se puede ser de más menguado y miserable: cueva de bandidos, refugio de ladrones, lar y campamento de gitanos errantes, abrigo de pordioseros, hospital de miserias, teatro y campo de jiras pantagruélicas, zahurda de puercos, amparo de fugitivos, punto de citas burdeleras, buitrera y muladar de inmundas bestias.

Todo, pues, lo fué aquel alcázar famosísimo. Desde palacio á pocilga.

Lo que nunca ha sido es monumento nacional, con serlo tanto.

Jamás pensaron ni el Estado, ni el Patrimonio real, ni el Municipio, entre los cuales parece que algún día fincó pleito, jamás pensaron en situar allí un guardián conservador de aquellos restos, que por imperdonable incuria vinieron á degradación suprema.

No debía aquel alcázar restaurarse, no, ni pensar en ello, porque también las ruinas visten, también son ellas soberbio paramento y compañía excelente para el recuerdo; pero debían, sí, conservarse para nunca llegar á la triste condición que hoy tienen. No hubiera estado de más, y es lo menos, un vigilante que cuidara de aquellas ruinas, siquiera para impedir el robo y el escándalo, siquiera para que los extranjeros que por amor á las glorias españolas acuden á visitarlas, no tengan que huír espantados al encontrarse con los huéspedes que de ellas hicieron su posada.

Y ya nada más tengo que decir.

¡Ah! Sí, se me olvidaba. Algo me falta que decir aún; pero es muy poco.

Medina, la del Campo, la del real de las ferias y la de las ferias reales, la amadora de Isabel *la Católica* y de las reinas castellanas, la debeladora de Granada, la fiera de las Co-

munidades de Castilla, Medina, no tiene perdón de Dios, y los Gobiernos españoles, éste y aquél, el uno y el otro, incluso los mismos de que formé yo parte, no lo tienen ni de Dios ni de los hombres.

Madrid y Octubre de 1895.



LAS BODAS DE SALOMÓN Y DE LA REINA DE SABA

SEGÚN LAS LEYENDAS ÁRABES

LAS BODAS DE SALOMÓN Y DE LA REINA DE SABA

SEGÚN LAS LEYENDAS ÁRABES

I

Manantial inagotable de bellezas y maravillas son las leyendas árabes. En ellas hay que ir á recoger la historia peregrina de los amores del sabio Salomón y de la hermosa reina de Saba, aquella de quien habla la Biblia con motivo de su visita al autor del *Cantar de los Cantares* y fundador de Tadmour ó Palmira.

Ya llegaremos á esa reina, de cuya belleza van llenas las historias, y cuya vida fué una serie de encantos y prodigios.

Veamos antes lo que las leyendas nos cuentan de Salomón, á quien los árabes llaman Soleiman.

De los diez y ocho hijos del profeta David, Salomón fué el único que recibió de Dios el privilegio de la omnisciencia y de la omnipotencia, el único que fué profeta. Ningún elegido de Dios tuvo jamás poder igual al suyo.

Sujetos vivían á su mandato los hombres y los elementos, los animales, los espíritus y los genios. Le obedecían los silfos, que vagan invisibles por los aires; los gnomos, que vigilan los tesoros ocultos en las entrañas de la tierra; los demonios, las aves y los cuadrúpedos; hablaba su lenguaje; era dueño de sus pensamientos; mandaba en su voluntad. Todos eran humildes siervos suyos, y hasta los mismos vientos, obedientes y sumisos, iban á contarle al oído cuanto de él se decía y cuanto en el mundo pasaba y podía interesarle.

Ocupaba Salomón un suntuoso palacio donde tenía su serrallo de ochocientas mujeres, trescientas de las cuales eran esposas legítimas, y concubinas las otras. Todo era grandeza en este palacio. El mundo no tenía otro que le superase, ni siquiera se le pareciese, en lujo, en magnificencias y en riquezas de todas clases. La alfombra que llevaban los silfos en los viajes, para colocar y tender allí donde el profeta se paraba á descansar, era de tisú de oro y de seda, y cubría una superficie de una legua cuadrada.

En el centro de ella levantaban el trono resplandeciente del hijo de David, y en círculo, á su alrededor, se colocaban macizos asientos de oro y de plata. Sentábanse en los de oro los profetas de la corte de Salomón, y en los de plata los sabios y los doctores. En agrupa-

ción, detrás de ellos, asomaba la muchedumbre de silfos, gnomos y demonios. Sobre el trono aparecían los pájaros suspensos en el aire, inmóviles, con las alas abiertas, en ruedo, formando como una bóveda de plumas, especie de parasol viviente y esmaltado de colores brillantes, para resguardar del sol al autor inmortal del *Cantar de los Cantares*. Al levantarse el campo, los vientos se lo llevaban todo como en andas, y así se viajaba por caminos aéreos.

De esta manera partió Salomón para la Arabia. Se detuvo en Medina, lugar destinado para futuro sepulcro del que había de ser el último de los profetas, y de allí se dirigió á Taif, que está en el valle de la Grande Hormiga, ó sea la reina soberana de las hormigas. A tres leguas de distancia se hallaba cuando los vientos mensajeros llevaron á sus oídos ciertas palabras pronunciadas por la Gran Hormiga, llamada Takhiah, quien ordenaba á sus súbditas que se mantuvieran recogidas al acercarse la poderosa hueste de Salomón, para no ser destrozadas por las plantas de tanto soldado y tanta caballería como en su séquito llevaba el profeta.

Llegó Salomón á la entrada del valle y descendió, llamando á su presencia á la Gran Hormiga Takhiah.

—Ya conozco—le dijo—las órdenes que

has comunicado á tus hormigas para prevenirlas contra nosotros. Hiciste mal. Tú no puedes ignorar que soy un profeta de equidad y de justicia.

— Es muy cierto. Lo hice sólo para que mis hermanas supieran tu poder y se preparasen á conocer y admirar tu grandeza.

— Dime algo de lo que sepas, ¡oh sabia hormiga!, acerca de religión y de piedad.

— Con mucho gusto. ¿Sabes por qué se llamaba David tu padre?

— No.

— Porque curaba las heridas y los dolores del alma. Así le apellidaron David, cuyo nombre deriva de *daoua,* que significa medicinar, curar. ¿Y sabes por qué á ti te llaman Salomón?

— No.

— Porque eres de corazón puro, de alma clara y sincera, pues que *soleiman* es derivado de *selim,* que quiere decir, puro, sano, sin mixtificación ni mezcla. ¿Y sabes por qué Dios puso los vientos á tus órdenes?

— No.

— Porque este mundo es una ventolera, un golpe de viento que pasa con la misma rapidez con que llega. ¿Y sabes por qué Dios ha puesto tu poder y tu fuerza en la piedra preciosa que te sirve de sello?

— No.

— Pues lo ha hecho para enseñarte que este mundo no vale lo que una simple piedrecita.

— Y dime — interrumpió entonces Salomón para pasar á otro orden de ideas, — ¿es cierto, como dicen, que las huestes de tus hormigas son más numerosas que mis huestes?

— Ya se ve que sí — contestó Takhiah sencillamente.

— ¿Puedes demostrármelo?

— Nada más fácil.

Y Takhiah dió orden para que se presentara en el acto una sola especie de sus hermanas. Por espacio de setenta días redondos desfilaron en batallones cerrados á la vista de Salomón. Llegaron á inundar llanuras y montes.

— ¿Esto es todo? — preguntó el profeta después del desfile.

— No por cierto — contestó Takhiah; — lo que viste es una parte de una sola especie, y tengo setenta de éstas. ¿Quieres verlas todas?

— No — se apresuró á contestar Salomón; — me basta.

Y partió, despidiéndose de Takhiah.

Prosiguió el gran rey su peregrinacion con su hueste de hombres, silfos, gnomos, demonios, pájaros y cuadrúpedos, hasta llegar á la Meka, á cuyas puertas acampó por algún tiempo.

Cada día se mataban en su campamento para el abasto 5.000 camellos, 5.000 bueyes ó toros y 20.000 carneros.

Decidió por fin Salomón proseguir su viaje hacia la marca del Yemen. Partió una mañana temprano, y al mediodía estaba ya en los valles de Saná, bastándole pocas horas para un trayecto en que se emplea un mes. Seducido por el aspecto de aquellas comarcas risueñas y florecientes, descendió para cumplir con sus habituales preces y solazarse con los encantos de aquella campiña hermosa. Así que sentó su pie en la tierra, las aves volaron á colocarse sobre su cabeza en umbrosa cúpula.

Salomón pidió agua y se llamó entonces á la abubilla de dorada pluma y garzota bizarra para que indicara el sitio donde encontrarla, ya que la abubilla ve el agua con su mirada penetrante, aunque se oculte en lo más profundo de la tierra. Pero la abubilla no pareció. Durante el trayecto de la Meka á Saná, acertó á distinguir unos jardines allá, en el fondo del Yemen, y se lanzó á la aventura de ir en descubierta á visitarlos. Eran los jardines de Balkarnah ó Bilkis, la bella y poderosa reina de Saba.

La abubilla de Salomón, que se llamaba Yafour, encontróse en los jardines con Anfir, la abubilla de Bilkis.

— ¿De dónde sales tú? — preguntó Anfir á Yafour. — ¿De dónde vienes y adónde vas?

—Vengo de Siria—contestó Yafour,—y sigo á Salomón, mi señor.

— ¿Y quién es ese tu señor Salomón?

— Es el rey de los hombres, de los silfos, de los gnomos, de los demonios, de las aves, de los cuadrúpedos y de los vientos. Y tú ¿de dónde eres?

— Yo soy de aquí, de este país.

— ¿Y qué país es este y quién lo gobierna?

— Es reina de este país una mujer llamada Bilkis, y sus estados son de seguro superiores á los de tu señor Salomón. Bilkis es reina del Yemen y tiene á sus órdenes doce mil capitanes de ejército que cada uno tiene á las suyas doce mil combatientes. ¿Quieres venir conmigo á visitar su imperio?

— No, porque estoy en retardo. Temo que mi señor necesite agua para sus abluciones antes del rezo, y pueden hallarme en falta.

—Es un momento — insistió Anfir. — Ven conmigo. Verás muchas cosas que acaso convenga dárselas á conocer á tu señor.

Dejóse convencer Yafour y se fué con Anfir, retardándose hasta el punto de que no pudo partir sino tres horas después de mediodía.

Mientras tanto Salomón, que se había sentado en medio de su corte, sintióse repentina-

mente molesto por un rayo de sol. Levantó en seguida los ojos para ver si los pájaros estaban en su puesto de costumbre, y vió desierto y vacío el lugar destinado á la abubilla.

—¿Dónde está la abubilla? — preguntó.

— Lo ignoro — se apresuró á contestar el águila que gobernaba aquella alada hueste. — Yo no la mandé á parte alguna.

Irritado Salomón, juró que ordenaría matar á la abubilla en cuanto regresara, como no le diera una explicación satisfactoria. En seguida dió al águila la orden de ir en busca de la fugitiva, trayéndola á su presencia. Partió el águila y fué subiendo hasta llegar á una altura en que la tierra tan sólo se le aparecía como un puñadito de arena amontonado en un rincón del espacio. Comenzó desde allí á mirar á todos lados, registrándolo todo, y por fin alcanzó á ver á la abubilla, que avanzaba desesperada á todo escape de alas. Dejóse caer sobre ella y le dijo:

— ¡ Que Dios te maldiga! Tu madre debiera haberte ahogado al nacer. Nuestro profeta ha jurado tu muerte.

Cuando llegaron al campo, todos, dirigiéndose á la abubilla, le decían:

— ¿ Dónde has ido? El profeta ha resuelto matarte.

— ¿ No ha puesto ninguna restricción? — preguntó la pobre.

—A menos, ha dicho, que no des una razón satisfactoria.

—Entonces, estoy salvada.

El águila condujo á la abubilla ante Salomón. La infeliz se acercó muy sumisa y humilde, baja la cabeza y la cola, con las alas á rastras por el suelo. El profeta la agarró bruscamente por el cuello, y

—¿Adónde fuiste?—le dijo.—Voy á castigarte como mereces.

—Príncipe—le dijo tranquilamente la abubilla,—te veo montado en cólera. Acuérdate que un día has de aparecer ante Dios.

Estas palabras impresionaron á Salomón, que ya entonces dijo con más reposado acento:

—¿Por qué te has apartado hoy de mí? ¿Dónde fuiste?

—He sabido y recogido cosas y sucesos que tú ignoras. Vengo del Yemen y he visto la gran ciudad de March, donde fijaron su capital los descendientes de Saba. El gobierno está en manos de una joven reina, tesoro de belleza y portento de encantos, incomparable como mujer y como soberana, llamada Bilkis, de la posteridad de Malek, hijo de Rayan. Su reino es más extenso que el tuyo, ¡oh hijo de David!, su belleza no tiene rival, sus riquezas no tienen cuenta, sus estados y poder no tienen fin...

—Bueno, bueno—interrumpió Salomón, á

quien parecía muy interesante lo que oía, aunque sintiéndose algún tanto mortificado. —Bueno, bueno, no tardaremos en saber si es verdad lo que me cuentas.

Y en seguida se puso á escribir una carta, que decía así :

«De parte del servidor de Dios, Salomón, hijo de David, á Bilkis, reina de Saba.

»En nombre de Dios misericordioso y clemente, salud al que marcha por la derecha vía.

»No te glorifiques ni te eleves sobre mí. Ven, y sigue mi palabra.»

Dobló Salomón el pliego, extendió sobre él un pan de almizcle, al que aplicó su sello, y dijo á la abubilla :

—Toma esta carta, vuela á dejarla en poder de Bilkis y aléjate en seguida, aunque quedándote á recaudo para saber lo que pasa y puedas venir á avisarme en el acto.

La abubilla cogió el pliego con el pico y partió.

II

Hay que decir ahora quién era la reina de Saba, la de tanto poder y grandeza tanta.

El padre de Bilkis se llamaba Zou-Chark. Tuvo cuarenta hijos; pero de tanta familia sólo conservó á Bilkis, que fué la última de sus

hijas, nacida de su matrimonio con Rihanah, hija de Sakan y de una djinah, ó sea de un silfo hembra.

Un día que Zou-Chark se hallaba de caza vió dos gruesas serpientes, una blanca y otra negra, que se peleaban con furiosa saña; iba ya la blanca á ser vencida, cuando se interpuso el rey y mató á la negra, llevándose la blanca, que parecía muy abatida. Regresó Zou-Chark á su palacio, roció con agua el reptil por él libertado y le dejó en una habitación para que se repusiera y recobrase fuerzas. Volvió algo más tarde, y fué grande su asombro cuando en vez de la serpiente se encontró con un hombre.

—Nada temas — se apresuró á decir éste al rey;—soy la serpiente blanca, á quien has salvado la vida. La negra, muerta por ti, era un miserable esclavo, criminal infame, que cometía toda clase de atentados y delitos. Te debo la vida, y estoy dispuesto á darte cuantas riquezas ambiciones. Pídeme lo que quieras.

—No necesito riquezas: me sobran—contestó Zou-Chark; — pero si tienes una hija, te la pido para esposa.

—Una tengo que es de una gran belleza, y te la doy. Pero oye bien: si un día, por cualquiera causa que sea, le diriges un *porqué*, cuenta con que al tercero que le repitas te abandonará para siempre.

Aceptó el rey la condición y casó con la hija de aquel hombre, que se llamaba Sakan. La nueva esposa, apellidada Rihanah, quedó en cinta y dió á luz una hija. En cuanto ésta hubo nacido, brotó una gran llama en la cámara de la reina, y ésta entonces arrojó al fuego la recién nacida, desapareciendo inmediatamente la hoguera y la niña.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó el rey con ira.

—Uno—se apresuró á decir la reina Rihanah; —sólo puedes ya dirigirme dos *porqués*. Recuerda nuestras condiciones.

La reina dió á luz segunda vez. Tuvo un hijo. En el momento de nacer apareció un perro. La madre le presentó el niño, lo cogió el perro entre sus dientes y desapareció con él.

El rey, fuera de sí, se dirigió á su esposa.

—¿Por qué?...

—Dos—interrumpió la reina.—Ten presente que sólo te queda uno.

Poco tardó en llegar la ocasión que dió motivo al tercero. Hacía ya tiempo que Zou-Chark andaba enemistado con otro rey, vecino suyo, llamado Zou-Aouan, habiéndose enzarzado los dos en una guerra cruel y sangrienta. Llegó, sin embargo, el momento de entenderse y hacer las paces. Para celebrar éstas y afirmarlas con un lazo de amistad verdadera, Zou-Aouan quiso dar un festín, siendo invitado Zou-

Chark, que aceptó y fué á él acompañado de su esposa.

Al servirse el primer plato, cuando Zou-Chark se disponía á comer, levantóse de pronto la reina y llenó de tierra y de inmundicias el plato que su marido tenía delante. Airado el rey, se dirigió á su mujer con ademán descompuesto.

—¿Por qué has arrojado? ...

—Y van tres —dijo la reina sin dejarle terminar la pregunta. —Roto, pues, nuestro pacto, ha llegado el momento de contestar á tus tres preguntas y abandonarte para siempre. El fuego y el perro que se presentaron al nacer nuestros hijos, eran dos nodrizas á quienes confié la lactancia de ellos y también su educación. Cuando estén educados te los traerán. Por lo tocante á lo de hoy, he llenado de tierra tu manjar porque estaba envenenado. Te salvé la vida. Adiós para siempre.

Y desapareció sin que jamás en la vida su esposo volviera á tener noticia alguna de ella.

El hijo de Zou-Chark murió en su infancia. En cuanto la hija llegó á cierta edad, fué devuelta á su padre. Era Bilkis.

Fué Bilkis de belleza maravillosa, de rara ingenuidad, de penetración é inteligencia extraordinarias. A la muerte de su padre subió al trono y se proclamó soberana, pero sólo fué reconocida por una parte de la nación. La otra

parte proclamó rey á Bnon-Akh-el-Melik, hombre sin pudor ni conciencia, de instintos aviesos y perversas costumbres. No tardó en abusar de su poder. Tirano sin freno, ultrajaba á las mujeres robándoselas á sus súbditos, que gemían, á más, bajo el peso de los impuestos y gabelas con que les oprimía. El pueblo se sublevó varias veces dispuesto á echarle del trono. Nunca pudo conseguirlo. Bilkis, indignada ante tanto crimen, decidió libertar al Yemen de este príncipe.

Bnon-Akh había ya una vez solicitado la mano de Bilkis, siendo rechazado. Un día, sin embargo, hízole ella saber que consentía en ser su esposa. Celebróse el matrimonio con grandes fiestas y magnificencia. Por la noche, en el banquete de boda, Bilkis cuidó que el príncipe se embriagase, y al retirarse á la cámara nupcial se aprovechó del estado en que se hallaba para cortarle la cabeza. Al siguiente día convocó á los visires y magnates de la corte de Bnon-Akh, y cuando los tuvo reunidos les reprochó sus vergonzosas complacencias con el rey, su cobardía en soportar los ultrajes y despotismo del monarca, y acabó por decirles que eligiesen otro soberano.

—No queremos más soberanía que la tuya—le dijeron,—y desde este momento te juramos fidelidad y obediencia.

Bilkis reinó con gloria y su pueblo fué fe-

liz. Destinaba un día por semana á la administración de justicia. Recibía los memoriales, oía las quejas, reparaba los agravios, castigaba los delitos. Sentada detrás de una cortina de leve tela veía á todos sin ser vista de nadie, y á todos contestaba y atendía, guiada por los altos y eternos principios de rectitud y de justicia.

Cuando había cumplido con los deberes y ceremonias de su cargo, se retiraba á las habitaciones interiores de su palacio, encerrándose, pasadas siete puertas, en la séptima cámara. Allí, á este retiro, fué á buscarla la abubilla mensajera, que en muy poco tiempo había salvado el espacio que separa la ciudad de March de la de Saná, para lo cual el hombre emplea tres días de camino al menos.

Bilkis estaba recostada sobre lujosos almohadones en su séptimo departamento, con las siete puertas cerradas y las llaves bajo el cojín que le servía de cabecera, según era su costumbre. En lo alto de la estancia, junto al techo, había una abertura que daba á Oriente, y en cuanto brillaban los primeros rayos del sol, Bilkis abandonaba el lecho, postrándose de hinojos para adorar al astro naciente.

Por esta abertura se deslizó la abubilla, que fué á depositar suavemente la carta de Salomón sobre el seno de la dormida Bilkis. Al despertar ésta se asombró de encontrarse con

aquel pliego, y más aún con su lectura. En seguida convocó á los magnates de su corte, les refirió el suceso y les leyó la carta, decidiéndose que la soberana debía visitar á Salomón.

La reina se hizo preceder por un gran presente de esclavos y esclavas, de joyas, de tapices, alfombras y muchas cosas ricas que demostraban en grado sumo la magnificencia y liberalidad del donante, y algunos días después se puso en camino con todo aparato regio, con una escolta brillante y una numerosa hueste.

Salomón, advertido previamente por la abubilla, desplegó para recibir á Bilkis todo el esplendor y magnificencia de la pompa oriental. Desde una hora antes de llegar al campo, la reina de Saba fué pisando tapices, cada uno de los cuales representaba un tesoro. No puede darse idea de la esplendidez y ostentación con que fué recibida la gallarda reina de Saba, á cuyas inmediatas órdenes se pusieron en seguida silfos, gnomos, aves y cuadrúpedos, todo cuanto dependía de Salomón, quien, al verla, quedó ciego de amor por ella: tales eran la impresión y el encanto que producía Bilkis con su hermosura maravillosa.

III

Llevaba ya Bilkis un mes de permanencia en la corte de Salomón, marchando de sorpresa en sorpresa y de prodigio en prodigio con los festejos del profeta, cuando en una noche de luna hermosa y clara se encontró paseando con él por los esplendorosos jardines de su palacio.

La reina iba diciendo:

—De todas cuantas maravillas y sorpresas has inventado para festejarme, ¡oh hijo de David!, ninguna que más asombro me haya causado como la declaración de tu amor.

—Verte es amarte—contestó dogmáticamente Salomón.

—Pues bien, aun á trueque de ser la ochocientas una de tus mujeres, consiento en acceder á tus ruegos. Aceptaré, mediante una condición.

—¿Hay que hacer la guerra al rey más poderoso del mundo? ¿Hay que cubrir de templos y palacios toda la vasta extensión del desierto? Pide. Estoy pronto.

—Nada, nada de esto; la cosa es sumamente sencilla. Se trata sólo de enhebrar esta perla.

Y al decir esto, le presentó una hermosa perla de Golconda caprichosamente agujerea-

da, aunque no por un agujero recto, sino tortuoso, curvo y ondulado.

—Halla manera—le dijo—de pasar un hilo por este conducto, á fin de que pueda yo colgar la perla de mi cuello, y tuyos son entonces mi corazón y mi mano.

Nunca sintió el profeta mayor contrariedad, ni tuvo nunca momentos de más honda consternación. Juzgaba que era buenamente imposible lo que la reina deseaba.

Comenzó por convocar á sus sabios y doctores, maestros en ciencias, á cuyo talento sometió la resolución del problema. En vano. Apeló al portentoso ingenio de sus *djins* ó silfos, que vuelan invisibles por los aires y conocen todos los secretos. En vano. Recurrió á sus *ins* ó gnomos que descubren los tesoros más ocultos y recónditos en las entrañas de la tierra. En vano. Acudió hasta á sus aves y cuadrúpedos que tienen instintos y conocimientos á que nunca llegaron los humanos. Todo en vano.

Así fueron pasando los días, y, convencida ya por fin la reina de que era inútil esperar más tiempo una solución que no llegaba, anunció para un próximo día su partida.

La víspera del día señalado, Salomón, triste y afligido, con el dolor en el alma, se salió á pasear por sus jardines, como en demanda de algún lenitivo para sus penas; y cada vez

más amargado de ver que sus sabios y doctores, con todo el poder y orgullo de la ciencia humana, no acertaban á dar solución á un problema que tan fácil parecía, se dejó caer con gran desconsuelo en un asiento rústico, pronunciando en alta voz estas palabras, que más tarde debía recoger el Eclesiástico y esparcir por todo el universo mundo :

—*¡Oh vanidad de vanidades! Todo es vanidad.*

Y no bien hubo desahogado su oprimido espíritu con estas palabras, cuando llegó á sus oídos una voz apagada que decía:

—¡Oh gran profeta! ¿cómo varón tan sabio se preocupa y abate por tan leve causa?

Atónito Salomón, miró á todos lados y no vió á nadie.

— Aparezca á mi vista el que habla — dijo, — y bendito sea por estas palabras de consuelo.

—Aquí estoy—contestó la voz;—á tus plantas. Inclina la cabeza y bájate, si quieres conocerme.

Así lo hizo Salomón, se inclinó y no vió á nadie.

—Más, más — dijo la voz.—Inclínate y baja más, si quieres verme. A los poderosos de la tierra os ciega la soberbia. ¿No me ves aún?

—Sólo veo un miserable gusano de la tierra que se mueve á mis pies.

— Con los cuales puedes aplastarme si no

andas cauto, porque yo soy este miserable que te dirige la palabra.

Salomón se quedó asombrado mirando al gusano.

—Sí—continuó éste con voz de más aliento.—Yo soy este humilde gusano, oruga miserable de la tierra, que te enseñará la manera de enhebrar la perla, lo cual no sabe hacer toda tu aduladora corte de sabios y doctores. Vas á verlo. Presenta la perla á mi alcance, pon en mi boca el hilo para que no pueda soltarse, y voy yo mismo á introducirlo.

Y así fué. Extendiéndose unas veces, replegándose otras, el gusanillo entró por el agujero, y sin abandonar el hilo fué venciendo todos los obstáculos y tropiezos del revuelto y caprichoso conducto. A su salida, la perla quedaba enhebrada.

Tomóla en sus manos Salomón radiante de júbilo y voló á presentársela á la reina de Saba, sin acordarse ya más del gusano bienhechor, que hasta corrió peligro de perecer bajo las plantas del profeta, al partir éste tan descompasadamente.

El gusanillo permaneció un rato mirando al hijo de David, que se alejaba sin dedicarle una sola palabra de gratitud, y dijo para sus adentros:

—Todos son lo mismo; hombres, pueblos, reyes; todos olvidadizos é ingratos.

Y el gusano filósofo tomó tranquilamente el camino de su agujero, murmurando las palabras mismas que oyera poco antes á Salomón:

— *¡Oh vanidad de vanidades! Todo es vanidad.*

El profeta, entre tanto, fué á presentar la enhebrada perla á Bilkis, que se quedó atónita.

La reina de Saba cumplió su palabra empeñada. El matrimonio se realizó y el profeta enseñó á su nueva esposa los principios de la verdadera fe, la fe en un verdadero Dios único. Después Bilkis regresó á March, la capital de su reino, y Salomón le dió por guardia de honor una legión de silfos y de gnomos. Todos los meses el profeta dejaba sus estados para ir á visitarla y permanecer tres días con ella en March ó Saba. Bilkis tuvo de este matrimonio un hijo que vivió poco tiempo.

Más tarde murió Salomón. Al sobrecogerle la muerte se hallaba de pie apoyado en su bastón, y así se quedó. Sus facciones no se descompusieron, su cuerpo se mantuvo lo mismo, y nadie le creyó muerto, imaginando todos que se hallaba en estado de éxtasis. Así permaneció cerca de un año, siempre de pie, pero al cabo de este tiempo quebróse su bastón; el profeta cayó, y sólo entonces se convencieron de que estaba muerto.

Siete años y siete meses después murió

Bilkis, que fué enterrada en Tadmour (Palmira). El lugar de su sepultura quedó ignorado hasta los tiempos del kalifa El-Oualid, que sucedió á su padre Abd-el-Melik el año 86 de la hégira, ó sea á los comienzos del octavo siglo de la era cristiana. El-Oualid envió á su hijo Abbás á Palmira, acompañado de Abou-Mouza, y hé aquí, para terminar esta relación, unos párrafos de la crónica que Abou-Mouza escribió refiriendo su viaje:

«Durante nuestra estancia en aquellos sitios estuvo siempre lloviendo copiosamente, y en torno de Palmira se formó á modo de un torrente, cuyas aguas impetuosas removieron terrenos y descalzaron montículos, ocasionando grandes hundimientos. Esto hizo que apareciese al descubierto un sepulcro cerrado por una piedra amarilla, de color azafranado, en la que se leía esta inscripción:

Aquí descansa la virtuosa Bilkis, esposa de Salomón, hijo de David. Abrazó la verdadera fe la última noche del año XX del reinado de este profeta, quien se había casado con ella el día 2 del mes de Rabí, y fué sepultada de noche, al pie de los muros de Tadmour. Nadie sabe el sitio de su sepultura sino aquellos que la enterraron.

»Levantamos la cubierta del sepulcro y vimos un cadáver tan bien conservado que parecía estar allí sólo de pocas horas. Dimos par-

te del descubrimiento al kalifa, el cual nos contestó que debíamos dejar el sepulcro en el sitio mismo donde se había encontrado, y dió orden de elevar sobre el enterramiento un mausoleo de piedra dura y mármol.»

Madrid, Febrero de 1899.



LA DANZA DE LAS MORRATXAS

LA DANZA DE LAS MORRATXAS

Conservo, entre mis apuntes, varios y curiosos recuerdos de excursiones que hice por Cataluña en el lejano tiempo de mis mocedades, cuando aun no existían excursionistas ni era conocida esta palabra, y cuando se hubiera considerado como verdadera locura la creación de esas Sociedades de Excursiones que tanto brillan hoy y tanta gloria alcanzan. Uno de mis recuerdos más gratos es el de un viaje — porque entonces era viaje — al pueblo de Canet de Mar, en nuestra costa de Levante.

Iba con el objeto de visitar el castillo de Santa Florentina, del que me dieron ciertas noticias, y me encontré con la grata sorpresa de ser día de fiesta mayor en el pueblo, y, por consiguiente, de celebrarse en la plaza, á la caída de la tarde, el antiguo y popular baile ó danza de las *Morratxas,* para mí entonces desconocido.

Luego hablaré de esta danza, que es muy

singular; pero antes debo hacerlo del santuario de la Misericordia y del castillo de Santa Florentina, objeto principal de mi excursión.

Canet es una preciosa villa que, como tantas otras de aquella nuestra bellísima costa catalana, agrupa en la playa sus blancas casas de la manera más atrayente y encantadora que darse pueda.

Fundóse á mediados del siglo XV, según parece desprenderse de sus memorias, y sus habitantes empezaron á distinguirse por su intrepidez marinera. De igual fecha que la fundación del pueblo datan las noticias que se tienen del santuario de Nuestra Señora de la Misericordia.

Hoy, un hermoso templo gótico ha reemplazado al antiguo; pero es un templo gótico de mediados de este siglo, erigido por los hijos de Canet á su patrona.

La situación de este santuario es, por cierto, pintoresca y grandiosa. Se eleva sobre una colina contigua á la población. Conduce á su puerta una avenida de álamos que enlazan sus ramas formando umbrosa bóveda y el camino está ribeteado de rosales. Las montañas se cierran á su espalda como si quisieran formar un manto para sus hombros, y se abren á su vista como para mostrarle los horizontes sin límites de los mares.

La mirada no tropieza con obstáculo algu-

no entre el templo y el espacio, entre el mar y la Virgen, que, como para mejor distinguirle, parece alzarse en brazos de los ángeles que la rodean dentro de su hornacina enflorada. Diríase que la Providencia lo dispuso así para que á ella pudiera llegar más pronto el grito supremo del nauta cuando, cara á cara con la muerte y en lucha abierta con la borrasca, vuelve los ojos hacia el sitio donde está su hogar y, cayendo de hinojos sobre la tabla que se hunde, invoca la caridad y el auxilio de su Virgen de Misericordia.

La poesía ojival de la arquitectura gótica, que es tal vez la que mejor traduce la idea cristiana en esos libros de piedra que se llaman templos; los seculares cipreses que se yerguen á la puerta misma del santuario y se inclinan al soplo de la marinada como para saludar á la Madre Soberana; los rumorosos bosques de naranjos que pueblan el espacio con el incienso de sus azahares; la aparición del mar que cierra el horizonte con su inmensidad azul; la situación misma del santuario, elevado sobre la colina, como si estuviese entre el cielo y la tierra para ser lazo de amor entre el uno y la otra, todo contribuye á hacer de este sitio un hogar delicioso de recogimiento y encanto.

Algo más allá de este gótico templo, á muy corta distancia, pero al otro lado de la *Riera,*

se alzan unas viejas paredes tostadas por el sol de seis ó más siglos. Es el castillo denominado de Santa Florentina á causa de una capillita en la que se venera la imagen de esta santa.

Yo no sé cómo estarán ahora esos lugares, ni qué deterioros ó reformas habrá causado el tiempo en el castillo, pues que ya bajó agua por la sierra desde que allí estuve por vez primera y ya cayó nieve sobre mi cabeza; pero contaré lo que entonces vi, siguiendo mis apuntes.

Pasada una estrecha senda bordeada de cañas y junto á un grupo de nogales de obscuro follaje, aparecía sombrío y melancólico, con sus paredes agrietadas por la vejez, lo que quedaba del antiguo castillo de Santa Florentina. No debió de llamarse así en sus primeros tiempos. Hubo sin duda de tomar este nombre cuando se abrió la hornacina en su muro para colocar en ella la imagen de la santa. Detrás del castillo se extendían grandes bosques de pinos.

Los naturales de la comarca suponen que fué el séptimo castillo que se construyó en Cataluña, lo cual, á ser cierto, le daría sello de respetable antigüedad.

Cuando yo estuve, tenía todas las apariencias de una casa fuerte, flanqueada por una torre, junto á la cual había un paso angosto y

semicircular, que era la única entrada al edificio. En este paso estaría el puente levadizo. En su piso inferior había varias estancias subterráneas, y en el superior anchas y despejadas habitaciones, entonces completamente desmanteladas, pero con restos de opulencia. En uno de estos salones habitaban las lechuzas, que entraban y salían por una ventana gótica, la mejor conservada del edificio.

Dícese por tradición que moraba en este castillo la noble familia de Cané, que fué la que dió el nombre al pueblo.

No vi nada más, ni recogí más noticias.

Verdad es que aquel día no estaba yo para ello. Es cierto que fuí á Canet de Mar sólo para enterarme del castillo de Santa Florentina; pero es lo cierto también que lo mismo el castillo que la santa se me hubieron de subir al cielo cuando, al llegar, averigüé que era día de fiesta en el pueblo y que por la tarde había danza ó baile de *Morratxas.* Ya no pensé en otra cosa, y esto era lo que me preocupaba y atraía, cautivando por completo mi atención, rebelde por el momento para fijarse en más objetos.

Tardábame en llegar la hora de ir á la playa para asistir al baile, ó, mejor dicho aún, al rompimiento de las *morratxas,* que esto es en definitiva lo que me tocaba presenciar.

Ahora bien, ¿qué es eso de la danza ó del

rompimiento de las *morratxas?*, me preguntaran naturalmente muchos lectores.

La *morratxa*, que así se llama en catalán, almarraja ó almarraza en castellano, nombre árabe evidentemente, es, según nuestro Léxico en su postrera edición, una vasija de vidrio, semejante á la garrafa, agujereada por el vientre, y la cual sirve para rociar ó regar.

Pero, con perdón de mis nobles compañeros de Academia, no es así como yo la definiría, ni tampoco acepto la definición de Peñalver, Campuzano, Serrano y Roque Barcia en sus respectivos diccionarios.

Yo diría que la *morratxa* ó *almarraja* es — y á la vista se halla en los ejemplares que de ella existen en la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú — una jarrita de vidrio, de forma alta y esbelta, con cuello de botella, rodeada de cuatro ó seis picos ó golletes cónicos de agujero muy estrecho. Tiene varios adornos en forma de asa alrededor del vientre, que descansa en un pie, con espacio suficiente para poder asirla. Se suele adornar con flores naturales ó artificiales, cintas de seda ó raso y cuentas ó colgantes de vidrio de colores. En los bailes de pueblo, principalmente en las fiestas mayores de Cataluña, se llena la *morratxa* con agua de Colonia ú otros líquidos perfumados, y con ella rocía á los concurrentes del entoldado ó salón la doncella que baila la primera danza.

Así se acostumbra generalmente en las danzas populares de Cataluña, el día de la fiesta mayor, siendo la joven escogida para la primera danza quien, mientras baila con su pareja dando vueltas por la sala, rocía con agua de olor á los que á ella se acercan, como para alejarlos é impedirles que perturben su danza.

Ya hoy no es una sola joven, sino todas, las que esto hacen en danza general; pero el baile que vi en Canet de Mar era más original y singular, conservando algo de tiempos primitivos y lejanas edades.

Es posible que ya así no se baile ahora, pues hablo de medio siglo há nada menos. El modernismo, que es ya palabra aceptada por la Academia, no ciertamente sin empeñado y borrascoso debate, el modernismo, repito, se apresura á modificarlo todo, y no han de evitar las danzas lo que es regla general y ley común á toda cosa mortal.

Vuelvo, pues, á cómo se bailaba en Canet de Mar cuando lo vi por vez primera... y única.

Ocupaban el entoldado las muchachas de la villa, peripuestas y galanas, con sus hermosos trajes de verano y de día de fiesta y con esa belleza de las mujeres de nuestra costa, que resiste la luz del sol.

Cuando todas están congregadas, un joven se acerca á una de ellas como para invitarla á

danzar, la saca á mitad del corro, le hace dar dos vueltas redondas sobre la punta de sus pies, en seguida dos ó tres paseos del brazo en torno de la plaza, y va luego á presentarla al joven que sabe ó se imagina que tiene con ella relaciones amorosas ó secreta simpatía. El galán entonces debe encargarse de la dama que le presentan, y le ofrece una *morratxa* llena de agua de olor, adornada con flores, cintas de brillantes colores y cuentas de vidrio. Al presentarle la *morratxa,* el galán rocía ligeramente á su dama ó vierte agua á sus pies; pero la dama, si la *morratxa* no es de su gusto, la arroja y rompe, rompiendo á seguida cuantas le ofrece su galán, quien, acatando costumbres ineludibles, no puede dejar de ofrecer *morratxas* mientras ella no se canse de romperlas, hasta llegar el momento en que la dama escoge aquella que más le gusta por sus lazos ó sus flores.

Y como al propio tiempo que así se entretiene esta primera pareja, ya están en la plaza otras parejas con las mismas ceremonias y festejosa danza, hay una de romper *morratxas* que espanta, y una de gastar dinero los galanes que no digo nada, pues ya se comprenderá que en semejante fiesta las *morratxas* alcanzan gran precio.

Esto es lo que se llama el baile, la danza ó el rompimiento de las *morratxas.* Fiesta es de

mucha originalidad y hermoso cuadro de costumbres populares.

Ignórase el origen de esta fiesta, pues no parece lógico lo que dicen los vecinos de Canet, suponiendo que proviene de un banquete que dieron antiguamente algunos personajes primates de la población, rompiendo á los postres los vasos, platos y botellas de que se habían servido.

San Hilario Sacalm, Julio de 1895.



LA CARTUJA DE MONTALEGRE

LA CARTUJA DE MONTALEGRE

Allá por los años de 1849 hice una excursión á la cartuja de Montalegre. Fué algunos años después del incendio de los conventos y extinción de las órdenes religiosas, y hé aquí lo que hallo en mis notas y apuntes.

Está situada la cartuja á muy corta distancia de la villa de Badalona, que se supone ser la *Bétulo* de Ptolomeo y de Plinio; se levanta en un pequeño valle formado entre las gargantas de dos montes, y su situación es un encanto.

La tradición que corre en boca del vulgo, y que no siempre está de acuerdo con la historia, le da singular origen.

Dice que cruzaban un día por la sierra dos jóvenes escolares que regresaban de Barcelona, donde habían seguido y terminado sus estudios, dirigiéndose á sus respectivos pueblos. Al llegar al sitio en que hubo de levantarse más tarde la cartuja, detuviéronse á descan-

sar, admirando la hermosura del valle, la quieta placidez del sitio y la maravilla de sus puntos de vista.

—¡Excelente lugar éste para fundar una cartuja!—díjole un estudiante al otro.

—¡Excelente, por cierto!—le contestó su compañero.

—Como llegue á ser Papa un día—replicó echándose á reír el que antes había hablado,—prometo levantar aquí un suntuoso convento de cartujos.

—Y en este caso—dijo sonriente el segundo,—como esto sea, yo me haré monje para ser el primero en habitarlo.

Después de haber departido largo rato, comentando con regocijo su ocurrencia, siguieron su camino los escolares hasta llegar el momento de separarse para tomar cada uno la vuelta de su pueblo.

Pasaron meses y transcurrieron años y años.

Cierto día, un monje de la cartuja de *Porta Cœli*, en el reino de Valencia, Fray Juan de Nea, fué llamado á la celda prioral, y recibió la orden de ponerse inmediatamente en camino para Roma, llamado por el Santo Padre á su presencia. Lleno de ansiedad por honra tan señalada como singular, y con el escozor de la curiosidad, cumplió Juan de Nea el mandato y emprendió su viaje á la ciudad santa.

La Silla de San Pedro estaba ocupada entonces por Nicolás V, cuyo nombre fué antes Tomás de Zarzana, pobre estudiante, hijo de un médico de la ciudad de Lucca. Tomás de Zarzana, en sus mocedades, había sido compañero y condiscípulo de Juan de Nea en Valencia y en Barcelona.

Eran los dos estudiantes de la sierra de Montalegre.

Al volverse á encontrar después de tantos años y vicisitudes, Nicolás V recordó al monje de *Porta Cœli* la promesa que hiciera al cruzar un día por Montalegre, y le comisionó para realizarla. Después de su conferencia con el Papa, Juan de Nea partió para Cataluña, nombrado Nuncio Apostólico en la Corona de Aragón, como embajador del Sumo Pontífice cerca de la reina Doña María, que regentaba á la sazón el reino por ausencia de su esposo Alfonso V, *el Sabio y el Magnánimo*, y con poder cumplido para gastar de las rentas apostólicas cuanto fuese necesario, y á él le pareciese, á fin de levantar la cartuja de Montalegre.

Tal fué, según la tradición, el origen de la célebre cartuja.

Ésta existe aún, recientemente restaurada y acondicionada por nuevos cartujos que há pocos años volvieron á presentarse en alas de esa reacción de frailes que nos han traído los tiempos.

Cuando yo estuve, que fué á los doce ó catorce años de la extinción de las órdenes religiosas, presentaba el edificio un triste aspecto de ruina y desolación. Muchos de sus departamentos estaban derruídos; pero se podían admirar sus magníficos claustros, la preciosa fachada de la iglesia y muchas celdas, que aun permanecen intactas.

El silencio era imponente y manifiesto el estrago. Recorriendo galerías y estancias en ruina y sin vida, pero que hablaban á la imaginación y al alma, podían perfectamente comprenderse los efectos de aquella orden severa y las costumbres de aquellos cartujos solitarios, que, viviendo en comunidad, vivían aislados, y que al encontrarse no decía uno más palabras que *Morir habemos,* para que pudiera el otro contestarle: *Ya lo sabemos.*

Aquella visita, al penetrar por vez primera en el interior de un monasterio solitario y desierto, me causó profunda sensación.

Respirábase allí la tristeza de un abandono que parecía entonces destinado á ser eterno. Las aves nocturnas penetraban por las claraboyas sin cristales en el templo y en las capillas, donde las pocas imágenes que habían quedado las miraban con ojos sin luz. Todo aparecía desierto y mudo, sin culto, sin nubes de incienso, sin cantos, sin estatuas en los altares, sin fieles, sin rezos y sin lágrimas.

Recorrí, acompañado sólo del guía, las vastas galerías del claustro, blancas antes y encaladas como ampo de nieve, con ventanillos muy pequeños de vidrios emplomados, que más parecían mirillas que ventanas para dar luz y aire. Las puertas de las celdas eran bajas y estrechas, de color de ceniza, como color propio de las tumbas, con un hueco junto á la puerta por donde el enceldado recibía sus alimentos. Cada estancia tenía un huerto ó jardincito que el monje podía cultivar á su gusto.

Me impresionaron el silencio y la tristeza que allí reinaban, y reconstituí el edificio con los ojos y con los vuelos del alma. Lo vi tal como estaba en sus buenos tiempos, con su luz escasa, con su espantosa soledad en medio de su vida, con sus galerías tapiadas, con su ausencia de todo rumor y todo ruido, con sus celdas cerradas como por losa de sepulcro en vez de puerta, con la cruz gótica de piedra en su cementerio, donde los enterramientos estaban sólo señalados por la tierra que se levantaba un poco en altozano y por una cruz de madera blanca.

Ante aquella mansión solitaria de vivos muertos, donde jamás el eco repitió un acento y por donde los cartujos transitaban sin ruido, como sombras, yo me preguntaba si era verdad que la sola dicha y el único goce del hombre es el de no esperar. Y también, al visitar

la celda desierta, pensaba que muchas veces quizá puede sucederle al hombre que allí llega para enterrarse vivo, buscar el silencio, el retiro, la soledad, el olvido, y encontrarse acaso, de repente, con el deseo que devora, con la duda que nace, con el recuerdo que atosiga y con las pasiones que arden; es decir, con la rebeldía, con la insurrección del alma.

Tres ó cuatro años antes de mi visita había estado allí de temporada el pintor señor Espalter, artista entonces de mucha fama en Barcelona, hombre de condiciones y talento. Como había ido en busca de la soledad y del reposo, y también para hacer estudios de paisaje — que para todo artista y para todo pensador el trabajo es el descanso, — empleó sus momentos de ocio en dejar huella de su paso.

Sobre la pared del claustro pequeño que hay antes de entrar en la iglesia, dibujó con lápiz y carbón un hermoso cuadro. Veíase al ángel del exterminio con su espada flameante y sus erizados cabellos cerniéndose sobre un montón de ruinas, de entre las que se escapaban densas humaredas y chispeantes llamas. Era un verdadero cuadro de actualidad en aquellos momentos, cuando tan reciente estaba el incendio de los conventos y exterminio de los frailes, cuando aun hervían las pasiones y los aires nos traían hálitos de fuego y efluvios de sangre.

Al pie de aquella soberbia inspiración del artista, que era, recuerdo, de un efecto mágico, otro hombre ilustre, el desgraciado Sol y Padrís, compañero y amigo de Espalter, había escrito estos versos :

El incendio y la muerte son mi estrella;
la sangre y los escombros son mi huella.

¡Quién le había de decir entonces al infortunado Sol que diez años más tarde perecería miserablemente asesinado en un día de incendio y de muerte también, de sangre y de escombros!

Porque así fué. Sol y Padrís, el poeta, el literato insigne, comentador de los *Orígenes del Teatro* de Moratín, el sabio economista y el diputado en Cortes, murió de un pistoletazo que casi á quema ropa le disparó un obrero, cuando se presentaba á calmar los ánimos de los trabajadores atumultuados en una fábrica de Sans. Yo era entonces miliciano nacional y me hallaba precisamente de centinela á la puerta del cuartel de Santa Mónica, en Barcelona, que era la principal de mi batallón, á tiempo que acertó á pasar la camilla en que cuatro hombres llevaban el cadáver sangriento del infeliz Sol. Recuerdo que me cuadré al pasar la litera y presenté el arma, lo cual estuvo á pique de costarme la vida al día siguiente, cuando un grupo de trabajadores en turba invadió las ofi-

cinas del periódico progresista *La Corona de Aragón,* que yo entonces dirigía.

Volviendo ahora á la cartuja de Montalegre, he de decir que en una de sus celdas pintó asimismo Espalter la figura de un monje cartujo. Estaba trazada con tal perfección, era de tanto mérito, tenía tal realidad y causaba ilusión tanta, que al penetrar en la celda, y á su luz escasa, el recién llegado parecía encontrar allí, de pie, inmóvil y en actitud de meditación y recogimiento, al sombrío monje habitador de aquel modesto recinto.

Ya hoy, de seguro, no existen estas pinturas, recuerdo admirable de un artista de méritos. Las borró, de seguro, el celo peligroso del fraile que vino á morar después en estas ruinas, si es que antes no fueron ya borradas por el tiempo ó por la mano aleve del ignaro viajero que cuando visita unas ruinas, como si el cuadro de destrucción que se ofrece á su vista le inspirase ideas congéneres, se solaza en rayar una pintura, gusta de acribar un santo ó descabezar una estatua, y se lleva como recuerdo un ladrillo esmaltado del muro ó un fragmento esculturado de cualquier monumento con que tropieza á su paso.

A poca distancia de la cartuja, en lo alto de la sierra, gozando de una hermosa perspectiva, pues que por un lado abraza toda la extensión del opulento Vallés y por otro domina

el llano de Barcelona y el mar en su vasta inmensidad, se eleva lo que los frailes llamaban la *conrería,* edificio grandioso y vasto que les servía de granja, y en el que tenían el granero y los depósitos de víveres. *Conrería* en catalán, y también en aragonés, equivale á casa de procuración, como el procurador de los monjes era llamado *el conrer.*

También va unida á este sitio una tradición singular que tiene su interés y su sabor folklórico por lo inocente ó por lo pía, y que algo recuerda de un lance, en cierta manera parecido, que ocurrió al gran Raymundo Lull con una dama á quien rendía homenaje y persiguió hasta entrar á caballo tras ella en un templo.

Cuéntase que antes de establecerse la cartuja existía allí un convento de monjas agustinas en el mismo sitio donde se alzó después la *conrería.* Parece ser que un apuesto y noble caballero, habiendo visto por casualidad á una de las religiosas, se enamoró perdidamente de ella, y desde aquel día comenzó á rondar el monte y también el convento, en cuya huerta llegó á introducirse algunas noches, olvidado, con su ciega pasión, del sagrado de aquel sitio.

No tardó la monja en advertir el amor que había inspirado al caballero y en conocer sus desacuerdos, y es fama que aquella casta esposa del Señor tomó una resolución heroica.

Se dispuso á cruel sacrificio, para que con su belleza desapareciese el amor que pudo haber inspirado al galán y se quietaran así sus ardientes pasiones. Decidida, pues, á sacrificar su hermosura en aras de su fervor religioso, salióse una noche á la huerta del monasterio provista de cortante daga, y esperó á que saltase la tapia el caballero, como solía hacer muchas noches, para gemir y cantar al pie de la reja que guardaba la celda de la virgen del Señor. No tardó en salvar el muro por medio de una escala de cuerda el galán rondador, y acababa de poner su planta en el huerto, cuando de repente apareció ante él la bella religiosa, que así le dijo:

— Caballero, mi belleza os cautivó, lo sé, y pues ella es la culpable de vuestro mal, perezca la causante de él y recobre su salud vuestra alma extraviada y enferma.

Y diciendo y haciendo, dióse resueltamente con la daga un tajo en el rostro, destruyéndose la mejilla y cortándose la nariz.

La tradición no dice lo que fué del caballero y de la monja después de tal escena; pero asegura, sí, que en el sitio mismo donde ejecutó la religiosa tan cruento sacrificio, nació un arbusto de extraña y caprichosa forma, cuyas flores, de color encendido como el fuego, remedan verdaderamente cada una la figura y formas de una nariz.

Este arbusto existía aún á pocos pasos de la *conrería,* y yo lo vi cuando mi excursión á Montalegre. Dijéronme que en distintas ocasiones se procuró extirparlo, pero siempre volvió á renacer con nueva vida y lozanía. Varios naturales del país me aseguraron no saber que existiese otro igual en Cataluña. Le llaman el *árbol del fuego,* con motivo del color de sus flores; pero el vulgo, amante siempre de lo tradicional y maravilloso, le llamó y continúa llamándole el *árbol de las narices,* es decir, en idioma catalán, el *arbre dels nassos.* De todos modos, no es ni más ni menos que una planta que pertenece á la familia de las leguminosas.

Y esto es todo cuanto puedo recordar de mi excursión á la cartuja de Montalegre en 1849.

San Hilario Sacalm, Julio de 1895.





SITGES LA BLANCA

SITGES LA BLANCA

Como nacida de la nívea espuma
que engendró un día á Venus Afrodita,
risueña, alegre, seductora, blanca,
orilla de la mar se eleva Sitges.
Es la antigua Subur. Montes vecinos,
que la resguardan y protegen, danle
atomilladas brisas, acres brumas
la mar salobre que á sus pies se tiende,
y dulces mieles, en lugar de vinos,
sus griegas vides. Gallardea y crece
en sus jardines la africana palma,
y sus mujeres son dechado y timbre
de gracia y de beldad.
Hermosa villa,
la que al pie duermes del Garraf riscoso,
en un lecho de flores, al arrullo
del ola tumultuante que se rompe,
lasa y vencida, en la enriscada peña
donde aparece tu sagrado templo;
serena, amante, hechizadora Sitges,
nido dulce de amor, ¡Dios te bendiga!

Con estos versos expresé yo mi amor á Sitges, cuando pisaba muy á menudo sus playas, hace ya bastantes años.

Podrá Sitges no ser la antigua *Kissa* ó *Cissa*, como afirman algunos; podrá no ser, ó sí será, la opima Subur, según pretenden los más, y yo con ellos; pero es, sí, una de las villas más amorosas y más seducientes que conozco.

Está situada al pie del Garraf, el riscoso monte que cantó Cabanyes, por cuyas entrañas cruza un río de ignorado origen y en cuyas selvas se albergan los dioses y los gigantes de las leyendas; y viene á murmurar trovas lemosinas á sus plantas el mar azul, el Mediterráneo, nuestro mar latino, el mar de entre cuya espuma luminosa se vió salir un día á la Afrodita.

En sus costas y laderas, el sol madura la uva dulcísima, de origen griego, que aquí trajo, según tradición, Roger de Lauria, y que destila ese vino embriagador y aromático llamado malvasía, del cual se dice no saber lo que es en Sitges más dulce, si la miel de su vino ó el amor de sus mujeres.

Sus casas se extienden en anfiteatro, en graciosa concha, por la playa, atentas para ver el mar, y tras de ellas, diligentes también para gozarlo, se empinan y sobresalen otras casas que parecen ponerse de puntillas como no queriendo perderlo de vista, ansiosas de recibir el beso de su fresca marinada.

Florece la africana palmera en sus jardines

y el áloes en su arena, y sus hermosas huertas se ocultan tras de impenetrables cercas de pitas y chumberas. Su iglesia parroquial se encumbra sobre un grupo de rocas dominando el mar, y á lo lejos, escalando una loma, aparece el cementerio con su muro blanco y sus cipreses verdinegros, presentándose, no como lugar de tristeza y muerte, sino como sitio de encantos y delicias, en el que Franco Gras ha colocado la principal acción de una de sus novelas.

Blancas son sus casas como ampo de nieve, mensualmente encaladas con preferente aliño; blancas son las losas de sus calles y las tapias de sus huertos; blancas y rosadas como flor de almendro sus mujeres con sus vestes blancas, y blanca con el color purpúreo del alba, no morena como la Virgen del Montserrat, dentro de su templo blanco, es la imagen bizantina de su Virgen del Vinyet, la Nuestra Señora de las Nieves, invocada por los marinos y engrandecida por las leyendas.

Tal es Sitges la amorosa, Sitges la blanca, donde todo es luz y todo amor, todo dulzura y todo júbilo.

Es una villa griega en nuestra costa levantina y una villa andaluza en Cataluña, con la particularidad de que sólo en esta villa se ven rejas salientes como en Andalucía, adecuadas para amorosos coloquios. También es la única

villa catalana donde la lengua, principalmente entre las mujeres, parece tomar cierta forma y cierto dejo propios de comarcas americanas y andaluzas, y donde usan, mezcladas con el lenguaje catalán, ciertas voces originarias de Andalucía, y que sólo allí se oyen y acostumbran.

¡Oh hermosa, blanca y amorosa Sitges de mis recuerdos juveniles! ¡Ay, riberita de Sitges, como decía yo entonces!

¡Ay, riberita de Sitges,
ribera de mis cuidados,
la noche que yo te vi
de la luna al dulce rayo!
¡Ay, Sitges de mis amores,
la del aire embalsamado,
con la mar fosforescente
por tu playa resbalando,
con el ambiente aromoso
de tus cármenes cercanos,
cuando tu limpia ribera
íbamos los dos cruzando,
su talle esbelto y flexible
prisionero de mi brazo,
y mirándome en sus ojos,
mientras bebía en sus labios
la miel que ofrece á tu vino
la griega vid de tus llanos!
¡Ay, riberita de Sitges,
ribera de mis cuidados!

Esta es la población escogida por Santiago Rusiñol para establecer su *Cau ferrat.*

¡El *Cau ferrat!* Hay que hablar, hay que hablar de esta humorada, que ha tomado todos los aires y todos los vuelos de una institución. El *Cau ferrat* es un capricho que ha venido á erigirse hoy en templo suntuoso del modernismo.

Santiago Rusiñol, el pintor impresionista, reputado por su talento excepcional, por sus cuadros de mérito superior, y algo también por sus rasgos de originalidad y de carácter, el artista noble, generoso y simpático, que ha sabido hacerse querer y admirar de todos, poseía una riquísima colección de hierros. Los fué recogiendo en sus viajes, y llegó á formar con ellos un Museo, pero un Museo de precio y de estima. Convertido Rusiñol en coleccionista de hierros, tiene hoy en este género un verdadero tesoro.

En una de sus excursiones por Cataluña, se prendó de Sitges, y decidió hacerla depositaria de su artística ferramienta, recogida y alcanzada con la selección del inteligente, el celo del arqueólogo, la avaricia del anticuario y el ojo del artista.

Sitges es un pueblo alegre, que ríe y que canta; es una villa helena, anacreóntica, en que todo brilla y esplende: la luz en su cielo azul, el fósforo en su mar hirviente, las flores en sus jardines, la palma en sus arenas, el calor en sus espacios, la sensualidad en sus

fiestas, el amor en sus mujeres y el arte en todo.

Es la villa que Anacreonte hubo de ver en sueños al escribir sus odas inmortales. La malvasía y el moscatel de Sitges son vinos perfumados y dulcísimos, que se parecen á las estatuas griegas en lo de no conocer rivales. Así fué sin duda la ambrosía que Hebe escanciaba á los dioses del Olimpo. Y así debieran llamarse estos vinos, Anacreonte ó Píndaro, en vez de moscatel y malvasía.

¿Qué extraño, pues, que Rusiñol, con sus fantasías de artista, se enamorase de Sitges?

Compró una casa antigua, en la calle de Sitges más antigua también y de más carácter, junto á la iglesia, que parece haberse edificado sólo para que pueda asomarse al balcón del baluarte, desde donde aparece el mar en toda su grandeza, y al pie del viejo castillo que fué de Doña Violante de Bar, la esposa de Juan II *el amador de la gentileza*, la reina de Aragón, hermosa y galante, que presidía los juegos florales y repartía premios á los trovadores.

Rusiñol trastornó y transformó la casa, dejando en su parte baja el macizo arco apuntado, que antes daba paso á las bodegas antiguas, y hoy lo da á vistosos departamentos que son morada soberbia de objetos de arte escogidos, tablas y lienzos primarios, y sor-

prendentes antiguallas. Avanzó la edificación sobre las rocas, adelantó una torre que penetra en el mar, como desafiando sus bravezas, y construyó en su parte superior un salón de vastas dimensiones y de elevación extraordinaria, con airosos arcos y proporciones de catedral, cerrado en su fondo por una bellísima galería de cristales de colores.

Es una casa suspendida sobre el mar, que bate constantemente sus cimientos, y á quien á veces le sucede ensoberbecerse y encresparse en torno de la torre atalaya, contra la cual se arroja ardidoso, amenazándola con sus atronantes estrépitos, bañándola con sus espumas hirvientes y haciéndola bambolear con sus embates, cual si quisiera deshacerse del temerario y arriscado torreón que se atreve á invadir los dominios de aquel mar latino, engendrador de ninfas, de sirenas y de diosas, y cuna de tradiciones teúrgicas y fábulas paganas; de aquel mar medioeval, sólo domado por las flotas de los reyes de Aragón, condes de Barcelona, donde, según la bizarra frase de nuestro gran almirante, ni los peces podían pasar como grabado no llevasen en su lomo el escudo de las Barras catalanas.

Tal es la casa levantada por Rusiñol para depósito y alcázar de su tesoro ferramentario.

Allí todo es arte y todo maravilla.

La parte baja tiene una cocina catalana con

su *llar,* su chimenea de campana, sus tradicionales escaños, sus repisas con papel recortado, sus arrimadillos de azulejos valencianos, y todas las usanzas, menesteres y típicos atributos de aquellas grandes cocinas de Cataluña, de las cuales todavía se encuentran algunas perdidas en las soledades de nuestros montes, y yo hallé una en el castillo de Rocafort, por las pintorescas comarcas de Moyá, posesión de mi excelente amigo y compañero en Cortes Don Ramón de Rocafort.

A la izquierda se penetra en una alcoba catalana con sus paredes enlucidas, su cama blanca, de cabecera pintada de flores, su estampa de la Virgen del Vinyet y su enflorada pila de agua bendita en la *espona* (1), sin que se halle á faltar ningún detalle de cuantos dan color y carácter á ese cuadro viviente de un interior de masía catalana.

A la derecha un gabinete, especie de habitación-despacho, con sol de mediodía, con libros, con cuadros, con objetos de arte, con dijes y recuerdos íntimos de Rusiñol, cerrado

---

(1) Es una de las varias palabras catalanas, como por ejemplo *añoranza*, *celistia* y otras muchas, que no tienen traducción precisa en castellano, ó al menos yo no se la encuentro: *Espona,* del latín *sponda,* significa el espacio que media entre la pared y la cama, el lado del lecho por donde se sube á él, el lienzo de muro junto á la cabecera donde es costumbre colgar una imagen ó una pila de agua bendita. ¿Cómo se llama en castellano?

por una gran vidriera, en la cual el maestro pintó varios peces, tan ricos en color y tan rebosantes de vida, que, por estar tras de la vidriera el mar, allí juntito, aparecen como nadando y regocijándose en el seno de su salobre elemento.

Más allá, bajando dos anchas gradas, una estancia deliciosa, que á veces sirve de comedor y á veces de estudio y taller al maestro. Una fuente que allí brota, con surtidor nunca perezoso, que cae sobre marmórea concha donde se asilan pintados pececillos, da frescura á la estancia, y danle también placideces y soñolencias las olas del mar vecino, que unas veces la arrullan con suaves rumores y otras la baten con rugientes empujes. En la parte alta, el gran salón. En él se hallan artísticamente distribuídos y colocados los hierros que forman la parte capital del tesoro. Los hay de todas las formas, de todos los caprichos y de todos los siglos.

Clavos que adornaron las herradas puertas de alcázares soberbios; aldabas y aldabones parlantes, de extrañas figuras y simbólicas formas; picaportes de raro ingenio; anillas que sirvieron para sujetar exploradoras naves de atrevidos nautas; hachones y candelabros que alumbraron fiestas orgiacas en suntuosos tinelos de moradas señoriales; labrados hierros de rejas que oyeron suspirar de

amores á enamoradas parejas; arcas de novia que asistieron á la primera noche de las bodas; cuentos de picas y lanzas que agujerearon pieles humanas; llaves que abrieron misteriosas puertas; pinchos agudos que funcionaron para guardar la fruta del cercado ajeno; cerrojos monstruosos que custodiaron á infelices presos; husillos y arcaduces que condujeron aguas salutíferas á la fuente; astas que enarbolaron estandartes de paz y señeras de guerra; cerraduras complicadas que guardaron caudales, y, por fin, entre otros muchos objetos de esta misma clase, dignos de admiración y cuenta, una cama monumental, un lecho todo de hierro, con calados, y adornos, y flores, que seguramente fué de algún poderoso de la tierra, príncipe ó primate.

En uno de los testeros del salón, y en sitio de honor, cuelgan dos cuadros del Greco, objeto de veneración para el maestro, una Magdalena y un San Pedro, así como en los demás departamentos de la casa hay varios lienzos de artistas que son ya célebres y de otros que lo serán, sin contar muchos del propio Rusiñol, que tienen relevante mérito.

Esto es lo que, casa, palacio, museo, alcázar, instituto, Rusiñol llama el *Cau ferrat* en catalán, es decir, la madriguera férrea, el cado ferroso, la huronera de hierro..., ¡qué sé yo!...; porque la verdad es que esta frase, de especial

sabor catalán, es intraducible en castellano, ó, al menos, no acierto yo con ello.

Rusiñol, como ya dije, es gran admirador del Greco...

En su *Cau ferrat* se presta culto á los dos Greco citados, y pocos meses han transcurrido desde el día en que estos dos cuadros fueron paseados por todo Sitges en triunfo y procesión solemne. Varios artistas catalanes, entusiastas y compañeros de Rusiñol, algunos periodistas y poetas de Barcelona, escritores y letrados, altos y bajos, el Ayuntamiento de Sitges en corporación, el pueblo todo en discreto tumulto y manifestación respetuosa, como en talle de celebrar una gran fiesta cívica, fueron á la estación del ferrocarril para recibir los cuadros del Greco, y, solemne, ceremoniosamente, alzados los pendones, ardiendo en regocijo, sonando los clarines, prolongándose los vivas y los aplausos, los llevaron á depositar en el *Cau ferrat*. Así se honró en Sitges, por inspiración y cuidados de Rusiñol, la memoria de aquel artista que por nombre de familia se llamó Domenico Theotocópuli, y por nombre de arte y de batalla el Greco, á quien unos creyeron extravagante, otros visionario y muchos loco; pero á quien todos admiraron siempre por el vigor de su talento, reconociéndolo como verdadero iniciador de la pintura española, y no pocos

como el pontífice de la escuela de Velázquez.

Podrá ser el Greco, aun hoy día, un enigma, pero fué un genio.

En ninguna parte del mundo obtuvo jamás el Greco, vivo ni muerto, los honores del triunfo como en el triunfo ostentoso que supieron procurarle en Sitges Rusiñol y sus amigos, por lo cual el Greco quedó honrado, la razón reconocida, la anticrítica humillada, el arte esclarecido, la justicia rehabilitada, y Sitges entera agradecida y triunfadora, figurando desde aquel día entre las ciudades más amantes del ingenio y del arte.

Pero el *Cau ferrat* no es solamente un museo, no es solamente un palacio, no es solamente un alcázar... Es algo más que todo esto: ha tomado los vuelos de un instituto y las proporciones de un templo. Los entusiastas de Rusiñol, los impresionistas, los modernistas, los decadentistas, los que en Cataluña obedecen á esa especie de movimiento febril que se ha apoderado de cierta juventud, sin atender á que todo consiste en dar forma nueva á una idea antigua, consideran el *Cau ferrat* como el santuario del modernismo, y á él acuden en procesión y romería.

De vez en cuando se ilumina el templo, y se celebra en él.

A la vista tengo el elegante y bien impreso volumen que colecciona los trabajos leídos en

la *Fiesta modernista del Cau ferrat* (tercer año), certamen literario que se efectuó el 4 de Noviembre de 1894.

Leyéronse obras de Guillermo A. Tell (una poesía titulada *Vida),* de J. María Jordá *(El pueblo muerto,* en prosa), de José Aladern *(El canto del minero),* de Ramón Casellas Dou *(La Damisela santa,* en prosa), de Manuel Rocamora *(El miedo,* en verso), de José Puig y Cadafalch *(El puente viejo y el puente nuevo,* prosa), de Juan Richepín *(Mediterráneas,* verso), de José Pin y Soler *(La matanza del cerdo,* prosa), de Pompeyo Gener *(Macabra vital,* verso), de Narciso Oller *(Un jugador,* prosa), de Juan Maragall *(Estrofas decadentistas,* verso), de Dionisio Puig *(Un átomo,* prosa), de Federico Rahola *(Amores macabros,* verso), de José Ixart *(La cámara blanca,* prosa) y de M. Font y Torné *(Cronología parda,* prosa).

Excepto las *Mediterráneas* de Richepín, que están en verso francés, todos los demás trabajos se hallan escritos en catalán y publicados con esa trastornadora ortografía nueva de los modernistas catalanes que tanto daño hace al gallardo y rico lenguaje catalán, llamado por Cervantes *dulce lengua* y por Víctor Hugo *vivo y luminoso idioma.*

Después de la lectura de estos trabajos, todos notables y algunos de ellos superiores en sentimiento, originalidad, color y vida,

hubo de subir al púlpito Santiago Rusiñol, el maestro y el papa, y, celebrando de gran pontifical, que no era para menos el acto, expuso y definió el dogma en un brillante discurso catalán; porque es de saber que Rusiñol, así cautiva con el pincel como atrae con la pluma, siendo tan diestro, tan pensador y tan profundo en artes como lo es en letras.

Su discurso, que es muy bello, y dejará rastro, aparece sembrado de ideas originales, es de tonos vigorosos y cálidos, despide luz y tiene nervio, y, después de extenderse sobre el arte y sus ideales, desciende al *Cau ferrat,* y al asentar lo que es este instituto, define el dogma por medio de los siguientes párrafos, que traduzco al pie de la letra, pues que Rusiñol hizo esta vez su discurso en hermoso catatán, aun cuando sabe hacerlos también en castizo castellano.

Dicen así:

«Sólo hemos de pedir una gracia, amigos míos: que sea siempre nuestro *Cau* un *cau* (es decir, un cado, un nido) de ilusiones y de esperanzas, que sea refugio para los que sentimos frío en el corazón, sentadero para descanso del espíritu que llega enfermo del camino enlodado de esta tierra, ermita junto al mar, hospital de los heridos de indiferencia y posada de peregrinos de la Santa Poesía que aquí vengan á ver espacios, á respirar nubes, y

mares, y tormentas, y serenidades, á curarse de la enfermedad del ruido, á llenar sus pulmones de paz, para tornar luego con más aliento y volar hacia las selvas y malezas á continuar la Santa Lucha.

»Esto queremos; y queremos, al propio tiempo, que todos vosotros, los que sentís tictactear el corazón y lleváis ideas en el cerebro, dejéis de soñar bajo y alcéis vuestra voz, hasta ahora monologada ó ahogada por el mugir de las muchedumbres, y digáis á vuestro pueblo en voz muy alta que el reino del egoísmo ha terminado; que no se vive sólo de alimentar el pobre cuerpo; que la religión del arte hace falta á pobres y ricos; que el pueblo que no estima á sus poetas tiene que vivir sin cantos y sin colores, ciego de alma y de vista; que quien pasa por la tierra sin adorar la belleza, no es digno ni tiene derecho á recibir la luz del sol, á sentir los besos de la primavera, á gozar de los insomnios del amor, á manchar con baba de bestia innoble las hermosuras esplendentes de la gran Naturaleza.»

Así, así, textualmente. ¿Qué nos separa, pues, á los idealistas de los modernistas?

Si así se define el dogma nuevo, si es esto el impresionismo, si esto es el modernismo, entonces todo marcha por el buen camino, todos podemos entendernos, todos somos unos..., *et ego in Arcadia*.

Entonces esto quiere decir, ó yo no sé leer, que en las esferas del arte y de la luz caben todos; que urge marchar en santa cruzada hacia las esferas donde reina el ideal, el ideal de la Belleza y de la Fe; que la inspiración debe ser el acicate de esa juventud que se agrupa al pie del estandarte comunero de los modernistas, el arte su luz, el genio su aliento, la fe su sostén y el ideal su esperanza y su fin.

Entonces esto quiere decir que hay que marchar á paso de ataque, en talle de conquista y con lumbre de fe hacia el palacio encantado de la Belleza, donde ésta gime cautiva y á quien los nuevos caballeros andantes del modernismo deben desencantar y poner á salvo, librándola de los follones y malandrines que *la manchan con baba de bestia innoble.*

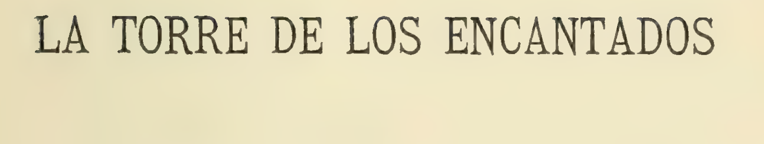
Entonces esto quiere decir, por último, que hay que apiñarse en haz macedónica y en batallón sagrado para pasar por encima de la multitud ignara en demanda y busca del arquetipo; que no tiene derecho á bañarse en luz del sol quien *pase por la tierra sin adorar la belleza;* que es hora ya de que *termine el reinado del egoísmo;* que el individualismo, en el sentido que hoy le vemos extenderse y progresar, es un mal peligroso, propio solamente para *ciegos de alma y de vista;* y que hemos de volver, finalmente, á aquellos tiempos en que el arte no era personal ni utilitario, en que el artista,

con nombre ó sin él, desdeñando los trompeteos del vulgo y desconociendo los bombos del reclamo, sólo se cuidaba de perfeccionar su obra y de esmerarse en ella, ajeno á toda codicia de lucro, trabajando todos en el gran alcázar, sin más deseo que el de contribuir á elevar al cielo la aspiración unánime del siglo.

Si esto es, pues, el modernismo, si esto es el impresionismo, entonces yo, romántico é idealista de toda mi vida; yo, que voté contra la palabra *modernismo* con Castelar, con Pidal y con Madrazo, entonces, *anche io,* también yo, también yo soy cristiano: echadme á las fieras.

Casa Santa Teresa, en Villanueva y Geltrú,
Agosto de 1895.





LA TORRE DE LOS ENCANTADOS

LA TORRE DE LOS ENCANTADOS

Se eleva sobre un cerro que tiene todas las cualidades de monte, junto á la hermosa villa de Caldas de Estrach, llamada vulgarmente Caldetas, es decir, Caldas pequeña.

Es Caldas de Estrach ó Caldetas una villa risueña y alegre, de blancas y graciosas casas, á orillas del mar, en nuestra costa catalana de Levante, á poca distancia de la ciudad de Mataró, y unida hoy á Barcelona por el ferrocarril que desde la capital de Cataluña se dirige á Francia.

Cuando estuve yo por primera vez en Caldetas no existía aún vía férrea, y el viaje, en que hoy se emplea algo menos de dos horas, ocupaba entonces casi todo el día, siendo ciertamente viaje muy fatigoso y en muchas ocasiones de gran riesgo. La carretera, que no era muy buena, carecía de puentes en algunos puntos, y el coche cruzaba el río Besós y las varias rieras que encontraba al paso, aventu-

rándose por inciertos vados, lo cual solía ser muy arriscado y por demás peligroso cuando las aguas venían de crecida.

Así, y con estos riesgos, iba yo todos los años, siendo mozo imberbe, acompañando á mi buena madre, que solía tomar los baños y aguas salutíferas de Caldetas.

El pueblo estaba, y está, dividido en dos, ofreciendo entrambos pintoresca perspectiva. El uno, el de abajo, se halla en la misma playa, al pie de un monte que parece pronto á desplomarse sobre él, mientras que el otro tiene sus casas al terminar una ladera y en actitud de escalar el monte. Se llama el uno Caldetas de Mar, y el otro Caldetas *de Dalt* ó de arriba. El primero es el pueblo de los marinos; el segundo, el de los montañeses y labradores.

La carretera de Barcelona á Francia dividía en dos mitades el pueblecito de Caldetas de Mar, y en otras dos mitades lo dividía también la riera llamada de Caldetas, formando así una cruz, que tenía por leño el camino y por brazos la riera.

Hoy, esa Caldetas de Mar, que en mi época era sólo una especie de barrio de pescadores, es una villa peregrina, llena de encantos en verano, de animación y de vida. Punto de reunión y cita de distinguidas familias que acuden á buscar la salud en sus famosas

aguas termales, tiene cómodos hoteles, preciosas casitas, villas y *chalets* peregrinos, salas de baile y de concierto, y, á más de su limpia playa, todo lo que agrada y atrae á esas colonias veraniegas que salen de las ciudades en busca de salud para el cuerpo, de solaz para el pensamiento y de vida para el alma.

Puesto que estos artículos, que hoy me ocupo en escribir, están destinados principalmente á recoger tradiciones y costumbres populares que se van, y á consignar datos y noticias folklóricas que ya casi se han ido, debo decir algo muy curioso sobre el nombre de este pueblo.

Suponen algunos que el nombre de Estrach, que este pueblo lleva, lo tenían también algunos otros pueblos vecinos, como, por ejemplo, San Andrés y San Vicente de Llevaneras, que se denominaban Llevaneras de Estrach. Los que asientan esto, afirman que el vascuence fué el primer lenguaje que se habló en Cataluña, y que, en vascuence, la palabra *strac*, *estrac* ó *restrac* significa frutal silvestre. De ahí el nombre de Caldas de Estrach.

Los que así piensan explican de este modo la etimología de los nombres que llevan las poblaciones de nuestra costa levantina. Así, por ejemplo: Lloret, dicen, es una voz vascuence compuesta de *lor*, que significa *flor*, y

de *eta,* que supone abundancia ó frecuencia de alguna cosa, y de consiguiente, Loret, actualmente Lloret, es lo mismo que floresta ó lugar abundante de flores. Iluro, dicen (nombre antiguo de Mataró), es una palabra compuesta de *ilia,* que en vascuence equivale á población, y de *ur,* que en el mismo idioma quiere decir agua, significando, por consiguiente, población de agua ó cercana al agua. Mata, añaden, es palabra derivada de la vascuence *matza,* que corresponde á viña, cepa, uva, vino. Borriac ó Buriac se compone de la palabra *burúa,* en vascongado cabeza, y de *orriach,* que es áspero ó estéril.

De estos y otros ejemplos por el estilo deducen que la primera lengua hablada en España, y también naturalmente en Cataluña, fué el vascuence. Puedo no participar de la opinión, pero la consigno.

Dije ya que el monte que se alza junto á Caldetas se halla coronado por la llamada *Torre de los encantados.*

He ido á Caldetas muchísimas veces, pero sólo una visité la torre, hace ya muchísimos años. La cuesta es pina y el acceso difícil.

Cuando estuve en ella parecióme de construcción morisca. Debió de ser vigía ó atalaya de los moros en tiempos de su dominación por esta costa, ó más bien, quizá, de nuestros abuelos los reconquistadores cuando querían

poner á cubierto de invasiones piráticas los pueblos de la playa.

Estaba bastante bien conservada, y aunque un agujero, remedando una puerta, abría paso al interior, bien á las claras demostraban las piedras allí hacinadas que aquella abertura era reciente. La entrada á la torre sería por medio de una escalera de madera ó de cuerda, colgante de la ventana del primer piso.

De tres constaba esta torre, sin escalera ninguna que á ellos condujera ni vestigios de que la hubiese tenido nunca. En el suelo de cada estancia aparecía una abertura cuadrada, y por ella pasaría la escala de cuerdas que facilitaba el ascenso y descenso interior.

Se alzaba la torre en el centro de un patio de armas circular bastante capaz, cerrado por una gruesa muralla almenada que tenía abierta brecha por dos puntos diferentes.

Sirvió de telégrafo militar en las guerras civiles y disturbios de este siglo, y acerca de ella corren en boca del vulgo tradiciones y leyendas.

Pretenden algunos que todos los años, el día de San Juan, es decir, el día de las leyendas, como el cielo sea claro y el sol brillante, la sombra de la *Torre de los encantados* se refleja á medio día en la plazuela que hay en Mataró delante de la posada de Montserrat. Allí

aparece por breves momentos á dicha hora el contorno de la torre. Es de advertir que Mataró dista dos buenas leguas de Caldetas.

Dice también otra tradición que antiguamente había un camino subterráneo que desde ella conducía á un punto distante de la playa. Pudo ser esto, pues la cosa era frecuente en castillos aislados, cuyos defensores hallaban así manera de abastecerse ó fugarse al ser sitiados ó combatidos.

Por lo que toca á su nombre de *Torre de los encantados*, se refieren ciertas fábulas, alguna de las cuales pudo tener origen en determinado suceso.

Suponen unos que en tiempos antiguos, á altas horas de la noche, se veían salir torrentes de luz por las ventanas y se oían gritos, cantos, risas y estruendos, acompañado todo unas veces de choque de vasos y botellas, y otras de ruidos extraños y misteriosos, algazara que se achacaba á los demonios ó encantados que habían tomado posesión de la torre, convirtiéndola en su morada.

Con esta tradición se acompaña, naturalmente, la que va siempre unida á consejas de esta clase, y es la de suponer que una vez ciertos mozos del pueblo, echándola de valientes, quisieron sorprender los misterios de aquel lugar; pero al llegar al pie del muro salieron en tropel los demonios y los sujetaron,

llevándoselos á los profundos infiernos, sin que nada más volviera á saberse de ellos. Desde entonces infundió terror tal el sitio, que nadie se acercaba allí ni subía á la montaña, sobre todo de noche.

Otra versión oí; pero ya ésta me pareció más plácida y peregrina, y más propia sobre todo de encantos y hechicerías.

Había una vez en el pueblo una muchacha que era muy pobre y vivía con sus padres en la mayor miseria. Era, en cambio, muy agraciada y de hermosura singular y extraordinaria. Un día, sin saberse cómo, desapareció de la casa de sus padres, quienes en vano la buscaron; en vano hicieron diligencias y se valieron de todos los medios posibles para encontrarla. Cuando ya habían renunciado al placer de abrazarla, llorándola como perdida para siempre, pasado mucho tiempo, la joven se presentó de improviso en su casa, pero no pobre como de allí saliera, no andrajosa y sucia, sino lujosamente vestida, espléndida de belleza, adornada de joyas, portadora de varias arcas llenas de objetos valiosos, y llevando en la mano una cestita de plata con muchas monedas de oro.

Lo que entonces contó la muchacha para explicar su desaparición y escapatoria, fué muy singular y dió mucho que decir á las gentes del pueblo, que se agrupaban para ver-

la, para admirarla y oírle contar su deleitante aventura, origen de su misteriosa riqueza.

Hallábase una tarde la joven cenicienta sentada en una peña, al pie del monte en cuya cima se eleva la *Torre de los encantados,* y allí fué sorprendida por las primeras sombras de la noche. Iba á levantarse para regresar al pueblo y á su casa, cuando, de repente, oyó gran estrépito de batir de alas, y vió que descendía de las nubes un águila monstruosa como en ademán de arrojarse á ella. Helada de espanto, cataleptizada por el terror, la pobre muchacha se quedó inmóvil. Abalanzándose entonces el águila, la cogió suavemente entre sus garras y, remontándose, cruzó de nuevo los aires, yendo á depositar á la joven en el patio de la *Torre de los encantados.*

Una vez dentro del murado circuito, la doncella vió con sorpresa cómo el águila monstruosa que allí la trajera se transformaba en un gallardo y apuesto mancebo, el cual le dijo con voz dulce:

—No tengas miedo. No he de hacerte ningún daño. Soy un príncipe que estoy aquí encantado por malas artes de un mago poderoso, enemigo de los míos y enemigo también de la hermosa princesa á quien adoro y de quien por este medio me alejan. Dentro de este recinto puedo recobrar mi forma y mis hábitos, puedo ser yo mismo; cada vez que

intento salir me veo transformado en águila. Así permaneceré encantado mientras no venga una doncella, intocada y virgen, á vivir en esta mansión. Y esta doncella debe permanecer aquí, de su propia voluntad y sin ser forzada, hasta el día en que una paloma blanca penetre por la ventana y vuele á ella y le dé con su piquito un beso en los labios. Entonces será cuando yo quede libre y recobre mi ser y existencia de mortal. ¿Quieres tú, de buen grado, ser esta mi doncella salvadora? A mí no volverás á verme en esta forma mientras no recobre mi libertad; pero cuidaré de que nada te falte, y cuando llegue el suspirado día de mi desencantamiento, volverás á tu casa colmada de riquezas.

Prendada la joven del mancebo y de la novedad, se avino á todo.

Vivió mucho tiempo sola en la torre. Tenía un lujoso aposento, una cama de oro y maderas olorosas con mullidos colchones de plumas y seda para descanso, arcas llenas de ricos trajes, espejos de plata, todo lo que puede hacer cómoda y feliz la vida; pero no podía salir ni ver á nadie. Estaba ella á su vez allí como encantada.

Cada noche entraban genios invisibles en el departamento, que limpiaban y arreglaban. Y cada mañana, al levantarse, la joven encontraba una joya más, un dije nuevo, algo que

la entretenía y ocupaba durante todo el día.

Algunas veces oía el batir de las alas, y el águila acudía á posarse en el alféizar de su ventana, mirándola con ojos encendidos y registrando con ellos el interior de la estancia, como para asegurarse de que nada faltaba á la hermosa doncella.

Así se pasaron muchos, muchos días, hasta llegar aquel en que, hallándose al amanecer tendida en recamados cojines junto á la ventana, gozando del sueño del alba, que es el más dulce sueño, oyó un suave batir de alas y vió entrar á una paloma, blanca como la nieve virgen y no hollada del vecino cerro, la cual se acercó amorosamente á su rostro, imprimiendo un dulce beso en sus labios.

En aquel momento retembló la torre en sus cimientos, retumbó un trueno estrepitoso, una nube blanca se extendió por la estancia, y, al disiparse ésta, la joven se encontró delante del mancebo, que había recobrado su forma y que acariciaba la mano de una dama tan gentil como gallarda. Era la princesa á quien el mago había encantado también transformándola en paloma.

Agradecieron los novios á la doncella el servicio que tuvo ocasión de prestarles, y la colmaron de bienes y riquezas, con todo lo cual llevó la dicha y la abundancia á la casa de sus padres.

Y colorín colorado, el cuento se ha acabado.

Pero existe otra tradición que es más bella aún y más grata.

En tiempos muy remotos moraba en la *Torre de los encantados* una mujer de agua.

Sabido es lo que son las mujeres de agua en nuestras comarcas catalanas del Vallés y de los Pirineos. Son infinitas las tradiciones què á ellas se refieren, y algunas conté yo en determinados pasajes de mis libros.

Especie de hadas buenas y bienhechoras, las mujeres de agua acostumbraban á llevar la dicha donde quiera que aparecían.

Nadie ignoraba en la comarca que la *Torre de los encantados* era morada de una mujer de agua. Se la veía en noches de luna aparecer sobre la plataforma de la torre, con su luenga vestidura blanca y su estrella de plata en la cabeza, y no faltaba quien asegurase haberla visto lanzarse á los aires y, en brazos de ellos, descender á la playa para bañarse en las olas del mar á la luz de la luna.

Pero no obstante la vecindad de aquella huéspeda insigne, y contra todo lo que esperarse debía, la comarca estaba lejos de alcanzar los beneficios que acostumbraban ir aparejados con la presencia de una mujer de agua. Las cosechas iban cada vez de mal en peor, toda clase de calamidades y plagas caía

sobre el país, y la miseria y el hambre llamaban á la puerta de cada casa.

Un día la campana convocó al pueblo á concierto, y fueron congregados los vecinos en asamblea general para tomar acuerdo en vista de las desdichas cada vez más crudas y patentes.

Todo el mundo culpaba á la mujer de agua. Los males habían nacido poco después de aparecer ella, y la opinión general era que debía arrojársela del país y arrasar la *Torre de los encantados,* por todos entonces odiada y maldecida. Iba ya á tomarse por aclamación el acuerdo, cuando alzó su voz un anciano, de todos respetado y querido, el cual, con palabras de moderación y consejos de prudencia, les hizo ver cómo era mala consejera la pasión y cómo por el camino de los atropellos sólo se llega al pueblo de las venganzas.

—En vez de exasperar á la mujer de agua— les dijo — y despertar sus iras, pidámosle humildemente amparo y clemencia. Solicitémosla para amiga; no vayamos á rechazarla como enemiga, y, seguramente, alcanzaremos de su bondad lo que jamás conseguiríamos de su ira.

Fueron atendidos los consejos del anciano, y se decidió que él mismo, al frente de una comisión de prohombres del pueblo, pasara á solicitar el amparo y los favores de la mujer de agua.

Esta no se hizo de rogar; se dignó recibir en el acto á la comisión, como si fuera sencillamente una reina constitucional moderna en época de costumbres democráticas; accedió generosamente á su deseo otorgándoles su protección, y pidió que fuese congregado el pueblo para el día siguiente á hora del mediodia.

Y, en efecto, á la hora anunciada se presentó en la plaza pública, ante el pueblo, como una simple mortal, y haciendo seña para que se la siguiera, bajó por un camino pedregoso que terminaba en la riera. Al llegar allí, volvióse á la multitud que tras ella se agrupaba, y dijo:

— Por las entrañas de este monte cruza un río de plata. Voy á abrirle paso, y ésta será vuestra prosperidad futura.

Y en seguida, á guisa de Moisés, hirió la peña con una varita, y brotó el golpe de agua salutífera que ha hecho la fortuna de aquellas termas y de aquel pueblo.

Tales son las tradiciones que recogí, referentes todas á la *Torre de los encantados,* en la pintoresca villa de Caldetas, junto al mar azul y al pie del monte del agua santa.

Fres del Val, Septiembre 1895.



EL CASTILLO DE LA SELVA

EL CASTILLO DE LA SELVA

I

Que sirve de introducción y del que se puede prescindir, porque nada tiene que ver con el cuento.

Ya que estamos en tiempos de gran privanza para cuentos propios y ajenos, moda introducida en la prensa, si no me engaño, por mi ilustre amigo el general mejicano señor Riva Palacio con sus interesantes *Cuentos del general,* allá voy yo á mi vez con el mío.

Y este mío es un cuento de mi tierra, vulgar y sencillísimo, en que nada puse de mi parte sino la forma.

Advierto de antemano á mis lectores, para que no se llamen á engaño, que es un verdadero cuento de hadas, en que juegan los diablos y las potencias infernales, cuento romántico con todos sus enseres y menesteres, como propio de Cataluña y de los Pirineos catalanes, donde, á Dios gracias, el romanticismo está todavía en olor de santidad.

Porque la vieja Cataluña, bien y filosóficamente considerada, tiene, es verdad, mucho de griego y de latino, y así se encuentra en sus cielos, en sus mares, en sus costumbres, historias y tradiciones; pero tiene también mucho de germano, sobre todo en sus montañas, y esto se debe, sin duda, ó yo no sé qué otro origen darle, á los alemanes que llegaron un día en son de aventureros y que encarnaron en el país, auxiliando poderosamente á los indígenas para arrojar á los árabes, hasta concluir por crear en él, y fundar, raza, dinastía, nombre, título, hogar y familia.

Lo que voy á contar me lo refirió hace muchos años, cerca de medio siglo nada menos, un hombre noble y bondadoso que ya no existe y que fué mi maestro de latín, en que era gran autoridad, al propio tiempo que lo era también en música, su verdadera y habitual profesión.

Es posible que nadie se acuerde ya de él, cuando debieran acordarse mucho, sobre todo en la villa de Figueras, donde nació y á la que con su fama dió nombre y resonancia.

Era un hombre singular, de ilustración y talento. Se llamaba Buenaventura Bassols, erudito, poeta y músico. Fué autor de un poema catalán muy raro, que anda por estos mundos sin su nombre, profundo latinista, hasta el punto de hablar el latín con tanta fa-

cilidad como su lengua nativa, y excelente guitarrista, discípulo del gran F. Sor, maestro en su arte, verdadero domador de ese pequeño monstruo tan delicioso que se llama guitarra, y á cuyo estudio y práctica había en aquellos tiempos inclinación y aficiones marcadamente pronunciadas.

Era, pues, á un mismo tiempo Buenaventura Bassols, por caso extraño, maestro de latín y maestro de guitarra, sucediéndole cosas muy singulares con sus discípulos, que barajaba á su manera, no sin incurrir en graciosas equivocaciones, pues nunca acertaba á recordar de un modo exacto quiénes eran los que iban á su clase de latín y quiénes á la de música.

Contaba entre sus discípulos á Pablo Piferrer, el que fué más tarde célebre cronista de Cataluña, poeta eximio y pensador profundo, que fundó escuela literaria entre los catalanes, y ha dejado nombre ilustre en las letras españolas. A Pablo Piferrer lo tenía en su clase de guitarra, y á mí en la de latín, ocurriendo que á mí, que tenía entonces gran necesidad de la lengua de Horacio para mis exámenes, me daba siempre lecciones de música, y á Piferrer, que se había matriculado con él para saber música, á que se dedicaba con deleite, se las daba de idioma y de clásicos latinos.

Sucedía, por ejemplo, lo siguiente:

— Maestro — le decía yo al llegar á su casa y al encontrarle casi siempre guitarra en mano, — hoy traigo mi lección perfectamente aprendida.

— ¿Sí? Pues me alegro. Ya la veremos otro día. Hoy quiero hacerte oír una marcha que estoy estudiando. Quiero que veas lo que es la guitarra, y cómo responde. Es decir, no es la guitarra lo que vas á oír; es la voz humana saliendo de este vientre de madera.

Y lanzado por este camino, no había recurso, se disparaba hablando de su arte; y como discurría muy bien, y guitarreaba con verdadera maestría, le escuchaba yo con embeleso, y así pasábamos las horas de lección muchas veces.

Con Piferrer ocurría lo contrario.

Llegaba éste, y apoderándose de la guitarra, decía:

— Ayer me pasé toda la tarde aprendiendo este vals. Va usted á ver, maestro.

— Sí — decía entonces D. Buenaventura, — para músicas estoy.

— Pues ¿qué ocurre, maestro?

— Ocurre que he pasado la noche en vela.

— ¿Está usted enfermo?

— Como si lo estuviera. Se me indigestó un verso de Ovidio y anduve á vueltas con él toda la noche. No he pegado los ojos, y estoy

mareado á fuerza de rumiar. El verso dice: *Militat omnis amans et habet sua castra Cupido.* Vamos á ver: ¿qué entiendes tú por *Militat omnis amans?*

—Pues, no sé.

—¿Cómo que no sabes, pigre? (Pigre era la única palabra con que aquel excelente señor se permitía reprendernos ó censurarnos.) Pues yo no puedo permitir que un mozo de tus prendas ignore lo que debe saber.

Y en seguida emprendía sus disertaciones, y, quieras que no, aquel día le daba una lección de latín en lugar de guitarra.

Buenaventura Bassols llegó á ser con el tiempo gran amigo mío; y hallándome un día de jornada con él y de excursión por el Ampurdán, que es la Andalucía catalana, estuvimos toda una tarde paseando por las murallas del castillo de San Fernando, fortaleza grandiosa mandada levantar, creo, por Fernando VI, y en la que, según se cuenta, sufrió el martirio de la prisión y del sueño aquel esforzado defensor de Gerona, ilustre Alvarez de Castro.

Pocas veces se ofrece á la vista espectáculo más hermoso ni panorama más encantador que el de que se disfruta desde las murallas ó desde las torres del castillo de San Fernando de Figueras. Años y años llevo pasados ya desde que por última vez lo vi en 1851, y todavía lo veo.

Allí aparecen á corta distancia los Pirineos, casi al alcance de la mano, como quien dice, dibujándose en accidentada sierra sobre el azul del cielo, con todas las maravillas de su naturaleza, con todas las glorias de sus recuerdos y con todos los esplendores de sus maravillas y de sus glorias.

Aquella colina con su castillo, que parece el florón de una corona y que, á manera de broche, enlaza el Pirineo alto con el bajo, es Belle Garde, nuestro antiguo castillo de Bella Guardia, cuyos muros, según se dice, fueron levantados con piedras de los trofeos de Pompeyo, y á cuyo pie el general Ricardos riñó gloriosas batallas, hace ahora precisamente un siglo, para reconquistar aquel Rosellón, tan extraño hoy para nosotros como tan nuestro fué un día, donde están los orígenes de nuestra lengua catalana, las fuentes de nuestros ríos, las glorias de nuestro pasado, la cuna de nuestros reyes y el sepulcro de nuestros padres.

Aquel otro monte, que alza sus dentelladas crestas y deja caer muy á menudo por sus hombros su holgada cabellera de nieve, es Recaséns, la montaña adonde se dirige la solemne procesión que cada año, á principios de Junio, sale de Figueras en busca de la tramontana, que con su fortaleza y sus ímpetus está destinada á disipar los infectos miasmas

con que envenenan el aire los encharcados lagos.

Más allá está San Pedro de Roda, con su memorable monasterio, tan protegido de los condes de Ampurias; al otro lado, la Virgen del Monte, con su popular y renombrada ermita, y, más lejos, dibujándose en el horizonte, *las tres gemelas,* es decir, las tres montañas aisladas y similares, en la cumbre de una de las cuales se ve, como una sombra, el castillo de Torroella de Montgrí.

Tropieza luego la vista con Alfar, colina que surge de en medio de los valles ampurdaneses sosteniendo un puñado de viejas y ruinosas casas, á manera de esos montículos que asoman por entre las frondas de un jardín con su cumbre coronada por tosca cabaña ó por negruzca torre que sirve de miradero.

En un extremo de este panorama está Rosas con su célebre salvadora bahía, y á poca distancia aparece La Escala, situada en las playas donde un día se irguió con todo el orgullo de su poder la soberbia Empurias, que aun yace allí soterrada bajo inmensos arenales.

Esparcidos al pie de los montes se hallan Masanet de Cabrenys, en el centro de cuya plaza aparece, clavada en el suelo, una gruesa barra de hierro que, al decir del vulgo, es la misma que Roldán arrojó desde un pico de los Pirineos, cansado de matar moros con ella; la

capilla del Roble, que asoma junto al ruinoso monasterio bizantino de Santa María; Villa-Bertrán, con su colegiata bizantina también y sus hermosas y floridas huertas; Peralada, con sus grandes recuerdos de nuestro Pedro de Aragón, *el épico;* Llers, con los doce castillos que la rodean y encierran dentro de un círculo de fortalezas legendarias, y, finalmente, Castellón, con su magnífica catedral, sus retoños de grandeza y sus recuerdos de gloria.

Y todo esto en medio de una pintoresca y deliciosa llanura, regada por cuatro ríos; y todo esto á los pies de aquel monte gigante que se llama el Canigó, arrebozado siempre con su manto de nieve y su caperuza de nieblas, el famoso Canigó de tradiciones misteriosas y leyendas románticas, en cuya cima existe el lago encantado de que se hablará luego, y en cuyas entrañas, nunca registradas, custodian las hadas del monte, ó sea las *Buenas mujeres,* según en el país se las llama, opulentos criaderos y minas de plata, de oro y de diamantes, como asegura muy seria y formalmente el cronista Jerónimo Pujades.

A este Canigó, á este lago encantado y á estas *Buenas mujeres* se refiere el cuento que, paseando por el adarve del castillo de San Fernando, y á la vista del monte, me refirió Buenaventura Bassols, para mí de tan digna y honorable memoria.

Y vamos ya — me parece que es hora, ¿verdad?, — vamos ya al cuento prometido, que no encierra ningún problema, que no plantea ninguna tesis, que es pura y sencillamente un cuento, mal contado tal vez, y que nada tiene de transcendentalismo, aunque sí quizás de prerrafaelismo, si es que esta moderna escuela, como dicen los doctos, tiene por ideal una edad media fabulosa, una época y un país de sueño á que se transporta, fuera de tiempo y de espacio, toda clase de acciones y figuras nacidas en la fantasía y no en la realidad.

En este caso seré un prerrafaelista sin advertirlo.

II

En el que aparecen los dos héroes del cuento, ella y él.

Hace ya mucho tiempo, mucho, todo el que quiera tomarse el lector, vivía en Figueras, ó, lo que es lo mismo, en el pueblo formado por unas cuantas casas que más tarde debía ser la hoy importante villa ó ciudad de Figueras, un hombre ya entrado en años que era un portento en el violín. No se conocía á nadie que pudiera rivalizar con él en el ejercicio de su arte.

Por malaventura suya, el pobre violinista era feo, pequeño, jorobado, y tenía las piernas torcidas. Una especie de monstruo. Las muchachas huían de él, los chicos le apedreaban. El infeliz lo soportaba todo con la resignación de un santo.

Vivía de su violín, que le daba por cierto escasos productos. Iba á todas las fiestas y hacía danzar á las muchachas, que algunas veces le pagaban su trabajo, pero que otras le despedían sin darle ni dinero ni gracias.

Todo lo aguantaba el mísero. No tenía más amigo ni más consuelo que su violín. Sin embargo, se consideraba feliz y tomaba como cosa natural todo cuanto le acaecía. Nunca se le ocurrió que pudiese ser diferente de los demás hombres, ni que él era deforme, mientras que los otros eran apuestos y gallardos.

Una mañana entró un escudero, ricamente vestido, en la humilde casucha donde habitaba Gotardo.

El triste violinista se llamaba Gotardo.

—Mi señora me envía —dijo el escudero.— Esta noche hay fiesta en el castillo, y se te necesita á ti con tu violín.

— Y ¿quién es vuestra señora? — preguntó Gotardo.

— La noble dama Edelina de la Selva.

Al oír este nombre, conocido en todo el país, el músico hizo una profunda reverencia.

—Ahí tienes esta pieza de oro—prosiguió el escudero, arrojando una moneda á los pies del violinista. — Si cumples, mi señora te recompensará con mayor cantidad. Si faltas, te mandará colgar de una almena de su castillo.

Y el escudero se marchó sin añadir más palabra.

En aquellos tiempos, como se ve, había oro, y también señores que mandaban ahorcar á quien bien les parecía, dos cosas que ahora no se usan.

En cuanto Gotardo se vió solo, se dispuso á poner cuerdas nuevas á su violín, con objeto de que pudiera lucirse en los salones de la gran dama, para él desconocida, pero de quien había oído hablar mucho.

Edelina de la Selva habitaba un castillo en el corazón de la montaña llamada Canigó. Viuda esta joven dama de un ilustre caudillo, había ido á pasar su viudez y á encerrarse en aquel castillo, tan triste, solitario y salvaje como el monte en el centro del cual elevaba sus almenas.

Los montañeses y gente del país apellidaban este alcázar el castillo de la Selva por un inmenso bosque, muy espeso y poblado, que arrancaba del pie de sus muros, prolongándose á larga distancia. Algunos le llamaban á este bosque *la selva roja,* y no precisamente por ser la suya una tierra muy roja, de color de san-

gre, con lo cual se justificaba el adjetivo, sino porque, según cuentos y hablillas del vulgo, era aquél un bosque que había sido habitado por los demonios, quienes celebraban en él, á la luz de la luna, sus nocturnos conciliábulos.

En cambio, mientras los demonios moraban en *la selva roja,* las hadas benéficas del país, las *Buenas mujeres,* que así eran denominadas, vivían en la cima del monte, junto á un estanque, donde guardaban sus tesoros.

Ahora bien, las hadas del monte, las *Buenas mujeres,* eran excelentes cristianas, y no podían ver ni pintados á los demonios; así es que sólo esperaban una ocasión favorable para arrojar del bosque á sus infernales vecinos.

En esto nacióle una hija al señor del castillo de la Selva.

Era una niña hermosa como la perla que al sonreír la aurora cuelga de la hoja de un árbol.

La madre, al ver á su hija tan bella, quiso ponerla bajo la protección de las *Buenas mujeres,* y éstas, á su invocación, acudieron todas al castillo.

Rodearon la cuna de la recién nacida, y una de ellas, tomando la palabra por todas, dijo á la madre :

—Noble dama, tu hija será siempre feliz y siempre hermosa como sigas mi consejo.

—¿Qué debo hacer?

—Toma esta cruz—dijo el hada entregando á la dama una crucecita formada de piedras verdes, una cruz de esmeraldas.—La colgarás del cuello de tu hija, y llevando en brazos á tu niña adornada con la cruz, irás á pasar toda una noche al pie de la gran encina que se eleva en el centro de la selva roja. Ha de ser en una noche de luna llena y clara, cuando ni la más pequeña nube enturbie el azul del cielo ni apague la claridad de las estrellas; y debes situarte con tu hija junto á la encina misma en torno de la cual acostumbran á danzar los demonios. Éstos no se presentarán si allí está tu hija con la cruz; huirán del bosque para siempre, y tu niña será feliz toda su vida. Lo único que pudiera turbar su dicha sería que los demonios volvieran; pero éstos no volverán mientras tu hija conserve y lleve sobre su pecho la cruz de esmeraldas.

La dama del castillo prometió hacer lo que le decían, y las hadas del monte ofrecieron en cambio su protección, protección que podían llevar á cabo sin obstáculos desde el momento en que, libres de sus enemigos vecinos, se hallasen ser ellas solas dueñas del monte y de la selva.

Edelina, tal era el nombre de la recién nacida, fué llevada por su madre al centro del bosque y al pie de la encina, pendiente de su cuello la cruz de piedras verdes.

Hacía ya dos ó tres horas que la castellana se hallaba con su hija en lo más fragoso de la selva. Procuraba dormir á la tierna criatura, arrullándola con uno de aquellos poéticos y melancólicos romances como sólo se oyen cantar en las montañas. Era media noche, y la luna brillaba en el cielo con todo su esplendor.

De repente se oyó un gran estruendo, los árboles se bambolearon, el castillo se estremeció sobre sus cimientos, la tierra toda tembló, y oyóse á manera de un espantoso aullido, como lanzado por muchedumbre innúmera de fieras de todas clases que se hubiesen replegado para ello. Era el aullido de cólera que lanzaron los demonios al abandonar la selva.

Desde aquella noche la comarca se vió libre de los moradores del bosque, y la fortuna comenzó á sonreír á los dueños del castillo, que hasta entonces se habían visto perseguidos siempre por la desgracia.

Edelina comenzó á crecer, y á medida que iba creciendo aparecía cada vez más hermosa, hasta llegar á ser la más bella mujer de que se tenía noticia.

La crucecita de esmeraldas no se apartó jamás de su cuello. Las *Buenas mujeres* cumplieron su palabra.

Un noble señor solicitó su mano y la obtuvo; pero á los dos años de matrimonio, Edelina perdió á su marido, y fué á pasar el tiempo

de luto en el castillo de la Selva, abandonado y solitario por la muerte de sus padres.

Pocas veces se dejó ver Edelina mientras duró su luto. Los que alcanzaban el placer de verla, decían que estaba más hermosa que nunca, lamentando todo el mundo que criatura tan agraciada y bella viviera retraída en el fondo de un alcázar solitario, como virgen del Señor en el interior de un claustro.

Pero hé ahí que un día el castillo cobró un aire inusitado de fiesta, y la comarca toda supo que aquella noche daba Edelina un gran baile, al que había sido convidada toda la nobleza del país. Terminada estaba la época de duelo, y comenzaba la de gala. Edelina renacía para el mundo.

Fué el día en que el violinista Gotardo recibió la moneda de oro, y con la moneda de oro la orden de ir con su violín al castillo de la Selva.

III

En que se refiere lo ocurrido al pobre violinista en la fiesta del castillo.

Llegó la noche; Gotardo vistió su traje de fiesta, y con el violín bajo el brazo se encaminó al castillo de la Selva, loco de contento porque iba á ver lo que no había visto nunca, es decir, un baile de grandes señores.

El infortunado violinista irradiaba de gozo al pensar que iba á encontrarse entre ilustres personajes y entre bellas damas, unos y otras deslumbrantes en galas y atavíos, bailando al son de su violín, de su querido violín, que hasta entonces sólo había tenido poder para hacer danzar á rústicas parejas sobre alfombras de verde césped.

El castillo aparecía espléndidamente iluminado cuando á él llegó Gotardo. Torrentes de luz salían por cada ventana abierta; los criados iban y venían; embarazaban las puertas grupos de pajes, mesnaderos y hombres de armas; las damas descabalgaban en el patio de honor y daban á guardar á los escuderos sus encubertados palafrenes; los galanes, ofreciéndoles la mano según costumbre de enton-

ces y dirigiéndoles palabras corteses, las acompañaban á los salones.

Encontrábase Gotardo en un mundo nuevo, y todo lo observaba como alelado y con rostro verdaderamente estúpido.

Algunas damas, al pasar por junto al violinista, le miraban y sonreían. Una, entre otras, le estuvo contemplando buen rato, como quien ve una cosa curiosa, y en seguida soltó la carcajada.

Gotardo se puso á pensar qué podía haber en él para así motivar tan franca risotada de aquella dama. Entonces, por vez primera en su vida, pensó en su deformidad; por vez primera en su vida supo que era feo. Atenaceado por tan punzante idea, estaba á punto de volverse; pero ya le había visto el mensajero de aquella mañana, que se acercó á él y le acompañó al sitio que debía ocupar toda la noche en compañía de otros músicos.

Deslumbrante espectáculo se presentó á los ojos de Gotardo. Era una fiesta espléndida, espléndida de lujo, de gala, de luces, de flores, de mujeres. Todo era bello y risueño, todo encantador. Gotardo, desde un extremo del salón, medio oculto por una rica tapicería, asistía al espectáculo, pareciéndole un sueño todo cuanto veía. Nunca cosa igual había herido su vista; jamás cosa parecida había hablado tan alto á sus sentidos.

Ríos de luz inundaban la estancia; mujeres deslumbradoras de gracias y atractivos paseaban por la sala; oleadas de música envolvían á toda aquella brillante multitud en atmósferas de armonía. A través de la fiebre que dominaba á Gotardo, el aturdido artista sentía llegar hasta él ese perfume embriagador, formado de los perfumes de todas las flores, que emana de la mujer.

Ya varias veces el violín que sostenía con mano trémula había dado muestras de la alucinación del músico, valiéndole severas miradas y hasta alguna reprensión por parte del director de orquesta.

Entre todas aquellas beldades seductoras, Gotardo vió á una dama superior á todas en hermosura y encantos. Era un rostro que se destacaba de entre un mar de cabellos rubios como oro en hebras; eran dos ojos que chispeaban como estrellas en cielo azul; era una boca que parecía un clavel partido; era un cuello cuya blancura obscurecía la del cisne; era un talle que se doblegaba airoso como una palma; era un pie que competía con el de un niño.

Gotardo pensó que ser amado de aquella mujer sería vivir en el Paraíso. Gotardo pensó que una sonrisa de aquella mujer valía el sacrificio de una vida.

Los caballeros hervían en torno de aquella

dama; las mujeres todas la saludaban al pasar; la multitud se inclinaba ante ella con respeto. Era la reina del baile. El violinista no tardó en saber que era Edelina de la Selva.

Un galán estaba á su lado sin abandonarla un solo instante. Era un joven que se distinguía por la finura de sus modales, por su gallardía y por la elegancia de su traje azul y perla, los dos colores favoritos de Edelina. La castellana se apoyaba con negligente abandono en su brazo, y á veces se sonreía y volvía el ruborizado rostro cuando el doncel le decía algunas palabras al oído y en voz baja. ¡Qué no hubiera dado Gotardo por hallarse en lugar de aquel feliz mortal!

Loco Gotardo y fuera de sí, no vió que el arco de su violín descansaba inmóvil sobre las cuerdas; no reparó que el instrumento se escapaba de sus manos é iba á rodar con gran estruendo por el tablado. Confuso y aturdido, se bajó para recoger su violín y reparar su torpeza; pero el jefe de orquesta, airado contra él por sus frecuentes distracciones, le reprendió severamente y le despidió en el acto, haciendo que un escudero le pusiera á la puerta del castillo.

Gotardo se marchó sin decir palabra, y se internó en el bosque para atravesarlo y dirigirse á su casa. La fiebre continuaba dominándole; un torbellino de ideas bullía en la

mente del pobre jorobado; oía aún el rumor de la fiesta, veía el esplendor del baile, veía, sobre todo, á la encantadora Edelina del brazo de aquel galán con traje azul y perla, que le decía al oído palabras misteriosas, cuyo murmullo debía de ser más dulce que el de la más deliciosa música.

Preocupado nuestro héroe con estas ideas, vagó largo tiempo por el monte, perdido en la obscuridad de la noche. Cuando logró hacerse cargo de su situación, dominando el barullo de sus pensamientos, se encontró en un sitio completamente desconocido para él, según pudo juzgar á la luz de la luna, que comenzó á brillar entonces saliendo de entre grandes nubarrones que discurrían amenazadores por el cielo. Había perdido su camino.

Gotardo se acordó de todas las fábulas que circulaban en boca del vulgo sobre la montaña de Canigó. Trajo á su memoria especialmente lo que se decía de un diablo llamado *Chiridirelles*, el cual vagaba siempre por los más espesos é intrincados sitios del bosque, sin otra misión que la de enseñar el camino á los viajeros extraviados que le invocasen.

— ¡Si yo evocara al diablo! — dijo Gotardo para sus adentros.

Pero no tardó en echar fuera tan mal pensamiento, y prosiguió andando en busca de su camino. La fatalidad, sin embargo, estaba em-

peñada en extraviarle más y más á medida que avanzaba.

Comenzaba ya el músico á desesperar, cuando parecióle oír un ruido de pisadas tras de sí. Volvió la cabeza, y vió que se le acercaba un hombre vestido de negro, á lo que pudo juzgar á la luz de la luna.

IV

De cómo apareció el diablo chico.

Gotardo pensó que sería, como él, un caminante extraviado, y le aguardó á pie firme.

El nuevo personaje se acercó al músico, y con voz débil, tierna, melosa, mujeril, le dijo:

— Aquí me tienes.

Gotardo miró con asombro al que así le hablaba.

—¿Cómo que aquí me tienes?—preguntó.—¿Qué quiere decir esto?

— ¿No me llamaste?

— ¡Yo!

— Tú.

— ¿Quién sois vos?

— Yo, amigo mío, soy *Chiridirelles*.

— ¡El diablo del Canigó!

— Precisamente.

Iba Gotardo á santiguarse, pero detuvo su movimiento; y dominando cierto temblor que se apoderó de su cuerpo todo, quiso hacerse el valiente y tratar al diablo con la misma franqueza con que por él era tratado.

— No te había llamado; pero puesto que viniste, sea.

— ¿Qué quieres de mí?

— Que me enseñes mi camino.

— ¿Adónde quieres ir?

— A mi casa.

— ¿Estás ya fatigado del baile?

— ¿Cómo sabes que vengo del baile?

— ¡Vaya una pregunta tonta! Los diablos lo sabemos todo.

— Es verdad.

— ¿No quieres, pues, volver al baile?

— No; me han echado de él ignominiosamente.

— Y ¿qué piensas hacer?

— ¡Cómo qué pienso hacer! Me gusta tu pregunta.

— Y á mí tu indiferencia.

— ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

— ¿Yo? Me hubiera dejado echar.

— Es precisamente lo que acabo de hacer.

— Y me hubiera ido.

— Esto hice también.

— Pero me hubiera vengado.

— La venganza es un placer permitido sólo á los poderosos.

Chiridirelles midió al músico con una mirada de pies á cabeza.

— ¡Necio! — le dijo.

Gotardo creyó que nada debía contestar.

Prosiguieron andando en silencio. Al cabo de algunos instantes, Chiridirelles volvió á tomar la palabra.

— Es una hermosa criatura Edelina de la Selva, ¿verdad?

El músico se estremeció como si le hubiesen acercado un hierro candente. Era poner el dedo en la llaga.

Gotardo, ni en sus recuerdos, ni en sus ilusiones, ni en sus sueños había visto jamás una mujer parecida á Edelina. A la pregunta de Chiridirelles contestó sólo con un suspiro.

— Parece que te hizo impresión su belleza, ¿eh? — prosiguió el diablo.

Tampoco contestó el músico más que con otro suspiro.

Chiridirelles se cansó de preguntar á un mudo, y se calló también.

Gotardo volvió á sumergirse entonces en sus sueños; volvió á ver la fiesta, el baile, la multitud; volvió á ver á Edelina, radiante de hermosura, de gracia y de elegancia; á Edelina, bella y casta como el deseo de una virgen,

blanca y graciosa como el golpe de espuma de que nació Venus.

—¡Ay!—se dijo Gotardo á sí propio,—daría mi vida á trueque de su amor.

Pero lo que á Gotardo le parecía haberse dicho á sí mismo, y sólo en idea, lo dijo sin duda en voz alta, porque Chiridirelles lo oyó.

— ¡Tu vida por su amor! — dijo el diablo.— Con mucho menos puedes obtenerlo.

El músico volvió hacia él sus ojos chispeantes de deseo.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Qué quieres obtener?

— El amor de Edelina de la Selva.

— Yo puedo hacer que tu deseo se cumpla.

— ¡Tú! ¡Oh! Mi vida entonces...

— ¿Qué me importa á mí tu vida?

— Pues entonces, ¿qué condiciones son las tuyas?

—No soy yo quien debe imponértelas.

—¿Cómo?

—¿Estás decidido á conseguir el amor de esa mujer? ¿Estás dispuesto á todo por obtenerla?

Gotardo vaciló.

— Estoy dispuesto á todo, menos á vender mi alma. Soy un buen cristiano y...

— ¡Bah! ¡bah! ¡bah!

— Te digo que no vendo mi alma.

— ¿Sabes si por ventura hay alguien que te la comprara?

— Es que...

— Bueno, bueno: se te conservará el alma, ya que le tienes tanto apego.

— Entonces, di.

— Oye. Te voy á llevar á un sitio donde te dejaré. Empuñarás allí tu violín, y, con la tonada que voy á indicarte, te acompañarás la letra siguiente:

Lunes, martes, miércoles, tres;
jueves, viernes, sábado, seis.

Gotardo miró al diablo creyendo que se burlaba.

El diablo no podía estar más serio.

— Haz lo que te digo. Verás: déjame tu violín.

Y Chiridirelles, tomando el instrumento de manos de Gotardo, se puso á cantar, acompañándose en compás de seis por ocho:

					— 3 —		
do	*do*	*re*	*re*	*re*	*mi*	*re*	*do*
LU	NES	MAR	TES	MIÉR	CO	LES	TRES,
					— 3 —		
do	*do*	*re*	*re*	*re*	*mi*	*re*	*do*
JUE	VES	VIER	NES	SÁ	BA	DO	SEIS.

Era una melodía bien sencilla.

Gotardo no tuvo que romperse los cascos para aprenderla.

—Ya lo tienes entendido — prosiguió el dia-

blo. — Repetirás esto una, dos y tres veces, hasta que se presente quien se halla en el caso de dictarte condiciones. Sígueme ahora.

Chiridirelles marchó delante. A su paso las peñas se abrían, ofreciéndoles fácil camino.

Desde una eminencia, Gotardo vió el castillo de la Selva á sus pies. Pudo dominarlo con su mirada. Parecía tenerle al alcance del brazo. Por extraña causa, de que no acertaba á darse razón — ni pretendía dársela tampoco, — los muros, como si fuesen de cristal, abrían paso á sus miradas, y veía á un tiempo lo que pasaba en su interior y lo que ocurría á sus alrededores. Oía la música, veía la danza, seguía con la vista á Edelina, nunca como en aquel momento más bella y provocante; y los rumores de la fiesta, envueltos en oleadas de luz, subían hasta él entre los perfumes del bosque. Al mismo tiempo que los salones del castillo, veía en un rincón del parque, y á la luz de varias antorchas, un grupo de caballeros. Dos de ellos se estaban batiendo; uno de los duelistas pasó su espada á través del cuerpo del otro, que cayó muerto. Todos se acercaron entonces, y á la claridad de la luna y de las antorchas pudo Gotardo conocer á la víctima. Era el caballero del traje azul y perla, el feliz mortal que parecía poseer el amor de Edelina.

El violinista llamó sobre aquel grupo la atención del diablo. Éste le contestó que eran

unos jóvenes huéspedes de la castellana de la Selva. Habían reñido por causa de ésta, y su riña concluyó en un duelo concertado y realizado en el acto. Allí quedó el cadáver. Los demás se volvieron á la fiesta.

Gotardo, sin saber por qué, se alegró de la muerte de aquel hombre.

Llegaron en esto á un sitio desierto y salvaje.

Chiridirelles repitió su advertencia y dejó solo á su compañero, sin que éste pudiese adivinar cómo ni por dónde había desaparecido.

Cuando el diablo estuvo ya ausente, Gotardo comenzó á titubear respecto á lo que debía hacer. Después de muchas reflexiones, se preguntó formalmente si estaba decidido á todo, y viendo que su corazón le empujaba, empuñó su violín y comenzó su tocata.

V

De cómo fué evocado y se presentó el diablo grande.

Tres veces tuvo que repetirla. A la tercera, una encina monstruosa que se dibujaba ante él movió sus ramas como si un repentino soplo de viento las empujara; su tronco se abrió, y salió de su seno una figura negra y fea, con unos ojos que lucían y echaban chispas como

dos ascuas, con una cabeza crespa de cabellos ensortijados y revueltos, con una frente chiquitica en que aparecían dos cuernecitos dorados, con una cola roja muy larga y ondulante.

Gotardo se hizo unos pasos atrás.

Estaba delante de Satán.

— Amigo mío — dijo éste, — dispensa si te hice esperar. Cuando oí la primera nota de tu música me hallaba á tres mil leguas de distancia. Acababa de pillar con mis dos dedos el alma de una beata, cosa que no se presenta cada día, y no quise soltarla hasta tenerla en lugar seguro, por miedo de que se me volviera al redil. La cosecha va mal este año, querido. Las oraciones y los arrepentimientos defraudan notablemente mis intereses. Pero vamos á nuestro asunto. ¿Qué se te ofrece?

— Yo...

— Vamos, hombre, no tiembles. Explícate, y desecha el miedo sobre todo. Yo soy bueno en el fondo, y me gusta hacer favores.

— Yo me presento á vuestra merced...

— Algo más, querido.

— A vuestra señoría...

— Un pasito más.

— A vuestra alteza...

— ¿Por qué no me llamas majestad?

— Yo me presento á vuestra majestad, porque Chiridirelles...

— ¡Ah! Ya estoy al cabo. ¿Tú eres el músi-

co á quien esta noche arrojaron del castillo de la Selva?

— Sí, señor.

— Perfectamente.

Y Satán, aplicando dulcemente la palma de su diestra sobre el tronco de la enorme encina que se erguía á su lado, la dobló y volcó con la mayor facilidad, como si se hubiese tratado de un ligero junco. Volcada que fué la encina, con todo su ramaje, Satán se sentó tranquilamente en ella.

— ¿Decías, pues?

— Decía, señor, que...

— Que tú amas á Edelina, ¿verdad?

— Creo que sí.

— ¡Oh! ¡El amor! El amor es mi mejor renta. Las dos terceras partes de las almas que tengo en mi poder se las debo á él. Pero esto no es del caso. Prosigue. Tu querrías, ¿no es cierto?, que Edelina te correspondiese.

— Daría mi vida porque así fuera.

— ¡Tu vida! Y ¿es acaso tuya la vida para darla? ¡Qué necios sois los hombres! Verdad es que si no fueseis necios, me daríais poco que hacer. Dejemos tu vida á un lado. ¿Qué otra cosa puedes darme en cambio del amor de Edelina?

— Verdaderamente no sé...

— Vamos á ver. ¿Le tienes tú mucho cariño á tu alma?

—Mucho. Soy un buen cristiano, creo en Dios, y...

Al oír esto Satán, tuvo como un estremecimiento nervioso, é interrumpiendo á Gotardo, le dijo:

—Mira, hazme el obsequio, si quieres que seamos amigos, de no repetir más este nombre. Me ataca los nervios. Ya estás advertido. Como vuelvas á repetirlo, de un puntapié te envío á rodar por la montaña.

—Vuestra majestad me perdonará si...

—Estás perdonado. No se hable más del asunto. Voy á pactar contigo. De jorobado que eres, te haré buen mozo; trocaré tu fealdad en hermosura; te daré oro en abundancia, dignidad y honores; te haré el amante y hasta, si quieres, el marido de esa mujer, para que todo esté en regla. Sólo una condición te impongo.

—¿Cuál?

—Edelina lleva pendiente de su cuello una cruz de piedras verdes, que nunca abandona. Apodérate esta misma noche de la cruz, y arrójala al fuego.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y Edelina será mía?

—Edelina será tuya.

—Pero ¿cómo podré acercarme á ella?

—Estos no son cuidados tuyos. Todo corre de mi cuenta.

Y presentando una sortija al músico, Satán añadió:

— Toma esta sortija. Con ella tendrás fácil entrada en el castillo. La fiesta se ha concluído; la puerta está cerrada y alzado el puente; pero éste se bajará y se abrirá aquélla al presentar esta sortija al guardia. ¡Ah! Te advierto una cosa. Cuando hayas arrojado la cruz al fuego, pasarán cosas extrañas. Nada debe asombrarte, ni nada debes temer. Sal del castillo, monta en un caballo ensillado que hallarás á la puerta, llévate si quieres á Edelina en grupa, y parte dejándote dirigir por el noble bruto. No tienes más que hacer. ¿Has comprendido?

— Perfectamente.

— Pues entonces, vete. Yo te protejo.

Gotardo iba á dar las gracias á Satán y á dirigirle alguna pregunta, pero ya no vió á nadie. Satán había desaparecido por ensalmo, y en su lugar se levantaba otra vez la encina lozana y frondosa, como si no hubiese sido volcada.

Sintió Gotardo que algo extraño pasaba por él. Le pareció como que un soplo había herido su frente, y desde aquel momento se sintió otro hombre. Levantó con orgullo la cabeza; pensamientos que nunca había tenido hervían en su mente. A la luz de la luna, que comenzaba á palidecer enturbiada por las nubes,

vióse vestido con un magnífico traje de seda y oro; una espada colgaba á su lado, y una elegante capa pendía de sus hombros.

Parecióle que aquel traje era azul y perla. Mayor debía ser aún su asombro cuando, al mirarse más tarde en una de las planchas de acero bruñido que había en el castillo, se vió ser el caballero que estaba en el baile dando el brazo á Edelina, el mismo caballero cuyo cadáver yacía en un rincón del parque...

Gotardo se dirigió con paso rápido á la mansión señorial de la Selva.

VI

De cómo todo se fué al diablo.

La luna había desaparecido y la tempestad rugía á lo lejos en el horizonte. Las nubes se iban amontonando; el viento silbaba con furia inusitada por entre los árboles; la obscuridad era profunda; pero, sin embargo, Gotardo, ó, por mejor decir, el caballero que había encarnado en el músico, seguía su camino como si tal cosa, como si estuviera en pleno día, y éste fuese apacible y sereno. No tardó en llegar, sin obstáculo ni tropiezo, á las puertas del castillo.

La fiesta estaba ya, en efecto, terminada,

según había dicho Satán, y el amurallado edificio elevaba su negruzca y sombría masa entre las tinieblas que le envolvían como un sudario.

Una bocina colgaba junto al arco del puente. Gotardo la aplicó á sus labios. Un sonido acre y desapacible fué á despertar los dormidos ecos del monte, y un hombre se presentó en el adarve.

—¿Quién va?—preguntó el del muro.

—Yo—contestó Gotardo.

—Y ¿quién es yo?

—Bajad á verlo.

—¿Traéis el santo y seña?

—El santo no, pero sí la seña.

—Y ¿cuál es vuestra seña?

—Una sortija.

El alcaide del castillo, á quien su señora había dado orden de abrir la puerta á quien se presentase con su sortija, se apresuró á bajar del adarve.

Presentada la sortija, que resultó ser en efecto la de la dama del castillo, Gotardo fué introducido.

Edelina le aguardaba, es decir, aguardaba al caballero en quien se había transformado Gotardo, y al verle le presentó la mano.

¡Qué hermosa estaba la castellana de la Selva!

Gotardo no acertaba á darse cuenta.

Parecíale un sueño verse junto á aquella

mujer, tocar su mano, respirar el mismo ambiente que ella, ser objeto de sus simpatías y cariño.

—Me encontráis medio muerta de inquietud y de zozobra—dijo Edelina con una voz dulcísima que llegó al alma de Gotardo.

—Y ¿por qué, señora?

—Dijéronme no sé qué de una riña, de un duelo... Hasta creo haber oído decir que estabais herido..., muerto.

Y la dama pronunció esta palabra de tal modo, que pareció salir de sus labios envuelta en un sollozo.

—¿Y si yo hubiese muerto?—se atrevió á decir el caballero.

—Creo que también yo hubiera muerto... de dolor—dijo ella con voz tan apagada que apenas pudo ser oída.

El caballero no contestó; pero como aun tenía entre sus manos la de Edelina, la llevó á sus labios é imprimió en ella un beso de fuego. Jamás el pobre músico se hubiera atrevido á soñar siquiera que el caballero hubiese podido ser tan osado.

Edelina retiró la mano, pero sus ojos dirigieron una tierna mirada al galán. Esta mirada pedía perdón del movimiento.

El caballero dijo entonces cosas como jamás tampoco hubiera dicho ni hubiera sabido decir el pobre violinista. Largo rato pasaron

aquellas dos almas amantes en una de esas conversaciones de amores gratas y deliciosas en que cada hora es un minuto y cada minuto un encanto.

Mientras tanto, la tempestad iba aproximándose en el exterior. Oíase el ruido del trueno á lo lejos, y de vez en cuando el rayo brillaba á través de los góticos ventanales.

— Amor mío, ¿qué significa esto? — dijo de pronto Gotardo señalando la cruz que pendía del cuello de Edelina. — ¿Qué es esto?

— Una cruz que es un talismán.

— ¡Un talismán! Mejor dirías una preocupación.

— Sirve para ahuyentar á los malos espíritus.

— ¿Y para atraer también á los galanes?

— Es un regalo de las *Buenas mujeres* del monte.

—El amor tiene celos de los regalos que hacen otros.

— Mientras guarde esta cruz, seré feliz.

— El amor te enseñará á ser feliz sin ella.

— Amigo mío...

— Dame esa cruz, Edelina.

— Pero...

— Dame esa cruz. Mi amor te basta.

Edelina se quitó la cruz. Tomóla Gotardo, y la dejó caer en un braserillo donde consumía el fuego las esencias que perfumaban la

estancia. La cruz no tardó en ser derretida por el fuego.

Retumbó entonces un trueno horrible, y el castillo se estremeció en sus cimientos. Acababa de caer un rayo en la morada de Edelina. En aquel mismo instante desató su furia la tempestad y abrió el cielo sus cataratas. En medio del estruendo del huracán, del rugido del viento y del estrépito incesante del trueno, parecióle oír á Gotardo como un canto de triunfo, un canto salvaje, diabólico, infernal, mezclado con sollozos y suspiros lejanos.

Era, en efecto, el canto de los demonios que celebraban su victoria al volver á su selva, de donde habían sido desterrados.

Era, en efecto, el sollozo de las *Buenas mujeres* al ver que debían abandonar el bosque, que tornaba á ser morada de los demonios.

—¡Oh! tengo miedo, tengo miedo—dijo Edelina arrimándose á Gotardo.

Una terrible gritería se oyó en el castillo.

El rayo al caer había prendido fuego al edificio, y, á pesar de la lluvia que caía á torrentes, las llamas iban tomando incremento.

—¡Venid, yo os salvaré, Edelina!—dijo Gotardo.

Y tomándola en brazos, se lanzó con su preciosa carga á la puerta del castillo.

Satán había cumplido su palabra. Allí estaba el caballo ensillado que le había prometi-

do. Gotardo montó en él, y sin abandonar á Edelina, á quien se llevó consigo, partió á escape á través de las rocas, de la selva, del huracán y de la furia de los elementos.

Los amantes desaparecieron.

No se sabe lo que fué de ellos; pero créese que el caballo los condujo á un castillo lejano, donde Gotardo halló riquezas en abundancia y donde se casó con Edelina, viviendo feliz con ella, sin que jamás se atreviera á descubrirle el misterio que se encerraba en sus amores.

Otros, al contrario, pretenden que el caballo precipitó á la pareja desde lo alto de la cima del monte,. arrojando al torrente sus cuerpos ensangrentados.

Lo que parece cierto es que con aquella horrible tempestad y en aquella noche fatal, el castillo de Edelina desapareció tragado por las aguas de los torrentes que junto á él se arremolinaban.

Desde aquel día existe un lago donde antes el edificio. Aun puede verse actualmente este lago, en el fondo del que se halla intacto el castillo, morada de los demonios, palacio donde éstos se reúnen para sus fiestas y conciliábulos. Dice el vulgo que en un día sereno y tranquilo se ven las torres de este alcázar de Edelina de la Selva á gran profundidad debajo del agua; pero el día de mi excursión por el Canigó, sin duda por estar nublado, yo no lo

vi, y creo que lo mismo ha sucedido á otros.

Se encuentra el lago, poco más ó menos, á mitad del monte.

Es tan hondo, que no se halla el fin. Los habitantes de la comarca dicen y aseguran que si se echa en él una piedra con furia, en el acto, como si los demonios se ofendieran, se alborota lo mismo que un mar proceloso, se oyen truenos subterráneos, y espesas nieblas suben á robar la claridad del cielo, esparciéndose por los campos vecinos y agostando los frutos. Óyense gritos y sollozos, se ve hervir el agua, y todas las plantas ó árboles que ésta toca se secan al instante, apareciendo como quemados. Hay también quien dice que si se sacan peces de este lago y se echan en una sartén para cocerlos, desaparecen repentinamente en cuanto sienten la impresión del fuego, quedando la sartén como si jamás hubiese existido en ella pez alguno.

Todo esto podrán observar y ver cuantos quieran hacer el experimento que yo no hice, y que tampoco pretendo hacer: primero, porque no soy de la parroquia, y luego, porque me doy ya por convencido, limitándome á contarlo todo según me lo contaron.

Madrid, 25 de Marzo de 1894.



UN VIAJE Á LA RÁBIDA

UN VIAJE Á LA RÁBIDA

I

Cerca de medio siglo ha transcurrido desde que en 1848 hice un viaje á La Rábida. Entonces fué cuando escribí, con todas las inexperiencias de la juventud y todos los desfogues del romanticismo, ciertas impresiones de viaje, que hube de publicar por los años de 1850, formando parte de la obra titulada *Los Frailes y sus conventos.*

Hallábase á la sazón en todo su vigor y fuerza lo que hoy se ha dado en llamar la leyenda colombina.

Nadie ponía en duda que el antiguo guardián de aquel cenobio se llamaba Juan Pérez de Marchena. Nadie se hubiera atrevido á desmentir la leyenda según la cual Cristóbal Colón se había acercado á las puertas del convento á pedir un pedazo de pan para su hijo, débil y desfalleciente por la sed y por el ham-

bre. No es, pues, de extrañar que fingiera yo un coloquio muy romántico entre Colón y Marchena, con otras entretenidas y sabrosas pláticas y narraciones, inspiradas principalmente por los romances del Duque de Rivas, que estaban por aquel tiempo muy en boga y que lo estarán mientras haya culto y amor de poesía, por más que sea su base la fábula.

De todos modos, aquélla es la leyenda verdad, es decir, la leyenda que sigue y acompaña al hombre superior, partiendo de un hecho positivo para engrandecerle y ensalzarle, presentándole de la manera que más simpática pueda ser, á fin de que su figura resulte más elevada y notoria. No la leyenda mentira, que busca detalles y minucias para empequeñecer al ensalzado, deprimiéndole y afrentándole.

Todo esto quiere decir que, por lo que á mí toca, no estoy arrepentido de haber escrito *Mi viaje á la Rábida* de 1850 en la forma y manera que lo hice. Fué en loa de Colón, y para más ennoblecerle. También en loa de España, y para más ensalzarla. Todo según uso y costumbre de aquella época y de aquella literatura, que á enaltecer tendían siempre, nunca á rebajar ni á deprimir.

Cuando fuí á La Rábida, en la época á que aludo, hallé aquel edificio desmantelado y poco menos que en ruinas, tal y como debió

de encontrarlo el Duque de Rivas, que dijo en sus romances:

> Á media legua de Palos,
> sobre una mansa colina
> que dominando los mares
> está de pinos vestida,
> de La Rábida el convento,
> fundación de Orden Francisca,
> descuella desierto, solo,
> desmantelado, en rüinas.

Según vetustas crónicas refieren, en el lugar que hoy se llama Palos — nombre que es en España un monumento de gloria por recordar uno de los hechos más maravillosos que presenciaron los siglos — se levantaba una ciudad que debió de ser, á juicio de algunos, la famosa Olontigi de los romanos. No he de ser yo ciertamente quien combata esta opinión, ni quien la patrocine tampoco, falto en el momento de razones para aceptarla ó rebatirla; pero sí diré que existen sobrados datos para afirmar que allí asentaba una gran población romana, y en ella un prefecto ó gobernador llamado Terreum, valido poderoso del emperador Trajano.

Durante el mando de este prefecto acertó á morir una hija del César, y Terreum, aprovechando la ocasión para dar pública muestra de amor y gratitud á su protector Trajano, mandó levantar un templo en honor de la di-

funta doncella, que se llamaba Proserpina, siendo dedicado por esta razón á la diosa del mismo nombre. Erigióse el templo en el sitio donde se halla el convento de Santa María de La Rábida.

Al cabo de tres años, que fueron los que tardó en concluirse el edificio, hizo labrar en piedra la imagen de la doncella Proserpina, y, colocándola en una peana de oro dentro de una hornacina de plata, decretó para ella honores divinos, concediendo singulares prerrogativas al templo, entre otras la del perdón é indulto para todo reo que lograra refugiarse en el sagrado recinto. Señaló también el 2 de Febrero de cada año, día de la inauguración, para celebrar una solemne fiesta de aniversario á la que habían de concurrir todas las doncellas de la ciudad y de sus alrededores, dos de las cuales debían ser sacrificadas ante el ara de Proserpina, con el fin de que en sus entrañas palpitantes pudieran leer los arúspices el porvenir del imperio.

En cumplimiento de este edicto, cada año, el 2 de Febrero, con los primeros rayos del día, se congregaban todas las doncellas, acompañadas de sus familias, de los sacerdotes y de gran muchedumbre de pueblo, en un sitio conocido aún, según parece, con el nombre de *Campo del Sacrificio,* en el llamado Prado de Alcalá. Echábanse allí suertes, y las solteras á

quienes tocaba ser sacrificadas eran conducidas al pie del ara de Proserpina, donde se las inmolaba con gran contentamiento de la multitud y, al parecer, de ellas mismas, pues que tenían como dicha suprema la de morir ante la imagen de su diosa veneranda, creyendo que las gotas de su sangre, arrojadas luego por los sacerdotes al fuego sagrado que ardía en el áureo trípode, les facilitaba el acceso al Olimpo y á la sociedad de sus divinidades.

Según la tradición cuenta y refiere, corría el año 159 de Cristo y era su 2 de Febrero. La multitud invadía el templo y sus alrededores esperando el regreso de las doncellas que se habían retirado para echar suertes. Todo estaba dispuesto para recibir á las víctimas: el pueblo impaciente en la plataforma donde se alzaba el templo; los patricios ocupando las gradas, vestidos con sus lujosos trajes de fiesta; los *flámines* de pie en el umbral; los arúspices retirados y con los ojos fijos en tierra, como en actitud de meditación y en espera del momento propicio para interrogar el porvenir en las entrañas palpitantes de las inmoladas doncellas; la llama sacra ardiendo en el dorado trípode; el sacerdote victimario, coronadas las sienes por una rama de encina y cubierto con la piel de cabra, empuñando la hoz destinada á segar el cuello de las víctimas;

el *cultarius* sujetando con férrea mano la vaca negra que el rito exigía sacrificar á Proserpina antes que las dos jóvenes, y, finalmente, el ara pulimentada y brillante donde iban á ser tendidas las infelices que con su sangre habían de empañar la blancura de la piedra.

Dos muchachas entraron en el templo dirigiéndose al altar guiadas por los *flámines*. Vestían la túnica *pretexta*, bordada de púrpura, con lo cual indicaban ser doncellas, y llevaban prendido el *flameum* ó largo velo de color de fuego, ceñido á su frente por una rama de laurel en forma de diadema, con que denotaban ser las víctimas destinadas al sacrificio.

En el instante en que llegaban al pie del ara, resonó en el templo un grito terrible, lanzado por Cornelio, joven caballero de la vecina Palos, quien, en una de las dos jóvenes designadas por la suerte para el sacrificio, acababa de reconocer á su desposada Sextilia, hija del cuestor de la ciudad. Reinó un momento de confusión entre los espectadores, que fué aprovechado por el mancebo, el cual, en compañía de varios jóvenes patricios sus amigos, se abalanzó al sitio donde estaba Sextilia, tomándola en brazos para hurtarla al suplicio, y precipitándose en seguida con su preciada carga hacia la puerta del templo. Fácil le hu-

biera sido de seguro conseguir su intento, si en aquel instante no hubiese aparecido de repente ante la puerta un sacerdote arúspice que, blandiendo el sagrado *lituus*, ó bastón encorvado, y dominando el tumulto con su voz tonante, lanzó terribles imprecaciones contra el sacrílego mancebo que interrumpía los misterios religiosos arrebatando la víctima destinada á los dioses.

—¡Vuestros dioses son falsos!—gritó en esto una voz que salía de entre la multitud.

Y abriéndose paso con dificultad, se presentó un anciano de venerable aspecto y luenga barba, que vestía una especie de saco atado á la cintura por unos cordones, y apoyaba sus débiles pasos en un rústico cayado. Era Siriaco, el cristiano sacerdote de Sevilla, llegado recientemente á Palos para predicar la religión del verdadero Dios y del sublime Crucificado.

Su voz dominó la del arúspice. Con su presencia impuso el respeto, con sus ademanes la atención y la simpatía con sus ojos. Largo tiempo estuvo hablando sin ser interrumpido, y con profundo silencio le oyeron anatematizar los misterios paganos, y con estremeciente terror implorar la cólera divina, pidiéndole uno de sus rayos para los ídolos del templo.

Y como si los ruegos del cristiano sacerdo-

te hubiesen tenido virtud y alcance para llegar al exorable Cielo, se oyó un terrible estruendo, abrióse la bóveda, y un rayo, desprendiéndose de las nubes, bajó á destrozar el ara y la estatua de Proserpina.

Tal es la leyenda que narran las viejas crónicas de La Rábida.

Ya desde entonces, cumplido el prodigio y respetada la leyenda, la historia avanza por caminos ciertos y seguros, y nos da exacta relación de las diferentes vicisitudes por que hubo de pasar aquel cenobio.

Primeramente, de templo gentílico se convirtió en cristiano, y en él asistieron por vez primera á los divinos oficios los habitantes de Palos, instruídos ya en los misterios de nuestra religión santa.

Fué luego retiro de monjes de diversas órdenes, y más tarde mezquita de los árabes, hasta que, según cuentan las crónicas, dos mozárabes llamados Ptolomeo y Teodoro trataron de restablecer el culto cristiano, consiguiendo del gobernador árabe de la comarca que les cediese el templo, mediante un tributo de cinco monedas de plata por cada uno de los cristianos que á él concurrieran.

Volvió entonces el edificio á manos de los sacerdotes de Cristo; pasó luego á ser dominio de los Templarios, que sólo lo poseyeron veinticuatro años; y, finalmente, aposentáronse en

él los frailes franciscanos, que allí permanecieron hasta la total extinción de los regulares en 1835.

Los hijos de San Francisco eran ya los custodios de la imagen de Nuestra Señora de los Milagros, llamada también Santa María de los Remedios y Santa María de la Rábida, el día en que la tradición, y con ella la historia, consignan el arribo de Cristóbal Colón á las puertas del convento. Desde este instante, es decir, desde la llegada de Colón, el monasterio de La Rábida se convirtió en un gran monumento nacional de España, haciéndose célebre su nombre en todo el universo mundo.

La tradición afirma que allí llegó Colón, con su hijo Diego, cuando vino á España á solicitar el apoyo de los Reyes Católicos para aquellos sus arriscados pero inmortales viajes, destinados á cambiar la faz del mundo; que, vencido por la fatiga, se sentó en las gradas de aquella cruz, aun hoy de pie, erigida ante el cenobio; que se acercó á llamar á aquella puerta para pedir un pedazo de pan y una taza de agua con que fortalecer á su pobre hijo, desfallecido por la sed, por el hambre y por el cansancio; que entonces conoció al guardián del convento, llamado por la tradición, ya que no por la crítica histórica, fray Juan Pérez de Marchena; que en el convento dejó al niño Diego, para partir á Córdoba, á

Sevilla, á Granada, siguiendo su odisea; que allí volvió más tarde, desalentado y perdidas sus esperanzas, para allí recobrarlas de nuevo y nuevamente volver á la corte de los Reyes Católicos; que allí regresó tercera vez con la cédula real para aprontar buques con que partir al descubrimiento del Nuevo Mundo; que allí celebró sus famosas conferencias con el padre guardián, con Martín Alonso Pinzón y con el físico Garci-Hernández; que de allí partió el 3 de Agosto de 1492 para su viaje inmortal, y que allí, por fin, regresó triunfante después del descubrimiento.

Esto es lo que la leyenda dice, y sobra en verdad para hacer eternamente célebre el nombre de Santa María de la Rábida.

Luego veremos lo que dice la historia, que, por esta vez, está conforme con la leyenda, excepción hecha de algún detalle.

II

Cuando visité el convento de La Rábida á últimos de 1848, estaba el edificio poco menos que abandonado, y se le dejaba desmoronar pieza á pieza, olvidado en aquel rincón de la hermosa Andalucía, sin respeto á sus grandes recuerdos y sin amor á su gloria.

A media legua de la villa de Palos, en la confluencia de los ríos Odiel y Tinto, sobre la meseta ó plataforma de una arenosa colina poblada de pinos, dominando el Océano y descubriendo anchos horizontes llenos de luz y de vida, se levanta el modesto cenobio de La Rábida, cuyo nombre va unido al de Cristóbal Colón y al descubrimiento de América.

Dicen unos que el nombre de La Rábida procede de *Rapta*, voz árabe que significa eremitorio ó algo así, y ésta parece ser la opinión más fundada; pero otros afirman que se deriva del latín *rabidus, rabida, rabidum*, suponiendo algún cronista que en época romana, después de haberse decretado el culto de Proserpina, la peste y toda clase de enfermedades invadieron la comarca de Palos, principalmente castigada por el mal de hidrofobia, á causa de lo que, atribuyendo la calamidad á Proserpina, la deidad infernal, cambiaron su nombre en el de *Diosa de la Rabia*.

Al llegar la total exclaustración de los frailes en 1835, el convento de La Rábida quedó á cargo del Estado, y hubo de ponerse en venta, cuando la época de la primera desamortización, junto con la huerta, los alrededores y los demás bienes de la comunidad. Todo se vendió, excepto el convento, que no tuvo comprador.

Parece que en él permanecieron, durante

algunos años, el último guardián de los franciscanos y un lego; pero por falta de recursos hubieron de abandonarlo, quedando entonces completamente desierto y á merced de los primeros que quisieran aposentarse en él. Así sirvió de refugio á pordioseros y á hordas de gitanos vagabundos, y también de corral para los ganados que pastaban por aquellas colinas.

En esta época fué visitado por un literato ilustre, el Sr. Amador de los Ríos, á cuyo nombre y honrada memoria no ha pagado quizá la posteridad todo el tributo que á sus altos merecimientos se debe. Si mal no recuerdo, el Sr. Amador de los Ríos publicó en el *Semanario Pintoresco* uno ó varios artículos deplorando la situación en que se hallaba La Rábida, doliéndose de ello y llamando la atención de los poderes públicos, á quienes increpaba duramente por el olvido y abandono de un monumento que, sólo por los recuerdos de Colón, debía considerarse como una gloria nacional.

Poco después de Amador de los Ríos, estuve yo en La Rábida.

Presentaba un aspecto verdaderamente triste y desconsolador. Todo era destrozo y ruina. La iglesia constaba de una sola nave de más reducidas dimensiones que las señaladas al antiguo templo, y podíase ver todavía un mo-

desto retablo, única ornamentación que quedaba en los altares, de los cuales manos impías arrojaron las estatuas de los santos que tranquilos moraban en sus hornacinas. El suelo estaba lleno de escombros, por entre los que aparecía de vez en cuando algún libro de coro, viudo de las miniaturas que en otro tiempo lo adornaban.

Era imposible visitar aquellas ruinas sin sentir duelo en el corazón y tristeza en el alma.

Precisamente por aquellos tiempos, la provincia de Huelva pidió al Gobierno la cesión del edificio con el propósito de salvarlo de su total ruina, y allí fué entonces colocado un guarda con su familia, para vigilar y atender á la conservación, comenzando desde aquel momento á ser visitado por nacionales y extranjeros, que acudían solícitos á recorrer los sitios consagrados por la memoria del gran argonauta.

El edificio es modesto, y nada de particular ofrece su arquitectura.

Consérvanse algunas almenas, que parecen recordar la dominación de los Templarios, y también algunos vestigios de su fundación primitiva.

En la plataforma, frente á la portería, se levanta un grueso pedestal de forma cilíndrica, con una cruz de hierro, circuído por an-

chas gradas de piedra. Es la cruz tradicional de Cristóbal Colón.

El convento, en su interior, lo forman dos claustros, bajo y alto, con varias celdas que hubieron de construirse en épocas distintas y á medida que lo exigían las necesidades de la comunidad. La parte más antigua se supone ser la del claustro interior del piso bajo. Braulio Santa María, en su libro titulado *Huelva y La Rábida,* dice que, según tradición, sirvió de morada á los sacerdotes custodios de la estatua de Proserpina, que estuvo colocada en el mismo sitio donde hoy existe el altar mayor de la iglesia. En este piso bajo estaban el refectorio, la cocina, las despensas y otras dependencias del convento, á más de varias celdas, comunicándose con la iglesia y la sacristía por medio de pasillos y puertas interiores.

Dos distintas escaleras conducen al piso alto, y en él se hallan hasta diez celdas, una de las cuales se supone que fué ocupada por Cristóbal Colón durante su permanencia en aquella santa casa, y otra que se dice haber sido la del padre guardián fray Juan Pérez.

Por lo tocante á la iglesia, ya queda dicho que es muy modesta y sencilla. La bóveda es baja, como proporcionada al resto del edificio, y recibe luz por la media naranja que hay en el presbiterio, de construcción fortísima y ruda

arquitectura. La puerta exterior de la iglesia es de estilo ojival.

La situación del convento es verdaderamente encantadora, dominando el mar Atlántico, y delicioso el panorama que se descubre desde el mirador, observatorio astronómico del padre guardián, amigo de Colón, y también del mismo intrépido nauta, que pasó en él largas horas de meditación y estudio.

Cuando estuve en aquellos lugares, así la celda del llamado fray Juan Pérez de Marchena, como la de Colón, como también el observatorio, tenían sus paredes llenas de inscripciones, debidas al entusiasmo de los viajeros, y encaminadas á ensalzar y bendecir al digno religioso que dió hospitalidad al errante marino, á loar al descubridor del Nuevo Mundo, y á deplorar la incuria de los gobernantes, que dejaban perecer en el abandono, en el olvido y en la ruina aquel monumento de gloria. Eran entonces aquellas paredes reflejo vivo de la opinión pública. Cada visitante se consideraba obligado á referir y consignar allí sus impresiones y sentimientos.

Parecióme oportuno recoger y trasladar á mi cartera de viaje las inscripciones que más fijaron mi atención, y bien me hubo en ello, y acertado anduve, pues no tardó en hacerlas desaparecer la primera restauración de La Rábida, que vino al poco tiempo.

En el lugar más visible de la celda de Colón vi dibujado un cartel á manera de pergamino, entre ramas de laurel artísticamente enlazadas, revelando una mano diestra en manejar el lápiz. El centro del pergamino estaba ocupado por los famosos versos de la *Medea*, de Séneca, que vienen á ser realmente una profecía del descubrimiento de América, y al pie se leía la traducción en verso castellano, todo en esta forma:

Venient annis saecula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens patebit tellus
Typhisque novos deteget orbes
Nec sic terris ultima Thule.

Y así decía la traducción:

Viniendo siglos, llegará algún día
En que la mar océana abrirá paso
Á un nuevo Typhis que á distintas tierras
Y á nuevos mundos llevará sus barcos,
Y desde entonces la lejana Thula
Ya no será el lugar más apartado.
¡Gloria á Colón!

Nadie firmaba estos versos, que no parecían del todo mal, ni tampoco era mala la traducción, dada la manera de estar escritos los latinos, en los que acaso haya un error de cuenta.

El cuarto verso de Séneca, en lugar de decir *Typhisque*, acaso diría *Tethysque*, con lo cual la traducción debiera ser:

«Con los siglos llegará un tiempo en que el Océano desatará sus lazos, y la diosa Tethis tendrá nuevos mundos descubiertos, no siendo entonces Thula el límite de la tierra.»

Suscritos por una que se titulaba *La pobre peregrina*, se veían en otro lugar estos versos:

Colón, tu genio profundo
bien se debe celebrar;
pues, no cabiendo en un Mundo,
otro fuistes á buscar.

Firmado con las iniciales *F. G. F.*, se leía este pareado:

¡Al nauta Genovés, honor y gloria!
¡Bendecid, españoles, su memoria!

En un ángulo de la celda aparecía este otro, sin firma:

Mi pasmo admirador, Colón, recibe,
y glorioso en la *Gloria* eterno vive.

Un viajero que, al propio tiempo que entusiasta de Colón, debía de serlo del insigne poeta Don Angel Saavedra, Duque de Rivas, autor del *Don Álvaro,* escribió en la pared los siguientes versos, que ignoro si entonces eran

inéditos todavía, y que luego formaron parte de uno de los romances del Duque:

Habla la egregia Reina de Castilla Doña Isabel la Católica, y dice, dirigiéndose á Cristóbal Colón, su gran Almirante:

Lleva á ese ignorado Mundo
los castellanos pendones,
con la santa fe de Cristo,
con la gloria de mi nombre.
El Cielo tu rumbo guíe,
y cuando glorioso tornes,
¡oh Almirante de Castilla,
Duque y Grande de mi Corte!
tu hazaña bendiga el Cielo,
tu arrojo al Infierno asombre,
tu gloria deslumbre al Mundo
y abarque tu fama el orbe.

M. Tenorio firmaba las siguientes décimas, que se conoce fueron improvisadas:

Á UNA CALAVERA

Descarnada calavera,
¿qué haces, desdichada, aquí?
¿Lloras, por ventura, di,
lo que otro tiempo esto era?
Llora, llora lastimera
tanta ruina, estrago tanto,
y pueda tu amargo llanto
recordar á los curiosos
los siglos ¡ay! venturosos
de Pavía y de Lepanto.

Acaso tu frente grave
escuchó absorta á Colón
calcular la expedición
á América con su nave...
Acaso el viento süave
que hinchó su flotante lona
meció la fresca corona
de tus rizados cabellos...
y el tiempo te privó de ellos,
y á España de aquella zona...

Al pie de las décimas de Tenorio :

Cual de ruinas lodazal inmundo,
mírase el templo de eternal memoria,
que vió en un tiempo al hombre sin segundo,
en brazos de la gloria,
lanzarse al mar por descubrir un Mundo.

M. y B.

Todavía abundaban más las inscripciones y recuerdos en las paredes de la celda que fué del padre guardián fray Juan Pérez *de Marchena*, que, si no recuerdo mal, tenía uno ó más balcones, de donde se disfrutaba de una admirable vista, pareciéndome que se distinguía á lo lejos la ciudad de Huelva, tendida por la playa como gran montón ó golpe de piedras blancas escupidas por las olas.

Ya en esta otra celda, á causa quizá de su estado lamentable, la musa inspiró á los visitantes alguna impresión más viva y más atrevida, como podrá juzgarse por aquellas de que

recogí copia, y se van á leer. Los primeros versos que se ofrecieron á mi vista decían:

Un pensamiento colosal abriga
el gran Marchena, y, de entusiasmo lleno,
con dulce ruego al Genovés obliga
á que del gran Fernando el cetro siga.

En otro punto, y también sin firma, en lo que su autor no hizo mal del todo:

La antorcha de la fe brilló luciente
por Marchena en las playas de Occidente.

También la *pobre peregrina* escribió en esta celda:

Marchena ilustre, tu nombre
el mundo no olvidará,
que un Mundo valióle á España
tu digna hospitalidad.

Pero ya estos dulces y tiernos recuerdos se trocaban en acentos de ira, en quejas, anatemas y lamentos, así que los ojos se fijaban en las siguientes inscripciones, unas con firma y otras sin ella, unas en prosa y otras en verso, distribuídas por las paredes de la celda, y escritas algunas con mano trémula y nerviosa, como si obedeciera á sentimientos de indignación y de cólera:

¡Baldón eterno á la España
que así abandona sus glorias!

Saldabón.

Es una gran vergüenza que caiga este monumento y desaparezca entre sus escombros, sepultando con él, para borrón nuestro, uno de los más preciados recuerdos de nuestra historia. — *C.*

¿Dó está el coloso que colmó de gloria
el gran reinado de Isabel Primera?
En el Cielo ha de estar, que su victoria
abrióle el paso á la celeste esfera.
En el mundo nos resta su memoria:
el escalón primero que él subiera,
este convento fué... ¡Quizás se hunda
en el reinado de Isabel Segunda!

A. de Sierra.

Où est la fière Espagne de Charles-Quint?... La Rábida, dans son langage muet, dit qu'elle n'y est pas!

Rüinas del tiempo son;
más que del tiempo, del hombre;
destrucción para baldón
y afrenta de nuestro nombre.

Fèlix Suárez.

Y por este estilo, y de este tenor, otras muchas inscripciones, que no reproduzco porque basta un botón para muestra.

Tales son los viejos recuerdos de mi primer viaje á La Rábida.

III

Decididamente parecía que La Rábida estaba destinada á morir.

En 1851, al ver inevitable la ruina, acordó el Gobierno el derribo del convento, exceptuando la iglesia y aquella parte del convento que pudiera ofrecer más seguridad. Al efecto, se dictó una real orden, con fecha 5 de Agosto de aquel año, mandando derribar la parte ruinosa y vender los materiales, cuyo producto se destinaba á la adquisición de una lápida que, colocada en aquel sitio, recordase á los venideros la residencia de Colón en La Rábida.

Era entonces gobernador de Huelva el señor don Mariano Alonso del Castillo, y fortuna fué la de estar regentando aquel gobierno tan ilustradísima persona. Vaciló al recibir la real orden, y tomó bajo su responsabilidad la de suspender sus efectos, permitiéndose decir al ministro que suspendía la demolición hasta *nuevo mandato*, porque, decía textualmente, *si en derribar y destruír parte de esos recuerdos fuésemos muy apresurados, la censura pública y la historia misma se apoderarían de nuestros actos, entregándolos á la animadversión de nacionales y extranjeros.* La comunicación del gobernador debió de hacer efecto al ministro, tanto más

cuanto que iba acompañada de una sentida exposición á S. M. la Reina, cuyo apoyo se solicitaba para suspender el derribo y para proceder á la inmediata restauración. Debe consignarse el nombre de Alonso del Castillo como el de un patricio eminente. Gracias á él, La Rábida vive todavía.

Suspendiéronse los efectos de la real orden; pero nada se acordó respecto á la restauración del edificio, que proseguía en ruina, hasta que acertaron á visitar aquellos sitios, en Marzo de 1854, los Sres. Duques de Montpensier, acompañados de su augusta madre la Reina Doña María Amelia, viuda del último rey de los franceses. Tristemente impresionados SS. AA. los Duques de Montpensier, excitaron el celo de las autoridades y corporaciones de la provincia, y abrieron en el acto una suscripción, que iniciaron con un donativo, consiguiendo con tan noble ejemplo el fin que se proponían. La suscripción fué secundada, y comenzóse activamente la restauración de La Rábida, que terminó y se inauguró el 15 de Abril de 1855, con asistencia de los mismos Duques de Montpensier, quienes donaron en esta ocasión el retablo del altar mayor de la iglesia y varios objetos destinados á la celda que fué del guardián fray Juan Pérez, y en la cual se suponen celebradas las conferencias con Cristóbal Colón.

Eran estos objetos, entre otros, un retrato al óleo del gran Almirante, copia del existente en la catedral de Sevilla; un cuadro representando la llegada de Colón con su hijo Diego á la portería del convento; otro lienzo, en que se reproduce la celda del padre guardián, y en ella á Colón conferenciando con fray Juan Pérez, Martín Alonso Pinzón y el físico Garci-Hernández; otro, que es la publicación, en la iglesia de Palos, de la Real Pragmática para el reclutamiento de gente y apresto de naves; otro figurando á Colón en el acto de despedirse de fray Juan Pérez, al pie de la colina en que se levanta el convento, el día 3 de Agosto de 1492, al partir la flotilla, y un álbum donde pudieran continuar sus impresiones y firmas los visitantes.

También la Diputación provincial de Huelva regaló otros varios cuadros para adorno de la celda, entre ellos los retratos de Isabel I *la Católica*, de Isabel II y de Cristóbal Colón, todos del pintor Roldán. Hay asimismo los retratos al óleo de los Duques de Montpensier, y un lienzo en que el pintor francés Mr. Deligny figura el momento solemne en que Cristóbal Colón, desde el alcázar de la *Santa María*, al rayar el alba, enseña á los absortos marineros la primera tierra del Nuevo Mundo que se ofreció á su vista.

Como es de suponer, desde la restauración

y desde que los señores Duques de Montpensier tuvieron la noble idea de emprenderla, desaparecieron las inscripciones y leyendas que llenaban las paredes; el edificio recobró animación y vida con la continua visita de viajeros; fué declarado monumento nacional en 1856, y la provincia vino sosteniéndolo y mejorándolo, acudiendo, dentro de su presupuesto, á sus reparos y necesidades.

Hubo primero la idea de convertir La Rábida en lazareto, ó, mejor, casa de refugio para marinos inutilizados en campaña; se pensó después en destinar el edificio á otros usos, no menos patrióticos y humanitarios; se acordó abrir una suscripción para erigir un monumento á Cristóbal Colón y á fray Juan Pérez, y ofreció su apoyo y protección S. M. el Rey Don Alfonso XII cuando en Enero de 1876 visitó aquellos lugares; pero nada se resolvía en definitiva.

Por fortuna, los sucesos, y la Providencia con ellos, han venido á zanjar la cuestión. Desde que en un Consejo de Ministros presidido por el ilustre repúblico Don Práxedes Mateo Sagasta — del cual tengo á honra y gloria haber formado parte, como ministro de Ultramar, — se acordó celebrar en España el cuarto centenario del descubrimiento de América, la restauración completa de La Rábida se impuso como imperiosa é irresistible necesidad.

En estos instantes se levanta el monumento á las puertas del inmortal cenobio, y está terminándose la restauración del edificio, bajo la inteligente dirección del acreditado arquitecto Sr. D. Ricardo Velázquez, que á sus conocimientos y estudios científicos reúne la intuición y el genio del artista.

La Rábida, á fines del siglo XIX, se levanta con todos los esplendores de la gloria que á fines del siglo XV adquirió, continuada por cuatro centurias de no interrumpida y constante tradición, á la cual hoy más que nunca comunican luz, calor y vida los viajeros que la visitan en peregrinación y romería, los oradores que la ensalzan en grandilocuentes discursos, los artistas que la inmortalizan con su buril, su pincel ó su lápiz, los historiadores y literatos que la recuerdan en libros imperecederos, los poetas que la cantan en himnos de gloria, y dos mundos que la conmemoran y glorifican con voces de gratitud y de alabanza.

Por lo que se refiere al álbum que en la celda del padre guardián dejaron los señores Duques de Montpensier, y otro que, como continuación del primero, regaló la Diputación de Huelva, bien pronto se llenaron de composiciones en verso y en prosa, de pensamientos, leyendas y firmas, como antes ocurrió con las paredes, ya de antemano convertidas en álbum por los primeros visitantes.

Revueltas allí y mezcladas con las firmas de reyes y de príncipes de la sangre, como Alfonso XII y María Amelia, reina de Francia, como las infantas Doña Isabel y Doña María de la Paz, la tierna poetisa, y como los Duques de Montpensier y los de Nemours, se leen las de príncipes de la Iglesia, prelados insignes, y príncipes de las letras, como García Gutiérrez, López de Ayala, el marqués de Molíns y Emilio Castelar, quien ha escrito recientemente una página que será inmortal con su *Misa en La Rábida,* destinada á ser universalmente conocida tan pronto como la entregue á la publicidad la prensa de los Estados Unidos.

Allí aparecen, anónimos á veces y otras firmados por personas desconocidas, pensamientos raros y extraños unos, sublimes otros y elevados, pero hijos todos del sentimiento y de la impresión que en aquellos lugares dominan á los visitantes, lo cual hace que estos albums sean libro interesante de observación y de estudio para apreciar el corazón humano y juzgar del efecto que en el pueblo español, y entre altos y bajos, sigue produciendo aquel suceso que cambió los destinos del mundo.

Las alabanzas á Cristóbal Colón y la glorificación de su nombre son continuas y llenan todas las páginas, partiendo cada una del criterio, del espíritu de observación ó de análisis

que guía la pluma del escritor, lo cual hace que halle más útil el libro y más interesante quien con ánimo frío y desapasionado recoge para estudio de la humanidad aquel conjunto de ideas, de pensamientos, de impresiones, de excentricidades, de rarezas, de romanticismos ó de naturalismos, de minucias ó de sublimidades, de movimientos del alma ó de manifestaciones del ingenio, de disquisición, de crítica, de agudeza, de candor, de entusiasmo ó de flaqueza; que todo esto es el álbum de La Rábida, donde, confundidos y en tropel, se hallan los escritos del magnate y del plebeyo, del ateo y del creyente, del filósofo y del poeta, del que todo lo admira y del que lo desdeña todo, del que se vende al expresar sus sentimientos, del que se acusa al escribir su confesión, del que se entrega al revelar sus emociones.

Así, por ejemplo, mientras que uno, cuyo nombre es totalmente desconocido, dice en Marzo de 1860 que el descubrimiento de América es el mayor suceso de cuantos la humanidad consigna en sus anales y el que más prosperidad y bienes hubo de atraer á España, otro, cuyo nombre es, por el contrario, perfectamente conocido, dice, en Enero de 1869, que á veces los más grandes hechos producen los peores resultados, y que al descubrimiento de América se debe la decadencia de España.

En una de las páginas del álbum, el marqués de la Corte cree, y escribe, que sin las órdenes religiosas Colón no hubiera hallado valimiento en la corte de los Reyes Católicos; que sin ellas no registrarían los anales de nuestra historia patria la legislación de Indias, «verdadero Código, añade, donde la dignidad humana halló su asiento, donde la *libertad* y la *igualdad* encontraron su práctica aplicación, donde la *fraternidad* entre los hombres de distinta raza estrechó los vínculos de la sociedad humana»; y concluye pidiendo al Cielo que, si por segunda vez visita La Rábida, recuerdo imperecedero de la antigua España monárquica y católica, haga que encuentre restablecidos los institutos monásticos. Y en otra página, un anónimo, después de recordar en sentidos párrafos de gallarda prosa castellana la profecía del *Venient annis* de Séneca, dice que el genio de Colón, representando el progreso humano y rompiendo las ataduras con que las órdenes monásticas pretendían sujetarle, se lanzó á los mares, borrando el *non* del *plus ultra* escrito por la ignorancia y el atraso de la humanidad.

Enrique Gil, de quien ya no se acuerda la sociedad actual, y que vivió en pleno romanticismo, dejando un volumen de sentidísimas poesías y otro de galana y robusta prosa, escribió: «¡El Nuevo Mundo! ¡El Nuevo Mundo!

Hé aquí que las tinieblas cubrían su faz, y Cristóbal Colón lo sacó de las tinieblas.» Y tomando por epígrafe estas palabras, dice en el álbum otro dulce poeta, también difunto, Don Francisco Pérez Echevarría: «Cada ola de los mares es un himno á Colón, armonía inmortal que canta la gloria del genio y la gloria de España».

El álbum guarda como una joyita la siguiente décima del poeta Mario Méndez Bejarano:

Á LA RÁBIDA

Peña do el águila herida
temblando emprendió su vuelo;
concha que buscó en su anhelo
la perla en el mar perdida;
tú, sol perenne de vida,
cual del genio la memoria,
diste, alumbrando la Historia,
de gloria un rayo fecundo
que engendró en el mar un mundo
para eternizar tu gloria.

Luis de Rute consagra un sentido recuerdo á Colón y á los héroes españoles que han mantenido enhiesta la bandera de la patria en apartadas regiones; Justo Rodríguez Alba traza á grandes rasgos la historia del Almirante, y Jerónimo Martín evoca la memoria de Alonso Sánchez, de Huelva, al que atribuye la gloria del descubrimiento.

El cronista Oviedo fué el primero, si no estoy equivocado, en hablar de ese Alonso Sánchez y entregar su nombre á la publicidad. Dice que era un piloto nacido en Niebla, provincia de Huelva, que mantenía relaciones comerciales entre España y las islas Canarias, y que en cierta ocasión se vió arrastrado con su barco por vientos contrarios á una isla desconocida del lejano Occidente. A su regreso fué recogido y amparado por Cristóbal Colón, quien le llevó á su casa; pero como había sufrido y padecido mucho, murió á pesar de cuantos cuidados se le prodigaron, y con él cuatro más de sus compañeros, no sin antes haber hecho á Colón importantes revelaciones acerca de los ignorados países occidentales. El suceso este no ha sido probado, ni mucho menos. Varios cronistas lo cuentan, y hasta, si no estoy mal informado, existe en Huelva una calle á la que se ha dado el nombre de Alonso Sánchez. Pero es difícil averiguar la verdad, y, aunque se averiguara, en nada enturbiaría la gloria de Colón, quien es sabido que honradamente exponía las razones científicas y revelaba las noticias que tenía para demostrar la existencia de otras tierras.

Y volviendo ahora al álbum de La Rábida, bastará decir, para conocimiento de los lectores, y en resumen, que se pudieran llenar muchas páginas si hubiese de darse minuciosa

noticia de cuanto contiene. En él se continúan bellísimas composiciones poéticas, muy notables algunas de ellas, de Francisco Pérez Echevarría, de Méndez Bejarano, de Narciso Campillo, de Francisco Rodríguez Zapata, de Justo Jimeno Domínguez, de José de Velilla, de José S. Mora, de Juan J. Bueno, de A. G. Clemencín, de Eduardo Garrido Estrada, de Juan de Dios de Mora, de Antonio Díaz y Fernández, de José Fernández Espino, de Juan Manuel Alvarez y de otros varios. También se expresan deseos y votos, como, por ejemplo, el del cardenal arzobispo de Sevilla, que anhela ver levantarse allí un monumento á la gloria de España, y el de fray Martínez Cazorla, el cual se espontanea en estos términos, que merecen reproducirse:

Colón fué hijo de Cristo y heredero anticipado de sus glorias. Tuvo vida de trabajos y desconocida por entre los suyos. Tuvo un Thabor donde vieron sus majestuosos resplandores de inteligencia en un asilo de los hijos de Cristo; un Calvario, en la conquista de un mundo, y una gloriosa beatificación ó canonización le espera tal vez en la posteridad.

Cristo, nuestro Señor, conquistó un mundo para sí, y Colón conquistó otro para Cristo.

Cristo es el gran Verbo de la Divinidad revelado al hombre. Colón el gran verbo de la humanidad que se eleva á Dios.

También, entre muchas otras, aparece la firma de Braulio Santa María, cronista de Huelva y autor del interesante libro *Huelva y La Rábida,* á quien es justo consagrar este re-

cuerdo, por ser uno de esos inteligentes y curiosos inquiridores consagrados á escribir historias y crónicas particulares de las villas y ciudades, que tanto elemento aportan á la historia general del país.

Pero entre todos los votos y deseos que hallan manera de manifestarse en el álbum de La Rábida, ninguno quizá merece tanta atención como el que expone un extranjero, religioso italiano, llamado fray Marcelino De-Civezza, historiador de la Orden franciscana y miembro de varias Academias científicas y literarias de Europa, reconocido por su ilustración y su ciencia.

El padre De-Civezza vino á España en 1877, por encargo de la Orden, en busca de datos históricos que hicieran referencia á Cristóbal Colón, y hubo de visitar el convento de La Rábida, en las páginas de cuyo álbum escribió en gallarda prosa italiana un verdadero himno á Cristóbal Colón.

Comienza su escrito felicitándose de que, por fin, y no sin pena, se ha conseguido que empiece á resplandecer, después de cuatro siglos, la gloria de Cristóbal Colón, destinada á ser eterna. Dice que Colón, como Cristo, apuró hasta las heces el cáliz de la amargura, y se lamenta de que, ni aun en su sepulcro y en su memoria, haya sido respetado aquel hombre maravilloso que descubrió un mundo, y

cuya alma se alimentaba sólo de gloria, de justicia y de luz. Increpa á los acusadores de Colón, y más principalmente al que aparentó hipócritamente salir en su defensa para más injuriarle; pero alienta la esperanza de que el vencedor de la ignorancia y de la envidia de los hombres acabará por triunfar de la conjuración que en vano intenta ahora denigrar su memoria.

El padre De-Civezza hace voto de consagrarse mientras viva á la causa y defensa de Colón, y termina con estas notables palabras:

¡Honor á España! Si un día por un hijo suyo indigno (Bobadilla) te llevó á la cima del Calvario, hoy venera sinceramente tu memoria y trabaja por glorificarte. Aquí mismo va á levantar un monumento digno de ti... Una sola cosa falta: que tus cenizas de las playas americanas, donde están todavía, vengan aquí para que descansen eternamente unidas á las de tu noble amigo el Guardián de La Rábida; y así llegará á ser este lugar uno de los más famosos santuarios de la tierra, al que de todas partes acudan viajeros para prosternarse reverentes ante tu sepulcro.

Así concluye De-Civezza su brillante escrito.

Y ¡quién sabe, quién, lo que pueda ocurrir andando los tiempos! La Rábida sería, en efecto, un gran monumento para guardar las cenizas del descubridor inmortal.

IV

Pocas líneas más para terminar estos artículos.

La moderna crítica histórica pretende rectificar, en parte al menos, la leyenda colombina.

Después de minuciosas é importantes disquisiciones, aparece ahora demostrado que el fray Juan Pérez de Marchena, guardián de La Rábida, era sencillamente Juan Pérez, siendo el Marchena otro personaje llamado fray Antonio de Marchena, franciscano también como el primero, y, como él, grande amigo y protector de Colón.

De los trabajos realizados por la crítica resulta que el padre guardián de la Rábida se llamaba fray Juan Pérez. Hubo de ser en cierta ocasión confesor de la reina Doña Isabel, y, elegido después guardián del convento de La Rábida, decidió abandonar el bullicio de la corte, que no cuadraba á sus deseos de tranquilidad y reposo, para refugiarse en el cenobio que á orillas del Océano levanta sus muros, bien ajeno de pensar que aquel retiro y aquellas soledades iban á darle fama eterna, asociando su nombre al más grande suceso de la historia y de los siglos.

Pero ¿por qué se le ha llamado por la tradición, por la leyenda y por la historia fray Juan Pérez de Marchena, haciendo de dos personas una sola? La equivocación, según parece, parte de los cronistas Gomara y Herrera. Por error de concepto, de copia ó de imprenta, confundieron dos personajes en uno, y ya luego se partió de este yerro por los historiadores sucesivos, consagrándolo como verdad histórica.

Fray Antonio de Marchena, distinto de fray Juan Pérez, y que nada tiene que ver con él, no fué nunca guardián de La Rábida, ni nunca estuvo tal vez en aquel convento. Era un fraile franciscano humilde y modesto, pero sabio humanista y gran cosmógrafo. Le llamaban el *astrólogo,* y formó parte del congreso ó junta de Salamanca que entendió en los proyectos de Colón, siendo uno de los que decididamente y con más franqueza se puso de parte del inmortal navegante. En una carta de los Reyes Católicos á Cristóbal Colón, escrita desde Barcelona, cuando se estaba en los preparativos del segundo viaje, dicen los monarcas al Almirante: «Nos parece que sería bien llevásedes con vos un buen astrólogo, y nos parecía que sería bueno para esto fray Antonio de Marchena, porque es buen astrólogo y siempre nos pareció que se conformaba con vuestro parecer.» También el mismo Colón,

en carta que una vez desde La Española escribió á los Reyes, les decía: «Nunca hallé ayuda de nadie, salvo de fray Antonio de Marchena, después de aquella de Dios eterno».

La leyenda hizo de estos dos religiosos uno solo, dando así lugar al error de cronistas, historiadores, leyendistas y poetas.

Otro punto ha tratado también de rectificar la crítica histórica; pero ya en él la evidencia no resulta tan marcada ni tan definitiva, y paréceme que por esta vez habrá triunfado la leyenda.

Los historiadores y cronistas, en su mayoría, por no decir en su totalidad, encuentran siempre por vez primera á Cristóbal Colón al pie de la cruz solitaria ante las puertas de La Rábida. Allí es donde Cristóbal Colón es presentado á la historia por la leyenda. Allí parece que fué á parar inmediatamente después de su llegada á España, comenzando entonces sus relaciones con el padre guardián fray Juan Pérez, que hubo de ser uno de sus más fervientes protectores cerca de la reina Doña Isabel.

Dicen y afirman los historiadores que Colón salió de Portugal el año 1484 ó siguiente, y dió consigo en la villa de Palos, «donde quizá tenía conocimiento con algunos de los marineros de allí», según escribe el obispo fray Bartolomé de las Casas, «y también por ven-

tura con algunos de los religiosos de San Francisco del monasterio que se llama Santa María de la Rábida».

El padre guardián fray Juan Pérez, maravillado con los proyectos de Colón, dióle cartas y recomendaciones para elevados personajes de la corte, y á ella se fué el futuro almirante y virrey de las Indias, dejando en el convento á su hijo Diego, de muy cortos años entonces.

Esta, repito, es la opinión general, en la que hasta aquí anduvieron todos de acuerdo, historia y leyenda; pero aparece recientemente un estudioso autor, Rodríguez Pinilla, y, aportando gran caudal de buenas razones y autoridades, niega terminantemente y en absoluto el suceso. Afirma que Colón no estuvo en La Rábida hasta 1491, cuando, desahuciado por los Reyes y entristecido por las contrariedades, se partía para Francia, yendo á recabar de otros países el apoyo que en España no encontraba. Entonces fué cuando el citado autor cree que Colón conoció á fray Juan Pérez, quien le instó á quedarse en el convento, abriendo su ánimo á nuevas esperanzas, mientras él en persona se dirigía á la corte para impetrar el apoyo de los Reyes, como así lo hizo, valiéndose de sus antiguas influencias y relaciones, hasta conseguir que Colón volviera á ser llamado y se reanudaran con él tratos y convenios, por aquella vez definitivos.

Esta opinión, por lo referente á la negativa de que Colón estuviera en La Rábida al llegar á España, no parece destinada á prevalecer. Por esta vez, y no será ciertamente la primera, todo indica que la crítica histórica será vencida por la leyenda.

Conformes están los historiadores, y de acuerdo, en la llegada de Cristóbal Colón á las puertas de La Rábida acompañado de su hijo Diego, aunque no pordioseando, según, con error, dicen algunos, sino como atestigua fray Bartolomé de las Casas, en demanda de marinos y religiosos con quienes de antes tenía relaciones. Todo cuanto atañe á este punto, lo propio que á la intervención que tuvo en el descubrimiento del Nuevo Mundo el guardián de La Rábida, lo deja clara y perfectamente demostrado mi excelente amigo el aragonés D. Faustino Sancho y Gil en cierto eruditísimo trabajo que recientemente ha escrito, inédito aún en estos momentos, pero del que me fué dado gozar las primicias.

De todas maneras, ya sea exacta la tradición, ya la enmienda de la crítica histórica, siempre resulta claro y positivo que fué La Rábida el lugar sagrado, y su guardián fray Juan Pérez el hombre escogido para ofrecer hospitalidad y protección al glorioso marino que así recobró esperanzas perdidas, viendo brillar á sus ojos nuevos horizontes. Allí co-

bró su ánimo alientos de luz y de vida; allí regresó con la cédula real que le hacía dueño de una flota; de allí partió, como el espíritu de Dios llevado sobre las aguas, para ir á surcar las tenebrosas mares que guardaban en su seno el ignorado Mundo.

Las naciones todas; los hombres de toda religión, de todo país, de todo linaje; la ciencia, la poesía, la historia, la tradición, la leyenda; poderosos y humildes, magnates y plebeyos, cielos y tierras, todos deben acatamiento y respeto á ese modesto cenobio, y España, á quien plugo á Dios concedérselo en depósito sagrado, tiene la misión y el deber ineludibles de atenderlo y conservarlo, so pena de aceptar la tremenda responsabilidad de la ruina y someterse al inapelable fallo de Dios, de la posteridad y de la historia.

Todo esto es, todo esto tiene, todo esto merece el cenobio providencial que se eleva junto á la ría de Huelva, la Onnuba antigua, á quien acuden á rendir el tributo de sus aguas el Odiel y el Tinto, y ante quien extiende sus llanuras con reflejos y cambiantes de todas luces y colores el mar que abrió paso á las carabelas legendarias.

Asombra el monasterio por su humildad y pobreza cuando se le ve bajo los resplandores de aquel cielo ignífero que le sirve de techumbre y de aquel sol africano que lo caldea con

sus besos; á la margen de aquellos ríos que alzan cariñosos murmullos, parecidos á coros de voces humanas en oración; en medio de aquellos lugares donde los espacios se llenan y perfuman, más que de aromas de las huertas, de aromas de la historia; y enfrente de aquéllas... no, de aquellos mares que lo besan con sus acres brisas, lo arrullan con sus sonantes olas y lo conmueven con sus másculas tempestades. Pero de su propia pequeñez nace en La Rábida su grandeza, que este es el santuario en cuyo seno «se discutió el problema de mayor interés para la humanidad que ha sido nunca planteado, después del que quedó resuelto sobre las pajas de Belén y los tomillos del Gólgota», según dice Faustino Sancho con su galana frase. Más aún que los destinos de Colón, allí se fijaron los destinos del mundo.

Todo es modesto y humilde en aquel claustro; pero no existe ninguno que sea tan grandioso, ni tan excelso, ni tan magnificado por la gloria. La grandificencia de San Francisco en la parvedad; la sublimación del Gólgota en un mísero añojal de patria española; la inmortalidad en la miseria; la glorificación en la pequeñez; todos los vastos horizontes del ideal en la mezquindad y naturalismo de una minucia de la tierra.

Allí no hay agujas afiligranadas que taladren los cielos, ni robustas torres que suban á

esconder sus campanas entre las nubes, para que, al sonar del bronce santo, el llamamiento á los fieles parezca descender del cielo; no hay almenas, ni murallas, ni puentes levadizos, ni heráldicos blasones de odiseas feudales ó palatinas; no hay artesonados, ni tapices, ni áureas leyendas, ni sedas, ni labores, ni esculturas. Sólo una cruz, y al pie de ella unas gradas en que se sentó un hombre llamado Cristóbal Colón; sólo una celda blanqueada con cal, y en ella un fraile que se llamó fray Juan Pérez; sólo un patio, y en él una triste y solitaria palmera que recuerda haber oído hablar de grandezas y maravillas á unos hombres aventureros; sólo una iglesia, sin más adorno en sus paredes que unos exvotos allí colgados por marinos que regresaban de un viaje á otro mundo; sólo un altar, y en él la grosera imagen de una Virgen á cuyas plantas se postró el descubridor de un mundo, y sólo, á poca distancia, un puerto y una rada de donde salieron un día tres carabelas aventureras que, al regreso de un prodigioso viaje, trajeron prendas, y artes, y frutos, y pájaros que nadie conocía, y, con ellos, seres humanos, para todos y para todo el mundo de entonces también desconocidos.

Sí; La Rábida es, en efecto, la peña de donde el águila real alzó su esplendoroso vuelo; y hé aquí por qué en sus tierras y en su

recinto debe elevarse el monumento á la gloria de Colón; hé aquí por qué su nombre ha de ir siempre unido al de aquel que domó los mares bajo la quilla de sus bajeles, abriendo en ellos nuevas vías, hasta entonces para el mortal ignoradas; y hé aquí, finalmente, por qué no existe en el orbe lugar más digno, ni monumento más propio para conservar la tumba y guardar las cenizas de aquel que, así como Cristo conquistó un mundo para sí, él, á su vez, conquistó otro mundo para el mundo y para Cristo.

Mayo de 1892.



EL CUENTO DE ROSANIEVE

EL CUENTO DE ROSANIEVE

Rosanieve era una doncella muy bonita, pero muy bonita: todo un primor de muchacha, con sus quince años recién cumplidos, sus cabellos rubios y sus ojos azules, su esbeltez, su gracia, su frescura, su juventud y su belleza.

Decían de ella que llevaba el sol en su cabellera, el cielo en sus ojos y el amor en su corazón.

El hijo del rey se había prendado ciegamente de aquel cacho de sol á que llamaban Rosanieve, y vivían uno para el otro, entregados por completo á sus amores, en brazos de sueños deleitosos, y esperando con anhelo la hora próxima de su boda.

La madrina de Rosanieve había sido el Hada del lago verde, muy querida y estimada en aquellas tierras, colmadas de beneficios por ella, mujer excelente y buena que vivía sola y señera en el lago que le daba nombre.

El Hada verde dotó á su ahijada de varias perfecciones, y dióle, entre otras, la facultad de convertirse en pájaro, en flor, en animal terrestre ó marítimo, con tal de invocar y anteponer el nombre de Dios al expresar su deseo. Bastábale decir, por ejemplo, *Dios y golondrina, Dios y gacela, Dios y clavel,* para de súbito convertirse en clavel, gacela ó golondrina.

Nunca jamás había usado Rosanieve de esta facultad maravillosa. Su corazón se abrió al amor á los quince años. Sólo vivía para el hijo del rey, y sólo se ocupaba en sus amores y en su próxima boda, para la cual las hadas le estaban tejiendo un vestido de hojas de rosa y rayos de sol.

Llegó un día en que su amante no acudió al sitio donde celebraban sus citas, que era en las umbrías de la *Fuente del Almezo.* Faltó aquel día, y otro, y otro, y muchos. Por vez primera supo la niña lo que era dolor, y por vez primera también asomaron lágrimas á sus ojos.

Su amado el príncipe había desaparecido del país, y sus padres, como la corte toda, se hallaban desconsolados ante el misterio de aquella desaparición. Había salido el príncipe una mañana con brillante comitiva de caballeros, escuderos y pajes para una partida de caza, y ni él ni ninguno de sus acompañantes

regresaron. Se desvanecieron como si los aires se los hubiesen llevado. Todas las pesquisas é investigaciones fueron vanas. De nadie se supo: nadie regresó.

Rosanieve, en su desesperación, acudió á su madrina el Hada verde, quien le dijo que el príncipe había sido encantado, junto con sus acompañantes, por un gran mágico, gigante poderoso y temible, el montaraz Muzoff, cuyo solo nombre hacía estremecer la tierra.

—Pero ¿dónde está el príncipe?—preguntó la cuitada.

— En el fondo del mar con todos los suyos. Lo único que sé y puedo decirte es que el fiero Muzoff se niega á desencantarle como antes no se le conceda lo que pida.

— ¿Y qué pide?—dijo con ansiedad la niña.

— ¡Ah! Esto ya no sé. Lo guarda secreto, y se lo dirá á quien se presente á solicitar el desencantamiento del príncipe.

— Yo seré entonces quien vaya á preguntárselo.

— ¿Qué has de hacer, infeliz de ti?

— Os digo que lo haré, madrina.

—El gigante te propondrá cosas imposibles.

— ¿Y qué?

— Te pedirá las estrellas.

— Y se las daré. Iré á arrancarlas del cielo.

— ¿Estás loca?

— Estoy enamorada

—Lo mismo da. Anda cauta con el amor, que el amor quema.

—Dejaría de ser amor si no quemase. Os aseguro, madrina, que seré yo quien desencante al príncipe.

Y advertida ya de que nada más sabía ni podía hacer el Hada verde, Rosanieve se despidió de ella, encaminándose á la orilla del mar.

Al llegar á la playa, dijo:

—Dios y pescadilla.

En el acto quedó la doncella convertida en un pececillo, hermosa merluza pequeña, con sus escamas de reluciente plata y su airosa y ondulante cola. De un salto entró en el agua.

Fuése mar adentro, mar adentro, y con tiempo y fatigas acabó por llegar á un suntuoso palacio de cristal, de corales y de perlas, iluminado por esas claridades misteriosas que hay en el fondo de las aguas. Allí moraba su novio con sus escuderos y pajes, todos transformados en muñecos de cristal. No podían moverse sin peligro de quebrarse.

El príncipe estaba sentado en un sillón de marfil, con la cabeza entera perfectamente libre, y con facultad de hablar y de pensar; pero todo lo restante de su cuerpo era de cristal, y el corazón de cristal de roca.

Rosanieve no se dió á conocer á su prometido, que la tomó por un pez cariñoso que se

acercaba á consolarle en su pena. Por esto no tuvo inconveniente en contestar á las varias preguntas del pececillo acerca de por qué estaba allí, quién le había encantado y cuándo llegaría el momento de su desencanto. Contestó con gran frialdad — pues que en aquel momento no tenía corazón — que quien le puso en tal estado era un gigante por venganza de no haberse querido casar con una hija que tenía y se había enamorado de él. Dijo que sólo tendría virtud para desencantarle una joven que fuese doncella y se comprometiera á entregar al gigante las tres cosas por éste pedidas. Añadió que ignoraba qué cosas fuesen aquéllas, pues su enemigo sólo las comunicaría de viva voz á la doncella que se le presentara arrostrando el peligro y exponiéndose á perder la vida. Y terminó diciendo que el gigante se llamaba Muzoff y habitaba un castillo muy fuerte, situado en la cima de un monte elevado y lejano.

Enterado ya el pececillo de cuanto deseaba saber, saludó al príncipe batiendo su cola, y saliéndose de palacio para rehacer su camino, mar afuera, mar afuera, tornóse para la orilla de donde había partido. Al salir del agua dijo:

— Dios y ciervo.

Y al instante se convirtió en una hermosa y ligera cierva que emprendió veloz carrera en

dirección al castillo de Muzoff, adonde llegó sin tropiezo.

No tenía el castillo más entrada que la del puente levadizo, que estaba alzado. Las murallas eran formidables y muy altas, imposibles de escalar, y en torno de ellas aparecía un foso profundo y muy ancho, muy ancho, tanto, que más que foso era un lago. Para salvarlo, no estando caído el puente, se necesitaba barca ó pasarlo á nado.

La niña dijo entonces:

— Dios y cisne.

Transformada repentinamente en cisne, se echó al agua y comenzó á dar vueltas en torno de aquellos murallones impenetrables, hasta que advirtió una raja ó hendidura profunda en un lienzo del muro.

— Dios y hormiga — dijo entonces la niña.

Tornada en hormiga, según deseaba, se introdujo tranquilamente por las rendijas y rendijitas del murallón, y así llegó al gran patio del castillo, donde recobró su forma para presentarse á Muzoff, á quien halló en seguida.

Era un gigante de aspecto rudo y montaraz, feroz y terrible. Daba miedo verle. Sólo tenía un ojo, y éste en la frente, muy grande y muy vivo; sólo tenía un brazo, y éste con dos manos enormes en forma de tenazas.

Aunque la niña se sobrecogió al principio

viendo delante aquel monstruo, logró serenarse y avanzó con valor y serenidad hacia él. Vióla llegar el gigante impasible, aunque con sesgo rostro.

— ¿Qué quieres y quién eres? — le preguntó con voz tonante.

— Soy una doncella, y vengo á pediros que desencantéis al príncipe.

— ¿Te han dicho que para esto tienes que traerme las tres cosas que te pida?

— Sí por cierto, y estoy pronta á serviros.

— Quiero para mi hija un collar de perlas que no sean perlas y una diadema de rayos de sol que no sean rayos de sol. Anda á buscarlo y tráemelo. Despacha. Cuando lo hayas traído te daré á conocer mi tercera petición.

La niña quiso hacer una observación, y dijo:

— Desearía saber...

— No tienes más que saber ni preguntar — interrumpió la voz bronca del gigante.—Anda, vete. Despeja ya, ó te cojo con mis tenazas y por encima del muro te echo al foso.

Rosanieve, sin añadir una sola palabra, se retiró del castillo de la misma manera y con las mismas formas que había entrado.

Cuando estuvo de la otra banda del foso, despojóse de su forma de cisne para tomar la de águila; y hendiendo los espacios, hacia arriba siempre, llegó á un punto donde esta-

ban amontonadas muchas nubes en masa impenetrable.

La doncella entonces con sus alas de águila comenzó á revolver, esparcir y desparramar las nubes, abriéndose paso por entre ellas á fuerza de aletazos, hasta que halló un espacio de serenidad donde brillaba en todo su esplendor el arco iris. Acercóse hasta tocarlo, y con su pico y con sus alas de águila comenzó á deshacerlo á pedazos, recogiendo muchos trozos de diversos colores con los cuales labró una rica diadema como otra igual no se vió ni existió jamás en el mundo.

Satisfecha ya, y conseguida la primera parte de su empresa, tendió las alas y se bajó á la tierra, donde, apenas llegó, dijo:

— Dios y rosa.

Convertida quedó inmediatamente en hermosísima rosa que sobresalía, ufana y esplendente, en el centro de un rosal cuajado de pequeñas rosas y capullos. Allí esperó la niña que viniera la noche y después de la noche el día.

Llegaron los primeros albores de la mañana, y con ellos el rocío, á que no en vano llamaron casto los poetas, pues que se forma con lágrimas de las almas escogidas que al nacer la aurora discurren por el espacio. La rosa, que se esponjó entonces y abrió su seno, fué guardando intactas cuantas gotas de rocío cayeron en ella; esperó á que fuesen heridas por

los primeros rayos del sol naciente, y antes de que pudieran ser absorbidas por el astro diurno, las recogió cuidadosamente en su seno, donde, á su calor, tomaron consistencia. Con ellas formó luego Rosanieve un collar de perlas, que, sin ser tales, eran, sin embargo, las más primorosas y peregrinas que de madre concha fueran jamás nacidas.

En su poder ya las dos joyas, voló al castillo del gigante; y después de pasar por sus transformaciones habituales de ciervo, cisne y hormiga, presentóse la doncella á Muzoff y le ofreció el collar y la diadema.

El gigante no pudo menos de asombrarse ante el resultado obtenido por la niña, y le dijo con ya más templado acento:

—Bien cumpliste. Diadema y collar son para mi hija, á quien más quiero que á la niña de mi ojo. Vamos, pues, á la tercera prueba, y, como cumplas, te doy palabra de en el acto desencantar al príncipe. Así, pues, quiero para lamparilla nocturna de la alcoba de mi hija una estrella de luz que no sea luz ni estrella, y lo sea. Ya estás despachada. Vé en su busca.

Rosanieve no hizo la menor observación. Volvió en seguida la espalda al gigante, y saliendo del castillo—aquel día por el puente levadizo, que se bajó para abrirle paso,—llegó á la opuesta orilla del foso y dijo:

— Dios y golondrina.

Así que se vió convertida en lo que deseaba, comenzó á volar rauda y ligera, descendiendo unas veces hasta rozar el suelo con sus alas, remontándose otras y describiendo círculos fantásticos por los aires. No parecía ocuparse en otra cosa que en retozar alegre y juguetona, y, sin embargo, iba recogiendo al paso todo insecto brillador y todo gusano de luz que por el espacio vuela ó por la tierra se arrastra.

Cuando tuvo buen acopio de ellos, formó á manera de una estrella que irradiaba con luces de diversos colores. Con flores y con luciérnagas, con hebras y manojitos de hierba siempre perenne y verde, con insectos voladores que de noche brillan como puntas de diamante, tejió una estrella que era un encanto, una joya, un brinquillo de luces, de riqueza y de hermosura.

Fué en seguida á presentarlo al gigante, que hubo de quedar más prendado aún que la vez primera.

— Sólo tengo una palabra — dijo Muzoff. — Desencantaré al príncipe. Corre á darle la buena nueva, aun cuando antes que llegues, por deprisa que vayas, mis alados mensajeros habrán ya llevado mis órdenes.

Rosanieve comenzó entonces un discurso de gracias; pero el gigante le interrumpió á las primeras palabras.

—Anda—le dijo.—No pierdas tiempo en cosas inútiles.

No se lo hizo repetir la niña. Salióse del castillo, y convertida en cierva salió disparada en dirección á la orilla del mar. Volando fué, y, sin embargo, ya antes de llegar encontró al príncipe y á sus compañeros libres de su encantamiento, que venían cabalgando por el camino, radiantes todos de júbilo y alborozo.

Suntuosas fiestas se celebraron por la llegada y libertad del príncipe, y también por su exaltación al trono, pues que en el ínterin había muerto su padre. Uno de los primeros propósitos que formó el nuevo monarca fué el de casarse, y, en efecto, se casó... pero con la hija del gigante Muzoff, temeroso de lo que pudiera ocurrirle si por vez segunda la desdeñaba.

En cuanto á Rosanieve, la triste, la incomparable doncella que á tantos y á tan grandes peligros se aventuró por salvar al príncipe, herida en lo más vivo, en lo más íntimo y también en lo más sagrado de su corazón, quedó olvidada de todos y murió en la obscuridad y en la tristeza.

Y así fué siempre el mundo, lo mismo en la historia que en el cuento.

Madrid, 26 de Marzo de 1899.



EL JUICIO DE DIOS

EL JUICIO DE DIOS

I

Lo que voy á contar, ¿es una historia? ¿es una leyenda? ¿es sola y sencillamente un cuento romántico?

No lo sé, ni trato de averiguarlo en este momento.

Los antiguos cronistas de Cataluña, y á su cabeza el respetable Jerónimo Pujades, refieren el suceso como historia legítima, real, verdadera, con todas las circunstancias, aparatos y sacramentos de ley.

Los historiadores modernos, los de juicio dogmático y crítica ortodoxa, ó no hablan de ello, ó lo mencionan sólo como una fábula insípida que ni siquiera merece los honores del comento.

Alejandro Dumas, padre, hizo de él una novela que se lee con vivo interés, y nuestro Manuel Fernández y González, autor hoy muy desdeñado y que algo más vale que muchos

de sus críticos, lo relata como un cuento romántico.

Cada lector creerá lo que guste.

En esta ocasión voy yo á contarlo, ó mejor dicho á recontarlo, pues que es asunto para mí de antigua fecha conocido.

Ya sé que mi narración no es del gusto del día, ni tampoco de los modernistas, naturalistas, decadentistas, impresionistas y tantos otros *istas* como están hoy en moda; pero yo, por natural, por estudio ó por vocación, me siento inclinado á cierta clase de trabajos donde haya algo que hable al alma. Respeto y aun muchas veces admiro los de aquellos que escriben en modernismo: sin embargo, á mí, viejo revolucionario, sólo me place y halaga ser constante en mis ideas, y soy, mal que pese á mis años, romántico en literatura y progresista en política, pidiendo á Dios que me ampare y conserve en ello hasta que bien le plazca dar fin á la labor y fatigas de mi vida.

Y vamos ya al cuento, á la leyenda ó á la historia.

II

Al caer de una tarde de verano, allá por los primeros años del siglo XII — en 1118, según fijan los que creen histórico el suceso,—

acababa de entrar en Barcelona, por una de sus puertas de Poniente, un joven juglar, cubierto el traje de polvo y barro y, al parecer, sumamente fatigado por largo viaje. Todo indicaba en él que era extranjero: su porte, sus ademanes, su traje, el escudo de armas que llevaba bordado al pecho y las miradas que con extrañeza dirigía á todas partes.

El día estaba caluroso, y el juglar, rendido por la fatiga, sentóse á descansar en un banco de piedra que había junto á una de las ventanas bajas del palacio condal, contiguo entonces á los grandes portales de la ciudad. Poco tardó en atraerse la atención de los transeuntes, algunos de los cuales se detuvieron ante él, dirigiéndole con curiosidad varias preguntas, á las que el recién llegado contestó en provenzal, idioma conocido entonces en todas las principales cortes.

Bien pronto en torno del juglar se formó un numeroso corro de oyentes, que le escuchó con atención y simpatía, lo cual hacía también un caballero desde el interior de la ventana baja del palacio, pues que de vez en cuando se veía asomar una cabeza.

El juglar acabó por contar á sus oyentes el motivo que le llevaba á Barcelona, motivo nada secreto ciertamente, pues que pensaba darlo á conocer por medio de públicos pregones.

— Soy — les dijo — un pobre servidor de la emperatriz Matilde, hija del rey de Inglaterra y esposa de Enrique V de Alemania. Mi noble señora soporta en la noche de una cárcel las penas que con vil acusación y afrentosa calumnia lanzaron sobre ella dos caballeros de su corte, tan altos en poder como ruines en maldades. De adúltera se atrevieron á acusarla, obedeciendo á infames propósitos. Su esposo dió crédito al aserto de aquellos felones cortesanos, y la pobre víctima, para escapar al inmediato castigo de sus iras, pues que se la condenó á infamante muerte, apeló al juicio de Dios, confiada en que el Ser Supremo no abandona nunca á la inocencia. El emperador ha suspendido el rayo de su cólera, y ha dado de plazo un año y un día. Si al cumplir el plazo no se presenta en Colonia un campeón dispuesto con espada y lanza á sostener la inocencia de la emperatriz, en lid abierta con sus dos acusadores, la infeliz está perdida. Mientras ella gime en la cárcel aguardando la hora fatal del plazo, yo, su obscuro y fiel servidor, voy errante por el mundo visitando una tras otra las cortes, y procurando, á la voz de la inocencia en peligro, encender el fuego sacro del entusiasmo en los corazones hidalgos. Todos mis esfuerzos han sido vanos hasta ahora. Si no puedo llevarme el guante de un caballero, como garantía de que no faltará campeón

á la buena causa, Matilde de Inglaterra perecerá infamemente en una hoguera.

Así habló el mensajero, y es fama que al terminar su largo razonamiento, volvió á todas partes sus ojos empañados de lágrimas.

— Y ¿cuándo termina el plazo, juglar? — le preguntó un caballero.

— Dos meses faltan y un día.

Algunos de los caballeros que se hallaban presentes, conmovidos por el relato de las cuitas de tan augusta dama, hubieran deseado ofrecerse para campeones; pero circunstancias particulares de cada uno y jornadas tan largas se lo impedían. Consolaron al juglar diciéndole que no faltaría de seguro en Barcelona quien se condoliese de su señora y tomara su defensa; pero todos se alejaron dejándole solo, cuando ya las sombras de la noche comenzaban á extender su imperio.

— ¡Ah! — murmuró el pobre juglar siguiéndolos con su vista.—Todos me dicen: ¡Espera!; pero nadie me dijo aún: ¡Cuenta conmigo! Mi pobre soberana morirá en la hoguera.

Acababa de pronunciar estas palabras con triste y doloroso acento, cuando vió de repente caer á sus pies un guante de malla que fué arrojado, desde la ventana baja del palacio, por un caballero que se asomó y desapareció en seguida. Lanzó el juglar una exclamación de gozo, recogió el guante, que fué para él una

dulce esperanza llovida del cielo, y se dirigió á las puertas de palacio para entrar á informarse del caballero á quien aquella prenda pertenecía. Los guardias le impidieron el paso; y aun cuando permaneció en el umbral hasta muy entrada la noche, mostrando el guante á todos los caballeros que de la regia morada salían, nada pudo averiguar, y tuvo que marcharse á buscar posada antes que lo avanzado de la hora se lo hiciese imposible. Al día siguiente partía de Barcelona, llevándose consigo el guante, prenda de un caballero desconocido.

En el ínterin, la emperatriz Matilde continuaba ocupando un calabozo de la cárcel de Colonia. Hermosa era Matilde, hermosa y bella. Los rasgos de su fisonomía tenían una pureza sin igual; su blanco cutis parecía haber robado su mate color á la perla; suave y dulce era la expresión de sus grandes ojos azules, y su sedosa cabellera rubia formaba como una dorada aureola en torno á su frente majestuosa.

El cielo la hiciera tan hermosa como desgraciada. Su esposo, el noble emperador de Alemania, era de carácter arrebatado y celoso, y creyó fácilmente la vergonzosa fábula que le contaron dos señores de su corte que habían jurado perder á su soberana.

Rodolfo de Walheim y Ricardo de Ninkréc.

jóvenes impetuosos, de pasiones desordenadas y de costumbres deshonestas, se habían atrevido á poner sus ojos en la hermosa Matilde, que rechazó con orgullo sus galantes obsequios y presentóles el escudo de su virtud para valla de sus torpes miras. Viéndose despreciados y arrojados de la presencia de aquella mujer, en quien habían soñado para cómplice de sus pasiones, Ricardo y Rodolfo, con ese odio mezquino de las almas bajas, decidieron vengarse de una manera ejemplar. Fácil les fué engañar al emperador y despertar la viva pero dormida cólera de sus celos. Contáronle una fábula que supieron tejer con todas las apariencias de la verosimilitud, y Matilde fué condenada á perecer como adúltera en la hoguera.

Sus protestas de inocencia, su llanto de desesperación, su hermosura y atractivo, el amor que aun inspiraba á su esposo, todo fué inútil. Enrique, cegado por los celos y sediento de venganza, tenía un corazón más duro que el peto de su coraza. Viéndose la infeliz abandonada, sin recursos, próxima á perecer, apeló al juicio de Dios. Las leyes de la época le daban derecho á ello, y no podía negarse este supremo y último recurso á un acusado. Ricardo y Rodolfo fueron declarados mantenedores del duelo, y dióse de tiempo á la emperatriz un año y un día para que buscase un

campeón que por su causa se decidiese á pelear, debiendo ser el que se presentase caballero y de noble alcurnia.

Entonces fué cuando partió el juglar de la emperatriz, único servidor que leal y adicto se mantuvo á su señora en sus amargos días de prueba.

Lució la aurora del día designado para el combate; brilló aquel sol que al bajar á su ocaso debía quizá llevarse consigo el último suspiro de la infortunada Matilde.

Se había alzado el palenque en una llanura inmediata á las puertas de Colonia. Era un espacio cuadrangular, rodeado de barreras y empalizadas, en uno de cuyos extremos se abría la puerta por la que debía presentarse el campeón. A un lado estaban las tiendas de los dos mantenedores, sobre las cuales ondeaba como gracioso penacho el estandarte con sus colores y sus armas. En el fondo, frente á la puerta citada, se veía la pira que había de devorar á la pobre acusada, si el cielo no le enviaba un defensor antes que el sol de aquel día se hundiese en el ocaso. Junto á la pira estaba el lugar reservado para Matilde, y junto á él se alzaba el tablado con sitiales dispuestos para los jueces del torneo en rededor del solio destinado al mismo emperador. Todo el terreno sobrante había sido abandonado á la Corte y al pueblo. Se puso sólo aten-

ción en levantar una gradería en el sitio destinado á los caballeros y personas principales para que pudieran estar separados de los plebeyos y villanos.

Desde el amanecer hervía ya la multitud en torno del palenque, y media hora después de nacido el sol, se presentó la acusada entre una guardia de hombres de armas y seguida de los sayones que debían prender fuego á la pira. Iban en pos los jueces, presididos por el emperador; marchaban á continuación los dos caballeros mantenedores, armados de punta en blanco y jinetes en briosos caballos encubertados, y cerraba la marcha una escolta de honor. Todos fueron á ocupar sus sitios respectivos: los jueces y el soberano se colocaron en sus asientos; los guardias se extendieron á lo largo del palenque; los heraldos entraron en la liza; los mantenedores penetraron en sus tiendas, dejando sus escudos á la puerta como en señal de reto, y la desventurada Matilde se dejó caer de rodillas junto á la pira, llevando las manos á su rostro para ocultar el carmín de su vergüenza y la flaqueza de sus lágrimas.

Había pasado un año; había ya amanecido el último día del plazo, y el juglar no había vuelto. Quizá había perecido, y con él la esperanza de un campeón, puesto que en Alemania no había ningún caballero que se atrevie-

se á arrostrar el enojo del emperador lidiando por su esposa.

Sonaron las trompetas anunciando que iba á empezar el acto: un heraldo, avanzando hasta mitad de la arena, y en la forma acostumbrada, pregonó que el palenque quedaba abierto y franco para todo aquel que, habiendo sido armado caballero y siendo de linaje noble, quisiese medir sus armas con los dos mantenedores, dispuestos á sostener que la emperatriz Matilde era adúltera é indigna de ocupar su sitio en el tálamo imperial.

—Preséntese quien se halle dispuesto á sostener lo contrario—concluyó diciendo el heraldo;—combata con armas iguales, y Dios pronunciará su juicio ayudando á la buena causa.

Luego que el heraldo hubo concluído su relación, se dirigió á la acusada, y en nombre de los jueces empezó á hacerle las preguntas de fórmula.

—Acusada, ¿persistís en protestar de vuestra inocencia?

Matilde levantó la cabeza; echó hacia atrás sus rubios cabellos, y fijando en el heraldo una mirada llena de majestad y dulzura,

—Persisto y á Dios tomo por testigo—exclamó.—Soy inocente: lo digo en alta voz ahora, como lo diré entre las angustias de la muerte y mientras me quede un soplo de vida.

—Acusada — repitió el heraldo, — ¿habéis

encontrado un caballero que por vuestra causa combata en campo igual, y en garantía del combate os haya dejado una prenda que dar á los jueces y mantenedores?....

— Sí — exclamó una voz detrás de la emperatriz.

Era la voz del juglar, que llegaba precisamente en aquel instante. Matilde alzó los ojos al cielo en señal de gratitud, y cruzó con fervor sus manos.

El juglar se adelantó y tendió una manopla al heraldo, que se encaminó en seguida hacia los jueces para entregarles la prenda.

—Juglar — exclamó la emperatriz, — ¿quién es el buen caballero que en pro de mi inocencia se ha decidido á enristrar la lanza y empuñar la espada?....

—Ignoro quién es, señora — contestó el juglar.

Y contó á la emperatriz el modo extraño como aquel guante había llegado á sus manos.

— ¡Dios mío!—murmuró Matilde así que su mensajero había acabado de relatar la aventura, — ¡haz que no falte ese piadoso caballero desconocido!

— Mi corazón me dice que no faltará — dijo el juglar.

La emperatriz sin contestar bajó la cabeza y cruzó sus manos sobre el pecho. Su fiel servidor conoció en el movimiento de sus labios

que rezaba, y se hizo atrás para no turbarla en su devoción.

En aquel momento, las trompetas de los acusadores y mantenedores del juicio, quienes habían recibido el guante, rasgaron sonoras los aires en orgulloso reto, haciendo estremecer los ámbitos del palenque. Ningún clarín contestó al desafío. Deslizáronse las horas, y hasta llegó el sol á la mitad de su carrera sin que en auxilio de Matilde acudiera un defensor. La multitud empezaba á desconfiar; el tiempo se pasaba; la misma emperatriz había ya vuelto varias veces unos ojos llenos de amargo desconsuelo hacia el juglar, y, por fin, cansado ya el emperador, mandó que por última vez sonaran las trompetas del campo.

Afortunadamente, esta vez no fué en vano. Vibraba aún balanceándose en el aire el eco de las provocantes trompas, cuando respondió la aguda voz de un clarín, y abriéndose la valla saltó á la arena, jinete en un negro caballo de raza árabe, un arrogante caballero lujosamente armado de punta en blanco. Ninguna divisa ni blasón ostentaba su escudo, y un negro penacho flotaba sobre su casco.

Al ver al defensor que Dios enviaba; al ver la gallardía y arrogancia con que manejaba el caballo y vestía la armadura, la multitud, que sentía secretas simpatías por la emperatriz, acogió al recién llegado con un lisonjero mur-

mullo de aprobación. El desconocido atravesó el palenque al trote; dirigióse al tablado, y se paró ante los jueces, á quienes saludó bajando su lanza.

—Jueces y caballeros—les dijo,—un paladín desconocido viene á pediros campo, pues que lidiar quiere en defensa de la emperatriz Matilde contra sus bastardos calumniadores. Solo he venido, que aun cuando son dos los mantenedores, pelearé primero con el uno y luego de vencido con el otro, ó con los dos á un tiempo, si tal es vuestra voluntad, jueces del duelo; que acostumbrado estoy á no apurarme por tan poco, pues no son mucho á fe dos malos caballeros para un cumplido paladín.

—Arrogante campeón—díjole el emperador Enrique,—levanta, si te place, la visera y descubre tu nombre, que son de alto linaje los dos mantenedores, y preciso es para medirte con ellos que sepamos si es noble tu alcurnia y si has sido armado caballero.

—Enrique de Alemania—contestó el desconocido,—ni mi nombre he de descubrir, ni mi rostro; pero bástete saber que en cuanto á caballero, lo soy como el mejor y más bueno de la cristiandad, y en punto á linaje, ni al tuyo mismo cede. Esto digo y esto fío, y quien dudar ose de mi palabra, baje al campo á romper conmigo un par de lanzas.

El emperador no contestó. Quien tan alto

hablaba y con tanto orgullo, no podía menos que ser de noble estirpe. Concediósele la venia para el combate sin más averiguación, por su palabra en prenda, y el desconocido se dirigió entonces hacia la acusada, con quien tuvo una breve conversación. Levantóse ante ella la visera, y le dijo su nombre; pero haciéndole prometer que guardaría el secreto hasta ver el éxito del duelo. En seguida se encaminó á las tiendas de los mantenedores é hirió sus escudos con el hierro de la lanza, según era costumbre, para designar que el combate debía ser á muerte. Habían decidido los jueces que el campeón pelearía primero con uno de los mantenedores y luego con el otro, si del primer encuentro salía vencedor.

Lanzóse furioso al campo Rodolfo de Walheim, y partió lanza en ristre contra el desconocido. Los dos caballeros se encontraron en medio de su carrera con un ruido parecido al choque de dos masas de hierro, y á este primer encuentro rodó ya mal herido por la arena el caballero alemán; tanto, que antes que el vencedor hubiese tenido tiempo de apearse del caballo para hacerle confesar su derrota, había ya el caído arrojado su alma por la boca de la herida.

Entre los bravos y aplausos de la muchedumbre volvióse el campeón á su puesto para empezar con el segundo; pero éste, amedren-

tado por la muerte de su compañero, sobrecogido de pánico terror—en que entraba quizá por mucho la voz de su conciencia, — en vez de acudir adonde el incógnito esperaba, voló á las plantas del emperador, y allí postrado confesó su alevosía, acusándose de calumnia y disculpando á la emperatriz. Enrique, al oírle, tuvo de ello no poca satisfacción y gozo, y púsose en pie para comunicar la nueva de la inocencia de su esposa al congregado pueblo.

Vióse entonces á la multitud estallar en gritos de alegría y de entusiasmo, y como es en el pueblo tan terrible el gozo como la cólera, saltó al palenque arrollándolo todo, destruyó la pira y esparció los haces de leña, cayó sobre el acusador dándole inhumana aunque hasta cierto punto merecida muerte, y en seguida buscó al vencedor para llevarle en triunfo.

Pero ya era tarde. Aprovechando la primera confusión del tumulto, el campeón, sin vender su incógnito, había desaparecido.

En cuanto á la emperatriz, fué llevada con gran pompa á palacio, donde la recibió en sus brazos el emperador, que con lágrimas le demandó perdón de la injuria que le hiciera dando crédito á la maldad y á la calumnia. Diéronse órdenes al instante para que todo fueran fiestas y regocijos en Colonia; pero pe-

sábale mucho al emperador que no asistiese á ellas el desconocido campeón, á cuyo valor se debía todo, y pesábale más aún ignorar su nombre y clase.

—Sabedlo, pues—dijo entonces Matilde:—el generoso caballero que de lejanas tierras ha venido sin conocernos á vos ni á mí, el valiente campeón que á vos os ha salvado la honra y á mí la honra y la vida, es Ramón Berenguer III, conde soberano de Barcelona.

III

Hasta aquí la relación del suceso, tal y como lo refieren lo mismo historiadores que leyendistas, con sólo la diferencia de lenguaje, propio de la época y del gusto de cada uno.

Pero los cronistas y los historiadores más dicen aún y más cuentan para dar carácter de verdad á la narración.

Añaden, pues, que cuando el emperador alemán supo quién era el campeón desconocido, salvador de la honra y la vida de la emperatriz, dijo á ésta que se hallaba en el deber de partir en seguida á Barcelona para darle las gracias é invitarle á pasar nuevamente á Colonia, donde se le honraría como era debido y justo. Plugo esto á la emperatriz, y, en efecto, emprendió el viaje para Barcelona con gallarda y lucida compañía de grandes, prela-

dos, señores, damas y caballeros, y entonces, al tener noticia el conde de Barcelona de la jornada dispuesta por Matilde, ordenó grandes festejos con objeto de recibirla y obsequiarla.

El ya citado cronista Jerónimo Pujades es quien cuenta con peregrinos detalles lo ocurrido á causa de esta regia visita, y hay que cederle la palabra y trasladar al pie de la letra cuanto dice, no quisiera Dios que los espíritus críticos, hoy tan sobrados, achacaran á invención del narrador moderno lo que se lee en la crónica antigua.

Dice, pues, así Pujades, y con esta cita se da fin al cuento ó á la historia:

«Pensó el conde hacer á la emperatriz Matilde un notable recibimiento, y fué que ordenó grandes aparejos de mantenimiento y diversidad de aves y terneras, y todo género de cosas de comer costosas, en gran abundancia, y muchas suertes de vinos y vasos para el servicio, y músicas de diversas maneras. Y así ordenó lo que se había de hacer. Fuése á Girona á recibirla muy acompañado de caballeros y ricos hombres bien aderezados. Y cuando, hecho el acatamiento debido y buen recibimiento, vinieron á Barcelona, hallaron que desde el castillo de Moncada hasta la puerta de la ciudad de Barcelona, que se llama de Santa Eulalia, cerca de la plaza llamada del Trigo, por espacio de doce millas estaba todo

el camino lleno de mesas, unas cerca de las otras. Tenían en sí pan muy blanco bien masado, y hecho con abundancia, y faisanes, perdices, capones, gallinas, palominos, pavones y otras aves muchas, como son ansarones, acuadines, torcazos, grullas, tórtolas y semejantes: muchas maneras de potajes, manjar blanco, arroz, fideos, harina, mirauste, ginestada y semejantes cosas. Muchas suertes de frutas muy buenas, y frutas de sartén, y confituras de azúcar. Por otra parte, muchas empanadas de ternera, y muchos platos de vaca con muchos cuchillos puestos allí en las mesas, y carne de carnero con cecina, y torreznos de tocino: muy buenos vinos, y muchas suertes dellos, como los suele haber muy buenos en Cataluña, con vasos llenos de agua de cisterna, puestos allí á par dellos, para que quien quisiese, de cuantos con la emperatriz venían, que cada uno comiese lo que bien le pareciese: estando á cada mesa los que menester eran para servir. Maravilláronse los alemanes viendo aquella magnificencia, y quedó de allí el refrán que se dijo de la mesa de Barcelona *(taula de Barcelona es cosa bona)*, cuando está una mesa muy abastada y bien proveída.»

Marzo de 1899.



EL CAUDILLO DE LOS BLANCOS

EL CAUDILLO DE LOS BLANCOS

I

En que se refiere la excursión del rey Don Pedro «el Grande» á los montes del Canigó.

Montañas regaladas son las de Canigó, florecientes y bellas en cualquier época del año, según dice uno de los más bellos cantos populares de nuestra Cataluña.

Este alteroso monte del Canigó, que pertenece á los Pirineos Orientales, se alza en las lindes de España y Francia; por un lado domina nuestras añoradas tierras del Rosellón, que hoy son francesas, y por otro las ricas comarcas del Ampurdán, escudo y vanguardia de Cataluña. Es un monte rival del Pico de Carlit y del Puigmal, que sólo le superan en algunos metros de altura sobre el nivel del mar, y dícese que es la primera montaña que ven los navegantes al regresar á tierra y la última que distinguen al alejarse.

Es también el Canigó — y de ahí procede su gran celebridad — el monte de las tradiciones y leyendas, de las historias de hadas y encantamientos, centro y nidal de peregrinas consejas y aventuras románticas. Gozaba en la Edad Media de fama universal por lo mucho que de sus portentos, misterios y cuentos se refería. Una excursión por sus tenebrosas soledades hubiera entonces arredrado al hombre más firme y de corazón más valeroso.

Se contaba que en lo más alto había un estanque ó lago profundísimo, de agua muy negra, en el fondo del cual tenían su palacio las hadas y allí guardaban tesoros cuantiosos de perlas, diamantes, esmeraldas y toda clase de piedras preciosas, con muchísimos montones de oro y de plata. Y se decía asimismo que si por acaso algún viajero, venciendo peligros y fatigas, conseguía llegar hasta la orilla del lago y arrojaba una piedra para turbar la quietud de las aguas, en el mismo instante veía alzarse de entre ellas un monstruoso dragón alado que con sus alas cubría la luz del sol, convirtiendo en noche la claridad del día, y con su aliento apestaba los aires, muriendo repentinamente asfixiados cuantos se hubiesen aventurado á llegar hasta allí.

Sabido era y artículo de fe en toda la comarca que quien emprendía la ascensión hasta el estanque, no regresaba con vida. Allí que-

daba sin ella á orillas del lago maldito, siendo su cuerpo pasto de las aves de rapiña, si antes no era devorado por el monstruo volador que, al decir de las gentes, se los engullía de un solo bocado.

Pues bien; cuéntase que, sin embargo de ser tan peligrosa y arriscada esta ascensión, tan aterradora y llena de misterios y presagios capaces de poner miedo en el corazón del hombre más esforzado, quiso un día emprenderla aquel rey de Aragón Don Pedro llamado *el Grande,* debelador famoso de los Pirineos y conquistador de Sicilia, el que luchó á un tiempo con todo el poder y todos los esfuerzos reunidos de Felipe de Francia *el Atrevido,* de Carlos de Anjou y del papa Martín, sumo pontífice para quien no parece sino que la tiara fué casco, el hábito coraza y el báculo espada.

Pues bien, de esta excursión y singular empresa de Don Pedro *el Épico,* como yo le llamo, no cuentan una sola palabra las historias; pero sí la relata un entusiasta excursionista catalán, literato peritísimo, Don Ramón Arabía y Solanas, que halló la noticia y comento en la obra de un fraile franciscano, natural de Parma, llamado fray Salimbene. El manuscrito original de este religioso está en latín y forma parte de un códice de la Biblioteca Vaticana, una de cuyas copias se imprimió en Parma el año 1858 por el librero Pietro Fiaccadorsi.

Es muy curiosa la narración del fraile.

Comienza por hablar del terror que infundía el solo nombre del Canigó y de cómo Don Pedro quiso acometer la aventura sin dar cuenta á ninguno de los suyos y sin que nadie de su corte lo supiera. A este fin llamó á dos soldados, de cuyo valor y fortaleza tenía nuevas, y les propuso que le acompañaran, guardando el secreto. Ofreciéronle hacerlo así y no apartarse de él.

Provistos de armas y con buen repuesto de vituallas emprendieron la marcha, dejando sus caballerías al pie del monte, donde había pobladores, y comenzaron á pie la ascensión. Muy arriba estaban ya, después de salvar no pocos obstáculos y peligros, cuando oyeron ruidos extraños, truenos horrorosos, y comenzó una tempestad deshecha de agua y piedra y relámpagos, con tanto furor y violencia que no parecía sino que se hundía el mundo ó se venía abajo el monte. Apoderóse el espanto de los dos soldados — así lo dice el fraile — hasta tal punto, que cayeron en tierra como si el ruido y el asombro les hubiesen robado el aliento. Pero Don Pedro, añade, era hombre de gran corazón y gran ardimiento, y como más fuerte y robusto que sus acompañantes, queriendo de todas maneras satisfacer sus deseos y no abandonar la empresa, les alentaba para no dejarse vencer del terror, diciéndoles que

aquella aventura llevada á buen término les reportaría honra y gloria. Todo fué inútil, y en vano por toda clase de medios, amonestaciones, regalos y amenazas, intentó Don Pedro levantar el ánimo de sus acobardados acompañantes, abatidos por el terror y el cansancio.

El rey entonces les pidió que al menos le esperasen allí mismo hasta la noche del siguiente día, y si no le veían regresar en todo este tiempo, podían retirarse libremente. Convinieron en ello, y el monarca emprendió la durísima y accidentada cuesta, solo, sin auxilio de nadie, teniendo que superar serios obstáculos y soportar penosísimos trabajos, pues que aun hoy existen sitios que no pueden subirse ni bajarse de pie, sino á rastras. Una vez llegado al estanque ó al lago, tiró una piedra al agua, que fué como arrojar un guante á los demonios que habitan en el fondo, y diz que en el acto salió el dragón monstruo á recorrer los aires apestando éstos con su hálito y velando la luz del día con sus alas.

Don Pedro, después de esto, añade el narrador, deshizo su camino, volviéndose al sitio donde le esperaban los soldados, á quienes contó lo que había visto, dándoles permiso para referirlo á cuantos quisieran saberlo.

Y aquí termina el fraile su relato, después de comparar la aventura de Don Pedro á las

gestas de Alejandro, «que también quiso hacer la experiencia de muy horribles pasos y trabajos para alcanzar las alabanzas de la historia».

Es realmente curiosa esta excursión del rey Don Pedro al monte legendario, de la cual nada dicen las crónicas ni las historias, y hoy tan sólo conocida por el afortunado hallazgo que puso el libro del padre Salimbene en manos del entusiasta Arabía. Apresuróse éste á dar cuenta del hallazgo á la Sociedad de Excursiones que preside, y, á su propuesta, por aclamación y con aplauso, se ha adjudicado en nuestros tiempos, después de pasados seis siglos, un nuevo título á nuestro Don Pedro *el Épico*, que figura hoy el primero en la *galería de excursionistas catalanes célebres*.

¿Qué objeto se proponía el conquistador de Sicilia y vengador de Provenza al realizar, solo, sin nadie de su corte y casa, esta excursión al Canigó, tan aventurada entonces, tan peligrosa y temeraria?

Nada dice de esto fray Salimbene, aunque algo sí discurre sobre ello el Sr. Arabía con su acostumbrado buen juicio; pero, en mi sentir, el hijo de Jaime *el Conquistador*, de quien es sabido que era en todo muy emprendedor y arriscado, realizó aquel acto por el capricho de satisfacer una curiosidad ó por el goce de correr una aventura, á las que desde mozo se

sentía inclinado, no arredrándole nunca ni peligros, ni amenazas, ni riesgos ni fantasmas, que fueron siempre para él incentivo más que freno á sus voluntades.

Y nada más. En cuanto á lo que contó luego el rey á sus medrosos acompañantes de haber visto el monstruo alado — lo cual era artículo de fe y creencia general en el vulgo de aquellos tiempos, como aun lo es algo en el de los nuestros, — no me parece que Don Pedro fuese hombre dispuesto á creer en brujas, encantamientos y demonios. Pudo decirlo sin duda para dar á su regreso la explicación más en armonía con las creencias del vulgo, tal vez para quedarse con sus acompañantes gozando en su credulidad, y de seguro también para dar realce maravilloso y por consiguiente mayor crédito á su aventura, así que ésta llegara á circular de corro en corro y de boca en boca por el pueblo.

Porque ¿quién duda de que cuando un pueblo entero y preocupado cree en un error, el error es entonces la verdad?

Por lo demás, la meseta del Canigó en donde existe el estanque tan célebre en las leyendas, no es ningún sitio infernal y tenebroso, ni su lago es de aguas negras y quemantes, como todavía asegura el vulgo, sino, todo lo contrario, transparentes y puras, según refiero en mi cuento del Castillo de la Selva. En

este lugar delicioso y ameno, de originalidad salvaje y singular encanto, nos hemos detenido á descansar no pocos excursionistas en estos tiempos, y hemos arrojado piedras al lago, en tributo á la costumbre tradicional, como hizo también sin duda el buen rey Don Pedro *el Épico,* y ni han temblado las esferas, ni salieron nunca los demonios á paseo por los aires.....

Pero á todo esto llegó ya el caso de observar, y confesar con toda sinceridad, que estamos fuera de la cuestión, según se dice en términos parlamentarios, y muy alejados del asunto que me propuse tratar al coger la pluma y al poner sobre mi mesa las cuartillas. Mi intento era sólo referir una tradición del Canigó, que me contaron un día, precisamente cuando fuí con alborozada caravana de buenos compañeros á visitar el lago de que hasta ahora hemos venido hablando.

Por muy distintas andanzas de las que yo buscaba me llevó mi pluma, y aun cuando de ello no ha de pesarme, si el lector halló digna de cuento la aventura del gran Don Pedro en que vine á embarullarme por accidente, hora es ya, sin embargo, de volver al punto de partida para referir la narración que llevo en mente. Esta narración es relativa á las cuadrillas, compañías ó mesnadas de los *Blancos,* y muy especialmente á su caudillo March del Casta-

ñer, personaje que podrá tener algo de legendario sin duda, pero en el que se quiso personificar de seguro el carácter independiente y libre de aquellos montañeses que fueron los primeros en romper los hierros de la servidumbre, proclamando ideas y dictando reglas que sólo siglos más tarde debían hallar sanción en códigos fundamentales de las naciones modernas.

La leyenda que se ha formado en torno de la figura misteriosa y sombría de March del Castañer merece ser referida, y esto haré, conforme á lo que recoger pude en los tiempos de mis excursiones por el Canigó, dejando que los rebuscadores de noticias y documentos acudan para más detalles á Juan Michel y á los historiadores del Langüedoc ó á las relaciones novelescas de C. Leynadier.

II

March del Castañer y Faneta de Graves, los dos héroes de esta leyenda.

En los valles de nuestro Canigó existe memoria de una leyenda tradicional, que acaso ha ido desnaturalizándose al pasar de siglo en siglo y al correr de boca en boca, y que se conmemora en cantos y danzas populares el día de la fiesta mayor de la comarca.

Entre Molitj y Vinzá, lugares que hoy forman parte del Rosellón, y por consiguiente de Francia, se alzaba el castillo de Folch ó Fulco de Graves, posado como un nido de águilas sobre una elevada roca, y que solamente por uno de sus costados era accesible.

Como todas las moradas de esta clase en los siglos XI y XII, era una robusta masa de piedra, donde todo se había destinado á la defensa y nada á la comodidad. Torre del homenaje, torreones en los ángulos, puente levadizo con cadenas de hierro, murallas, fosos, saeteras, almenas, subterráneos, nada faltaba de lo que imprimía carácter á aquellas severas moradas feudales.

Tenía el señor de Graves una hija llamada Estefaneta, ó mejor Faneta, que es como la apellidaban, la cual había sido educada con cierto carácter de independencia y soltura. Dada á juegos varoniles, y despreciando todo lo que podía aparecer femenil, era de ardiente imaginación, gustaba de montar á caballo, de ir á la caza, de manejar las armas como los hombres. Con ese gusto exclusivo para los ejercicios violentos, Faneta era soberbia, altanera, inflexible, y tenía además en su carácter algo de indisciplinable y de salvaje, reuniendo todos los instintos vehementes de una naturaleza inculta y todas las nobles cualidades de un corazón generoso.

Al propio tiempo, en una cabaña vecina al castillo vivía un joven siervo, hijo de siervos, llamado March.

March había sido el compañero de infancia de Faneta, de quien la madre de March era la nodriza.

Los dos jóvenes habían crecido y educádose juntos, permaneciendo de este modo la estopa junto al fuego, hasta llegar el día en que el fuego prendió á la estopa.

Así sucedió que una tarde, en uno de esos momentos de expansión que tienen todos los corazones en momentos dados y en circunstancias especiales, Faneta había dicho ingenuamente á March:

— March, yo creo que te amo.

— Y también yo creo amaros — había contestado sin vacilar el joven siervo.

Pero, no bien hubo pronunciado estas palabras, cuando se quedó mudo y silencioso. Parecióle que en el fondo de su alma sentía encenderse otra pasión, que no era el amor, pero de la que el amor era ciertamente el móvil. Recordó que algunos días antes, habiendo cometido una ligera falta, la castellana le había hecho fustigar, reprendiéndole severamente y amenazándole con el enojo del señor de Graves, que podía hacerle ahorcar de una almena, siempre que se le antojara, como señor nato de vidas y haciendas.

Esta amenaza había exasperado á March, que sólo parecía esperar la ocasión de un ultraje para desplegar las energías y violencias ocultas en el fondo de su alma.

Con motivo de su situación, March comenzó á reflexionar, tal y como hubiera podido hacer un filósofo de anteriores ó posteriores tiempos á los suyos, en lo que tenía de irritante y de inicuo aquella ley que establecía tan marcada diferencia entre las clases, haciendo á los unos siervos de los otros y á los señores árbitros de la vida de los siervos. Concebía, por ejemplo, que un león, que tiene garras, destrozara á un tímido ciervo; pero ningún hombre, se decía, viene al mundo mejor armado que otro, y la fuerza y el valor son igualmente propiedad y derecho de todos. Así pues, March no comprendía que, por sólo amar á Faneta, pudiese incurrir en las iras de su señor y ser castigado por éste hasta con la pena de muerte.

Estas y otras parecidas eran las reflexiones que se hacía March; y cuando de ellas dió conocimiento á Faneta, hablándole con todo el enérgico sentimiento de un alma ulcerada, Faneta, que se había ya acostumbrado á pensar como March, sin considerar siquiera que la diferencia de condiciones hacía en ella extraños semejantes pensamientos, le tendió la mano y le dijo:

— Tienes razón, March. Si fuese yo siervo, me rebelaría.

Estas pocas palabras, dichas con la expresión generosa del alma independiente y altiva de la joven, fueron nuevo incentivo para March. Muy á menudo, hasta aquel momento, se había sentido impresionado por la iniquidad que pesaba sobre las gentes de su casta; pero nunca jamás se le había ocurrido la idea de que podía vengarlas. Era preciso para esto una de esas palabras que abren al pensamiento una vía nueva en momentos de exaltación, cuando el alma se halla dispuesta á recibir la impresión de las pasiones buenas ó malas. La reflexión de Faneta y sus declaraciones eran suficientes para poner á March en semejante estado de ánimo; así es que, apoderándose con frenesí de la mano que la joven le tendiera,

— Faneta — le dijo, — acabáis de disponer de mi vida. Quiero, tengo el derecho, y tendré el valor de romper el yugo de la servidumbre, de ser el igual y el enemigo de todo aquel que pretenda subyugarme. Nuestro Dios, mi señor Jesucristo, que ha sido el vengador del débil y del oprimido, bendecirá de seguro los esfuerzos que haga cualquier hombre para recobrar su independencia.

III

Quiénes eran los «Blancos» y qué se proponían.

Este es el origen que la novela da á la rebelión de March, y así cuenta la manera como se decidió á ponerse al frente de los *Blancos*. La crónica no averigua el secreto de la rebelión, y nos lo presenta ya rebelde y jefe poderoso de la asociación.

En la vertiente septentrional de los Pirineos orientales existían entonces unas bandas de paisanos armados que debían su origen á la opresión de los nobles y que habían de sucederse, durante siglos, bajo diversas denominaciones. Se designaba á los de que ahora hablamos con el nombre de *Blancos*, porque iban todos uniformemente vestidos, por encima de sus trajes, con una túnica blanca que servía para hacerles reconocer entre ellos, impidiendo que se les confundiese con otros.

Los *Blancos* eran asociaciones de paisanos ó siervos que en apariencia nada tenían de fijo ni de permanente, pero que en realidad siempre subsistían en el corazón de una provincia ó de una comarca. Sólo aparecían de noche. De día, cada asociado volvía á su trabajo, arrastrando con aparente resignación la

cadena que la fuerza había atado á su cuello, sin que nadie pudiera sospechar que en aquel cuerpo encorvado sobre la tierra latiese un corazón siempre en rebeldía abierta contra el estado social de entonces. A una señal dada, cada uno dejaba los instrumentos de su trabajo, y empuñando el hacha de armas ó la tea incendiaria, se reunía á otros grupos, formaban juntos bandas, y se arrojaban sobre las tierras ó los castillos de los nobles, llevando por doquiera la devastación, el incendio y la muerte.

Al lucir el día, no quedaban de esas terribles excursiones nocturnas más huellas que las cenizas ó los escombros. Era como un furioso huracán que, desencadenado durante la noche, se desvanece con la aurora matinal.

March se afilió á una de esas bandas. Su corazón estaba tan henchido de odio y de venganza, y su boca expresaba con tanta energía los sentimientos dominantes en su corazón, que en pocos días adquirió una influencia notable. Fué nombrado por unanimidad jefe de la más formidable de aquellas bandas.

Acostumbraba esta banda á reunirse al pie de un castaño. Allí arengaba March á los suyos, de allí partían para sus expediciones nocturnas, allí repartían el botín, allí celebraban sus consejos y asambleas. De esto provino que se le llamase March *del Castanyer* (Marco el

del castaño), nombre que después había de conservar su posteridad como apellido.

Bien pronto se hizo temible el nombre de March *del Castañer*. Nunca, en ninguna ocasión, otro jefe de bandoleros obtuvo más celebridad ni causado con su solo nombre más espanto. Era el asombro y el terror de valles y montañas.

IV

De la visita de March á la Bruja del Canigó.

La parte novelesca de la leyenda refiere con sombríos colores una visita que, al principio de su mando, hizo March á una hechicera muy nombrada en el país, á la que llamaban la *Bruja del Canigó*.

Es preciso tener en cuenta que March, temerario y temible en los combates, como nadie lo había sido antes que él, acababa de ser nombrado jefe de varias bandas de *Blancos*, voluntariamente reunidas bajo sus órdenes. Tenía ya casi á su disposición un ejército.

Cierta noche, según cuentan, soñó que una serpiente se había enroscado á su cabeza. En aquella época, los sueños representaban gran papel en la vida, y por poco que ofreciesen al-

guna particularidad extraordinaria, daban motivo á que fuesen consultados los hechiceros y adivinos.

March, al día siguiente de haber tenido este sueño, reunió á sus compañeros bajo el castaño tradicional, y después de haberles explicado su sueño, les habló de esta ó parecida manera:

— Hermanos y compañeros, habéis ya roto vuestros hierros; pero esto no basta: falta ahora que conquistéis los derechos á la libertad. Pasead la vista en torno vuestro: la naturaleza es apacible, las flores son hermosas, el aire es puro, el cielo brillante, los pájaros hallan la tranquilidad y la calma en sus nidos entre las ramas, los peces mismos en el fondo de las aguas tienen libertad y descanso: todo es libre en la naturaleza. ¿Por qué, pues, no lo ha de ser también el hombre? Todos tenéis derecho á ser libres, y á vuestro brazo y á vuestro valor hay que confiar la conquista de este derecho. Mi sueño de esta noche debe indicarnos algo de esto. Vamos, pues, á consultar á la hechicera de la montaña, y ella nos lo explicará.

La propuesta de March había sido un tributo á la especie de culto que los *Blancos* tenían por la hechicera, y, aceptada con entusiasmo, el jefe y seis de los suyos partieron en dirección á la cueva donde aquélla vivía, ocul-

ta entre los barrancos y fragosidades de la montaña.

Óigase cómo el leyendista refiere la visita de los *Blancos* á la cueva de la *Bruja del Canigó.*

Hallábase ésta, dice, en el acto de proceder á sus evocaciones, cuando se presentaron March y sus compañeros á la puerta de la gruta. Apenas los divisó la hechicera, exclamó con voz terrible:

— ¡Potencias infernales, y vosotros, espectros errantes entre las tinieblas de la noche eterna, acudid, y perezcan esos extranjeros, si aquí los trae una intención culpable!

Así dijo, y dibujando rápidamente tres círculos en el aire con su varita mágica, profirió palabras ininteligibles. En el acto se oyó un ruido sordo, y la tierra pareció temblar y estremecerse bajo las plantas de los recién llegados, como si se dispusiese á abrirse para tragárselos. Pero March, sin turbarse, avanzó algunos pasos, y, deponiendo á los pies de la hechicera varios presentes que de intento trajera, le dijo:

— Venimos sólo para consultaros, ¡oh temible maga!, y nada tenéis que temer de nosotros. Somos hijos del pueblo rebelados contra sus señores, que vienen á preguntaros si coronará la victoria sus esfuerzos.

En seguida pasó á explicarle brevemente el sueño que había tenido la noche anterior.

La hechicera permaneció unos momentos silenciosa y como absorta en sus meditaciones; pero de pronto, y por un cambio rápido, pasó repentinamente del silencio al delirio. Sus cabellos flotando en desorden sobre sus hombros desnudos y sobre su frente, su capa negra echada hacia atrás, sus grandes ojos rodando dentro de sus órbitas con increíble volubilidad, daban á su fisonomía, joven aún y bella, cierto carácter sobrehumano. Con mano febril empuñó su varita mágica, y después de haberla hecho girar por encima de su cabeza con la rapidez del rayo, trazó con ella un círculo en el suelo, y con voz sombría murmuró algunas palabras en sonidos y acentos desconocidos. En el acto volvió á estremecerse la tierra, silbó el viento de una manera lúgubre, el fuego del hogar, que estaba apagado, se encendió por sí propio, y nubes de llamas y de espeso humo se lanzaron al espacio. Parecióle á March que entre aquellas densas nubes de humo pasaban sombras fantásticas, visiones raras, y comenzaba á fijarse en ello para enterarse, cuando, repentinamente como había aparecido, todo desapareció. Cesó el viento de silbar, la tierra de estremecerse, apagóse el fuego, y la hechicera, envolviéndose la cabeza con su capa, abrió un libro misterioso donde se hallaban trazados caracteres mágicos, alzó su varita con la cual azotó el aire, la tierra y

el libro, y con voz inspirada dejó oír una especie de oráculo, que puede traducirse de este modo:

La sierpe que á la frente se enroscará
La fuerza del guerrero indicará.
Bajo la planta de los guerreros la tierra temblará;
El humo de los castillos la luz apagará;
Á ríos y á torrentes la sangre correrá;
De en medio las ruinas la libertad nacerá.
Cuando March en la tumba estará
Y vivo de ella saldrá,
Corred todos á las armas y...

De repente la sibila se interrumpió, como si un poder superior hubiese sellado sus labios. Añadió pocos momentos después con voz misteriosa:

—Nada más me es permitido revelaros. ¡Salid, salid de aquí! Ni debéis interrogarme más, ni debéis volver á visitarme.

Y al decir estas palabras, desapareció.

Por muy obscuro que fuese el oráculo, March y los suyos parecieron quedar satisfechos.

Desde aquel día, el prestigio de March aumentó entre su gente, y llegó con el tiempo á ser tan grande y extraordinario, que con una palabra, con una orden, con una señal podía reunir bajo su mando todas las bandas de *Blancos* que entonces asolaban el principado de Cataluña y el condado de Tolosa.

V

El rapto de Faneta.

March no había dejado nunca de estar en inteligencia con Faneta, y cuéntase que más de una vez se habían visto y hablado de noche en el mismo castillo de Graves, donde tenía el medio de introducirse frecuentemente el terrible jefe de los *Blancos*.

Entonces, aquel hombre ante quien temblaban todos cuantos le rodeaban, á cuyo solo nombre se estremecían de terror los habitantes de lejanas comarcas, caía á los pies de su adorada implorando sumiso una palabra de amor, sin otro deseo ni más pensamiento que el de satisfacer el menor de sus caprichos ó la más leve de sus indicaciones.

Una noche, Faneta reveló á su amado que su padre había dispuesto de su mano, pedida por el señor de un castillo vecino. El enlace debía efectuarse antes de un mes.

March juró que no sucedería, y que en la tierra no había poder bastante para arrancar á Faneta de sus brazos.

Decidió, pues, de acuerdo con ella, apelar á un rapto, y hé aquí cómo éste tuvo lugar.

En la pequeña villa de Auleta debía celebrarse con grande solemnidad una fiesta, á la

cual habían sido invitadas la castellana de Graves y su hija. No dejaron ambas de asistir.

Celebrada la función religiosa en el templo, la gente se agrupó en la plaza para presenciar las danzas. La plaza estaba vistosamente decorada con guirnaldas, flores, arbustos y colgaduras, y bajo una especie de dosel se había reservado el puesto de honor para la castellana de Graves y para Faneta.

La danza estaba en su mayor animación, y Faneta había tomado parte, cuando la gente de la plaza comenzó á mirarse y agruparse con terror, mientras que de boca en boca circulaba la frase:

— ¡Los *Blancos!* ¡Aquí están los *Blancos!*

Efectivamente, una banda de *Blancos* tenía cercado el pueblo, del cual nadie podía escaparse. La consternación, la zozobra, el miedo se apoderaron de todos, y mientras algunos corrían á buscar sus armas para defenderse, las mujeres huían de un lado para otro. En medio de esta confusión, una partida de *Blancos* se presentó en la plaza, mandada por un jefe que montaba un fogoso caballo. Era March. Al verle, Faneta aparentó desmayarse, y entonces March, apoderándose de ella y levantándola en sus brazos como si fuera una pluma, la montó en la grupa de su caballo, que salió disparado con su doble carga.

Los *Blancos* desaparecieron tras de su jefe,

sin que nada tuviese que sufrir de su visita el pueblo de Auleta.

Más tarde se supo que March había hecho de Faneta su esposa, y que con ella vivía feliz y contento en su república de Loch-Franch.

VI

La república de Loch-Franch ó lugar franco.

En efecto, hacía ya algunos meses que March, cada vez más temido y cada vez también más poderoso, había logrado constituír una especie de pequeña soberanía en un radio de varias leguas, comprendiendo la parte media de los Pirineos orientales. La dificultad de arrojarlo de aquellas montañas, al par que su bravura y su intrepidez, habían en cierto modo dado consistencia á su usurpación, y sus dos poderosos vecinos, los condes de Barcelona y de Tolosa, satisfechos de ver esa grande oleada de rebelión confinada en la parte más áspera de los Pirineos, no pensaban por el momento intentar nada contra él. Viendo, á más, que las bandas del terrible March cesaban en sus devastaciones, comenzando un período de reposo, se habían tácitamente resignado á una especie de paz.

No era más que una paz ficticia, es verdad; pero, en fin, era una paz.

March se había casado con Faneta, y su primer cuidado, cuando por este enlace llegó á ser señor del dominio en que había nacido siervo, fué reedificar el castillo, convirtiéndolo en una verdadera fortaleza, y haciéndolo la sede de un territorio, pequeño reino donde tuvieron amparo los que habían seguido su suerte, y también todos aquellos que querían refugiarse allí para vivir al abrigo de las exacciones feudales.

Bajo el mando de un hombre que tan admirablemente sabía defender á los suyos, y en torno de un castillo que era inexpugnable por su posición y fortaleza, no tardó en aparecer un pueblo de relativa importancia, que llegó á ser la capital de la pequeña soberanía que el antiguo siervo rebelde consiguió crear. La población fué aumentando con tanta más rapidez cuanto mayores eran las garantías y privilegios de que allí gozaban los moradores.

Realizó March del Castañer su primer acto otorgando una carta, especie de constitución, por la cual abolía la servidumbre en su dominio, constituyendo á manera de una organización libre que hizo dar al pueblo el nombre de *Loch-Franch* (lugar franco). Aun se ven los restos en un punto de los Pirineos orientales que lleva el nombre corrompido de *Ginclá* (lugar de franquicia).

De esta constitución ó carta nos habla el

comentador de la *Historia del Langüedoc.* Lleva en el texto el título de *soladitium,* ó sea solidaridad, y es un documento interesante desde el punto de vista histórico, pues que por vez primera el principio democrático, como ahora se diría, se coloca en situación ofensiva y defensiva frente á frente del principio opresor. Aparecen bien confirmadas las garantías para los derechos de los asociados, no de los derechos políticos, que á esto no se había llegado aún, sino de los simples derechos del aire, del agua, etc., de lo que gratuitamente da la naturaleza á todos los animales y que la opresión rehusaba á los siervos.

Por insuficiente que pueda parecer en nuestros días semejante confederación, llenaba hasta cierto punto el vacío que se hacía sentir. Procuraba por lo menos á los individuos algo de esa seguridad que su aislamiento y su flaqueza no estaban en situación de garantirles. Esa seguridad la encontraban los que iban á ampararse de la especie de leyes paccionadas que existían en Loch-Franch, donde se refugiaron los que en otras partes eran oprimidos y donde vivían tranquilos hasta aquellos que de todas eran arrojados por herejes.

Pero al mismo tiempo que así iba Loch-Franch creciendo en importancia, así iba también despertando odios y animosidades que

acabaron por condensarse y amenazar al que era cabeza de aquella república, tan extrañamente aparecida.

VII

De la recepción y festejos que hizo el señor de Tolosa al señor de Loch-Franch.

March tuvo ocasión de prestar un servicio al conde de Tolosa, y el conde, reconocido, le invitó á pasar á su corte para darle personalmente las gracias. La invitación estaba concebida en términos muy afectuosos y satisfactorios para March del Castañer, el antiguo siervo, tratado ya entonces de igual á igual por el alto y poderoso conde de Tolosa, señor soberano de todas aquellas comarcas que se extendían del Ródano á los Pirineos.

No vaciló el caudillo de Loch-Franch en aceptar la invitación cariñosa, y fué en efecto muy bien recibido y hospedado por el conde, que dispuso fiestas para obsequiarle y le dió una comida de aparato descrita con todo detalle por Leynadier.

Cuenta, entre otras cosas curiosas, que en torno de la gran sala donde aparecía la mesa, se veían cien doncellas, de condición servil pero de escultural belleza y caprichoso traje, alineadas cual si fueran columnas de un tem-

plo, como ellas inmóviles, sosteniendo cada una en su cabeza un vaso de rica y preciosa materia, del cual se escapaba una llama roja, azul ó amarilla, de variados colores. Era una forma de iluminación que los cruzados habían traído de Oriente y estaba entonces muy en moda.

En el centro de la mesa se alzaba una gran torre, con sus muros y almenas en forma de colosal ramillete.

Pronunciado el *Benedícite* por el capellán del conde, comenzó la comida, sirviéndose infinidad de platos, hasta llegar el momento en que la mesa gimió bajo el peso de los jabalíes asados, de las liebres y de los venados que la servidumbre colocó simétricamente sobre la tabla con profusión extraordinaria.

Disponíanse los convidados á hacer honor á los platos, cuando en lo alto de la torre que estaba sobre la mesa apareció un enano que, agitando una bandera y sonando un cuerno para reclamar la atención, declamó con voz fuerte y sonora estos versos en lengua provenzal:

Picatz sobre rot
de tal é d'escot,
e si mai i a,
retournatz picá.
Es l'encouratge formel
di senior di castel.

(Entrad al asado de punta y de corte, y si más queda,

volved á la carga, que este es el deseo formal del señor del castillo.)

Y dicho esto, recibido con aplausos y algazara, saludó respetuosamente y desapareció.

También, cuando ya se llegó á los postres, entraron en el salón los trovadores y juglares, que eran entonces gala y ornamento de aquella poderosa corte de Tolosa, que por su esplendor y cultura dominaba á todas las conocidas, haciéndose reconocer como la Atenas del mediodía. Los trovadores con sus bellísimos cantos y las narraciones de sus cuentos de amores, los juglares con los maravillosos resortes de su ingenio, sus variados juegos y sus originales danzas, entretuvieron agradablemente la velada, y así terminó aquella fiesta que hubo sin duda de dejar grato recuerdo en la sociedad tolosana, puesto que han venido las crónicas á prolongar su eco por las regiones de la historia.

VIII

De la triste y desdichada muerte de March del Castañer y Faneta de Graves.

Duraban todavía los festejos, y olvidado de todo vivía March adormecido con los goces de tanto fausto, diversiones y regocijos, cuando

llegó á sus manos un mensaje urgente que le mandó su amada Faneta, reclamando su presencia á causa de graves sucesos en sus dominios ocurridos. Partió March inmediatamente, abandonándolo todo.

Había ya entonces comenzado aquella terrible cruzada de la Iglesia contra los albigenses, secta religiosa, propagandista y batalladora, causa verdadera y origen de las grandes catástrofes y ruinas que vinieron á caer sobre las nacionalidades que formaban los poderosos estados de Provenza. Los apóstoles de la doctrina albigense lo invadían todo; tan pronto aparecían en un lado como en otro, y uno de ellos había predicado en los dominios de March, habiendo resonado á lo lejos su sermón como una campana de alarma. Un legado del Papa se aprovechó de aquella circunstancia y mandó fijar un decreto por el cual los dominios de March eran puestos en entredicho hasta tanto que fuesen purgados de herejes. El decreto se publicó durante la ausencia de March, y durante la misma también una banda de merodeadores, que tomó el carácter de cruzada, entró á sangre y fuego en la comarca de Loch-Franch.

Grandes fueron la cólera y el disgusto de March del Castañer. Después de airadas luchas y de toda clase de trabajos y penalidades, había llegado por una increíble serie de

triunfos á conseguir una posición que en parte le compensaba sus muchos sufrimientos, y á recoger el fruto de su accidentada vida, para venir á perderlo todo de repente en medio de la catástrofe.

Volvió, pues, á empuñar la espada, y comenzó una nueva campaña, pero desgraciadamente halló un país agotado. A más, la guerra que se le hacía era en nombre de la religión como á mantenedor y encubridor de herejes. De lo alto de los púlpitos, los sacerdotes predicaban contra él y contra los suyos; de lo alto de sus sedes, los legados del Papa y los obispos lanzaban contra él las tremendas excomuniones de la Iglesia. March no tenía fuerzas para hacer frente á todas las que contra él se habían desencadenado; pero se hallaba en medio de una triste línea de montañas, habitadas por un pueblo valeroso, al cual, con sólo una palabra, podía comunicar fortalezas y energías desconocidas.

Esta palabra era la de libertad.

March la pronunció.

Y el grito de libertad resonó entonces por vez primera en las selvas de los Pirineos.

Llamando á las armas á los siervos de todas partes, les apellidó *homens de la deslliuranza,* á saber, como hoy podría decirse, *soldados de la libertad.*

Recrudeció la guerra, más fuerte y terrible

que nunca, aun cuando hubo de comenzar con mala suerte para March. Sus tres principales lugartenientes habían recibido de él el mando de tres castillos que eran en la frontera muralla y guarda de todo el país. Pero apenas estos capitanes vieron desde las almenas la bula de excomunión, llevada al frente del ejército enemigo en lo alto de una cruz, con su Cristo cubierto con un velo negro, se apresuraron á capitular, temerosos del castigo con que en nombre de Dios se les amenazaba, y abrieron así, con la entrega de sus fortalezas, el camino que conducía al castillo de Graves, donde se mantenía fuerte el defensor de los derechos y libertades de todos.

Después de reñidos combates y de muchas traiciones, apenas le quedó á March un puñado de hombres.

Defendióse como un león acorralado, pero acabó por sucumbir. En una salida que hizo, su postrer combate, tras de empeñada y sangrienta lucha, cayó cubierto de mortales heridas. Y así murió March del Castañer, el caudillo de los *Blancos* y caudillo también de la libertad en los Pirineos orientales.

Más dulce aún y más feliz fué su muerte que la que hubo de sufrir su esposa Faneta, la amante compañera de su vida.

Faneta fué reducida á prisión por los cruzados, y, después de haber visto arrasar el cas-

tillo de sus padres y sembrado de sal el sitio en que antes se levantaba, pereció con otras víctimas en las llamas de una hoguera, como tantas vieron levantar en aquella triste época los Pirineos para exterminio y castigo de los infelices vencidos.

IX

Lo que de esta leyenda recuerdan los cantos populares y danzas del país.

Desnaturalizados los hechos que se acaban de referir por la sucesión y vicisitudes de los tiempos, la tradición lo ha perpetuado todo por medio de la leyenda y de una fiesta que aun se celebra, según parece, en aquellos montes.

En los Pirineos orientales, entre Molitj y el puente de Nantilia, hay un torrente que está seco la mayor parte del año. En sus orillas, de una aridez desconsoladora, la mirada apenas halla algunos miserables grupos de arbustos en que fijarse. Junto á este torrente y al abrigo de una colosal peña, desnuda de toda vegetación, se eleva una pequeña capilla coronada por una cruz y cerrada por una reja de hierro.

Un día, un solo día al año, se abre esta ca-

pilla y se puebla aquel lugar tan desierto y salvaje por una muchedumbre alegre y animada. Desde el rayar del alba acuden allí jóvenes, viejos, mujeres y niños, viniendo de los pueblos vecinos, provistos todos de sus correspondientes vituallas para pasar el día, que se pasa en fiesta, bulla y algazara, ocupado gran parte de él por la alborozada juventud en bailar las que en todo aquel país llaman *las danzas catalanas.*

Mientras comienza á dejar oír sus agudos sones la incitativa gaita, hombres y mujeres cantan un coro, que no es sino una de tantas canciones populares como hay en nuestro país, rico verdaderamente en ellas. La letra de este canto parece aludir al rapto de Faneta por el caudillo de los *Blancos* en la fiesta mayor de Auleta, y hasta se transparenta más la alusión al ver, en un momento dado del baile, á uno de los galanes alzar en vilo á su pareja y figurar que se la lleva en brazos para montarla á caballo.

Es una canción ó un coro, verdaderamente original, que se canta por unos mientras los otros danzan. Está dividido en cuatro partes, ó por lo menos en tres, si se fija la atención en el cambio de medida del verso, que indudablemente lleva consigo el cambio de medida musical y tonada.

Comienzan diciendo

LAS DONCELLAS

Á la plassa hi ha balladas.
Mare, deixàume hi anar,
que jo que som boniqueta
ballador ne trovarai.

(En la plaza hay danzas. Madre, dejadme ir, que yo, que soy agraciada, no me quedaré sin galán.)

Y á continuación, cambiando de ritmo, dicen

LAS MADRES

Per fer com la Pepa,
que son bel galan,
mentras que dansava,
la montá á caball.
La sella n' es verda,
lo caball n' es blanch.
Pels carrers d'Auleta
se'n va tot plorant.
— ¿De què ploras, Pepa,
de què ploras tant?
— Mon pare y ma mare
¡quan ells no sabrán!
Cridaran la Pepa,
no la trovaran.
Ne son gent sentida.
D'aço morirán.

(Para hacer como la Pepa, á quien su gentil galán, mientras que danzaba, la montó á caballo. La silla es verde, el caballo es blanco. Así cruza llorando las calles de Auleta.— ¿Por qué lloras, Pepa, por qué lloras tanto?— ¡Ay de mi padre y de mi madre cuando lleguen á saberlo! Es gente sencilla, y de ello morirán.)

A esto contestan

LAS DONCELLAS

Si's moran que's morin!
Los enterraran.
Las campanas grosas
bé ne tocaran.
També las petitas
ne repicarán.
Las tombas son novas:
las estrenarán.

(¡Si mueren, que mueran! Ya los enterrarán. Las campanas grandes muy bien que tocarán, y también las pequeñas repicarán. Las tumbas son nuevas: las estrenarán.)

Después de la crudeza de estos versos, se cambia de metro y también de tonada para decir todos juntos:

Hi ha mes de cent anys
que un lion airat
es aqui restat.
Nos ha deslliurat
y als cors es restat.

(Há más de cien años que un león airado estuvo aquí. Nos dió libertad, y nuestros corazones guardan su recuerdo.)

Se supone que todo esto se relaciona con la historia de March del Castañer y el rapto de Faneta, así como los últimos versos recuerdan la tentativa de March para libertar el país. Después de estas palabras finales, dirigidas, según parece, en homenaje al liberta-

dor, todo cambia de aspecto. La gaita suena más alegremente, y la danza, comenzada con monotonía, acaba con grande animación.

La tradición quiere que esta fiesta, que es una romería á la indicada capilla, se celebre en el sitio donde supone aquélla que murió un león. Dícese que este león había sido enviado por Dios para exterminar las bandadas de animales fieros que desolaban el país; pero, prosigue diciendo la tradición, un día se juntaron todas las fieras, cayeron sobre el león, y lo devoraron.

Si puede darse algún crédito, despojándola de ciertos detalles puramente novelescos, á la historia de March del Castañer, el león de la tradición no es otro que el caudillo de los *Blancos*, señor de los estados de Loch-Franch.

Madrid, Abril de 1899.

FIN DE «HISTORIAS Y LEYENDAS»

CATÁLOGO GENERAL

DE LOS LIBROS QUE SE VENDEN Á BENEFICIO
DE LA **BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER**
DE VILLANUEVA Y GELTRÚ,
MONUMENTAL INSTITUTO FUNDADO Y COSTEADO
PARA ORNATO DE LA POBLACIÓN
Y PARA SOLAZ, ESTUDIO Y UTILIDAD
DEL PÚBLICO

(Enero de 1899.)

NOTA

El producto integro de las obras que figuran en este Catálogo se destina al sostén y fomento de la BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER *de Villanueva y Geltrú y de la* CASA SANTA TERESA, *sucursal del Instituto, situada junto á él, en sus mismos jardines.*

Se venden, juntas ó por separado, en la porteria del Instituto ó dirigiéndose al Sr. Archivero-Bibliotecario.

La propiedad literaria de las obras del Sr. Balaguer pertenece á la BIBLIOTECA-MUSEO *de su nombre, generosamente cedida por su autor propietario.*

Este Catálogo anula todos los anteriores.

OBRAS COMPLETAS

DE

DON VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

Poesías catalanas. — *Un tomo, que es el primero de la colección,* **6** *pesetas.*

Contiene todas las poesías catalanas del autor, divididas en 6 libros. — *El libro del amor.* — *El libro de la fe.* — *El libro de la patria.* — *Eridanias,* ó sean los cantos que escribió cuando la guerra de la Independencia italiana. — *Lejos de mi tierra,* poesías escritas durante su emigración. — *Ultimas poesías.* Forman parte de este volumen las composiciones que el autor escribió en provenzal. *(Agotado.)*

Tragedias. — *Un tomo, el segundo de la colección,* **8** *pesetas.*

Contiene las tragedias escritas en verso catalán por el autor, con la traducción castellana en prosa, por el mismo. Estas tragedias, señaladas entre las mejores obras del Sr. Balaguer, han sido traducidas al castellano, al italiano, al francés, al alemán, al húngaro y al sueco por distinguidos poetas. *(Agotado.)*

Los Trovadores. — *Cuatro tomos, que son III, IV, V y VI de la colección,* **30** *pesetas.*

Preceden á este libro dos dictámenes, uno de la Real Academia Española y otro de la Real Academia de la Historia, que hacen notar la bondad y bellezas de la obra, habiendo merecido por esta causa que se publicase su primera edición subvencionada por el Estado.

Es la historia política y literaria de los trovadores provenzales, con la biografía de los más principales de entre ellos. Está algo más concreta y reducida que la primera edi-

ción publicada en Madrid por Dorregaray, en seis tomos con el título de *Historia política y literaria de los trovadores.*

Casi todo el primer tomo lo forma un *Discurso Preliminar*, en que el autor trata de los diversos géneros de poesía entre los trovadores, de lo que eran las *Cortes y Puys de amor,* del estilo y escuelas de los trovadores, de los juglares, de lo que fué la poesía provenzal en Castilla, León, Aragón y Cataluña. Al final del tomo IV está el índice alfabético, histórico y biográfico, de asuntos y personajes.

Es obra de amena lectura, de estudio y de consulta, en cuya traducción se ocupa hace ya tiempo el insigne historiador señor barón de Tourtoulón, á quien el autor ha cedido la propiedad en Francia. *(Quedan pocos ejemplares.)*

Discursos académicos y Memorias literarias.—*Un tomo, VII de la colección, 7 pesetas y media.*

Va precedido de un prólogo del insigne y malogrado escritor aragonés D. Jerónimo Borao.

Contiene: Discursos en los Juegos Florales de Cataluña, Valencia y Pontevedra, que versan principalmente sobre las literaturas catalana y provenzal; Discursos de recepción y de contestación en las Reales Academias Española y de la Historia; Dictámenes sobre asuntos literarios é históricos, por encargo de dichas Academias; Polémicas literarias; Memorias históricas y literarias; Proposición de ley á las Cortes para crear un ministerio de Instrucción pública; Estudios sobre el poeta Manuel Cabanyes y sobre Alfonso V de Aragón y su corte de literatos; Fundación de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, etc. (*Edición agotada.*)

El Monasterio de Piedra. — Las leyendas del Montserrat. — Las cuevas del Montserrat. — *Un tomo, VIII de la colección, 7 pesetas y media.*

Precede á este libro un dictamen de la Real Academia de la Historia elogiando con especial recomendación *El Monasterio de Piedra,* que es historia y guía de aquel antiguo monumento y de aquellos encantadores sitios.

Las leyendas del Montserrat, las mismas que en su juventud publicó el autor, son la crónica de aquel famoso monasterio, libro traducido al alemán y al francés, y del que sólo en América se han hecho 20 ediciones.

En cuanto á *Las cuevas de Montserrat,* es la crónica y reseña del descubrimiento de estas célebres cuevas, emprendido y realizado por el autor en 1851 en compañía de algunos amigos. *(Queda muy reducido número de ejemplares.)*

Historia de Cataluña. — *Once tomos, que forman del IX al XIX de la colección,* **110** *pesetas.*

Esta Historia es muy popular en Cataluña, pudiendo asegurarse que en ella está el origen del movimiento histórico y literario de dicha región, habiendo sido fuente é inspiración para los modernos historiadores y poetas catalanes, según se desprende de un interesante dictamen y juicio de la Real Academia de la Historia.

En esta segunda edición, revisada, corregida y aumentada sobre la primera que se publicó por los años de 1860, el autor termina su obra con el siglo XVIII, pero inserta á continuación una serie de monografías y estudios sobre hechos y sucesos de Aragón y Cataluña, completando así su trabajo. Estas monografías, que forman casi tres voluminosos tomos, desde la mitad del IX hasta terminar el XI, son: *La guerra de la Independencia en Cataluña; Cataluña en los reinados de Fernando VII y de Isabel II; Pablo Claris; La heroica Puigcerdá; El conceller Casanova; Del bandolerismo y de los bandoleros en Cataluña; Las bodas de Felipe V; Bach de Roda; Historia de Sabadell; El asalto de Brihuega; Un episodio del sitio de Barcelona en 1705; Los últimos días del general Alvarez; De la soberanía nacional y de las Cortes en Cataluña; El castillo y los caballeros de Egara; El rey don Jaime y el obispo de Gerona; Las ruinas de Poblet,* con la crónica é historia de este monasterio; *Alí Bey el Abbassi. (Quedan pocos ejemplares.)*

Las calles de Barcelona en 1863.—*Tres tomos, XX, XXI y XXII de la colección,* **30** *pesetas.*

Debe considerarse esta obra como complemento de la *Historia de Cataluña.* Va precedida de una *Noticia histórica de Barcelona;* contiene noticias interesantes sobre cada calle respecto á su nombre, sucesos en ella acaecidos, personajes, casas y monumentos; explica cómo se formaron las calles del ensanche, y termina el tercer tomo con *La primavera del*

último trovador, interesante episodio en que se hallarán relatadas las principales tradiciones históricas y legendarias de Cataluña.

En el Ministerio de Ultramar. — *Dos tomos, XXIII y XXIV de la colección,* **10** *pesetas.*

Es la historia de lo proyectado y realizado por el Sr. Balaguer en la tercera época que fué ministro de Ultramar. Al frente de cada tomo se inserta una *Memoria* y á continuación los documentos justificativos, reales órdenes, decretos, proyectos de ley, presupuestos, etc.

El primer tomo abraza la época de su ministerio desde Octubre de 1886 á fin de 1887. El segundo tomo desde 1.° de Enero á 14 de Junio de 1888. *(Edición agotada.)*

Mis recuerdos de Italia.— *Un tomo, que es el XXV de la colección,* **7** *pesetas y media.*

Es un libro de palpitante interés, muy celebrado y aplaudido por los críticos, libro de historia, de viajes y de consulta.

Refiere el autor su primer viaje á Italia en 1859, cuando la guerra de la Independencia italiana, y habla de sus impresiones en el campo de batalla de Magenta, Palestro y Solferino.

En la segunda parte refiere su expedición á Italia en 1870 cuando formaba parte de la comisión de diputados españoles que fué á ofrecer la corona de España al duque de Aosta, Amadeo I.

Es obra de verdadero interés político, teniendo el carácter de Memorias contemporáneas íntimas en época determinada.

Novelas. — *Dos tomos, XXVI y XXVII de la colección,* **10** *pesetas.*

Contiene varias novelas publicadas por el autor en los años de 1850 y 1851, cuando dominaba la escuela romántica.

Estas novelas son, en el primer tomo: *La guzla del cedro ó los almogávares en Oriente; El doncel de la Reina; La espada del*

muerto. Y en el segundo tomo: *El del capuz colorado; La damisela del castillo; Un cuento de hadas; El ángel de los Centellas; El anciano de Favencia; Historia de un pañuelo.*

Tragedias. — *Los tomos XXVIII y XXIX de la colección,* **12** *pesetas.*

Nueva edición de esta obra, añadiendo la tragedia titulada *Los Pirineos*, que no figura en las otras ediciones; y así como en aquéllas se inserta el original catalán con la traducción en prosa castellana del mismo autor, en la presente se publican las traducciones hechas en verso castellano por ilustres poetas.

El primer tomo contiene *La muerte de Aníbal*, con las traducciones en verso de D. Teodoro Llorente y de D. Pedro Barrera; *Coriolano*, con las de D. Francisco Pérez y Echevarría y D. Jerónimo Roselló; *La sombra de César*, con las de D. Gaspar Núñez de Arce y Doña Patrocinio de Biedma; *La fiesta de Tibulo*, con la de D. Ventura Ruiz Aguilera; *La muerte de Nerón*, con las de D. Francisco Luis de Retes y D. Enrique Sierra Valenzuela; *Safo*, con las del mismo autor y D. José María de Retes; *La tragedia de Llivia*, con las de D. Abelardo F. Díaz y D. Manuel de la Revilla; *La última hora de Cristóbal Colón*, con la de D. Angel R. Chaves.

El segundo tomo contiene: *Los esponsales de la muerta*, con la traducción en verso de D. Juan de Dios de la Rada Delgado; *El guante del Degollado*, con la del propio autor, y *Los Pirineos*, con la del propio autor asimismo. *Los Pirineos* forman una trilogia precedida de un prólogo que se titula: *Alma Máter*. Los tres cuadros son: *El Conde de Foix*, *Rayo de Luna* y *La jornada de Panissars*. *(Quedan pocos ejemplares.)*

Poesías catalanas. — *Los tomos XXX y XXXI de la colección,* **12** *pesetas.*

Es una nueva edición (la sexta de estas poesías), cuidadosamente corregida y aumentada con varias composiciones que el autor había conservado inéditas hasta ahora.

El primer tomo contiene: *El libro del amor*, que consta de 114 poesías; *El libro de la fe*, con las composiciones de carácter religioso, y el poema *La romería de mi alma*.

El segundo tomo contiene: *El libro de la patria*, con 28 poesías; el poema *Eridanias*, con los catorce cantos referen-

tes á la guerra de la Independencia italiana escritos por el autor en Italia y en el mismo teatro de la guerra; *Lejos de mi tierra,* con las poesías todas que escribió el autor durante su emigración política en Francia, y *Ultimas poesías,* que contiene la colección de las escritas por el autor en estos últimos tiempos.

Todas las composiciones catalanas comprendidas en estos dos tomos llevan al pie la traducción en castellano, en provenzal, en francés ó en italiano, según la nacionalidad de los poetas que las han traducido, unos en prosa y otros en verso. Las más de estas traducciones van ilustradas con notas y datos de carácter histórico, íntimo y autobiográfico.

Los Juegos Florales en España. — Discursos y memorias. — *Un tomo, que es el XXXII de la colección,* **10** *pesetas.*

En la primera parte de este volumen, titulada Los Juegos Florales en España, se insertan todos los discursos pronunciados ó leídos por el autor relativos á dichos certámenes, viniendo á formar en su conjunto la historia de la restauración y progresos de estas fiestas literarias en nuestra patria. Y estos discursos son: *Fraternidad literaria,* Barcelona, 1868; *La poesía lemosina y Saludo á Valencia,* Valencia, 1880; *La idea latina,* Granollers, 1882; *Las bodas de plata,* Barcelona, 1883; *Los felibres de Provenza,* Pontevedra, 1884; *La tierra catalana,* Reus, 1893; *Las glorias de Aragón,* Zaragoza, 1894. Precede á todo la *Memoria histórica* publicada al frente del tomo de *Juegos Florales* de Madrid en 1878. — La segunda parte, Memorias y Discursos, contiene los discursos de recepción en las Reales Academias Española y de la Historia, otros trabajos leídos en varias sesiones de las mismas, y las Memorias *Las obras de Enrique Gil, Manuel de Cabanyes, Alfonso V de Aragón y su corte literaria, Castilla y Aragón en el descubrimiento de América,* memoria leída en el Ateneo de Madrid; *La mujer y el arte,* discurso pronunciado en el Círculo de Bellas Artes, y *El Ministerio de Instrucción pública.*

Las guerras de Granada. — *Un tomo, que es el XXXIII de la colección,* **6** *pesetas.*

Es la historia de nuestras guerras con los moros hasta la toma de Granada. Está enriquecida esta obra con documen-

...ʒidos, procedentes d... Corona de Aragón, que dan nuevo carácter á l... e aquellas guerras y de aquella época.

Tragedias. — *Un tomo, que es el XXXIV de la colección, 6 pesetas.*

Agotada ya la edición del tomo I de esta colección, y quedando sólo pocos ejemplares de la reproducción que se hizo en los tomos XXVIII y XXIX, la Junta de esta Biblioteca ha tomado el acuerdo de publicar en un solo volumen todas las tragedias del Sr. Balaguer, aceptando la traducción en prosa castellana de su mismo autor, por él nuevamente revisada y corregida.

Disquisiciones históricas. — *Un tomo, que es el XXXV de la colección, 8 pesetas.*

Los estudios históricos que componen este tomo pertenecen á la época de los Reyes Católicos, versando principalmente sobre los orígenes de estos monarcas y la guerra de sucesión sostenida por Castilla contra Portugal.

Añoranzas. — MEMORIAL DE COSAS QUE PASARON. — *Un tomo, que es el XXXVI de la colección, 8 pesetas.*

En este volumen se han reunido varias epístolas, escritas en memoria de cosas que pasaron, muchas de ellas presenciadas por el autor, que cuenta sus impresiones.

Historias y leyendas. — *Un tomo, que es el XXXVII de la colección, 8 pesetas.*

Se han coleccionado en este volumen muchos artículos históricos, leyendas y novelas cortas que habían aparecido en periódicos, revistas y otras publicaciones del autor.

Hay algunas inéditas, escritas en los momentos de la publicación del volumen.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

FUERA DE COLECCIÓN

Cristóbal Colón. — *Un tomo encuadernado,* **5** *pesetas.*

Se escribió y publicó cuando el centenario último del descubrimiento de América. Es obra muy interesante, conteniendo entre sus estudios *Un viaje á la Rábida,* que ha sido traducido á varios idiomas extranjeros.

Al pie de la encina. — *Un volumen encuadernado, con una lámina,* **5** *pesetas.*

Es obra de amena literatura, de mucho interés, con historias, tradiciones, leyendas y recuerdos de Cataluña.

Epistolario. — *Dos volúmenes encuadernados,* **8** *pesetas.*

El Sr. Balaguer lo denomina *Memorias de cosas que pasaron,* y es así, en efecto.

Contiene varias y muy interesantes cartas particulares que despiertan interés y curiosidad, habiendo dicho la crítica que son modelo de literatura epistolar.

Para que pueda juzgarse de la importancia de este libro bastará citar algunos de los más selectos estudios que contiene:

Carta escrita á la poetisa catalana Doña Josefa Massanés sobre *el renacimiento catalán en literatura.*

Carta escrita á la señora marquesa de Villanueva refiriendo lo acaecido en Barcelona la noche del 25 de Julio de 1835 con motivo del *incendio de los conventos.*

Carta al ministro plenipotenciario de Venezuela en España sobre *el idealismo en literatura.*

Cartas al director del periódico *La Vanguardia* acerca de los usos, costumbres y solemnidad con que se celebra *la Nochebuena* en Cataluña.

Cartas al director del *Diario de Barcelona,* Sr. D. Juan Mañé y Flaquer, sobre cosas pasadas en otros tiempos, y dándole cuenta del hallazgo de una tragedia latina, escrita en memoria del triste suceso que ocurrió en Barcelona á Fernando *el Católico.*

Cartas á la señora duquesa de Medinaceli y Denia, sobre historia, recuerdos y tradiciones de la casa de Moncada.

Carta al Sr. Rada y Delgado, discurriendo acerca de la *cuna de Cristóbal Colón.*

Añoranzas. — *Un tomo encuadernado,* **5** *pesetas.*

Este volumen, escrito con el título de *Añoranzas,* para contribuir á que la Real Academia Española aceptara esta voz catalana que no tiene traducción en castellano, viene á formar un tercer tomo de la obra *Epistolario,* y contiene varias *cartas* referentes á los recuerdos, tradiciones, leyendas, ruinas y restauración del monasterio de *Fres del Val* en Castilla la Vieja; otras cartas de excursión é impresiones de viaje por las orillas del Deva en las provincias vascas, y el poema *La romería de mi alma.*

Los Pirineos. — *Un tomo,* **3** *pesetas.*

Es una traducción en prosa castellana de la trilogia que, con este mismo título, escribió el Sr. Balaguer en verso catalán. *(Agotada.)*

En Burgos. — *Un tomo encuadernado,* **5** *pesetas.*

Se ha recopilado en este libro todo lo que sobre Burgos y Castilla ha escrito el Sr. Balaguer.

Historias y tradiciones. — *Un tomo encuadernado,* **6** *pesetas.*

Es un libro de memorias, excursiones y asuntos de viaje.

Contiene la historia, tradiciones y recuerdos de *Medina del Campo, El Castillo de La Mota, Las ruinas de Fres del Val, El cuento del Cid,* en Castilla, y *La Cartuja de Montealegre, La danza de las morratxas, La torre de los encantados, Sitges la blanca, El castillo de la selva,* en Cataluña.

A granel, LIBRO DE PASATIEMPO Y DEPORTE. — *Un volumen encuadernado,* **6** *pesetas.*

Obra muy interesante, de amena lectura, que contiene, entre otros estudios y trabajos, *La misa del diablo* (tradición aragonesa); *La velada en Vallumbrosa* (recuerdos de Cataluña);

[illegible] tradición de Guipúzcoa [illegible] *conde Arnaldo*, *La leyenda del ruiseñor*, *La le*[illegible] *de agua*, *La leyenda del Tibi-Dabo* (tradiciones de Ca[illegible]a); *La leyenda del lago* (de Aragón); *La poetisa de la hiedra* (recuerdos de Provenza); *San Juan de la Peña* (tradiciones y recuerdos de Aragón); *El conde de Reus* (historia y anécdotas del general D. Juan Prim); *Cada rey su ley* (recuerdos de la vida del autor).

Celistias. — *Un tomo encuadernado, 4 pesetas.*

Es este un libro de poesías castellanas del que sólo se imprimieron 500 ejemplares. Diósele el título de *Celistias* para poner en uso y circular esta bellísima y expresiva voz catalana que, como la de *Añoranzas*, no tiene traducción castellana. Se imprimió este libro solamente para regalo á ciertas y determinadas personas y bibliotecas; pero quedan de él unos cuarenta ejemplares que su autor ha cedido á este Instituto para la venta.

Islas Filipinas. — *Un tomo encuadernado, 3 pesetas.*

Como el anterior, también este libro se imprimió sólo para regalo y propaganda. Se imprimieron de él 3.000 ejemplares y quedan ya solamente cincuenta, que el autor ha donado al Instituto.

Es libro que ha tenido gran resonancia, publicado para que España y los poderes públicos fijen su atención en aquellas ricas y preciosas islas, merecedoras de todo cuidado, toda simpatía y toda protección. *(Con los tristes sucesos últimamente ocurridos ha venido este libro á resultar una amarga profecía.)*

Instituciones y Reyes de Aragón. — *Un volumen encuadernado, 4 pesetas.*

Este libro, impreso con lujo, contiene: Un prólogo de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú; los discursos del Sr. Balaguer en Zaragoza sobre las instituciones y los Reyes de Aragón; un estudio sobre San Juan de la Peña, y un resumen de la prensa aragonesa con motivo de las solemnidades literarias celebradas en Zaragoza en Mayo de 1896.

El regionalismo y los Juegos florales. — *Un volumen encuadernado, 5 pesetas.*

Contiene este libro la reproducción del *Número extraordinario* que publicó el periódico *La Justicia* de Calatayud en honor del Sr. Balaguer; — el *Acta* de los Juegos Florales celebrados en dicha ciudad en Septiembre de 1896; — el *Acta* de la sesión celebrada por el Ayuntamiento en honor del señor Balaguer; — el *Discurso* leído por dicho señor en el acto de la fiesta, y los *Comentarios* á este discurso.

Lo romiatge de mon ánima ó La romería de mi alma. *Un volumen encuadernado, 5 pesetas.*

Poema original catalán y versión castellana en prosa, por el mismo autor. Impresión esmerada y lujosa. Ilustración de J. L. Pellicer. Prólogo del académico Eduardo Benot.

Al pie de la encina. — *Un volumen encuadernado, 4 pesetas.*

Segunda edición de esta obra, corregida, enmendada y aumentada con nuevos capítulos. Con una lámina.

Aunque en escaso número, por estar poco menos que agotadas sus ediciones, quedan, sin embargo, en esta Biblioteca, algunos ejemplares de las siguientes obras del Sr. Balaguer, que se ofrecen á los bibliófilos y rebuscadores de libros raros, fuera ya del comercio:

Guía-cicerone de Barcelona á Tarrasa. — Barcelona, 1857. Un volumen, una peseta.

Esperansas y recorts (poesías catalanas). — Barcelona, 1866. Un volumen, 3 pesetas.

Poesías completas (con la traducción en prosa castellana á la vista). — La Bisbal, 1868. Dos tomos, 12 pesetas.

Poesías completas (en catalán). — Madrid, 1874. Un volumen, 5 pesetas.

Poesías completas (versión castellana). — Madrid, 1874. Un volumen, 5 pesetas.

Lo guant del degollat (monólogo en verso catalán). — Barcelona, 1879. Un folleto, una peseta.

Historia política y literaria de los Trovadores. — Madrid, 1878. Seis tomos, 45 pesetas. (Algunos ejemplares que de la primera edición quedan.)

NOVELAS: *La espada del muerto, La damisela del castillo.* — Madrid, 1880. Un volumen, una peseta.

Poesías (castellanas). — Villanueva y Geltrú, 1889. Un volumen, 3 pesetas.

Los Pirineos (trilogia original en verso catalán y traducción en prosa catalana, por D. Víctor Balaguer, seguida de la versión italiana de D. J. M. Arteaga, acomodada á la música del maestro D. Felipe Pedrell y de la obra de este último, titulada: *Por nuestra música).* — Barcelona, 1892. Edición de lujo, en un volumen encuadernado, 25 pesetas.

OBRAS DE VARIOS AUTORES

CEDIDAS GENEROSAMENTE PARA VENDER Á BENEFICIO DE LA BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER

Víctor Balaguer, por Aniceto de Pagés. — Madrid, 1875. Un folleto, una peseta.

Estudios biográficos del ex ministro de Ultramar, excelentísimo Sr. D. Víctor Balaguer, por D. J. G. Ribó. — Madrid, 1876. Un volumen, 3 pesetas.

Discursos de los Sres. D. F. León y Castillo, D. V. Balaguer, D. J. L. Albareda y D. A. Romero Ortiz, sobre la política del Gobierno, en los días 13, 15, 16 y 17 de Julio de 1878.— Madrid, 1878. Un folleto, una peseta.

Vida política y parlamentaria del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, diputado á Cortes por Villanueva y Geltrú. Obra recopilada y publicada por el Comité Constitucional de dicha villa.—Villanueva y Geltrú, 1880. Un volumen, 15 pesetas.

Certamen literario de Villanueva y Geltrú, celebrado con motivo de los festejos con que solemnizó esta villa la inauguración de los ferrocarriles directos de Madrid á Zaragoza y Barcelona, en la sección comprendida entre esta capital y Villanueva. — Villanueva y Geltrú, 1882. Un volumen, 5 pesetas.

Ensayos literarios (colección de novelas y artículos de costumbres por D. José M. López y López). — Sevilla, 1885. Un volumen, 2 pesetas.

Regina, por D. A. de Lamartine (versión castellana, por don José Feito García). — Madrid, 1887. Un volumen, 2 pesetas.

Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América, por D. Eduardo Ibarra y Rodríguez, catedrático de la Universidad de Zaragoza. — Madrid, 1892. — Dos pesetas.

¡Acuérdate! (romanza), poesía de D. Víctor Balaguer, música del maestro D. Fermín M. Alvarez. — Madrid, 1890. — Cuatro pesetas.

Cómo y por qué se perdieron las colonias hispano-americanas, por Enrique Manera y Cao. — Habana, 1895. — Cuatro pesetas.

Li Pirenèu, trilougìo catalano, de Vitour Balaguer, *revirado au prouvençau e precedido d'ùnis esclargimen pèr* Marius André. — Avignoun, 1897. — Cuatro pesetas.

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID: *Velada musical y literaria celebrada el 18 de Mayo de 1897 en obsequio á los autores de la trilogia «Los Pirineos».* — Madrid, 1897. — Dos pesetas.

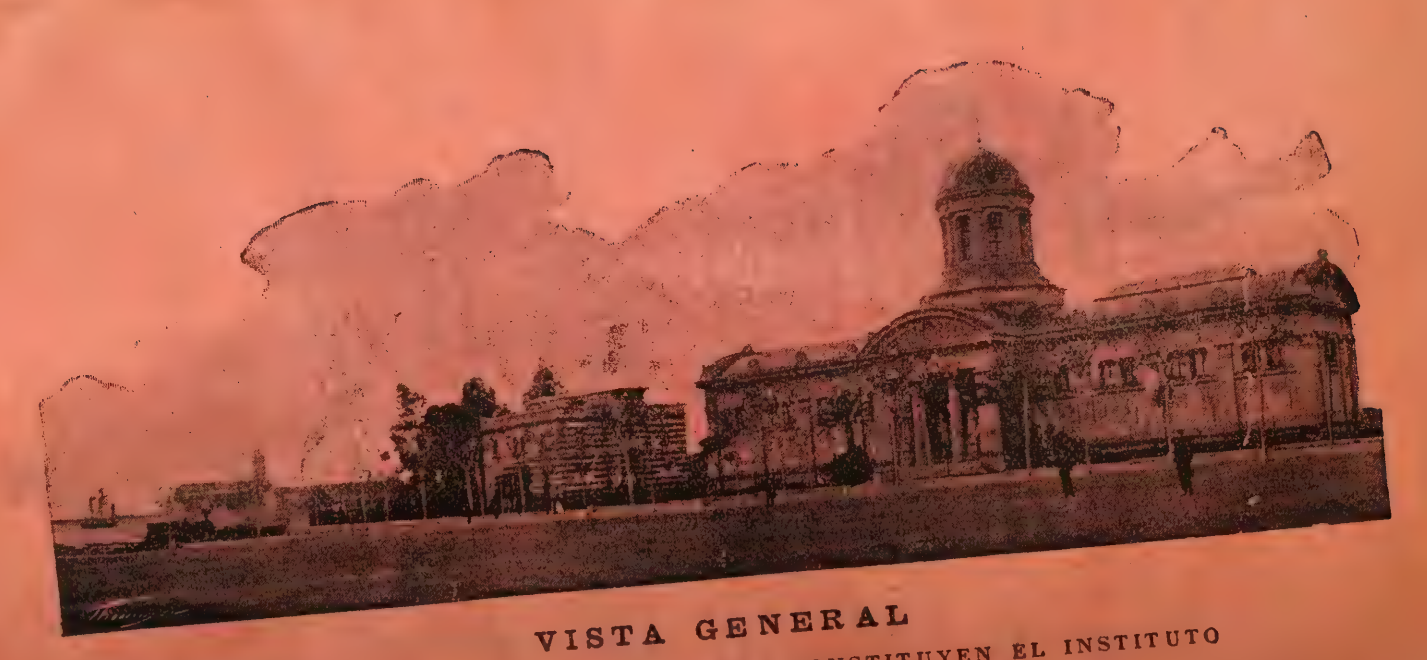
Hernán Pérez del Pulgar y las guerras de Granada: ligeros apuntes sobre la vida y hechos hazañosos de este caudillo, por don Francisco de P. Villa-Real y Valdivia. — Madrid, 1893. — Seis pesetas.

Biblioteca - Museo - Balaguer: *Catálogo de la Colección Egipcia,* por D. Eduardo Toda. — Madrid, 1887. — Un volumen, 0,50 pesetas.

Una visita á la Biblioteca-Museo-Balaguer de Villanueva y Geltrú, por D. A. García Llansó. — Barcelona, 1893. Un volumen ilustrado, una peseta.

Villanueva y Geltrú y su Instituto Balaguer (Recuerdos de viaje), por D. Francisco Gras y Elías. — Madrid, 1895. — Un volumen, una peseta.





VISTA GENERAL

DE LOS EDIFICIOS Y JARDINES QUE CONSTITUYEN EL INSTITUTO
DE LA BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER Y CASA SANTA TERESA
EN VILLANUEVA Y GELTRÚ

PRECIO DE ESTE TOMO

Ocho pesetas.

Se vende en la **Biblioteca-Museo-Balaguer** de Villanueva y Geltrú.

Los ingresos se destinan al sostén y fomento de dicho Instituto.

Los que quieran adquirir esta obra ó cualquiera otra de las que se continúan en el catálogo inserto al final de este tomo, pueden dirigirse al señor Bibliotecario de dicho instituto en Villanueva y Geltrú.